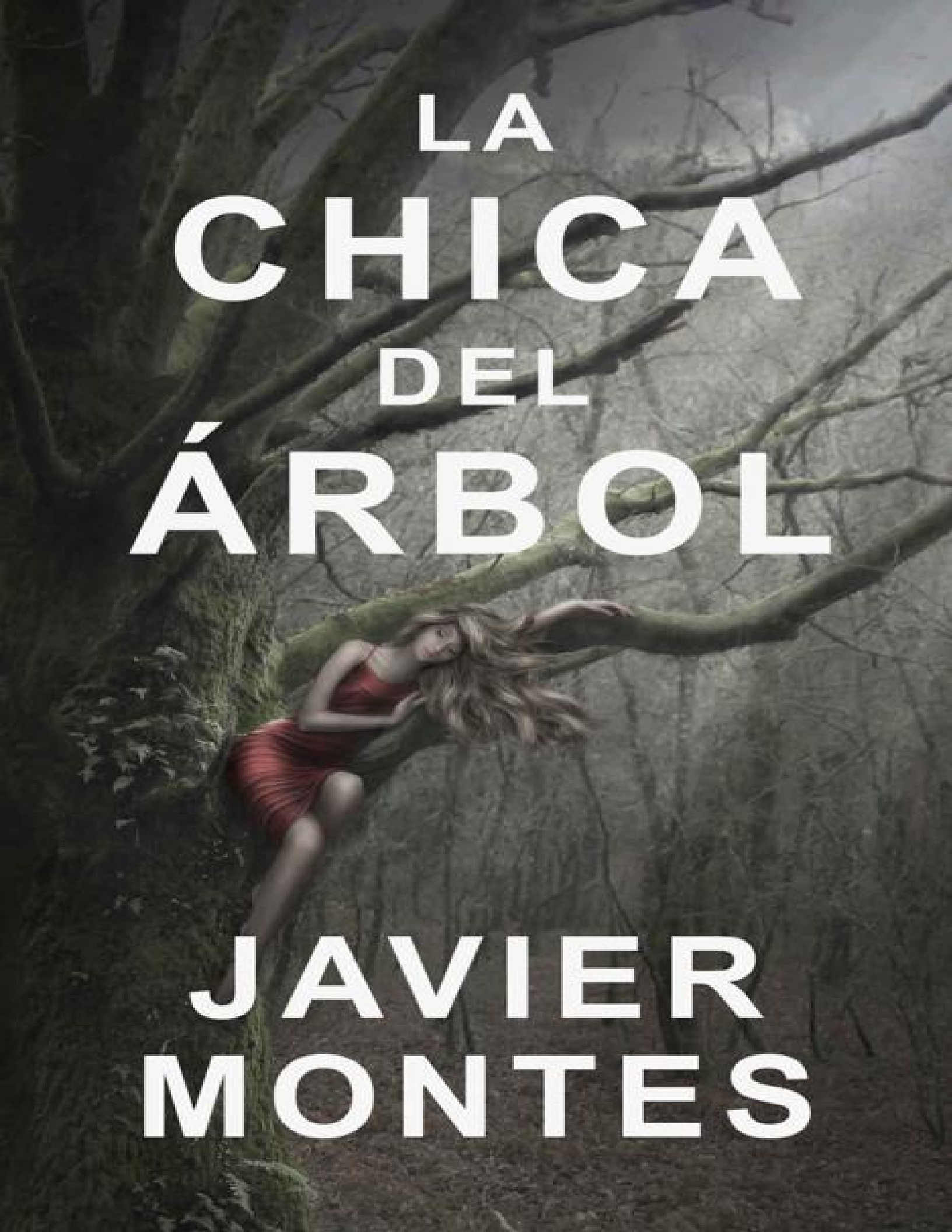

LA
CHICA
DEL
ÁRBOL
JAVIER
MONTES

Índice de contenido

La Chica del Árbol
- Javier Montes

Primera parte
- LAS RAMAS
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Segunda parte
LAS HOJAS
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Tercera parte
LAS RAICES
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Cuarta parte
EL TRONCO
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33

Quinta parte
LA SAVIA
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
UNA NOTA DE JAVIER
OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

La Chica del Árbol

Javier Montes

Para cualquier información adicional sobre los libros del autor, comentar la obra, consultar puntos de venta, adquirir los libros en formato electrónico, contactar con el autor, etc.… no dude en consultar nuestra página web: www.javiermontes.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la reproducción de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Javier Montes Gómez, 2024

Diseño de Portada: Amaranta. G. Desing

Realización: Lucas Rodríguez

Primera edición, julio 2024

www.javiermontes.com

A mi amiga Marta

Todos los personajes de la obra, así como las situaciones recreadas, no son más que producto de la imaginación del autor, cualquier parecido con la realidad no es más que mera coincidencia. A excepción de los personajes históricos que fueron retratados según la documentación consultada con el mayor rigor posible.

Primera parte

LAS RAMAS

Capítulo 1

Domingo, 5 de marzo de 2023

Malcolm Lino se había dejado la piel durante años jugando al baloncesto para conseguir una beca que le diese acceso a cualquiera de las universidades del estado pero, él, no era tan buen jugador como su hermano Samuel y le fue denegada. Entonces llegaron los apuros económicos, no le quedó otro remedio que renunciar a su sueño de triunfar en la NCAA y, se vio obligado, a aprovechar sus habilidades con las sustancias químicas para trabajar cocinando Meta para Lance Barker y su gente.

Lance era el mayor narcotraficante del norte de California. Importaba el producto virgen directamente de Sudamérica y lo distribuía por toda la costa oeste. A lo largo del bosque tenía ocultos varios remolques de camiones que funcionaban como laboratorios clandestinos donde sus esbirros cocinaban desde metanfetaminas, cocaína y heroína de primera calidad. Eran auténticas fábricas de droga, ocultas bajo una capa de follaje y distribuidas por el parque natural de Yosemite, entre acantilados de granito, caudalosos torrentes, estrechas gargantas y tupidos bosques de robles.

Malcolm vivía en Wawona, una pequeña aldea de apenas cien habitantes, en una pequeña casa de madera pintada de azul con un amplio patio trasero con una barbacoa que, Lance le había cedido como parte del pago por su trabajo cocinando en sus laboratorios. El narco sabía ser generoso con sus empleados, cuando estos se portaban bien y le daban un buen rendimiento.

Esa mañana temprano Malcolm abandonó la vivienda para internarse en el bosque; accediendo a pie por un sendero al interior de la espesura, evitaba usar cualquier vehículo a motor para pasar desapercibido entre los guardias forestales y los cientos de visitantes diarios del parque. Él era de los pocos que conocían la ubicación exacta de los contenedores clandestinos donde se fabricaba la droga.

En ocasiones tenía que recorrer grandes distancias caminando hasta alcanzar los laboratorios. Luego pasaba largas jornadas trabajando en ellos, pernotando incluso durante días en la parte de atrás de los remolques donde disponían de varias literas y un cuarto de baño para él y sus ayudantes. Malcolm recibía generosas contribuciones por su trabajo, lo cual le permitía llevar una vida holgada, aunque sin lujos para no llamar la atención de sus conciudadanos. El poco dinero que ahorraba, lo invertía en una cuenta que Lance le ayudó a abrir en las Islas Caimán con un nombre falso, pensaba emplearlo en caso de necesidad en sufragar los gastos universitarios de su hermano pequeño; aunque Samuel ignoraba sus intenciones, Malcolm prefería que de momento continuase siendo así, pues no pretendía dar explicaciones a ningún miembro de su familia de la procedencia del dinero. De saberlo, podían meterlo en un compromiso y sobre todo su padre, nunca lo aceptaría. Para Eduard Lino era dinero sucio, y él no había educado a sus hijos para que acabasen siendo unos delincuentes.

De todas maneras el viejo Eduard sospechaba de la doble vida de su primogénito, por eso Malcolm había abandonado el hogar familiar hacía tiempo. Eduard le dejó claro que si volvía a poner un pie en su casa, lo echaría a patadas. Malcolm era consciente de la estricta moralidad de su padre respecto a lo que debía hacer un hombre en la vida. Eduard Lino era un hombre de fe, miembro destacado de la iglesia bautista, que se ganaba la vida dignamente en una empresa de transportes.

Consciente de las amenazas de su progenitor que, por otra parte, nada pudo probar sobre las supuestas actividades clandestinas de su hijo, Malcolm decidió abandonar el pueblo de Mariposa donde residía hasta entonces con su familia para trasladarse a la pequeña aldea de Wawona. Un lugar ideal para realizar sus actividades, sin que nadie sospechase de ellas. Pero Eduard había visto en un par de ocasiones a su hijo Malcolm acompañado de los hombres de Lance. Las actividades del narcotraficante eran un secreto a voces entre los habitantes de Mariposa. Al principio, nadie se explicaba como Lance había conseguido montar una empresa de transportes de la nada, luego Lance trató de emplear a todos los jóvenes del pueblo en ella y también engrosar la nómina de sus conductores ofreciéndole un empleo a Eduard Lino. El padre de Malcolm que sospechaba de los negocios turbios del texano rechazó el empleo. Eduard llevaba años trabajando para la compañía California Express y no quiso saber nada de aquel individuo del suroeste para el que ahora trabajaba su hijo.

La compañía de trasportes de Lance creció en pocos meses por toda la costa oeste como un sunami, ofreciendo precios que la competencia no podía permitirse, la empresa se convirtió pronto en una tapadera para lavar parte del dinero negro procedente de la droga. Una vez que su flota de camiones envejecía, aprovechaba sus remolques para fabricar la Meta en el bosque y los sustituía por otros modelos más modernos. La compañía Lance Express comenzó a sobresalir entre la competencia y resultaba una tapadera legal perfecta para las diligencias del narcotraficante, además de permitirle trasladar la droga oculta entre la mercancía de sus camiones para distribuirla sin que las autoridades sospechasen nada por todo el territorio nacional. Nadie sabía que aquellos viejos remolques camuflados con ramas y follaje albergaban auténticos laboratorios de droga.

Malcolm llevaba un rato andando entre un bosque de robles camino de su trabajo. Todavía le quedaban dos horas de caminata para alcanzar uno de los laboratorios ocultos en el bosque. Hacía rato había dejado atrás dos enormes sequoias de nueve metros de diámetro por noventa de altura. Sus icónicos troncos de más de tres mil años de vida se perdían en el azul añil nuboso de la madrugada casi acariciando con sus copas el borde de la luna. Eso le recordaba su reciente encuentro con Brenda Barker, la hija de Lance. Una joven blanca de veinte años, la misma edad de Malcolm, que se había encaprichado del cocinero de su padre.

Brenda conocedora del recorrido que realizaba Malcolm al atardecer cuando regresaba de su trabajo, la otra noche lo esperó apoyada contra el tronco de una de las sequoias, semidesnuda, con los tirantes del vestido bajados, sin sostén, con los pechos apenas cubiertos por un escaso trozo de tela que, apenas se sostenía en los pezones erectos, dispuesta a seducirlo.

Él no pudo resistirse, sabía que si su padre se enteraba de lo suyo podía costarle la vida. Aun así, la poseyó bajo la luna, contra el grueso tronco del árbol más alto del mundo. Ahora todo ello no sería más que un vahído recuerdo, de no ser por lo que vio a continuación: colgado de la rama de un roble a unos quince metros de altura sobre el suelo, Malcolm distinguió el cuerpo de la muchacha. Alguien muy macabro le había introducido una rama por el ano, atravesándole el duodeno, la madera ascendía por el esófago hasta salirle por la boca.

Malcolm observó atónito la escena, otra de las ramas le atravesaba la vulva por delante, destrozando sus genitales. Era más gruesa que la anterior y parecía no haber hallado sustento en su interior. En busca de una salida, se había quedado anclada en la pelvis, sosteniendo, a pesar de ello, parte del peso de la muchacha. Su cuerpo se balanceaba, meciéndose en lo alto atravesado por las dos ramas y agitado por el viento. Algunos brotes verdes sobresalían por la boca de la joven probando la flexibilidad de las ramificaciones de la planta. La melena de la víctima flotaba

sobre su rostro casi ocultándoselo, a pesar de la distancia y la escasa claridad de la madrugada, Malcolm no tuvo dudas de que se trataba de Brenda. Los ojos de la muchacha parecían querer salírsele de las cuencas. Las pupilas conservaban todo su brillo y parecían estar observándolo. El chico dio un paso hacia atrás, asustado.

Los cabellos dorados de la muchacha destacaban en medio de la oscuridad. Malcolm que había comenzado a cogerle cariño después de su último encuentro, lamentó profundamente lo ocurrido. Hacía menos de cuarenta y ocho horas que la había tenido entre sus brazos. El mismo la acompañó hasta la aldea a recoger su coche, para que pudiese regresar a su casa. Luego Brenda montó en su utilitario, un Beatle de color rosa, despidiéndose de él con un beso, y se dirigió por carretera hacia su domicilio en Mariposa. De eso hacía solo un día y medio y ahora ella estaba muerta. Aunque al balancearse el cuerpo en lo alto del árbol parecía por momentos volver a la vida.

Malcolm estaba muy asustado, pensó primero en llamar a Lance. Era posible que el padre de Brenda sospechase de él y lo matase de un tiro. También podía dejarlo pasar y hacer como si nunca se hubiese encontrado con ella, pero Lance sabía que Malcolm recorría ese sendero cada día y sospecharía de él, igualmente. La otra opción era trasladar el cadáver a otro lado, pero era una logística muy complicada y dejaría sus huellas por todo el cuerpo de la víctima. El muchacho acababa de cumplir veinte años y su vida de pronto ya no valía nada.

Era posible que encontraran restos de sus fluidos en la víctima, aunque lo más probable era que ella se hubiese duchado después de su encuentro con él y los hubiese eliminado. Incluso de no haberlo hecho, los habría arrastrado al orinar. Esperaba que al menos ella se hubiese cambiado la ropa interior desde la otra noche. Escaló por el tronco para ver el cuerpo más de cerca, usando las ramas para propulsarse, pero estaba tan oscuro cuando hicieron el amor que no recordaba el color de sus bragas. Estas estaban todas ensangrentadas, igual que el vestido habían sido atravesadas por las ramas. Al menos el vestido no era el mismo: blanco y estampado en flores azules que llevaba la otra noche. Este era liso y de color rosa a juego con su automóvil.

El pulso le tembló al contemplar la figura de la joven atravesada por la madera y temió caerse del árbol. No podía demorarlo más, avisaría a la policía a través de un teléfono desechable y huiría del estado, al menos hasta que diesen con el verdadero culpable. Aunque si huía, pasaría a ser el máximo sospechoso del crimen y los hombres de Lance, no tardarían en dar con él y matarlo. No antes sin torturarlo hasta la extenuación. De todas maneras estaba perdido; decidió avisar al sheriff de Mariposa, Nick Andros era un hombre cabal, daría los pasos necesarios para resolver el crimen. Él conocía a la gente de la zona, avisaría a la policía científica y dictaminarían la hora exacta de la muerte.

Nick tenía sobre unos cuarenta años. Era un tipo bajito, moreno ancho de caderas con un mostacho imponente que le seguía la pista a Lance desde hacía mucho tiempo. Un pistolero de la vieja escuela que no se dejaba sobornar por nadie. Como todo el mundo en el condado de Mariposa, Nick sospechaba que Malcolm trabajaba para Lance Barker, pero nunca pudo probar nada. Nick era un justiciero a la vieja usanza: honor, patria y gloria. Esas eran sus tres máximas premisas. Nick cogió el teléfono en su oficina en Mariposa. Malcolm le contó lo que acababa de ver mientras caminaba por el bosque con todo detalle. Estaba amaneciendo y quería subir a lo alto de la montaña para ver salir el sol desde el mirador del cerro, cuando encontró el cadáver de la chica en lo alto del árbol.

El sheriff lo escuchó atónito, rápido movilizó a toda la caballería, incluidos los chicos de la científica. Apenas hay dos kilómetros entre la casa de Malcolm en Wawona y el lugar donde encontró a Brenda. Nick fue el primero en personarse allí, junto al agente Glen Stuart, un joven

de veintidós años, nuevo en el cuerpo, que llevaba apenas dos meses trabajando en la oficina del sheriff. Encontraron a Malcolm con las manos cubriéndose la cabeza, abatido sentado sobre un tronco caído. Las moscas comenzaban a arremolinarse en torno a él.

—¡Joder muchacho! ¡Es lo más tétrico que he visto en mi vida! —exclamó Nick Andros observando a Brenda— Necesitaremos una grúa para bajarla de ahí arriba.

—¡Pobre chica! ¿Quién habrá podido hacerle esto? —preguntó Malcolm.

—No lo sé chico. Tal vez uno de los hombres de Lance. Te advertí que no te mezclases con esa gente.

—Nadie de los que trabajamos para él, le haríamos ningún daño a su hija —protestó Malcolm.

—Dudo que Lance piense lo mismo. Por tu seguridad, lo mejor es que acompañes a Glen a comisaría. Más tarde te interrogaremos. Eso no significa que seas sospechoso de nada, pero eres el primer testigo que conocemos que ha visto la escena del crimen y debemos tomarte declaración. Sabes que tienes derecho a llamar a un abogado para que esté presente durante el interrogatorio —explicó Nick.

—Yo no he hecho nada ¿Cree que necesitaré un abogado Sherif?—preguntó Malcolm asustado.

—No importa lo que hayas o no hayas hecho o dejado de hacer. Lo de que seas inocente o culpable, créeme es lo de menos. Los hechos son que tu trabajas para Lance, figuras en su nómina de empleados de su empresa de transportes y, acabas de encontrar a su hija muerta colgada de un roble centenario. En ese caso, conociendo a los jueces de este estado, te recomiendo que si no conoces a nadie que te represente, nosotros te asignemos un abogado de oficio. Espero tengas una buena coartada para esta noche a los magistrados les encantaría cerrar el caso cuanto antes: no es una buena publicidad para la gente que viene a visitar el parque que se perpetúen esta clase de crímenes en la zona. El Yosemite recibe cientos de visitas cada día —aclaró Nick.

—¡Dios mío! ¡Pasé la noche en mi casa, durmiendo! —contestó Malcolm.

—¿Estabas solo?

—Sí.

—Está bien. No te preocupes, lo comprobaremos todo, dado la gravedad de lo ocurrido, es posible que se encarguen del caso los federales. Nosotros carecemos de los medios para investigar algo de esta envergadura —concluyó Nick.

El agente Glen acompañó a Malcolm de regreso al pueblo, Nick se quedó custodiando la escena del crimen esperando a los chicos de la científica. Todavía tardarían unos minutos en llegar, cuando Malcolm entró en el coche patrulla. Glen puso el motor en marcha y se dirigió por la carretera comarcal hacia las oficinas del sheriff en Mariposa. «Al menos allí estaré a salvo de los hombres de Lance. En cuanto el patrón se entere de lo ocurrido a su hija, Dios quiera que no sospeche de mí o me matará», pensó Malcolm preocupado.

A mitad del trayecto se cruzaron con las furgonetas negras de los federales, los chicos de la científica al recibir la llamada de Nick y viendo la magnitud de los hechos, decidieron derivar el caso a la policía estatal y esta avisó al FBI. Lo importante era ir adelantando terreno en la investigación. Unos minutos más tarde las furgonetas entraron en la aldea y aparcaron entre los árboles junto al Beatle rosa de Brenda y a trescientos metros de la casa de Malcolm. Más tarde registrarían el vehículo. Antes los agentes caminaron hasta el lugar donde el cadáver de la chica continuaba suspendido en las alturas. La agente Jane Barret y el agente Lobo se presentaron allí con cinco chicos de la científica que comenzaron de inmediato a marcar los cuadrantes, antes de recoger las muestras pertinentes.

La agente Jane medía sobre un metro setenta y el agente Liam Nelson, más conocido por Lobo, superaba a su compañera en más de treinta centímetros; podía perfectamente por su altura jugar en la NBA, pero sus cualidades eran más detectivescas que baloncestísticas y su mente se centró en analizar con rigor el escenario del crimen.

El sheriff Nick Andros lo observó asombrado por su estatura. Nick que apenas superaba el metro cincuenta, nunca había visto un agente tan alto. En el FBI debían alimentar a sus hombres con hormonas últimamente. No lo envidiaba en absoluto, supuso que dada su envergadura podía sentir más cercano el aliento de la víctima, colgada a unos doce metros de altura sobre su cabeza.

—¡Qué barbaridad! Necesitaremos una escalera para bajar el cadáver de ahí —dijo el agente Lobo.

—De momento que nadie toque el tronco del árbol, debemos buscar huellas o restos de filamentos de tejidos en su corteza —ordenó la agente Jane Barret que estaba al cargo de la investigación.

Capítulo 2

Antony Turner botaba el balón, apenas a treinta centímetros de altura sobre el parqué. Lo hacía así para evitar que lo alcanzaran los jugadores de la escuela de Santa Clara que trataban de arrebatárselo. Antony intentaba agotar el tiempo de posesión ante la cara de estupefacción de los miembros del equipo rival. Faltaban solo doce segundos para el final del partido y los chicos de la universidad de San Francisco iban un punto abajo. Le quedaban tan solo diez segundos de posesión según el video marcador para rematar la jugada. Antony calculó que si lograba encestar, su equipo se pondría por delante en el marcador y los de Santa Clara apenas dispondrían de dos segundos para remontar el partido; eso en el caso de que él intentase agotar el límite de la posesión.

Lo que le extrañó al entrenador rival fue que el base de los Dons no apurase más la jugada y tratase de lanzar antes a canasta; pues en caso de no encestar, su rival no tendría tiempo de reacción, por eso los estaban presionando en toda la cancha. Ordenó a su defensa perseguir a Antony mediante una serie de ayudas defensivas para tratar de arrebatarle la bola. El dorsal número uno parecía bailar entre ellos, realizando giros imprevisibles de unos trescientos noventa grados que terminaban con sus rivales resbalando en el parqué, casi perdiendo el equilibrio para evitar hacerle una falta personal. Antony parecía llevar un imán en la mano y seguían sin lograr quitarle la pelota. Al botar el balón tan bajo, obligaba a sus rivales a doblegarse en exceso y le resultaba más fácil esquivarlos.

Dos de sus compañeros de más envergadura del equipo trataban de bloquear a los pívots del Santa Clara para facilitarle el acceso al interior de la zona, pero Turner no lo veía claro y giró sobre las suelas de caucho de sus zapatillas para intentar un lanzamiento desde la línea de tres, a pesar del riesgo que suponía hacerlo con el escolta rival pegado a su culo como una lapa. Consciente de que si perdían ese partido, quedarían eliminados del campeonato de la conferencia y se esfumarían sus posibilidades —por muy escasas que fueran— de poder jugar el próximo año en la NBA. Sus notas no habían sido demasiado buenas ese año y no le renovarían la beca. Sin terminar sus estudios, solo podría acceder a un empleo de reponedor en un supermercado o algo por el estilo. Había derrochado demasiada energía en el baloncesto, y su familia no tenía dinero para subvencionarle la carrera de derecho. En una situación similar se encontraba su compañero de equipo Samuel Lino de primer curso, por eso les urgía a ambos tanto ganar ese partido. Para Turner era su segundo año en la universidad y su rendimiento académico: no estaba a la altura de su destreza con la pelota.

El resto de sus compañeros de equipo menos Lino eran de tercer y cuarto curso. Los dos eran los más jóvenes del equipo. Entrar en la NBA a una edad tan temprana era casi un sueño imposible. Antony comenzó las eliminatorias siendo el tercer base del equipo; además de su juventud tenía en su contra que tan solo medía un metro ochenta y cinco; aunque confiaba en todavía crecer un poco más, hasta alcanzar el metro ochenta y ocho de Stephen Curry. A pesar de su corta estatura, pronto se impuso a sus rivales por el puesto, leyendo las jugadas mejor que ellos, en apenas unas milésimas de segundo. El entrenador Harlan Kane apostó por él desde el principio, puliendo sus virtudes y corrigiendo sus defectos.

El encuentro estaba 75-74 para Santa Clara, quedaban cinco segundos en el marcador, tres

para el final de la posesión. Antony hizo amago de lanzar de tres, pero tenía tres defensas en línea en frente, dispuestos para taponar el lanzamiento o coger el rebote en caso de fallar. El porcentaje de tiro exterior de Turner era apenas de un treinta y cinco por ciento de acierto. En ese aspecto tenía mucho que mejorar y con aquellas moles encima bloqueándole el paso, sus posibilidades de encestar se reducían todavía más. Aun así, apenas quedaba tiempo para intentar otra cosa que no fuese un lanzamiento —lo que sus rivales ignoraban era que él tenía otros planes—. Envió el balón a un compañero que se lo devolvió al momento. Nada más recibir de nuevo la pelota, hizo amago de elevarse para tirar y dribló lejos de la línea de los defensores que saltaron como locos para interceptar un lanzamiento que nunca llegó a realizarse. Un simple giro de muñeca sirvió para quitárselos de encima, mientras se encontraba a otro defensor en su camino hacia la canasta. Entonces Turner, como un mago sacándose un conejo de la chistera, hizo algo mágico que sería recordado durante mucho tiempo por los amantes de la liga. Se cambió el balón de mano y mirando hacia otro lado para despistar al hombre que lo cubría: lanzó un pase de espaldas al poste bajo que su compañero Samuel Lino —Sam como solían llamarlo en la facultad— recogió en el aire de un salto a medio metro bajo el aro y en un hiperbólico movimiento elevó el esférico hacia la canasta, realizando un mate a dos manos sobre la bocina cuyo eco resonó en todo el pabellón. Los aficionados del Santa Clara enmudecieron de repente, pero los de los del San Francisco Dons enloquecieron, celebrándolo por todo lo alto.

El entrenador rival pidió tiempo muerto. Harlan aprovechó para darles instrucciones a los suyos; ahora los de San Francisco Dons vencían de un punto. 75-76. Todavía quedaban dos segundos por jugar y todavía podían remontar los de Santa Clara. Les había costado mucho llegar hasta allí para fastidiarla estando tan cerca de la meta. Al principio de temporada nadie daba un duro por ellos. En los años anteriores nunca habían superado las eliminatorias de la conferencia y habían quedado eliminados a las primeras de turno. Los jugadores del San Francisco se acercaron al banquillo rodeándolo, antes de que Harlan comenzase a impartir instrucciones. Era un hombre afroamericano de cuerpo atlético y bien trabajado. Muy exigente en lo físico con sus jugadores. Aceptó el puesto de entrenador, avalado por sus siete años jugados en la NBA, tres de ellos en los Ángeles Lakers como suplente de Kobe Bryan, antes de caer lesionado gravemente de la rodilla. Una lesión que a la larga forzó su retirada a la edad de veintiocho años. En lo mejor de su carrera. Harlan decidió entones empezar su periplo en los banquillos, dirigiendo a los chicos en algunos institutos. A sus treinta y dos años era uno de los entrenadores más jóvenes de la NCAA.

—Tenemos que evitar que lancen desde la línea de tres puntos, si encestan nos eliminarán del torneo y todo por lo que hemos luchado se irá al garete.

»Ellos lo saben, por eso intentarán hacer una canasta lejana, pues no les queda tiempo para intentar mucho más. Por eso quiero que saquéis toda la rabia que lleváis dentro y les hagáis un marcaje individual por toda la cancha. Os pegaréis a ellos como lapas. Les haréis falta personal, solo si tienen una opción clara de tiro, sino dejarlos que lancen.

»Atentos también a la zona, es posible que intenten un pase largo hacia sus pívots desde la línea de fondo. Debemos interceptar la pelota para evitar que eso ocurra: si anotan nos ganarán el partido y quedaremos eliminados. Tenemos que evitar que eso suceda, pues les daríamos la razón a todos los que opinan que no merecemos vestir esta camiseta. Estamos al límite de nuestras faltas personales, pero eso no importa, si expulsan a alguno de nosotros, ellos no tendrán tiempo de reaccionar igualmente.

»En caso de que vayan a la línea de tiros libres: si fallan los dos tiros ganaremos nosotros, si meten los dos ganaran ellos, y si solo meten uno iremos a una prologa. Eso no nos conviene,

pues ellos tienen mayor profundidad de banquillo y si esto se alarga, acabarán machacándonos con sus hombres de refresco. Estamos muy cargados de faltas y no resistiríamos una prologa.

Al terminar de hablar, todos juntaron las manos en torno a Harlan, formando una piña. Gritaron: Familia. De nuevo en la cancha todos ocuparon sus posiciones y comenzaron a presionar al rival por todo el terreno de juego. Esperando que el base de los Santa Clara pusiese el balón en juego desde la línea de fondo. Era un jugador de brazos fibrosos que optó por intentar un pase largo, el balón realizó una parábola en el aire, cuando su escolta recibió la pelota, casi pisando la línea de tres puntos, se giró para lanzar, elevándose por unos segundos en el aire, todos sabían de su gran porcentaje de acierto en tiros; desde esa posición no podía fallar. Iba a clavarles un triple delante de sus narices: si un milagro no lo impedía. Al entrenador Harlan se le congeló el pecho en el banquillo, pensó que se había equivocado al no realizar ningún cambio, los titulares estaban agotados y no defendieron la jugada como debían.

El balón salió despedido de la muñeca del escolta y comenzó a ascender hacia la canasta, cuando aparecido de la nada el brazo de Samuel que, impulsado por sus Air Jordán se elevó a más de un metro del suelo para taponar el lanzamiento del jugador de Santa Clara, consiguiendo enviar el balón a la grada. La bocina sonó y el partido finalizó, ante la alborozo de los aficionados de los San Francisco Dons. Los jugadores corrieron hacia el centro de la cancha para celebrarlo, mientras algunos de sus rivales comenzaban a limpiarse con la camiseta las lágrimas del rostro. Los de San Francisco estaban exultantes, se habían clasificado para las semifinales de la conferencia oeste, jugarían contra el ganador del partido que enfrentaría a los Bulldogs de la universidad de Gonzaga contra los Waves de Pepperdine.

Luego se acercaron a las gradas para saludar a los aficionados. Antony se fijó en Jenny Smith. Era la novia de su compañero de habitación en la residencia del campus Samuel Lino que, soñaba como él en jugar algún día en la NBA. Jenny estaba exultante, tenía dieciocho años y estudiaba en la facultad de medicina. Una melena oscura le descendía por los hombros, dándole un toque casi virginal. Era una joven muy discreta, Samuel sabía que su novia le era fiel, por eso no le importaba que hiciese tan buenas migas con su colega de habitación.

Antony y Jenny estudiaban juntos en algunas ocasiones. Ella trataba de ayudarle con algunas materias que al chico le costaba entender. Era cierto que ambos estudiaban carreras distintas, pero el padre de Jenny era abogado y desde niña había instruido a su hija en derecho penal, con la esperanza de que algún día llegase a trabajar en algún bufete importante. Su esfuerzo había resultado en vano, ya de adolescente Jenny comenzó a sentir una especie de atracción por diseccionar cadáveres de animales. Le atraía más abrir cuerpos con un escalpelo para tratar de estudiarlos que memorizar leyes, y soñaba con convertirse de mayor en una importante cirujana. Examinar el interior de cualquier ser vivo, resultaba una tentación muy grande para su pequeña y Jenny sentía mucha curiosidad para saber de qué estaban compuestos por dentro.

El padre de Jenny ejercía de abogado de oficio en el estado de California. Estaba deseando a sus cincuenta años, retirarse de la abogacía cuanto antes; para ello había ido adquiriendo distintas viviendas que compraba a precio de ganga para reformarlas y luego ponerlas en alquiler. Según Tommy muchos colegas letrados creían erróneamente que los abogados de oficio ganaban muy poco dinero y preferían trabajar para un despacho privado, donde los exprimían y pasaban muchas más horas al cabo del día que él. Tommy Smith en cambio sabía cómo explotar las oportunidades que le daba su trabajo, muchos de los clientes que le asignaba el bufete, pasaban verdaderos problemas económicos y, en ocasiones, se veían obligados a mal vender sus propiedades a precio de saldo. Ahí entraba él adquiriendo algunas de ellas para rehabilitarlas y luego sacarles una buena renta alugándolas a diferentes familias. Así, paulatinamente, Tommy se

apropió de un capital inmobiliario de más de un millón de dólares; todavía no era suficiente para poder vivir holgadamente de rentas, dado que en algunas de las viviendas estaba pagando la hipoteca y sus gastos mensuales ascendían a tres mil dólares, pero esperaba lograrlo antes de alcanzar la edad de jubilación. Tommy tenía pisos en Santa Mónica, San José, Tijuana, Los Ángeles, Oakland y una casa en San Francisco donde residía, cerca del bufete para el que trabajaba. Allí vivía con su esposa Débora Willians la madre de Jenny, con la que llevaba casado veintiséis años. Aparte de Jenny tenía otro hijo de catorce años que se llamaba Mikel y terminaba de entrar en el instituto.

Jenny había tenido cuidado de no contarle nada a sus padres de su relación con un afroamericano de origen latino que saltaba tan alto como Mikel Jordán y con solo dieciocho años medía ya dos metros cinco. No es que los señores Smith fuesen racistas, pero seguro que preferían ver a su hija con alguien cuyo futuro no dependiese de rodar rápido una pelota de baloncesto. Samuel estaba exultante tras la victoria, sabía que Jenny acudiría al partido acompañada de su padre que era aficionado al básquet universitario, y por eso se cortó a la hora de saludarla, para evitar que su progenitor sospechase de su idilio con ella, pero Tommy no era tonto y llevaba observando desde el comienzo del partido como el corazón de su hija palpitaba de una manera distinta, cuando el balón llegaba a las manos de Samuel. Él era abogado y sabía interpretar las debilidades del alma humana como nadie, sobre todo las de su hija. Además no terminaba de creerse esa repentina afición de Jenny al baloncesto, pues hasta ahora siempre se había negado a acompañarlo a los partidos.

«Seguro que ese negro no tiene un puñetero duro», pensó. «No me gustaría que mi pequeña tuviese un lío con esa clase de gente. La mezcla de razas no es lo más conveniente para el futuro de este país».

Tommy era republicano y esperaba que Joe Biden tuviese los días contados a la cabeza del gobierno. Supuso que de momento era mejor no interferir en la relación de su hija con el alero de los Dons. Tal vez solo fuese algo pasajero, aunque conociendo a Jenny, intuía que lo de Samuel, no era un simple capricho para ella. Quizás lo mejor era esperar a que los acontecimientos trascurrieran por si solos. Era posible que ese tal Samuel se convirtiese algún día en una estrella de la NBA y si se casaba con su hija, ya no necesitara de los bienes inmobiliarios para prejubilarse y retirarse de la abogacía.

El chico tenía un salto descomunal que le podía llevar a convertirse en el nuevo Mikel Jordán. Antes debía de mejorar su juego en equipo, pero a la hora de taponar le recordaba a Kim Russell, una vieja leyenda de la liga de baloncesto más importante del mundo. Russell fue uno de los primeros negros que jugó en los Boston Celtics, en un tiempo en que la competición era cosa mayoritariamente de blancos. Lo que ignoraba Tommy era que Samuel también estaba estudiando medicina como su hija, pero carecía del talento necesario para ello y dedicaba más tiempo al baloncesto que a la carrera en cuestión. Los dos eran estudiantes de primer curso y se conocieron diseminando los órganos de un cadáver en clases de anotomía. Jenny estaba intentando que Samuel mejorase sus notas, para que no tuviese que abandonar la universidad tan pronto.

El problema era que él solo estaba centrado en el balón y llegaba muy cansado de los entrenamientos. Era demasiado joven para que lo fichase ningún equipo de la NBA y si sus estudios no iban mejor, no podría revalidar su beca, aunque siempre tendría opciones de poder jugar en alguna liga extranjera, pero para eso los San Francisco Dons debían clasificarse para los Play Off y acceder a la Final Four, donde compiten las mejores universidades del país por el título de la NCAA, siendo la única manera de alcanzar la dimensión mediática suficiente para

que alguno de los ojeadores de la competición, llegados desde todas las partes del mundo se fijaran en él o en alguno de sus compañeros. De momento ya estaban clasificados para las semifinales regionales, luego ya se vería.

Samuel no era una persona egoísta, pero no estaba acostumbrado a jugar en equipo, brillaba mejor de manera individual, aunque era consciente de que eso no les ayudaría a la hora de ganar partidos. El entrenador Harlan se encargaba de mantener los egos de todos sus jugadores a raya y estaba trabajando con él para mejorar sus transacciones de defensa a ataque y las jugadas de estrategia. Samuel se esforzaba y, poco a poco, iba asimilando los nuevos conceptos. Además Samuel tenía otro motivo extra para ganar los partidos: si no conseguía entrar en la NBA, tendría que abandonar la universidad y regresar a Mariposa, un pequeño pueblo del norte de California junto a su familia; buscarse un empleo para aportar económicamente al hogar y renunciar a su sueño baloncestísticos para siempre. Y por descontado también a Jenny.

Eso sería un fracaso, por eso en cada partido se jugaba la vida y lo daba todo en la cancha, como si fuese lo último que iba a hacer en este mundo. Su padre se ganaba la vida conduciendo un camión. Su madre fregando suelos y su único hermano Malcolm, harto de la vida miserable de sus progenitores se rumoreaba que cocinaba Meta y cocaína en los bosques de Yosemite para un importante narcotraficante de la zona. Su padre se avergonzaba de él y le había prohibido regresar a casa. Quería proteger a Samuel de su mala influencia, para Eduard Lino era como si Malcolm hubiese muerto, aunque Samuel era consciente de que su hermano mayor se veía a escondidas con su madre. Emma Acosta le rogaba que abandonase sus trabajos fabricando estupefacientes. Malcolm le explicaba a su madre que una vez entrabas en ese mundo, resultaba imposible salir de él a no ser en una caja de pino o para ir a la cárcel. Y si Samuel no lograba triunfar en la universidad, él se encargaría de que ella no tuviese que volver a fregar suelos en el resto de su vida. Lo que ignoraba su hermano Samuel es que también pensaba ayudarlo a él en sus estudios. Malcolm no le había dicho nada para que su hermano pequeño se esforzara más en conseguir sus objetivos, sin contar con el colchón económico que le podría suponer su ayuda.

Capítulo 3

En los vestuarios reinaba una algarabía descontrolada. En la que un desatado Samuel Lino llevaba la voz cantante de la celebración. El colombiano se quitó la camiseta y agitándola sobre su cabeza, exhibía abdominales, seguido por su compañero Anthony Turner que, inclinado se sujetaba a la cintura de su colega, simulando ser el primer vagón de un tren formado por toda la plantilla del San Francisco, cuya locomotora no podía ser otra que el magnífico alero que había metido la última canasta.

Tu boquita de fresa, mi mojito de menta.
Las cosas bonitas, al final se encuentran.
Dos trocitos de fruta, si quieren se disfrutan.
Te invito a mi fiesta, en mi casa a la una.

Noche ochentera, toda la noche entera.
Hay una cola que tela, pero, ven con quién quieras.
Noche ochentera, toda la noche entera.
Cógeme la cadera, que bailamos la lenta tú y yo.
La noche entrera, era ¡eh!
La, la noche entera, era ¡eh!
Como una noche ochentera, era ¡eh!

Los jóvenes cantaban a dúo, la canción de moda en media América Latina de la artista española conocida como Nico. Era Sam quien llevaba la voz cantante, siempre escogía los temas en este tipo de celebraciones. Tenía un carácter extrovertido y muy alegre que siempre contagiaba al resto de sus compañeros. Sus melodías eran siempre secundadas por el resto de la plantilla. Le llamaban el canario, por su manía de deleitarlos con alguna canción de moda mientras se duchaban.

El entrenador Harlan irrumpió en los vestuarios más tarde para felicitarlos a todos, especialmente a los dos pupilos, autores de la jugada final aquella mañana. Debía de admitir que el juego de Turner, con ese pase final por la espalda a su compañero mirando para el lado contrario, había superado todas sus expectativas sobre los muchachos. Harlan ya los había entrenado en el instituto County High, en el que habían cursado el tramo final de la secundaria los tres años anteriores, antes de que todos dieran el salto al baloncesto universitario. Anthony y Samuel eran vecinos en el pueblo de Mariposa, vivían en la misma calle y llevaban siendo amigos desde la infancia. Por eso el entrenador Harlan le gustaba ponerlos siempre juntos en la cancha, los muchachos se conocían tanto que les bastaba un gesto o una mirada para entenderse, sin necesidad de palabras. Ellos le ayudaron a él a ser mejor entrenador y su racha inquebrantable de victorias en el instituto County High: los llevó a todos a jugar en la NCAA. Harlan aceptó una propuesta de trabajo en la universidad de San Francisco con la condición de que aceptasen incluir entre sus becarios a las dos estrellas de su equipo.

En cuanto los chicos celebraban la victoria, las gradas del Leavey Center comenzaban a

quedarse vacías. Jenny charlaba con la afición visitante, entre la que se encontraban varios conocidos suyos. Los aficionados locales hacía rato que se habían marchado abrumados por la derrota de su equipo. Tommy esperaba pacientemente a que su hija terminase de hablar con su gente para regresar conduciendo a San Francisco. El pabellón era una estructura moderna de hierro, aluminio, hormigón y cristal. En la que destacaba el enorme videomarcador con forma de cubo que colgaba sobre lo alto de la cancha, cerca de las vigas de aluminio del techo.

El tráfico hacia los Ángeles era fluido, por lo que Tommy tuvo que centrar su atención en la conducción, apenas intercambió algunas palabras con su hija sobre lo emocionante que fue el partido. Una vez en casa, Jenny se despidió de su padre con la excusa de que había quedado con una amiga, los coloretes en los mofletes y su expresión de alelada la delataron. Aun así, Tommy hizo como que no se había enterado de nada; de sobras sabía que a quien iba a ver su hija: no era a otro que a Samuel Lino. Disgustado le comentó en broma que, tuviese cuidado con los jugadores de baloncesto, la mayoría de esos chicos: no conseguían entrar en la NBA y terminaban en las calles, trapicheando o trabajando para las mafias.

—Lo que te ocurre a ti papá, es que no te gustan mucho los negros —comentó enojada Jenny.

—Es verdad. Muchas veces pienso que la mayoría vienen de los árboles —contestó Tommy.

—Eso no lo digas ni en broma. Es algo peyorativo. Los estás comparando con primates como si ellos también fuesen animales.

—Sé que decir eso no es muy correcto y me podrían expulsar del colegio de abogados, si lo expresase en público.

—Supongo que te da igual, ya que estás deseando dejar tu trabajo. Pero no entiendo en qué lugar pones a una determinada raza, solo por el color de su piel, por no hablar del desprecio que haces al compararlos con un chimpancé. Un animal por otra parte tan digno como otro cualquiera.

—¡Vamos Jenny! Sabes que no tengo nada contra los monos. Los humanos no somos superiores a ellos. Al menos un chimpancé es capaz de trepar a las alturas. Nosotros somos bípedos, subidos a un árbol, es posible que nos caigamos y nos rompamos la cabeza por nuestra torpeza. En cambio ellos son mucho más ágiles y nunca les ocurrirá eso —rebatió Tommy.

—Entonces papá, crees realmente que los monos nos superan en inteligencia, por eso los comparas con una raza de humanos determinada. ¿No te entiendo?

—Bueno no solo son más listos que los negros sino también que cualquier blanco con calzoncillos de Calvin Klein que conozca.

—Eso seguro. Además, si los negros viniesen del mono como tú dices: ¿Los blancos de dónde venimos? ¿Del culo de una vaca? —preguntó Jenny.

—No lo sé. Tienes razón hija. A veces pienso que todos somos originales de África y el sol allí aprieta tanto que, aunque, al principio todos éramos blancos, luego la pigmentación de la piel fue cambiando y se volvió oscura para soportar mejor los rayos ultravioletas. Las primeras especies de humanos habitamos África oriental hace dos millones de años. Luego nos fuimos extendiendo por todo el planeta. Si todos venimos de África, puede que al principio fuésemos todos blancos y el sol nos volviese negros. Luego al emigrar a tierras más frías, debido a la escasez de sol, nuestra pigmentación varió y volvimos a ser blancos —explicó Tommy.

—Eso es mejor que salir del culo de una vaca —dijo Jenny.

—Al final, si los monos son unos animales tan extraordinarios, capaces de trepar a las alturas y desplazarse entre los árboles. Nadie debería ver como un insulto que lo comparen con ellos. Es peor cuando te llaman burro. Eso significa que solo eres capaz de comer hierba, cargar peso y dar coces al aire.

—El problema es que si lo dices de una manera peyorativa, la comparación con los monos puede resultar muy ofensiva. Lo malo que tienes tú en el trabajo, papá, es que la totalidad de los negros con los que tratas son delincuentes, gente con graves problemas económicos y pocos recursos, que se ven obligados a delinquir para sobrevivir. Trafican, roban, e incluso algunos matan por dinero. No los juzgues tan duramente: si nosotros tuviésemos sus problemas, tal vez nos viésemos obligados a hacer lo mismo. Es la ley de la supervivencia. Sin dinero no eres nadie, no puedes alimentar a tus hijos. Debes sentir mayor empatía por las duras circunstancias que los rodean —insistió Jenny.

—Es cierto que en mi trabajo me encuentro con mucha más gente negra o latina que blancos. Les ofrezco defensa legal, pero no me fío un pelo de ellos. Es posible que tengas razón y ellos sean la parte más vulnerable del sistema; aunque me encantan sus condiciones atléticas, superiores a las nuestras para cualquier deporte; sobre todo el baloncesto; de todas maneras sigo pensando que la mayoría no son de fiar, siempre intentan engañarme con sus mentiras o sacarme dinero de alguna manera —argumentó Tommy.

—Y lo seguirás pensando papá, mientras no dejes ese trabajo. Tal vez des con algún caso que te haga cambiar de opinión.

Tommy asintió, sin añadir nada más. No quería proyectar una imagen de clasista ante su hija. Pero la gente a la que se veía obligado a defender, eran tan racistas y supremacistas como los blancos. La mayoría se tomaban la justicia por su mano y no obedecían a otra ley que la de la violencia. Jenny se acercó para darle un beso de despedida y le susurró al oído que se portara bien. Tommy le contestó que lo haría. Luego abandonó el apartamento y bajó a la calle. Vivían en lo alto de una de las colinas de la ciudad, en una casa de ladrillo de planta baja con un diminuto jardín en la entrada.

Jenny esperó en la acera al tranvía y se subió en la parte delantera, entre dos chicas jóvenes y un anciano. Se sujetó a los agarraderos del habitáculo que comenzó a acometer un pronunciado descenso y la dejó cerca del puerto. Paseó un largo rato por la costa hasta llegar a un parque. Atravesó sus ornamentales jardines para alcanzar la bahía y dejó atrás una fuente decorada con un par de delfines de hierro. Era domingo y a esas horas del mediodía, el último girón de niebla ya se había disipado hacía tiempo y lucía un sol esplendoroso en el cielo. El césped estaba radiante y las vistas del Golden Gate desde allí eran estupendas. Sintió un brazo enorme rodearla por la cintura: era Samuel que se inclinó para besarla con fervor.

Ella le devolvió el beso con ternura. Todo su cuerpo vibró al entrar en contacto con el muchacho. Después de acabar el partido, Samuel insistió en regresar pronto a la ciudad, sus compañeros bromearon durante el trayecto en autocar con el tema. Todos sabían en el equipo cual era el motivo de tanta prisa, medía apenas un metro sesenta y ocho, tenía ojos verdes y la piel más blanca que la luna.

—Si mi padre me ve con un negro, le da un patatús —dijo Jenny.

—He de admitir que lo comprendo. Si es abogado penalista, tratará con gente muy peligrosa. Muchos de los nuestros eligen el camino más fácil y a la larga el más complicado. La violencia nunca llevará a nuestra gente a ninguna parte. Pero créeme que entiendo a mis hermanos: no hay muchas otras salidas si la suerte no te acompaña. Las bandas terminan por absorberte. Tarde o temprano, llevados por las premuras económicas, muchos terminan en sus redes. Pero te prometo Jenny que yo nunca seré uno de ellos, mi padre no me educó para eso y no quiero decepcionarle —dijo Sam.

—Te quiero Samuel Lino.

—Yo también a ti. Jenny Smith.

Los dos se abrazaron durante un rato. Luego se sentaron a contemplar la bahía en silencio. Varias embarcaciones navegaban entre el puerto y la isla de alcatraz. Miríadas de gaviotas se balanceaban en el aire sobre el piélago en medio de un cielo despejado, dibujando una bonita estampa estival. Lo que Samuel ignoraba era que en esos momentos, su hermano Malcolm esperaba en las dependencias policiales de Mariposa, que le fuese asignado un abogado para ser interrogado por la muerte de la joven Brenda Barker. Malcolm le había pedido al agente Glen que, no le dijese nada a su familia para evitarles preocupaciones. Sobre todo a su hermano Samuel, ante la inminencia de las semifinales estatales, quería que estuviese, exclusivamente, centrado en los entrenamientos. El agente Glen le acababa de informar de la apretada Victoria de San Francisco sobre Santa Clara, esa mañana. Malcolm se lo agradeció esbozando un conato de sonrisa, a pesar del lío en que estaba metido.

Capítulo 4

El agente Glen, ante la posible huida del hombre que dio el aviso a la policía del crimen, le asignó una celda para que se relajase mientras esperaba a los federales. Malcolm se reclinó en una litera y le pidió un ejemplar del San Francisco Chronicle para distraerse leyendo. El ayudante del Sheriff se lo entregó junto a una Coca-Cola. No había noticias muy destacadas esa mañana, salvo un par de casos de violencia de género y algún atraco a mano armada en la ciudad.

—¿Sabes de quién es hija Brenda? ¿Crees que estoy seguro encerrado en esta celda? —preguntó Malcolm.

—Estate tranquilo. De momento Lance no sabe nada de lo sucedido a su hija. Hasta entonces, yo no me moveré de aquí, luego se encargarán los federales de tu custodia. Si les convencen tus explicaciones durante el interrogatorio, te soltarán por la noche. Tu arresto, solo es por precaución, para que nadie pueda hacerte daño, ahí afuera —contestó Glen.

En esos instantes sonó el teléfono de la comisaría. El juzgado encargado del caso le había designado a Tommy Smith como abogado para el interrogatorio. Al principio Tommy estuvo a punto de rechazarlo, por la implicación de su hija con el hermano del cliente, pero lo pensó mejor y esperaba que la prensa no llegara a atar cabos tan rápido y ese detalle pasase desapercibido. Exigiría la puesta en libertad del chico sin cargos, antes de finalizar el día.

Malcolm Lino carecía de antecedentes penales y trabajaba para la compañía de transportes Lance Express. Tommy confiaba que solo se tratase de un interrogatorio de puro trámite. En principio, Malcolm solo se había encontrado el cuerpo de la chica colgado de un árbol mientras paseaba por el bosque. Su cliente, según lo establecido en la ley, llamó inmediatamente a la policía y sin pruebas, no podían acusarlo de nada.

El agente Glen se puso al teléfono, Tommy solicitó hablar con el chico. Glen le abrió la celda para que Malcolm se pusiese al aparato. Durante un rato Tommy le explicó que estaba conduciendo camino de Mariposa. No debería hablar con nadie de lo que vio, sin su presencia. Al llegar prepararían juntos, las respuestas adecuadas, antes de acometer el interrogatorio con los federales. Samuel asintió. Estaba asustado y le gratificaba tener a alguien de su parte. Al colgar regresó a su celda, a esperar la inminente llegada del abogado. De San Francisco a Mariposa había unos 269 kilómetros de distancia que podían recorrerse en tres horas de viaje. Tommy le dijo que estaba a mitad de camino, por lo que solicitó algo de comida para recibirlo con el estómago lleno. Llegaría sobre las dos de la tarde.

La policía había acotado la zona, los agentes solo dejaron pasar un camión grúa que, para abrirle paso hasta el escenario del crimen —debido a la frondosidad del bosque— se vieron obligados a talar algunos árboles. Era imposible bajar el cuerpo de la chica, sin ningún tipo de ayuda mecánica. Resultaba imprescindible para evitar alterar la posición de las ramas que luego analizarían en el laboratorio forense. Una vez en lo alto del cesto de la grúa, los técnicos se vieron obligados a cortar los brotes que sobresalían del cuerpo con unas tijeras, procediendo con cuidado para que la madera permaneciese intacta en su interior durante el recorrido por los órganos de la víctima. Para ello podaron primero las ramales que les estorbaban para moverse

con destreza en lo alto de la copa. Luego bastaron tres precisos cortes con la motosierra, lejos de las extremidades inferiores de la chica muerta para sacarla de una pieza del follaje. Antes de transportarlo al canasto tuvieron que asegurar la parte superior e inferior de la rama que la atravesaba entera con unas cintas de nylon para que el cuerpo se mantuviese en la misma posición en que se encontraba durante el rigor mortis.

Los dos operarios que trabajaban en lo alto del penacho realizaron la maniobra de extracción de los restos mortales de la víctima con gran soltura, corriendo el riesgo de perder el equilibrio y precipitarse al vacío, para evitarlo sujetaron los arneses al tronco con unos anclajes de seguridad. La maniobra resultó muy peligrosa dada la altura y el peso con el que tenían que trabajar. Una vez depositado el cuerpo en el canasto, fue envuelto en una funda de plástico y precintado. El brazo de la grúa bajo el contenido del precinto al remolque del camión, para ser enviado al instituto forense Fisher en San Francisco. Allí deberían dictaminar si la chica ya estaba muerta antes de ser incrustada en las ramas o falleció por las heridas al ser atravesada por ellas.

—Supongo que una vez recogidas todas las pruebas del caso, me toca a mí la desagradable tarea de informar a la familia de la víctima —dijo el sheriff Nick.

—Creo que está usted de suerte, yo me encargaré de darles personalmente la noticia de la muerte de la chica. Acabamos de recibir la aprobación para una orden de registro en el domicilio de los Barker. Quiero cogerlos desprevenidos, tal vez encontremos algo que nos lleve a la resolución del caso —dijo Jane Barret.

—Es una buena idea. El señor Barker tiene empleado a medio pueblo en su empresa, pero la otra mitad lo odia. Se cree intocable, seguro que no se esperará el registro —dijo Nick.

—No estoy aquí para investigar sus actividades empresariales, salvo que estas tengan algo que ver con el asesinato de su hija —apuntó Jane.

—La gente rumorea que su empresa de transportes es solo una tapadera, puede que el éxito repentino del señor Lance, corresponda a otro tipo de actividades desconocidas por todos, salvo por algunos de sus empleados. Quizás deban hablar antes con el chico, se comenta que Malcolm cocina droga para Lance, pues era muy bueno en clases de química, aunque de momento, nunca hemos podido probar nada, nos faltan los medios necesarios para ello, solo somos una pequeña comisaría de pueblo —explicó Nick.

—En principio, solo me interesa lo relativo a la chica, salvo que los negocios de su padre hayan tenido algo que ver con su muerte, cosa poco probable. No estoy aquí para alimentar los rumores sobre la manera de hacer fortuna de nadie. En tal caso, eso sería asunto de los chicos de narcóticos. Nosotros venimos a investigar el entorno de Brenda, luego ya veremos a dónde nos lleva la investigación —dijo Jane Barret.

—Perdone, tiene razón, lo principal es hallar al asesino de la chica —refutó Nick.

—No se preocupe, si de paso averiguamos algo sobre esos supuestos rumores, los delegaremos al departamento oportuno —aseveró Jane.

—Me acaba de llamar mi ayudante, Malcolm está pendiente de recibir el asesoramiento legal correspondiente para su defensa, un abogado se personará en una hora en la comisaría. Tal vez deberíamos intentar interrogarlo antes de que llegue —propuso Nick.

—Eso sería una mala praxis por nuestra parte. ¿Usted cree realmente que el chico ha hecho algo malo? —preguntó Jane.

—He oído rumores de que se estaba acostando con Eva Barker. Una mujer treinta años mayor que Brenda; tal vez se haya cansado de la madurita y tuviese algún lío con la más joven.

—Háble me de Eva señor Nick.

—Es tía carnal de Brenda. Está casada con el reverendo Benny Gordon, pero ignora los

sermones desde el púlpito sobre la fidelidad en el matrimonio de su marido y le encanta relacionarse con chicos jóvenes. Al parecer, Malcolm no es el primero con el que lo engaña.

—Está en su derecho y el adulterio no es ningún delito. ¿Cómo sabe que Eva y Malcolm tienen una relación? ¬—preguntó Jane.

—Suelo ir a cazar a menudo con mi sobrino. Un día persiguiendo un ciervo, nos los encontramos por casualidad fornicando tras unos matorrales. Se asustaron tanto que se vistieron deprisa y salieron corriendo de nuestra vista —contestó Nick.

—¡Vaya menudo apuro pasaron! ¿Cuándo sucedió aproximadamente?

—Hará un par de meses, tiempo suficiente para que Malcolm abandonase a Eva y se liase con su sobrina que, además es de su misma edad —contestó Nick.

—Igual solo se trata de un rumor infundado —apuntó Jane.

—No lo creo. Un día a la salida de misa de doce, seguí durante un rato a la señora Gordon. Su marido se había quedado en la iglesia, me escondí detrás de los árboles para que no me viera. Eva se internó en el bosque por un sendero. Llegado un punto, Malcolm le salió al paso. Me acerqué lo suficiente para escuchar su conversación sin delatar mi presencia. Ella le recriminaba que ya no acudiese a verla. Malcolm le decía que lo suyo había terminado. Entonces Eva le contó que sabía que su sobrina Brenda bebía los mares por él.

»¬—Ni se te ocurra tocarla o se lo diré a Lance. Mi hermano te cortará los huevos, si le pones una sola mano encima a su hija —. Escuché como lo amenazaba Eva.

»—Lo que haya entre Brenda y yo, no es asunto suyo. Lo que tuve con usted, fue solo cuestión de dinero y nada más. O acaso piensa que me ponen las viejas. Si supiese que se me iba a poner posesiva, nunca lo hubiese hecho.

»Eso le contestó Malcolm, antes de desaparecer de su vista. Me quedaron claras dos cosas. La primera es que Malcolm se prostituía a cambio de dinero. La segunda era que pensaba dejar de hacerlo para comenzar una relación con Brenda. El encuentro tuvo lugar dos semanas antes de que el chico hallara el cuerpo de la joven en lo alto de los árboles esta mañana.

—¿Cree que Malcolm pudo hacerle algo a Brenda? —preguntó Jane.

—Que Malcolm tuviese un lío con Brenda, no significa que fuese él quién la matara —contestó Nick.

—Eso mismo pienso yo. De momento le voy a pedir que esta información quede entre nosotros. No la comparta con ningún compañero en comisaría. Luego ya veré si la utilizo en el interrogatorio o no. Por la reacción del chico, estaba totalmente hundido cuando lo encontramos, no creo que sea un asesino. Primero me gustaría que me llevase hasta el domicilio de los Barker para registrarlo e informarles de lo sucedido, antes de que se enteren por terceros. Después ya tendremos tiempo de interrogar al chico en comisaría. Le dejaremos que hable tranquilamente con su abogado —ordenó la agente Jane.

—Otra cosa. Enviaré a algún agente a vigilar de cerca los movimientos de Eva Barker. Es solo una hipótesis, pero puede que llevada por los celos, fuese ella quién matase a su sobrina —continuó Jane.

—No lo creo. Ella carece de la fuerza necesaria para subir el cuerpo a lo alto del roble e incrustarlo en las ramas de esa manera —protestó Nick.

—Pero pudo encargárselo a alguien. Si es capaz de pagar por sexo, también puede hacerlo para otras cosas más violentas. Cuando acabemos de hablar con Lance Barker le haremos una visita a su hermana. Incluso es posible que Eva, aunque no haya tenido nada que ver con el crimen, nos cuente algo que nos ayude a resolverlo. De momento la vigilaremos, por si trata de huir del pueblo o muestra alguna otra actitud sospechosa —comentó Jane.

—Bueno creo que va siendo hora de que la acompañe a usted y a sus hombres a visitar la mansión de Lance. Le sorprenderá la magnitud de la fortaleza en la que vive. Lo de nadar en la abundancia, no es nada comparado con la sobriedad que muestran los muros de su palacio. El lujo aquí forma parte de la estructura de la vivienda, parece incrustado en los sillares de piedra y las columnas de mármol que la sustentan —dijo Nick.

—Vale Sheriff, me encanta su narrativa, pero es hora de verla con mis propios ojos —concluyó Jane.

Algunos agentes quedaron todavía peinando el lugar, recopilando las últimas pruebas de la escena del crimen. Mientras Jane acompañada por varios de sus hombres, recorrió el camino de vuelta al pueblo. Llegaron al aparcamiento donde continuaba estacionado el Volkswagen Beatle de Brenda, más tarde lo registrarían los hombres que quedaban en el bosque. El agente Lobo ocupó la plaza del conductor de una de las furgonetas en que habían llegado los federales. Jane se subió a su lado y los otros tres agentes detrás.

Esperaron a que el sheriff les saliese al paso en su coche patrulla y al verlo aparecer, Lobo puso en marcha la furgoneta para seguirlo, todos estaban expectantes por lo que pudiesen encontrar en la mansión de los Barker. Aunque Jane se temía que la resolución de aquel caso estaba todavía muy lejana. Alguien capaz de cometer un crimen tan aberrante, debía de ser muy metódico, tanto a la hora de atravesar a la víctima con las ramas, como escondiendo las pruebas y borrando las huellas que pudiesen dar con su paradero.

Capítulo 5

La mansión de los Barker era una de las pocas residencias palaciegas del estado, que disponían de un estanque inmenso que se extendía entre cuidados jardines, esculturas clásicas y una densa vegetación. Los planos de la vivienda fueron encargados a dos arquitectos europeos de renombre, muy representativos en el barroco del siglo XIX, en vez de a unos modestos maestros de obra como sucedía normalmente en la época. Lance había adquirido la propiedad para residir con su familia hacía dos lustros, cuando comenzó a despegar su compañía de transportes en California.

Al contrario de lo que pensaba mucha gente en el pueblo, Lance no era un advenedizo que estaba haciendo fortuna en la costa oeste. Su familia era propietaria de varios pozos de petróleo en Texas, por lo tanto el empresario no se había hecho rico de la noche a la mañana, ya lo era cuando decidió trasladar su residencia a California. Su fortuna era tan inmensa que, según las especulaciones de la agencia federal, superaba los dos mil millones de dólares. La mayoría divididos entre sus acciones en la petrolera Borg y la empresa de transportes Lance Express.

La fachada barroca estaba recorrida por una solana, apoyada en un muro macizo en el que se abrían varios arcos de medio punto, sosteniendo una espectacular balaustrada de piedra que recorría la inmensa balconada donde tenían lugar, tremendos banquetes los días de celebración de algún acontecimiento importante para la familia. El alma de la casa era Asunción Giménez la esposa de Lance Barker, que terminaba de superar un cáncer de pecho. Es que ni los ricos están libres de los grandes contratiempos de nuestra efímera existencia. Su carácter tras la enfermedad se había vuelto más susceptible a los cambios de humor y ya no era tan dada a organizar eventos como antes, cuando tenía siempre una agenda muy apretada, igual que una vida en sociedad muy activa. Lance la había apoyado tras cada dura sesión de quimioterapia; celebrando varias misas privadas en la capilla palacial, oficiadas por su cuñado el reverendo Benny Gordon, durante todo su proceso de recuperación. Al final las plegarias habían sido escuchadas por el Altísimo y el tumor fue extirpado con éxito, sin necesidad de amputarle el pecho.

Asunción que siempre la vida le había dado todo lo que le había pedido: un marido millonario y dos vástagos sanos, ignoraba que tras superar aquella dura enfermedad, el destino le tenía preparado un nuevo desatino. Los federales se habían presentado allí aquella tarde para anunciarle la muerte de su pequeña Brenda. Su otro hijo, Danny de veinticinco años, estaba con ella, cuando la agente Jane Barret le comunicó la terrible noticia. Danny tenía el cabello rubio como su hermana, ambos lo habían heredado de Lance que, no se encontraba en la casa esa mañana.

La agente Jane les trasmitió sus condolencias y les mostró una orden de registro de la propiedad. Los criados les abrieron las puertas y los agentes procedieron a buscar pruebas. Mientras Danny telefoneaba a su padre para informarlo sobre lo ocurrido. La línea estaba ocupada y no pudo hablar con él. Los agentes no encontraron nada en la vivienda que pudiese estar relacionado con el crimen. La agente Jane Barret se detuvo especialmente en la habitación de la víctima. Estaba decorada sin demasiado lujo, como la estancia de cualquier chica corriente de veinte años, a pesar de la amplitud de la habitación, salvo porque Brenda dormía en una cama

con dosel, la decoración era muy sencilla, similar a la de cualquier joven de su edad. En el centro de una de las paredes había una amplia ventana con vistas al pantano, a un lado de su marco estaba el escritorio con un flexo de Ikea y al otro lado había unos sencillos anaqueles de madera de eucalipto donde, descansaban varios libros de texto y algunas novelas de misterio.

En el armario su ropa estaba perfectamente alineada en las perchas y no observó nada fuera de lugar. Registró los cajones y en uno de ellos encontró una especie de diario en el que su última anotación versaba sobre el baile del instituto, en la que Brenda se quejaba de no tener acompañante. La fecha del diario era de hacía dos años, cuando Brenda había terminado el bachiller. A partir de ahí no escribió ni una sola línea más. El resto de las páginas estaban en blanco. En principio, nada podía aportar a la investigación, aun así, Jane decidió incautarlo como prueba, por si esas páginas mostraban más de lo que parecía y, al menos, pudieran ayudarla a conocer mejor a la víctima. En su mente estaba crear un perfil psicológico de la chica que le ayudase a encontrar a su asesino. Seguro que el diario de su época de instituto, le abriría muchas puertas del pasado que, le podrían resultar útiles en la investigación y le ayudarían a conocerla mejor.

La agente federal agradeció a la familia su colaboración. Les explicó que el registro era solo algo de rutina y que había tomado prestado el diario de Brenda para echarle una ojeada. Al finalizar la investigación se lo devolvería. La madre y el hermano desconocían la vida privada de su hija y nunca lo habían leído. Jane les preguntó cómo le iban las cosas a Brenda en la universidad. Asunción le dijo que estaba cursando el tercer año de derecho en San Francisco. En principio estaba contenta y muy implicada en sacar adelante todas las asignaturas; pretendía servirle de ayuda algún día a la familia en los litigios en que se viesen envueltas sus empresas. Era el orgullo de su padre. Esa información le ayudó a Jane a atar algunos cabos, Brenda estudiaba en la misma universidad en la que jugaba al baloncesto el hermano de Malcolm, Samuel Lino. El chico estaba concentrado con su equipo la mañana en que su hermano había descubierto el cadáver de Brenda; imposible que tuviese nada que ver con lo sucedido.

—¿Qué hacía Brenda aquí en vez de estar en la universidad? —preguntó Jane.

—A veces los fines de semana abandonaba la facultad para visitarnos. Tenía que haberse incorporado a clases esta mañana —contestó Asunción, visiblemente angustiada.

—¿Cuándo fue la última vez que la vieron? —preguntó de nuevo Jane.

¬—Ayer por la noche, nos dijo que no la esperáramos despierta. Había quedado con un amigo para ver el partido de los Lakers en su casa —contestó Danny Barker.

—No dijo con quién —insistió Jane.

—Mi hermana era muy reservada, todo lo que la rodeaba era un misterio. Supongo que sería alguien de aquí de Mariposa o incluso de Wawona donde la encontrasteis. No puedo creerme que esté muerta —contestó Danny.

—Ya, pero tendría algún círculo de amigos. ¿Quiénes eran? —preguntó Jane.

—Ni idea. Ella hacía tiempo que no se relacionaba con nadie en el pueblo. Solía encerrarse en su cuarto a estudiar. Si se me ocurre alguien te avisaré —contestó Danny.

—Esta es mi tarjeta —dijo Jane entregándosela—. Si averiguas con quién pudo ir a ver el partido tu hermana ayer me llamas, supongo que no habrá muchas casas con canales de pago en el condado.

—Te equivocas, en el valle casi todos son aficionados a los Lakers, hay muchas casas abonadas a la ESPN para verlos jugar en directo. Mi hermana pudo haber quedado con cualquiera.

—También es posible que lo del partido, solo fuese una excusa para salir con algún chico a

pasear por el bosque —inquirió Jane.

—Lo dudo. A mi hermana le encantaba ver a los Lakers en directo. Si te has fijado bien hay un poster de Kobe Bryant y Pau Gasol celebrando uno de los dos anillos que ambos ganaron jugando juntos en su habitación.

—Como para no verlo. Es gigantesco y ocupa parte de la cabecera de su cama —. Había reparado Jane.

—¿Quién encontró el cuerpo de mi hermana? —preguntó Danny.

¬—Fue Malcolm Lino, mientras paseaba por el bosque de madrugada, según él para ver el amanecer desde lo alto del cerro. ¿Lo conoces? —preguntó Jane.

—Sí, trabaja para mi padre. ¿Dónde está ahora? ¬—preguntó Danny.

—Detenido en comisaría. No tenemos nada contra él, solo algunos rumores. Según un testigo telefónico anónimo —mintió Jane para no delatar a sus confidentes— tu hermana estaba colada por él.

—No sé nada. A nosotros Brenda nunca nos cuenta cosas de su relación con los chicos. De todas maneras dudo que Malcolm sea un asesino, dado que fue él quien dio el aviso a la policía. A mi padre no le gustará su implicación en el asunto —dijo Danny.

—Yo también pienso que el chico es inocente, estaba temblando cuando llegamos a la escena del crimen. Explícaselo bien a tu padre. No queremos ninguna interferencia en la investigación. Lo importante ahora es encontrar rápido al verdadero culpable, sin complicarle la vida a ningún inocente, por muy sospechoso que sea —aclaró Jane.

—Lo haré. Le trasmitiré a mi padre tus inquietudes. Él lo comprenderá. No es el monstruo que dicen algunos, circulan muchos rumores falsos sobre su figura por la zona, la gente tiene mucha envidia cuando alguien triunfa en la vida y se inventa cosas para desacreditarlo. Mi padre siempre ha colaborado con la justicia. Si necesitas nuestra ayuda: no dudes en ponerte en contacto con nosotros —dijo Danny.

—Gracias, dile a tu padre que esté tranquilo, atraparemos al culpable y lo encerraremos entre rejas para siempre —sentenció Jane.

La agente se despidió del primogénito de los Barker con un apretón de manos. Jane sabía que tras graduarse en administración de empresas, Danny se había convertido en la mano derecha de su padre en muy poco tiempo. El joven estaba destinado a heredar una fortuna, por eso se había preparado a conciencia para ayudarle a dirigir las empresas de su familia. Jane se preguntaba si serían ciertos los rumores sobre los trapicheos del empresario con la droga y si su hijo estaría al tanto de ello. De todas maneras, aunque fuese cierto, ella no trabajaba para los de narcóticos, solo había venido hasta allí para resolver aquel aberrante crimen que había dejado a una de las familias más ricas del estado sin uno de sus dos únicos herederos.

Capítulo 6

Los agentes federales abandonaron la mansión de los Barker camino de Wawona para ayudar a sus compañeros a recopilar más pruebas de lo sucedido en la escena del crimen, justo cuando el abogado de Malcolm Lino, Tommy Smith aparcaba su Toyota Corolla frente a la comisaría de Mariposa. Allí solo se encontraba estacionado un coche patrulla propiedad de la oficina del Sherif que había utilizado el agente Glen, su ayudante para trasladar a su cliente a las dependencias policiales. El abogado pensaba marcar las pautas durante el interrogatorio, para que su defendido no resultase atosigado por las preguntas de los federales.

El edificio era muy sencillo con un zócalo de un metro de altura de ladrillo visto y las paredes pintadas de beis con la puerta de entrada y las ventanas de aluminio. Era de planta baja y tenía un tejado a dos aguas que cubría gran parte de la estructura. Sobre el tejado sobresalía una torre de electricidad cercana y la elevada copa de un ciprés.

Tommy entró en la comisaría pero no había nadie en la recepción. El silencio lo acaparaba todo. Dio las buenas tardes pero no obtuvo respuesta. Avanzó por los pasillos hasta las celdas del fondo. Estaban vacías. En una de ellas la puerta estaba abierta. Un ejemplar del San Francisco Chronicle descansaba sobre un jergón de lana. Parecía que su cliente había estado leyendo la prensa hasta desaparecer por arte de magia. Aquello era muy raro. ¿A dónde se lo habían llevado? Sin duda daría parte al juzgado de guardia. Esas no eran maneras de preparar un interrogatorio, seguro que alguien lo había trasladado al escenario del crimen para presionarlo. Lo había visto tantas veces durante su trabajo que ya no le extrañaba nada. Esa manera de proceder era ilegal, pero a los federales parecía que todo le importaba un comino.

Desconcertado, Tommy localizó la oficina del Sheriff a pocos metros de las celdas, allí tampoco había nadie. El mobiliario consistía en una mesa de formica con sillones de cuero viejo muy gastado y varios archivadores de latón. Se detuvo al percatarse de que algo pegadizo se adhería a sus lustrados zapatos. Era sangre. Asustado, se percató de que la línea sanguinolenta se extendía por las baldosas hasta la ventana de la oficina que permanecía abierta. Había también restos de sangre en el alfeizar y en la pared donde alguien había dejado impresa sus huellas dactilares. Tommy alisó la corbata de su traje tratando de serenarse. Antes de atravesarla, se subió a uno de los sillones y puso un pie en el borde del marco, evitando pisar en la sangre para saltar al otro lado de la ventana. Una vez en el exterior se aflojó el nudo de la corbata para permitir que el aire entrase de lleno en sus pulmones. Estaba jadeando. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo, continuó avanzando hacia el bosque, siguiendo los restos de sangre, creía que alguien estaba malherido y posiblemente necesitase ayuda.

El rastro desaparecía entre la espesura, avanzó apartando unas retamas, cuando encontró el cuerpo del agente Glen en una posición casi sobrenatural. Las ramas de un acebo le atravesaban los ojos con las bayas carnosas saliéndole de las cuencas y por las fosas nasales. Eran de un rojo intenso y venenosas para el hombre. El arbusto se le había introducido por el trasero o, más bien, alguien se lo había metido a la fuerza por detrás, en lo que parecía una broma diabólica. Tommy por las manchas de sangre dedujo que ya estaba muerto cuando lo hicieron, o puede que alguien lo hiriese en comisaría y Glen escapase por la ventana hasta que el asesino lo mató en el bosque. El ayudante del sheriff tenía los pantalones bajados, la sangre se le acumulaba entre las nalgas,

salpicando los muslos y descendiendo hasta los tobillos.

—¡Socorro… auxilio… que alguien me ayude por el amor de Dios! —gritó Tommy con todas sus fuerzas.

Al cabo de un rato se apartó preso de unas nauseas furibundas para vomitar los restos de un Sándwich de atún que había ingerido durante el viaje entre unas matas. Era lo más espantoso que había visto en toda su vida. Incluso peor que cuando fue invitado a presenciar la ejecución de un cliente por inyección letal, condenado a muerte por el asesinato de una menor, unos meses más tarde logró demostrar su inocencia, pero para entonces no sirvió de nada, solo consiguió una indemnización para la familia y salvaguardar el buen nombre del recluso.

Asustado, Tommy abandonó aquella dantesca escena, temiendo que alguien pudiese insertarlo a él también, en alguna rama de aquellos arbustos que se le atojaron infernales. Salió de nuevo de entre la espesura a la explanada del edificio. El corazón le latía con fuerza desbocada. Entonces escuchó un vehículo acercarse a la comisaría y se quedó paralizado. Era el coche patrulla del Sheriff Nick que, al ver la cara descompuesta de aquel individuo trajeado, le preguntó que le ocurría. Tommy le explicó que era el abogado de Malcolm y que al entrar en comisaría se encontró con las celdas abiertas y la sangre del agente Glen derramada por todas partes, siguió su rastro y lo encontró muerto en el bosque, atravesado por las ramas de un arbusto igual que a la chica del roble.

Inmediatamente, el sheriff abandonó su vehículo y, se acercó a donde le indicó el abogado a comprobarlo. Efectivamente, parecía que el acebo había profanado el cadáver de su ayudante. Nervioso, Nick marcó el número de la agente Jane Barret y le comunicó lo sucedido. Había veces que aquel trabajo superaba a uno, pero aquello era demasiado para cualquiera: dos cuerpos con las vísceras desgarradas por las ramificaciones de un vegetal, suponía más de lo que alguien como él podía soportar en una jornada de trabajo. De pronto sintió una tristeza tremenda por Glen. El chico llevaba poco tiempo trabajando para él, pero era un buen agente, discreto y leal, lamentó que acabase sus días espetado en un árbol.

La agente Jane llegó con sus ayudantes en unos minutos. Les ordenó acotar la zona del crimen y registrar los alrededores de la comisaría en busca de pruebas pero no hallaron nada destacable. El asesino no podía andar muy lejos, aunque la zona arbolada era inmensa y podría encontrarse en cualquier parte. Jane se fijó en que la llave de la celda estaba colocada en la parte exterior de la cerradura, tomarían las huellas para comprobar sin demora: si pertenecían a Malcolm o fue otra persona quien lo liberó y asesinó a Glen. No había rastro del prisionero por ninguna parte.

—¿Qué opinas? —preguntó Jane al Sheriff.

—Tuvo que ser Malcolm, el asesinó a los dos. Primero acabó con Brenda y simuló que se había encontrado el cuerpo por casualidad y luego se cargó a Glen para escapar de la cárcel —contestó Nick.

—¿Y cómo llegaron entonces las llaves a la cerradura de la celda? —preguntó Jane.

—No lo sé. Esta es una cárcel de pueblo, puede que Malcolm simulara encontrarse mal y Glen le abriese la puerta para que tomase el aire. Al fin y al cabo, aquí, somos todos vecinos, y el chico ni siquiera era sospechoso de nada —contestó Nick.

—¿Cómo explicas entonces que no haya restos de sangre en los barrotes de la celda? —preguntó Jane.

—No lo sé, tal vez no lo atacó hasta entrar en mi oficina —contestó Nick.

—O puede que Malcolm tuviese un compinche que entró en comisaría y atacó a Glen, desarmándolo, su arma descansa bajo la mesa de su despacho. Luego lo persiguió hasta el bosque para rematarlo. Entonces regresó a la comisaría para liberar a su amigo y entre ambos

completaron esta macabra obra de arte —dijo Jane en referencia al cuerpo clavado en el acebo—. Es como si las ramas lo hubiesen devorado vivo. Los frutos rojos saliéndole por las fosas nasales lo hacen parecer un payaso.

—Si ha habido un compinche, encontraremos sus huellas, que nadie entre en la comisaría mientras tanto —ordenó Nick.

Lo cierto es que en presencia de los federales: el Sheriff no tenía ninguna autoridad allí. La agente Jane ignoró sus palabras y entró en su oficina para observar las huellas del suelo. Luego retrocedió con cuidado de no alterar la escena, había varias marcas de pisadas pero podían ser del abogado. Luego le hizo caso al Sheriff y salió de las instalaciones. Le pidió la documentación a Tommy para comprobar que sus credenciales de colegiado eran correctas. Al ver que todo estaba en orden, le mandó regresar por donde había venido.

—Creo que se ha quedado usted sin cliente, letrado —comentó Jane.

—Se equivoca agente. Mientras no lo condenen, sigo representando a Malcolm Lino en este estado —aclaró Tommy.

—Eso es cierto. Pero hasta que lo encontremos, no necesitará de sus servicios. ¿Salvo que usted sepa dónde se encuentra? —preguntó Jane.

—Tengo acaso cara de pitonisa, ni siquiera he tenido la oportunidad de conocerlo en persona. Si ustedes hubieran hecho bien su trabajo, todavía se encontraría encerrado en su celda. En cuanto lo detengan, tienen la obligación de avisarme, espero que al menos eso sean capaces de hacerlo bien. Soy su abogado y quiero dirigir su defensa desde el principio —exigió Tommy.

—No se preocupe. Su cliente ahora es sospechoso de asesinato, le llamaré en cuanto lo tengamos para que lo represente. Según marca la ley: todos tenemos derecho a una buena defensa —cedió Jane.

—¿Cómo es que una chica tan joven dirige una investigación tan complicada? —preguntó Tommy.

—Eso no es asunto suyo. Mejor que se vuelva a San Francisco con su familia. Es posible que en unos días le haga una visita para tomarle declaración sobre lo ocurrido —dijo Jane.

—No debería hacerlo ahora muchacha —replicó Tommy visiblemente alterado.

—Lo haré, más adelante, cuando se haya calmado. De momento nos valen las primeras impresiones que nos ha trasmitido. Así tendrá tiempo de reflexionar sobre lo que ha visto. Tiene mala cara letrado, lo entiendo. Es normal impresionarse la primera vez que uno ve un cadáver —apuntó Jane.

—Sí, ha sido un día duro. Llámeme si necesita cualquier cosa o simplemente para mantenerme al tanto de la investigación —dijo Tommy entregándole una elegante tarjeta con marca de agua.

Jane la metió en el bolsillo de su cazadora y se despidió de él. Una universitaria y un joven agente asesinados en tan pocas horas, resultaría complicado mantener a la prensa alejada de todo aquello. Pero debían intentar hacerlo, si se corría la voz de que andaba suelto un asesino por el parque, comenzarían las cancelaciones de todas las excursiones y el impacto económico para la localidad resultaría terrible. Muchas familias vivían exclusivamente del turismo. Debian localizar a Malcolm, cuanto antes. Por eso, dejó a sus agentes trabajando en la recopilación de pruebas y comenzó a barajar distintas hipótesis sobre el paradero del fugitivo. Aunque en el fondo sabía que no le resultaría sencillo localizarlo y, probablemente, Malcolm no estaría solo en todo aquel tinglado.

Capítulo 7

El rostro desfigurado del Hombre Quemado le recordaba a alguien muy viejo. Malcolm no conseguía recordar a quién. Había entrado como una exhalación en la comisaría sorprendiendo al agente Glen que se encontraba cubriendo el expediente de su detención en ese momento. El agente apenas reaccionó al contemplar el borrón de su gesto al sonreír: la boca carecía de labios, de la nariz deformada solo se distinguían las fosas nasales, los lóbulos de las orejas eran colgajos de un tejido sin forma; y las cuencas oculares de una negrura tan profunda que no lograba distinguirla de sus pupilas.

Aterrado el agente Glen debió tratar de defenderse, desde su posición en la celda Malcolm no pudo ver como el Hombre Quemado lo reducía desarmándolo y lo atacaba con sus garras de acero. El agente Glen malherido, debió de tratar de huir al bosque saltando por la ventana. Luego Malcolm escuchó aquellos horribles alaridos de dolor procedentes de la espesura que casi le revientan los tímpanos. Se imaginó al Hombre Quemado insertándole las ramas de un arbusto al joven por todos sus esfínteres.

Estaba ovillado en un rincón de la celda, cuando escuchó unos pasos acercarse. Aquel ser tenía las manos tan arrugadas que carecían de huellas dactilares. El pánico se apoderó de él, todo daba vueltas a su alrededor y la cabeza parecía que iba a estallarle por momentos. Aquel rostro informe lo miró en silencio desde la negrura más profunda, instantes antes de girar la llave para abrir la celda y desaparecer dando media vuelta, tan sigilosamente como había venido.

Asustado Malcolm abandonó la estancia, saliendo desconcertado al exterior de la comisaría. Estaba seguro de que el cuerpo del agente Glen se encontraba entre la maleza. El Hombre Quemado cuyos mofletes eran puro sebo debió hacerle algo muy malo. Los restos de sangre llegaban hasta el alfeizar de la ventana. Seguro que la policía lo culparía a él de lo ocurrido. No se atrevió a mirar la obra de aquel demonio que terminaba de ponerlo en libertad. Fuera lo que fuese que le hiciese al agente Glen: si hubiese querido le habría hecho lo mismo a él. En cambio lo había soltado, dejándolo libre. Debía largarse de allí o lo acusarían también de aquel homicidio. Dos muertes en menos de veinticuatro horas, era más de lo que cualquier hombre pudiese soportar sin perder la cordura.

Malcolm no se atrevió a mirar tras el follaje que había sido del agente Glen. Debía largarse de allí, antes de que llegase la policía. El rostro deforme de su liberador se le aparecería en sueños para torturarlo con su fealdad durante el resto de su vida. El Hombre Quemado iba vestido todo de negro, tenía el rostro demacrado y sus uñas largas eran de acero. Era como un ser de un mundo onírico. Su vago recuerdo lo perseguiría siempre.

Una voz interior le caló hondo, incitándolo a marcharse:

Huye, lárgate lo más lejos posible de esta pesadilla.

Entró de nuevo en la comisaría y reventó con una barra de hierro el candado del armero, llevándose un fusil que cargó sobre los hombros, una pistola reglamentaria y abundante munición que metió en una mochila de camuflaje. Después abandonó corriendo las instalaciones y se internó en el bosque. Ascendió hacia la montaña por un estrecho camino muy pedregoso que formaba el cauce de un río seco.

La subida era muy empinada, evitó los charcos para no dejar huellas en el barro. La sombra de

las alas de un quebrantahuesos pasó por encima de su cabeza. El camino se convertía en un sendero bien trazado donde, la acumulación de sedimentos dificultaba su avance. Allí arriba nadie lo encontraría, tendría tiempo de pensar en lo sucedido y le resultaría fácil cazar algún venado.

La imagen de Brenda, atravesada por las ramas del roble, no se iba de su mente. Supuso que había sido el Hombre Quemado quién la asesinó, antes de hacer lo mismo con el agente Glen: sus alaridos antes de morir todavía resonaban en sus oídos. Era como si le hubiesen paralizado el alma. En medio de aquel caos, varios interrogantes asomaban a su cabeza: ¿Quién era el Hombre Quemado? ¿Por qué abrió la puerta de su celda? ¿Por qué había matado a Brenda y al agente Glen?

Era como si aquella masa de epidermis informe, lo estuviese protegiendo de algo. Muy pronto lo sabría. Lo que le quedó claro a Malcolm era que sus motivos obedecían algún tipo de venganza. Alguien quería hacerle daño al señor Lance, posiblemente por eso mató a su hija. Lo que no entendía era por qué esa misma persona lo había liberado a él de la cárcel, llevándose otra vida humana por delante. ¿A quién le importaba un bledo su destino? Solo era un negro que cocinaba droga para Lance. Si realmente quería hacerle daño a su patrón: ¿por qué lo había dejado a él con vida? Aquello no tenía sentido. La cabeza iba a estallarle y no conseguía encontrarle lógica a nada de lo sucedido.

Al ascender por el angosto sendero se encontró frente a una vaca que le obstaculizaba el paso. El animal no mostró ningún signo de alterarse y permaneció con la cabeza gacha comiendo hierbajos. Malcolm la esquivó agarrándose a un arbusto y continuó su avance. En la majada había varias cabañas de pastores, pensó en ocultarse en alguna de ellas. Necesitaba guarecerse del frio, la noche se acercaba y a la intemperie lo pasaría mal. Se acercó a la más cercana, el portalón estaba abierto, dentro solo había forraje que, utilizó para prepararse un lecho. Regresó al bosque para buscar algo de leña y al volver encendió un fuego con un encendedor de gas que utilizaba para fumar hierba. Se alegró de llevarlo encima. Al menos no pasaría frio por la noche. La lumbre se encargaría de mantener caliente el chamizo de piedra y teja.

El cielo se estaba encapotando, a pesar de las previsiones, la lluvia parecía resistirse a aparecer. Pensó en Brenda, detrás de sus modales de niña bien, se escondía una fiera indomable, caprichosa, con ganas de manejar a todo el mundo. Eso formaba parte de la naturaleza femenina que tanto admiraba. Siempre le había parecido una diva inalcanzable para gente de su calaña, por eso cuando lo esperó insinuante en el bosque la noche anterior, el corazón comenzó a latirle con fuerza desmesurada. La chica tenía ganas de guerra y había salido a cazar en solitario. Sabía que él, no opondría resistencia a sus encantos, aunque pudiesen meterse en un buen lío.

—¿Qué haces aquí te has perdido? —preguntó Malcolm.

—Acaso tengo aspecto de andar perdida —contestó ella, bajándose la sisa del vestido y mostrándole parte de un pecho.

Malcolm se quedó sin habla. Luego trató de serenarse y salir de su mutismo. Era la hija de Lance, si alguien se enteraba de aquello, su padre le cortaría los huevos. Brenda se mordió el labio de una manera tan sensual que no lograba quitarse esa imagen de la cabeza. La melena rubia le caía como una cascada por el torso. Malcolm tuvo que pellizcase para darse cuenta de que no estaba soñando.

—Te ocurre algo chico, parece que te hubiese comido la lengua un gato ¬—dijo ella.

—¿Estás segura de esto? Tu padre me matará si se entera —apenas acertó a decir él.

—Solo soy una chica de carne y hueso, todos me miran como si fuese inalcanzable, solo por ser la hija de quien soy. Son unos malditos cobardes. Demuéstrame que tú no eres como ellos.

No tengas miedo, te prometo que no se lo diré a nadie. Será nuestro secreto —contestó Brenda.

—Puedo hacerte una pregunta —dijo Malcolm con timidez.

—¡Adelante! —exclamó ella.

—¿Por qué yo? Con la cantidad de niños bien que hay en la universidad, ¿por qué escoges a un fracasado como yo? Ni siquiera he sido capaz de conseguir una beca para jugar al baloncesto con mi hermano en San Francisco —preguntó Malcolm.

—Me parece muy injusto que no entraras en la NCAA, siempre lo dabas todo en la cancha. Me acuerdo del partido ante Stockton. Los de Mariposa íbamos un punto abajo y faltaban cinco segundos para terminar el encuentro. Antony te envió un pase desde nuestro campo y tú recibiste la bola en la línea de tres puntos. Entraste en la zona como una exhalación, saltaste tan alto que los defensas contrarios no pudieron hacer nada para pararte, creí que flotabas en el aire como un cosmonauta. La gravedad no existía para ti y acabaste colgado del aro. Fue un mate espectacular. Al final ganamos el partido de un punto gracias a ti. Nunca olvidaré ese instante, llegué a casa muy emocionada —explicó Brenda.

—¡Vaya! ¡Creo que ese ha sido el mayor éxito deportivo de mi carrera! —exclamó sonriente Malcolm.

—Desde entonces te llevo en mi corazón y te he seguido en cada entrenamiento. Estaba deseando que me invitaras al baile, pero tu cabeza parecía estar siempre en otra parte —dijo Brenda, dejando escapar una lágrima.

—Lo siento. Estaba demasiado ensimismado con el baloncesto, mi futuro pendía de un hilo. Al final no conseguí la beca para acceder a una universidad, todas rechazaron mis estancias. Ahora solo soy un empleado de tu padre. Mejor no me preguntes lo que hago —dijo Malcolm.

—No pienso hacerlo. No soy tonta. Sé de tus habilidades en clases de química. Una vez mezclaste sulfuros con nitratos y casi volamos todos por los aires.

—Para eso hacía falta añadir carburos, por eso todo se quedó en un susto. Yo lo sabía, solo quería gastaros una broma e impresionar a alguna chica, pero no tuve éxito —añadió entre risas Malcolm.

¬—Te aseguro que te equivocas, a mí me temblaron los muslos, todavía los tengo húmedos desde entonces —dijo Brenda ruborizada

¬—Lo siento no quería decir eso —añadió.

Los dos se miraron en silencio por un instante que pareció durar una eternidad.

—Escucharte decirlo, es lo mejor que me ha pasado en la vida —dijo Malcolm y sonaba a sincero.

—Me alegro tanto de oír eso —dijo Brenda.

—Eres muy guapa, siempre me lo has parecido ¬—Fue lo único que acertó a decir Malcolm, antes de que sus cuerpos se fundiesen en un largo abrazo.

Luego hundió su cara en los dorados cabellos de ella, todo parecía un sueño. Por eso al descubrirla colgada de un árbol unas horas más tarde, pareció despertar de él para siempre. A nadie podría contarle lo sucedido entre ellos aquella noche, pues eso lo convertiría en el principal sospechoso del crimen. Aunque pensándolo bien, lo acontecido en la comisaría esa tarde, lo implicaba directamente en una fuga con premeditación, acelerando todavía más el proceso. No solo era el principal sospechoso del crimen sino que era el único. Nadie creería su historia sobre el Hombre Quemado.

Al sentirla entre sus brazos, Brenda le preguntó si llevaba algo encima de la droga que cocinaba para su padre. Malcolm sacó un par de pastillas de éxtasis y se las entregó. Brenda las metió en la boca y acercando sus labios a los suyos: le pasó una con la lengua.

La joven tenía un tatuaje de la cabeza de un lince en el brazo derecho. Malcolm tenía tantos que, en su cuerpo apenas quedaba libre un trozo de piel, pero no llevaba ninguno en el cuello, ni en la cara, cosa que ella agradeció.

—Llevas más tatuajes que una estrella de la NBA —dijo Brenda desabrochándole los botones de la camisa— ¿Los llevas por algún motivo en concreto?

—Una estupidez, pensé que así me parecería más a Dennis Rodman, y tendría más posibilidades de que me fichase algún equipo universitario —contestó Malcolm.

—Son muy bonitos —comentó Brenda, acariciándole el pecho.

—Sobre todo este —continuó Brenda, parándose en una rosa tatuada a la altura del corazón.

—¿Te gusta de verdad? —preguntó Malcolm.

—Sí, dime que es para mí —contestó Brenda besando el tatuaje.

—La rosa es solo tuya —acertó a decir Malcolm.

El éxtasis les ayudó a desinhibirse y aceleró las cosas. La timidez se disipó y los cuerpos actuaron como si fuesen uno. Una vez culminado el acto, tardaron un rato en separarse. Ella le dijo que debía dejar de cocinar droga para su padre: era muy peligroso. La brigada de estupefacientes llevaba tiempo siguiéndole el rastro a sus negocios y se olían algo sucio. Debería volver a jugar al baloncesto, solo así podrían estar juntos. Siempre había sido muy bueno cogiendo rebotes. El último año que ganaron el campeonato de institutos fue gracias a él.

—Bueno creo que Antony y mi hermano Samuel son mejores que yo. Además, ganar esa competición no tuvo mucho mérito, porque nuestros rivales no eran muy buenos —dijo Malcolm.

—Te equivocas si lo eran. Mariposa es un instituto de un pueblo pequeño y no juega en una gran competición, eso no os quita ningún mérito, porque le ganasteis a equipos de institutos de poblaciones mucho más grandes. Es cierto que Samuel y Antony son muy buenos, pero el trabajo sucio lo hacías tú bajo los aros. Eres el mejor reboteador que conozco —dijo Brenda.

—Está bien, te lo agradezco. Aunque hace tiempo que no juego. Ahora lo importante es ayudar a mi hermano Samuel a triunfar en la NCAA. El lunes por la mañana su equipo se enfrenta a Santa Clara —dijo Malcolm.

—Lo sé, pero esta vez no iré a verlos, tengo clases en la universidad. Mañana por la noche juegan los Lakers. Es posible que me acerque a tu casa para ver el partido juntos —comentó Brenda mientras se vestía.

—Muy bien. Ha sido el mejor día de mi vida. Espero volver a verte muy pronto —dijo Malcolm, después la acompañó hasta el coche y se despidió de ella con un beso.

Anoche Malcolm la esperó, pero Brenda no apareció para ver el partido; tal vez el Hombre Quemado se encargó de que no lo hiciese. La atacó y la asesinó, atravesándola con las ramas en lo alto de un roble. Había suficiente distancia para que sus gritos no se escuchasen desde su casa. Malcolm lamentaba su perdida, también no haberla invitado al baile del instituto. Era muy guapa, todos los chicos soñaban con ir con ella al baile, pero nadie se atrevió a pedírselo. Su padre era con diferencia el hombre más rico del condado, por lo que todos lo respetaban y temían a partes iguales. Por eso se mantenían alejados de ella. Ahora Brenda estaba muerta, nunca podría volver a abrazarla y todo lo que sentía por ella acabaría en el sumidero del olvido.

Al no presentarse esa noche para ver el partido en su casa, Malcolm pensó que su idilio, solo se trató de un juego para ella. Él era un cero a la izquierda. Mejor así, los dos pertenecían a mundos distintos, cuyos universos estaban destinados a no volver a coincidir. Él no se había hecho demasiadas ilusiones por si acaso. Conocía a las chicas de su status y nunca saldrían con tipos como él.

Hacía unas semanas Malcolm había aceptado dinero de la tía de Brenda por acostarse con él. La mujer del reverendo era muy viciosa en la cama, le pidió cosas que a él, siempre le habían dado pudor. Eva Parker era una cincuentona muy cachonda. Pero a Malcolm le llegaba con lo que ganaba cocinando droga para su hermano Lance, no necesitaba vender su cuerpo por dinero. Fue bonito mientras duró, pero si su jefe se enteraba de que se estaba cepillando a su hermana, podría meterse en graves problemas.

Eva estaba muy loca e intentó contactar con Malcolm varias veces. El chico le dijo que era muy peligroso que alguien los viese juntos y que era mejor dejarlo. Ella no se lo tomó a bien, pero pronto desistió de su empeño; al fin y al cabo era una mujer casada y debía mantener cierto decoro. Lo que ella ignoraba era que el Sheriff Nick conocía su secreto. Después de lo sucedido con Brenda, su relación con Malcolm podría acarrearle algún problema con la policía.

Ella pasó toda la noche en casa con su esposo, cuando Brenda fue asesinada, por lo que tenía una sólida coartada, pero el sheriff sabía que Eva conocía el interés de su sobrina Brenda por Malcolm, y se temía que movida por los celos hubiese contactado con un asesino a sueldo para deshacerse de ella. Solo Malcolm sabía que ese individuo era el Hombre Quemado. La policía debería de averiguarlo. El problema era que salvo él, nadie conocía su existencia. El Hombre Quemado no existía para nadie. Era un ser abrasado por las llamas del infortunio, sin huellas dactilares, ni rostro visible, probablemente, tampoco disponía de carnet de identidad; puede que solo se tratase de una figura sobrenatural que mataba por el placer de hacerlo, ningún humano podía sobrevivir a unas quemaduras de ese tipo.

Después de lo que hizo el Hombre Quemado con Brenda, Malcolm dudaba de que se tratase de su ángel de la guardia, a pesar de haberlo liberado de la celda de la comisaría. Quizás lo hizo para que no le atribuyesen a él, la autoría de los dos asesinatos. Una vez diesen con Malcolm, debido a la virulencia de ambos crímenes, nadie lo libraría de la pena de muerte. Malcolm sabía que la policía lo encontraría tarde o temprano sino lo hacían antes los hombres de Lance. De una u otra manera, sus días de libertad estaban contados y desde la cárcel, ya no podría ayudar a su hermano Samuel a triunfar en la NCAA.

Capítulo 8

Aparcaron frente a una valla de madera pintada de blanco. La agente Jane se bajó de la furgoneta por el lado del ocupante. El agente Lobo lo hizo por el lado contrario. El seto de servales estaba podado, dibujando siluetas cónicas amorfas que, delimitaban un pasillo central de losas que conducía al porche. La casa era de madera pintada de verde con las esquinas blancas. Habían tocado el timbre antes de entrar en la propiedad y Eva Barker los esperaba en bata de casa en el zaguán. El Sheriff Nick la había telefoneado previamente para avisarla de lo sucedido con su sobrina y el agente Glen.

Eva les ofreció café. Jane lo rechazó y Lobo aceptó la invitación con una sonrisa. Ambos se sentaron en unas sillas de forja en el jardín, junto a una mesa circular de tres patas. La mujer del reverendo era baptista como su marido y, nunca aceptó la idea de que la madre de Jesús lo trajese a este mundo siendo virgen. Los Baptistas eran evangelistas y no creían, ni en la virgen, ni en los santos. En eso Jane Barret coincidía con ellos. Aunque la agente federal después de perder a sus padres, hacía mucho tiempo que ya no creía en nada. Eva le sirvió un café caliente a Liam que se lo agradeció con la mirada. Luego tomó asiento frente a ellos.

—Es horrible lo sucedido a mi sobrina. ¿Ustedes dirán en que puedo ayudarles?

—Señora Eva. Iré al grano. Su marido nos ha confirmado que pasó la noche con usted en casa mientras alguien asesinaba a Brenda en el bosque. Por lo tanto tiene una coartada sólida para el crimen, pero un testigo fiable nos ha confirmado que usted pagó por servicios sexuales a Malcolm Lino durante un tiempo. Al cabo del cual, el chico decidió dejar de prostituirse, algo que usted achacó al posible interés de su sobrina en él. Tenemos una grabación donde se escucha como usted amenaza a Malcolm con contárselo a su hermano Lance, si decide mantener relaciones con la muchacha fallecida —expuso Jane, por supuesto lo de la grabación era mentira, pero ello le daba un mayor énfasis al relato.

Eva enmudeció, las palabras de Jane la cogieron tan desprevenida, que no se molestó en desmentir nada. Estaba claro que no se esperaba que la agente federal dispusiese de esa información.

—¿Cómo sabes eso? —Fue lo único que acertó a decir.

—Eso no es asunto suyo. ¿Está usted tan enamorada de Samuel como para pagarle a alguien por matar a su propia sobrina? —preguntó Jane.

—Yo nunca haría nada de eso. Ese chico no significa nada para mí. Solo supuso un mero entretenimiento. Lo amenacé porque mi hermano nunca aceptaría su relación con Brenda. Yo sabía de la devoción de mi sobrina por él desde que jugaba al baloncesto en el equipo del instituto. Hace una semana Brenda vino a verme para charlar de sus cosas en la universidad. Me contó que no salía con nadie en San Francisco, todavía seguía medio pillada con Malcolm desde el instituto. Aunque nunca se atrevió a decírselo, temerosa de que él la rechazara. Ella y Malcolm llegaron a ser buenos amigos y salían con la misma pandilla en esa época, pero él siempre le mostró un gran respeto y, aunque, Brenda estaba deseosa de que Malcolm la invitase al baile, sabía que nunca se atrevería a pedírselo por ser hija de quien era —contestó turbada Eva.

—Usted sabía que su sobrina estaba colada por Malcolm —interrumpió Jane.

—Es cierto —corroboró Eva.

—Eso aún tiene más delito, sabiendo usted del interés de su sobrina por el chico, se atreve a pagarle por acostarse con él.

—¡Vamos! Yo no le pagaba por sexo, solo le hacía regalos y le proporcionaba algo de dinero para que ayudase a su hermano Samuel a sufragar sus gastos en la universidad. Lo que yo hacía era como una especie de donación por una buena causa. Dios me lo agradecerá desde el cielo —. Se defendió Eva.

—¿Cómo comenzó lo suyo con Malcolm? —insistió Jane.

—A mí también me gusta el baloncesto como a Brenda. Soy seguidora del equipo de básquet del instituto de Mariposa desde hace años. Los chicos siempre sintieron mi aliento en las gradas. Es maravilloso ver todos esos músculos bailando sobre el parqué, cualquiera no se pone cachonda. Malcolm era el más fuerte de todos, con dieciséis años medía más de dos metros y tenía un culo para morirse. Esperé a que fuese mayor de edad para seducirlo un día a la salida de la iglesia. Lo invité a mi casa a tomar un té con la excusa de hablarle de la Biblia. ¡Dios me perdone de una cosa pasamos a la otra! ¡La carne es débil! —contestó Eva.

—No le importó ser la esposa del reverendo —apuntó Jane.

—Mi diosito entiende las debilidades de la carne. Él sabe que yo siempre cumplo en la cama con mi esposo. Mi marido me adora.

—Pero usted no tiene suficiente con él —dijo el agente Liam Lobo que comenzaba a tener un conato de erección con aquella conversación.

—Nunca dije que fuese una santa, tampoco creo que pase nada por darse una un capricho de vez en cuando. No me diga que Malcolm Lino no está para comérselo —dijo Eva, dirigiéndose a Jane.

—No lo sé. Esta mañana solo vi a un muchacho muy asustado al descubrir el cuerpo de su sobrina colgado de un árbol, luego resulta que alguien le ayudó a salir de la celda y encontramos a pocos metros de comisaría el cadáver del agente Glen insertado en un acebo. No le parece todo muy raro —apuntó Jane.

—Sí, lo es y desde que lo sé: no he parado de rogar a Dios por las almas de mi sobrina y del joven agente. Es horrible todo lo que ha sucedido.

—¿Cree usted que Malcolm pudo matarlos a ambos ayudado por otra persona? —preguntó Jane.

—Es posible. Eso tendrán que averiguarlo ustedes. Puede que me haya estado acostando con un psicópata —contestó Eva.

—Durante su relación con él, mostró algún tipo de comportamiento agresivo en el lecho —intervino el agente Lobo.

—Era una bestia. Me sujetaba por la melena, tirando de ella con fuerza y me empotraba contra la cabecera de la cama, pero a mí me gustaba. Se me mojan los muslos solo de pensar en ello.

—Y eso a su dios le parece bien —replicó Jane.

—No lo sé. A mi diosito solo le pido por la salud de mi familia para que los proteja a todos desde el cielo.

—Cómo hizo con Brenda —soltó Jane.

—¡Lárguense de aquí! ¡Ya les conté todo lo que tenía que contarles! ¡No hablaré más sin la presencia de un abogado! —exclamó Eva, que no le habían sentado nada bien las insinuaciones de la agente federal.

—¡Disculpe a mi compañera! No pretendíamos ser groseros. Llevamos un día de perros. ¿Tiene usted idea de dónde puede ocultarse Malcolm? —intervino el agente Liam en plan

conciliador.

—No lo sé. Solo espero que lo encuentren pronto y se pudra en prisión por lo que le hizo a mi sobrina. Hice bien en no seguir acostándome con ese animal: yo también podría estar muerta. ¿Quién me asegura que no regresará para matarme? —preguntó Eva, visiblemente aterrada tras los últimos acontecimientos.

—Está bien. No se preocupe, enviaré a un agente para vigilar la casa. Si recuerda algo que pueda ayudarnos a resolver el caso, no dude en llamarme ¬—dijo Jane Barret, entregándole una tarjeta.

—De acuerdo y le pediré a Dios que lo encuentren pronto. Si Malcolm le ha hecho algo a mi sobrina, merece morir en el infierno —dictaminó Eva.

—Gracias por su colaboración. Ruegue a Dios para que encontremos al verdadero culpable, señora Gordon —dijo Lobo.

—Así lo haré. Mi diosito les ayudará a resolver este caso. No tengan duda de ello. Mi marido me adora y le tengo un gran respeto, por eso les ruego que no le cuenten nada de esto a nadie. Para que hacer sufrir a los que amamos sin necesidad de ello. El adulterio no está bien, pero Dios sabrá perdonarme. Entiendo que mi cuerpo físico y mi alma son cosas distintas. Mi alma solo pertenece a mi esposo, mi cuerpo puedo compartirlo con quien me apetezca —precisó Eva.

—Pero lo hace sin su consentimiento —apuntó Jane.

—Prefiero no contarle nada de mis aventuras extraconyugales, para que hacer sufrir al pobrecito. Ya saben lo que dicen: ojos que no ven corazón que no siente —dijo Eva.

—Muchas gracias señora Gordon, por su tiempo. Y no se olvide de rezar por todos nosotros —dijo despidiéndose Liam.

—Lo haré pero los baptistas nunca rezamos, solo le pedimos cosas a Dios —explicó Eva.

—¿Y por qué no le piden dinero? —preguntó Jane.

—Eso no se le puede pedir. Le pedimos por nuestra salud y la de nuestros seres queridos y cosas así —contestó Eva.

—Eso suena muy bien —dijo Lobo.

—De eso se trata joven, puede venir a visitarme a casa cuando quiera y le explicaré nuestra doctrina en profundidad. Mejor por las tardes sobre estas horas que mi marido está en catequesis y puedo prestarle toda mi atención —dijo Eva, guiñándole un ojo.

Sus palabras sonaron con cierta lascivia en los oídos de Lobo, que intimidado por la cincuentona no se atrevió a contestar. Prefirió darse media vuelta con el corazón latiendo a todo ritmo, y un tremendo bulto en su entrepierna que trató de ocultar con las manos ante su jefa. Tenía la cara como un tomate. El rubor le había ascendido por las mejillas hasta la frente y se puso a silbar para disimular. No quería delatarse delante de ella, no quedaría muy profesional, además Eva Barker era solo una vieja y él nunca se había acostado con una mujer tan mayor. Aunque debía reconocer que conservaba muy bien sus líneas y las hormonas la habían proveído de un trasero y un pecho descomunal que, todavía resultaba tentador para cualquiera.

Los agentes abandonaron la vivienda dejando a la mujer del reverendo Benny Gordon con sus plegarias. Jane lucía una sudadera verde de Ellesse que había comprado por internet. La agente especial también tenía un cuerpo fabuloso, cuyas curvas ocultaba bajo prendas deportivas dos tallas más grandes que la suya. No tenía pareja actualmente, ni tampoco pensaba en ello. Se pasaba los días trabajando y escalando en el rocódromo, cuando no podía salir a la montaña a hacerlo. No tenía tatuajes, ni fumaba. Solo era adicta a escalar y al trabajo. Desde que se había graduado en criminología en Harvard, se instaló en un apartamento en Boston, aunque debido a su afición a la montaña, viajaba constantemente por todo el país. Ella y Lobo nunca se habían

liado. Liam a pesar de andar continuamente salido, por alguna extraña razón que su entrepierna no entendía, siempre la trató como a una hermana. Para el agente Lobo el cuerpo de su jefa era terreno vedado.

La historia de Eva y Malcolm lo había puesto como una moto. Jane que lo conocía bien, lo intuyó enseguida, pero no dijo nada del tema. Sabía de la precocidad de su compañero con las mujeres y como mantenerlo a raya, por lo que prefirió no hacer comentarios al respecto para no avivar más el fuego.

Había sido un día muy largo y estaba deseando alojarse en el Mariposa Lodge, un hotel increíble con la fachada de color gris, habitaciones grandes con balcón en la planta alta y con terraza en la baja; además la parte trasera tenía una piscina redonda y le apetecía darse un baño. Dejaron la Dodge en el aparcamiento, antes de ocupar sus respectivas habitaciones para cambiarse.

Jane se lanzó la primera, lucía un discreto biquini blanco estampado con flores azules que a Liam le encantaba. El agente Lobo era doce años mayor que ella y disfrutaba como un niño a su lado. Después de nadar durante un rato, ocuparon dos hamacas situadas frente a unos columpios blancos. Ella dejó caer su melena azabache sobre el borde del respaldo y tomaba el sol con sus Ray-Ban negras. Estaba descomunal, todo en ella relucía. Era la agente especial más hermosa de la agencia y también la más joven.

—¿Qué opinas de Eva? —preguntó Lobo.

—En principio, pienso que no tiene nada que ver con lo sucedido, solo porque una mujer casada decida echar una cana al aire de vez en cuando, no debemos sospechar de ella —concluyó Jane.

La agente federal estaba disfrutando del sol, por lo que decidió aprovechar el tiempo para centrarse en la lectura del diario de Brenda. No esperaba que un anuario de hacía dos años le aclarase demasiado sobre el caso. Pero le ayudaría a conocer el ambiente en que se movía la joven. Esperaba le esclareciese al menos su relación con sus compañeros de clase. Eva había dicho que ella y Samuel pertenecían a la misma pandilla en el instituto. Seguro que en el diario de la joven hablaba de todos sus miembros, sería un primer paso para saber algo más de la vida de la víctima y su manera de relacionarse con su entorno en aquella época.

Llevaba tiempo leyendo solo novelas de misterio y le vendría bien leer algo diferente para desconectar de tanta ficción y centrarse en algo más real. El diario de la muchacha le resultó estimulante y estaba escrito con muy buena prosa, para salir de una chica que estaba cursando el último año de secundaria en su pueblo natal. De eso hacía solo dos años. Desde entonces había estudiado la carrera de derecho en la universidad de San Francisco. Jane era consciente de que la noticia no tardaría en saltar a la prensa, por lo que debía apresurarse a averiguar todo lo posible sobre el caso, antes de que los medios metiesen cizaña y lo enfangaran todo.

Segunda parte

LAS HOJAS

Capítulo 9

Diario de Brenda Barker
Lunes, 19 de abril de 2021

La clase de matemáticas se me hizo eterna. Los logaritmos nunca han sido mi fuerte. Espero no volver a tocarlos cuando me inscriba en la universidad para estudiar derecho el próximo año. Lo mío son las letras y las leyes. Los números no se me dan demasiado bien.

Estoy sentada en los pupitres del fondo. Cuando las disertaciones del profesor me aburren, dibujo flores y mariposas en mi cuaderno de apuntes, es una manera de evadirme, y no es que se me den tan mal las matemáticas, pero necesito tener una base real para aplicarlas. Por eso para hacer las clases más soportables, intento centrarme en un número base que me guste y luego lo aplico al logaritmo. Un ejemplo es la expresión $10^2 = 100$, el logaritmo en base 10 de 100 es 2; supongo que lo mismo podía aplicarse al baloncesto, teniendo en cuenta el número de triples que encesta un tirador durante un encuentro. Si son 3 de 3, la expresión $3^3 = 9$, el logaritmo en base 3 de 9 es 3. Pero cualquier tonto sabe que multiplicar un número por tres es elevar este al cubo.

Ahora sabéis hasta dónde puede llegar mi estrecha mente en cuestión de logaritmos. Otra cosa que se me da mal es pasar desapercibida entre los compañeros de clase. Sobre todo los chicos, todos hacen lo imposible por mantenerse alejados de mí, temen les pegue el sida o la lepra. Aunque no soy ninguna leprosa. Solo soy la hija del empresario más potente de la zona, que según mi opinión tiene la inmerecida fama de que sus negocios no son del todo legales. Tal vez yo soy una ingenua al ser la única de la clase en creer en la supuesta legalidad de las empresas de mi viejo.

Escucho murmurar sobre mí a grupos de jóvenes a mis espaldas, supongo que tienen a mi progenitor por una especie de caudillo de la mafia. Para ellos mi padre es como el personaje del Padrino en la película de Coppola. No soy tonta y soy consciente de que puede que los negocios de mi padre no sean del todo legales, pero dan de comer a medio condado, por supuesto, el otro medio lo odia y por extensión a mí también. Soy la hija del Padrino. En realidad solo soy una chica de dieciocho años que se siente muy sola. La mayoría de mis compañeras de clase ya han perdido la virginidad. Yo voy a tener que pagar para ello. Nadie quiere acostarse con la hija del cacique local, por miedo a las repercusiones que ello pueda traerle.

Al salir de clase la mayoría de los alumnos se van a la biblioteca a estudiar. El silencio sepulcral nunca ha sido lo mío. Necesito un lugar más bullicioso para concentrarme en mis apuntes. Bastante silencio hay en mi casa ya, como para meterme en una biblioteca o en una iglesia. Mi vida está llena de demasiados silencios que quiero llenar con algo de emociones y ruido.

Mi prima Elisabeth y mi compañera de clase Shania Turner que es hermana de Anthony me acompañan al pabellón de baloncesto. El ruido de las zapatillas resbalando y los balones botando sobre el parqué o chocando contra los tableros es estimulante, pero una vez te acostumbras resulta relajante y te lleva a otra dimensión. ¿Quién quiere estudiar en la biblioteca pudiendo hacerlo viendo entrenar a los chicos?

Shania mide sobre un metro sesenta y cinco, casi tres centímetros más que yo. Lleva el pelo corto, su piel oscura contrasta con la mía que es como la mantequilla. Tiene una cara preciosa pero un carácter de mil demonios, supongo que la vida no la ha tratado muy bien. Los fines de

semana se los pasa trabajando en el Blue Blod de camarera. Es un local situado a las afueras de Mariposa que sirve sobre todo hamburguesas y cerveza. Sabe que nunca va a ganar el dinero suficiente para poder ingresar en la universidad, aunque ella insista en terminar el bachillerato con buena nota. A pesar de su nombre el Blue Blod dista mucho de ser un bar de vampiros, ni nada parecido. El nombre se lo puso Arturo Evans su dueño, por su parecido con el actor Charlie Human en su papel de rey Arturo en *La leyenda de Excalibur*. Sus amigos le llamaban de broma rey Arturo y le decían que era de sangre azul. La cosa le pareció tan graciosa que, todo el pueblo antes de la inauguración le pidió a Arturo que le llamase así al bar. El Blue Blod era también un lugar de encuentro para la juventud y lo visitaban con frecuencia muchos estudiantes. Entre ellos algunos alumnos del Mariposa County High School.

Mi prima Elisabeth es hija de mi tío el reverendo Benny Gordon y Eva Barker, la hermana de mi padre. Es una joven muy retraída, suele guardarse las cosas dentro debido a su educación religiosa, a la que fue sometida en casa por su padre el reverendo Gordon. Tiene el pelo castaño, estatura mediana y un pecho generoso como su madre. Aunque lo oculta bien bajo amplias sudaderas deportivas. Elisabeth es la única de las tres que juega en el equipo femenino de Voleibol.

El profesor de Educación física nos obligaba a escoger una modalidad deportiva al principio de curso para subir la nota. Elisabeth escogió el Voleibol, Shania el beisbol y yo el baloncesto, pero debido a mi altura me dejaron fuera del equipo. Al enterarse de quién era hija: el profesor aterrado corrigió su error y me incluyó como segunda base. Eso no me gustó nada, no quería ningún trato de favor sobre las otras aspirantes al puesto, pero mi amor por el baloncesto pudo más que mi orgullo y mantuve la boca cerrada. No soy ninguna maravilla en la cancha, sé que no tengo ninguna posibilidad de entrar en la NCAA femenina y mucho menos en la WNBA, pero por lo menos hago algo que me gusta.

Las tres somos inseparables, vamos juntas a todas partes, nos gustan los mismos chicos y todos juegan en el quinteto titular del equipo de baloncesto masculino del centro. Nos pasamos la tarde viéndolos entrenar, mientras repasamos los apuntes. A mí me atrae especialmente Malcolm Lino que juega en el puesto de pívot, es el más alto y fuerte del equipo y es un gran reboteador; todo lo que no entra en el cesto y sale despedido del tablero, termina irremediablemente en sus manos, siempre y cuando, le tenga ganada la posición a sus rivales. Es un jugador muy polifacético, arremete contra los tableros como un bestia para taponar los lanzamientos de los atacantes. Bloquear un tiro es una jugada defensiva espectacular, el momento más sublime del defensor y requiere una habilidad extrema para ejecutarlo.

A Elisabeth, aunque nunca dice nada, se le nota que está coladita por Anthony el base titular. Ella bebe los mares por él, pero hace esfuerzos sublimes de no demostrarlo delante de su hermana. Shania es muy buena bateadora y es muy protectora con él, por eso yo y Elizabeth, nunca sacamos el tema delante suya. Anthony es muy bueno driblando, tanto que a los defensas rivales, les cuesta mucho quitarle la pelota. Sabe cómo protegerla, manteniendo las rodillas dobladas y el cuerpo inclinado; colocándose para ello entre el defensor y el balón. Extendiendo el brazo hacia el suelo: lo bota a pocos centímetros del parqué. Su baja estatura para este deporte —mide sobre metro ochenta y cinco— le ayuda sin embargo a ejecutar el movimiento a la perfección. Debe mejorar su porcentaje de triples y será un jugador imparable. Es posible que si no crece lo suficiente: no tenga cabida como base titular en ningún equipo de la NBA, pero siempre podrá jugar en Europa.

Y por último está el favorito de Shania: Samuel Lino el hermano de Malcolm. Es un gran tirador, encesta la mayoría de los tiros que lanza cerca de la zona, también se mueve bien bajo la

canasta, realizando saltos espectaculares que terminan en mates. Igual que Anthony también tiene que mejorar su porcentaje de triples. El problema para Shania es que el carácter de Samuel es totalmente opuesto al suyo. Es un joven muy abierto que sonríe continuamente, cosa que ella rara vez hace. Es muy gruñona. De todas maneras Samuel, al ser el mejor jugador del equipo, terminará marchándose pronto lejos de Mariposa. Algo que Shania no podrá impedir. Ella lo sabe, por eso no intenta nada con él. Pero ya veremos que sucede: si Samuel decide invitarla al baile. Ninguna chica puede resistirse a sus encantos, por suerte para ella, Samuel pertenece a nuestra pandilla, junto a Anthony y Malcolm. Hemos quedado con ellos al terminar los entrenamientos para tomar algo en el Blue Blod. Por eso agradecemos el instante en que el entrenador Harlan Kane los envía a las duchas.

Harlan es un entrenador duro, siempre les exige lo máximo a los chicos en cada jugada. Cuando las cosas no salen como él quiere, los castiga haciéndolos correr por toda la cancha. Se nota que jugó en la NBA junto a Kobe Bryan antes de lesionarse la rodilla. Las malas lenguas comentan que el empujón que le dieron cuando se lesionó fue intencionado, pero el alero de los Bulls Rhos Stanton se disculpó y Harlan nunca le recriminó nada. La rodilla hizo Crack y fue el final de su carrera como jugador. Rhos Stanton fue acusado posteriormente de amañar partidos por un tema de apuestas deportivas. Mucha gente de Los Ángeles piensa que Rhos lesionó adrede a Harlan por un tema de estadísticas. Nunca pudieron probarlo, pero Harlan llevaba cinco asistencias durante el partido, cuando Rhos lo golpeó con el hombro, mientras estaba desplazando el balón, la rodilla se dobló superando el límite de la elasticidad de los ligamentos y el menisco estalló en pedazos, dejándolo fuera de combate. Estaba claro que con la rodilla lesionada, Harlan no podría repartir más asistencias.

Un hábil periodista deportivo descubrió que Axel Miracle el dueño de varios flamantes casinos en las Vegas se había endosado una importante suma de dinero, acertando el número de asistencias que dio Harlan en ese partido y, ello no podía ser casualidad; sobre todo porque las cámaras habían captado las imágenes de Rhos perdiendo grandes sumas de dinero jugando al Blackjack en una de las mesas pertenecientes a uno de esos establecimientos regentados por Axel.

La policía judicial destapó que Rhos debía dinero al dueño del casino, pero en este caso, no lograron probar su relación con la lesión de Harlan. Aunque sí, con el amaño de otra decena de partidos. Aunque finalmente Axel fue imputado por el caso de las cinco asistencias, sus abogados eran tan buenos que lograron liberarlo de los cargos y el asunto ni siquiera llegó a juicio. Las imágenes no lograron probar la relación de las deudas de juego de Rhos con la lesión de Harlan. Necesitaban más pruebas. Al parecer no era Axel el único con el que tenía deudas de juego Rhos. El alero de los Bulls fue declarado culpable de varios amaños de partidos por cuestión de apuestas y condenado a cuatro años de prisión, pero al carecer de antecedentes y confesar ante el tribunal su adicción al juego, Rhos no llegó a cumplir condena y fue ingresado en una clínica de rehabilitación.

Era algo que a Harlan le revolvía el estómago, pero aunque lo matase por lo que le hizo, ello no le devolvería la rodilla. Debería aprender a vivir con su mala fortuna, simplemente, estaba en el sitio equivocado y en el momento en que otros decidieron terminar con su carrera. Harlan quiso pensar que la intención de Rhos nunca fue provocarle una lesión grave, solamente sacarlo del partido. El infortunio se encargó del resto. A pesar del dolor que le provocó su situación, Harlan no había dejado de amar el baloncesto y proyectaba su ira en cada entrenamiento con los chavales, exigiéndole a sus jugadores lo máximo. Sabía que su maltrecha rodilla nunca le permitiría volver a jugar al nivel que lo hacía en la NBA, pero si exprimir al máximo a sus

pupilos. Soñaba con un día entrenar a los Lakers, aunque antes debía realizar una larga fase de aprendizaje en otras categorías inferiores. Cuando le ofrecieron entrenar al equipo de Mariposa County High School: no lo dudó un momento. Si lo hacía bien le serviría de trampolín para acceder a la NCAA y de ahí a la NBA: solo quedaba un paso.

Capítulo 10

Diario de Brenda Barker
Sábado, 15 de mayo de 2021

El bosque nos engulle con su espesura. Las gotas de rocío doblan con su peso los tallos de los helechos amenazando con quebrarlos. Las tres chicas vamos en la cola, en una fila que encabezan los varones. Los seis nos internamos en la umbría por un estrecho sendero que asciende en zigzag hacia un claro. El paisaje cambia al llegar a la cima y agradecemos el espacio abierto para poder respirar libres de humedad de la fronda.

Nos detenemos frente a una turbera. Los márgenes del humedal son de un brillante color turquesa. «No sé si os habéis fijado pero todo está más brillante después de caer la lluvia». Les digo a los chicos. El color turquesa de las turberas se debe a la acumulación de material vegetal en descomposición. Es un color muy chulo me flipa. La caminata por el bosque me hace sentir libre. Esta excursión la organizaron Anthony Turner y Samuel Lino, después de beberse dos jarras de cerveza cada uno la otra noche. Estaban exultantes celebrando su victoria sobre el instituto de Mokelumne Hill.

Este último mes ha ocurrido un hecho que no ha pasado desapercibido para mí. El continuo acercamiento entre mi prima Elisabeth Gordon y Anthony Turner parece evidente. Su relación va por buen camino. Aunque él parece más pendiente del baloncesto que de ella. Elisabeth por su parte es muy amiga de Shania y sabe que a ella, no le gustaría que saliese con su hermano menor. Anthony por la suya sabe cómo son las chicas y no quiere poner en riesgo su carrera baloncestística. Si la deja embarazada tendrá que cargar con su error el resto de su vida. No podrá jugar en la universidad de San Francisco y tendrá que buscarse un trabajo en Mariposa para mantener a la criatura. Un hijo no es ninguna broma.

Elisabeth teme que Anthony solo quiera aprovecharse de ella. En sus planes no entra liarse con él, salvo que Turner le prometa que se casarán en un futuro. Anthony Turner y Elisabeth Gordon son demasiado jóvenes para esa clase de promesas. Las relaciones interraciales podrían ser más problemáticas que una de miembros de la misma raza. Eso también los asusta. Ninguno de los dos se atreve a dar el paso, pero se les nota fuego en la mirada.

Mi prima Elisabeth se cohíbe de mirarlo directamente, su corazón palpita más rápido cuando está cerca de él. Anthony le muestra un hierbajo y se lo ata en el dedo índice. Ella sonríe por el detalle y se imagina que es un anillo de compromiso. Anthony es muy popular entre las chicas, pero Shania lo acompaña a todas partes, no quiere que ninguna de ellas eche a perder el futuro de su hermano. A las hermanas negras les encanta acostarse con los jugadores del equipo, algo que Shania sabe bien. Los quieren cazar como a presas muy codiciadas. Algo que no carece de sentido: si logran entrar en la NBA serán un buen partido para ellas. Shania no solo cuida de que su hermano Anthony no se líe con nadie antes de su ingreso en la universidad, también vigila de cerca a Samuel Lino.

Ella tiene claro que Samuel es el chico más guapo y resultón del instituto. Igual que Anthony, Shania sabe que Samuel pronto será seleccionado por una universidad para jugar al baloncesto. Shania no piensa impedir que los chicos se vayan. Algún día lo harán y saldrán con chicas del campus. Es algo inevitable. Seguro que ocurre lo mismo con Malcolm, por eso no me atrevo a pedirle de salir. Además, si mi familia de racistas se entera de que salgo con un mulato, me

desheredan seguro. En principio mis padres nunca me han puesto impedimento alguno para salir con chicos. Aunque conociendo a mi madre, seguro que no aprueba mi relación con alguien de otra raza, salvo que se trate del mismísimo príncipe de Zamunda.

Rectifico mis padres no son racistas sino oportunistas. Les da igual el color de la piel, si el portador del mismo tiene una cartera de valores en bolsa muy abultada.

La gente negra de Mariposa por lo general es muy pobre. Ninguno de nuestros amigos sería un candidato ideal para mis padres, salvo que alguno de ellos fuese elegido en el draft de la NBA. El reverendo Benny Gordon y mi tía Eva Barker siguen el mismo criterio que mis padres con Elisabeth. La reservan para alguien de las altas esferas. Un cualquiera no tiene cabida en nuestra familia.

Aunque somos demasiado jóvenes para tomar la píldora, las tres lo haríamos sin dudarlo en caso de ser necesario. Tener hijos, no entra dentro de nuestros planes de momento. Somos demasiado jóvenes para ello.

Dejamos atrás las turberas y nos acercamos a un viejo castaño abierto al medio por un rayo. Está lloviendo a mares. Nos metemos dentro de su tronco y nos acurrucamos unos contra otros. Siento el cuerpo de Malcolm apretarse contra el mío. Lo mismo hace Elisabeth con Anthony y Shania con Samuel. Se escucha el murmullo de nuestras risas, cuyo eco reverbera en el interior del árbol. Me acuerdo del cuento de Hansel y Gretel: me los imagino escondidos en el interior del castaño para ocultarse de la bruja. Alguien suelta una ventosidad. Las risas se vuelven más estridentes. El olor fétido.

Siento el calor agradable de los cuerpos apiñados en el interior del castaño para protegerse de la lluvia. Los seis ahora somos parte del árbol muerto. Imagino como se van abriendo ojos en su corteza, uno tras otro, mientras una luminiscencia halógena nos ilumina como si fuese navidad. Ojalá estuviésemos desnudos, carne contra carne, un rollito de ternera muy sabroso.

Elisabeth aprovecha para sentarse encima de Anthony. Sus cuerpos están tan juntos que me dan envidia. Sé que a veces soy demasiado impulsiva, por eso me siento encima de Malcolm. Él no se aparta pero su cabeza está en otra parte. Una chica necesita sentir que su chico la acaricia, que siente el mismo deseo que ella por tenerlo cerca. Eso no ocurre en este momento. Si alguna vez alguien lee mi diario, debería ponerse en cuarentena, debo tener alguna enfermedad contagiosa para que los chicos me rechacen.

En realidad Malcolm no lo hace. El pobretón está aterrado. Le gusto, pero no se atreve a dar el primer paso, yo tampoco. Sigue lloviendo, lo hace cada vez con más fuerza. Nos reímos de nuevo dentro del castaño. Estamos tan apretados que casi no nos podemos mover.

El cielo está oscuro. Es un mal día para salir de excursión. Si abandonamos el interior del tronco, acabaremos empapados. Decidimos esperar a que escampe. Los chicos nos preguntan por nuestros planes de futuro. Shania se quedará en Mariposa para ayudar a sus tíos con la tienda de alimentación. Elisabeth vendrá conmigo a San Francisco para hacerse abogada. Los chicos les da igual hacer una carrera que otra, con tal de conseguir una beca para seguir jugando al baloncesto.

—Algún día cuando triunfe en la NBA recordaré este día con cariño. Los seis apretujados dentro del árbol, sin espacio siquiera para poder respirar —dice Samuel.

—No lo creo —contesta Elisabeth escéptica.

—Créelo. Serás mi abogado —insiste Samuel.

—¿Para qué vas a necesitar un abogado? —pregunta Elisabeth.

—No lo sé. Supongo que para divorciarme de mi esposa y quitarle hasta el último céntimo —contesta Samuel.

—Para eso no cuentes conmigo —dice Elisabeth.

—Está bien. Todos os iréis del pueblo y yo me quedaré aquí, para ayudarle a mis tíos a pagarle la carrera a Anthony. No sé si trabajando en la tienda o siguiendo de camarera en el Blue Blod —protestó Shania.

—Alguien tiene que ocuparse de la tienda cuando se jubilen mis tíos. Te prometo hermanita que todo lo que gane en el baloncesto lo repartiré contigo —aclaró Anthony.

—Yo no sé si conseguiré una beca. Están muy solicitadas e igual tengo que quedarme en Mariposa contigo —apuntó Samuel.

—Entonces seremos dos los que nos quedemos en el pueblo —dijo Shania.

—Si ello sucede le diré a mi padre que te dé trabajo —dije sin pensarlo.

—Gracias Brenda —dijo Malcolm.

—Supongo que Shania y yo echaremos raíces en el pueblo, para ayudar a nuestros hermanos a jugar en la NBA —dijo resignado Malcolm.

—De todas maneras eres un jugador estupendo —dije en su defensa.

—Te lo agradezco Brenda, pero mis números en mi puesto aunque son buenos, no acaban de convencer al entrenador Harlan. Siempre me exige más. Lo entiendo. Mi marca personal de rebotes, puntos, tapones y asistencias: no alcanzan para conseguir una beca. Salvo por la asignatura de química, mis notas tampoco no son muy buenas. A vosotros dos todavía os queda tiempo para superar vuestras estadísticas. Para mí este es el último año de instituto —explicó Malcolm.

—Para mí y Elisabeth también. Anthony se graduará el próximo curso y tu hermano Samuel el siguiente —aclaré.

Sabía que Malcolm y Samuel se llevaban dos años. Ignoraba en que universidad terminarían. Ojalá fuese en la de San Francisco, así podría seguir viéndolos jugar. Elisabeth se alegraría de ello. Aunque es consciente de que había muy pocas probabilidades de que ello sucediera.

—Intentad conseguir una beca para San Francisco chicos. Así podremos seguir viéndonos —dije emocionada.

—Espero me seleccionen para jugar allí, pero de momento es solo un sueño. Por cercanía es posible que nos admitan en San Francisco, pero debo ser realista, para ello necesito mejorar mis notas ¬—dijo Anthony—. Lo más probable es que termine en Santa Clara o San Diego.

—Todavía te queda un curso entero para subir la nota, hermano. En cambio yo si no consigo una beca toda mi vida se irá a la mierda —dijo Malcolm.

Escucharlo me da pena. El pobre lo dice de verdad. Es consciente de que lo tiene muy complicado. Decido salir del árbol, el ambiente es cada vez más asfixiante allí dentro y ya no llueve con tanta fuerza. Me ajusto la capucha. Todos me siguen y regresamos al pueblo, antes de que vuelva a llover con más intensidad. La lluvia parece llevarse mis ilusiones de tener algo con Malcolm. Él está triste. Lo noto. Así nunca se va a fijar en mí. El baile de fin de curso se acerca y todavía no tengo pareja. La cosa está cruda, los chicos están obsesionados con el baloncesto. Es lo único que puede mejorar sus patéticas vidas. Lo único que los hace parecer diferentes. La magia del juego.

Son unos portentos físicos, nacieron para saltar a gran altura. Me recuerdan a las ardillas rojas del bosque. Toda esa potencia no sirve de nada, sin una gran dosis de sacrificio. Cada día que salen a la cancha a entrenar lo dan todo. Saben que para conseguir las becas deben convencer a los entrenadores. Cada universidad tiene un número limitado de becas por equipo. Los Mariposa County High School están haciendo una gran campaña este año. Pero no deja de ser un instituto de pueblo. Las posibilidades de que escojan a uno de ellos son más bien escasas. Solo ganando todos los partidos hasta el final de curso: Malcolm tendrá alguna oportunidad de conseguir una

beca. Es algo casi imposible, otros equipos son mejores que ellos y, él es consciente de que es el principio del final para sus sueños. Supongo que tiene motivos para estar preocupado.

Capítulo 11

Diario de Brenda Barker
Viernes, 21 de mayo de 2021

El partido empezó temprano. Los chicos sabían lo importante que era ganar. Para Malcolm sería la última oportunidad de entrar en la NCAA y llamar la atención de algún entrenador universitario. El pequeño pabellón de Mariposa estaba lleno a los topes y como siempre que los chicos jugaban en casa, Shania y Elisabeth me acompañaban en las gradas. Los jugadores de la ciudad de Vacaville vestían de blanco, los nuestros iban de verde como siempre que nos tocaba de locales. El verde me daba esperanza. Era un verde intenso como el de las praderas de Yosemite.

El partido comenzó con rápidas transacciones que terminaban en canastas fáciles para los muchachos de Vacaville y pronto se pusieron por delante en el marcador. Estaba claro que o espabilábamos o iríamos todo el embate a rebufo. Anthony había soltado unas cuantas pedradas y no acertaba con el cesto. El entrenador Harlan lo mandó al banquillo y sacó al base suplente. Les ordenó a sus jugadores presionar más en el perímetro de la zona para obligarlos a lanzar de tres. Ello facilitó que fallasen algunos lanzamientos y pudiésemos recuperar la pelota. El base sustituto conducía la bola a golpe de muñeca, mientras Malcolm y Miller se peleaban con los bloqueos para que Samuel recibiese el balón cerca de la línea de fondo y elevándose sobre el suelo como un cohete terminase machacando la canasta de espaldas. Poco a poco el equipo de Mariposa se fue acercando en el marcador y al final del primer período lograron igualar el partido. Nosotras lo celebramos por todo lo alto, Shania derramó una bolsa de palomitas sobre nuestras cabezas y la mayoría terminaron por los suelos de la bancada.

En el segundo período el conjunto de Vacaville comenzó a meter varios triples seguidos y a distanciarse de nuevo en el marcador. Harlan desde el banquillo, ordenó a sus hombres presionar más arriba. Al principio funcionó. Ello facilitó que Samuel robase un par de balones y montase rápidos contragolpes que terminaban en canasta. Luego los de Vacaville reaccionaron metiendo balones al poste bajo y sus pívots tampoco fallaban. Los de blanco estaban quince puntos arriba.

Harlan se desesperaba en el banquillo. Llamó a Anthony y le suplicó que no pensase, simplemente, saliese al campo a divertirse. Cada vez que pensaba demasiado, fallaba todos los lanzamientos. Ordenó el cambio y Turner salió como una exhalación. A pesar de la impresionante defensa de los de Vacaville, logró zafarse de ellos y le puso un par de balones en el poste alto a Samuel que terminó encestando. Malcolm comenzó a recuperar rebotes y poner algún que otro tapón. En la mitad del segundo período nos pusimos cinco puntos abajo en el marcador, tras dos triples consecutivos de Anthony. La grada comenzó a apretar. Nosotras nos dejábamos la garganta para animarlos.

En una de las jugadas, Malcolm y un jugador rival fueron como locos por un rebote, ninguno de los dos quería soltar el balón y terminaron por los suelos enfrascados en una lucha grecorromana. El árbitro tuvo que separarlos y pitó salto entre dos. Los ánimos estaban muy caldeados. Harlan le pidió calma a su jugador, no quería que le pitasen una falta técnica. En el salto, Malcolm le arrebató la pelota, palmeando hacia nuestra canasta, con tan mala suerte que el número cinco de ellos recogió el rebote y anotó con una bandeja.

El ritmo de partido era infernal: si perdían la posesión los de Vacaville cobrarían de nuevo

ventaja en el marcador. Anthony botaba el balón bajo, sus abductores estaban muy cargados, tenía a tres defensas rivales pendientes de sus movimientos y no se los daba quitado de encima. Botó la pelota entre las dos piernas, elevó el tronco y avanzó protegiendo el balón hacia el campo contrario. En cada centímetro de la cancha se peleaba a muerte, para tratar de ganar la posición. Harlan ordenó a Samuel y Malcolm jugar más cerca del aro. Samuel recibió de espaldas a canasta, fintó a su derecha para engañar al defensor y cubierto por una amalgama de brazos, devolvió la pelota a Turner que se encontraba solo en la línea de tres puntos. Anthony se elevó para enchufar un triple. El balón entró limpio en la canasta y sonó como un silbido.

—¡Bien! ¡Estamos en el partido! —exclamó su hermana Shania.

El base estaba mejorando su porcentaje de tiro. No estaba mal, teniendo en cuenta que en la NCAA es raro que este sea superior al cuarenta por ciento de acierto. Ellos eran muy buenos y muy avanzado el último período continuaban por delante en el marcador. A falta de 6:40, los nuestros estaban agotados. Harlan se vio obligado a dar descanso al quinteto titular y con Anthony, Malcolm y Samuel en el banquillo, ellos comenzaron a coger ventaja de nuevo. Ello me enrabietaba, pero todavía faltaba tiempo, aunque los chicos estaban reventados y la remontada parecía una utopía.

En el tramo final del partido los de Vacaville se pusieron doce puntos arriba. Harlan pidió tiempo muerto, se situó en medio de los chicos que formaban una piña a su alrededor y les habló alto y claro:

—Olvidaros de que estáis en una cancha, olvidaros del público, centraros solo en robarles el balón y al recuperarlo, alargar la posesión al máximo. No tengáis prisa en anotar, los puntos terminarán entrando. Quiero que sientan vuestro aliento en el cogote. Pelear cada rebote, cada pelota suelta como si os fuese la vida en ello. Ellos están oliendo la sangre y no quiero que os amedrenten.

Los tres chicos salieron de nuevo a la cancha a disputar los últimos minutos del partido. Malcolm de nuevo la tuvo bajo tableros con los defensas rivales, pero consiguió asegurar la mayoría de los rebotes. El equipo de Mariposa comenzó a mover la bola de un lado a otro del campo, desconcertando al rival que permanecía expectante cerca de la zona. A ellos les beneficiaba que corriese rápido el cronometro, ya que iban con ventaja. Anthony intentó penetrar en su defensa y soltó con viveza un pase a Malcolm que recibió la bola a la altura del pecho, se dio media vuelta para lanzar un gancho contra tablero y anotó sin problemas.

Ahora estábamos diez puntos por debajo en el marcador a cuatro minutos del final del encuentro. Los nuestros juntaron las líneas y Samuel logró interceptar un pase. De nuevo, en vez de contragolpear comenzaron a mover el balón, creando el desconcierto entre los chicos de Vacaville que perdieron las marcas y Miller nuestro escolta, aprovechó para entrar a canasta sin oposición. Estaban cambiando las tornas y comenzamos a acercarnos en el marcador. Íbamos 58-50 a falta de dos minutos para el final. Samuel encestó un triple y nos pusimos a cinco. En el siguiente ataque ellos erraron el tiro y Malcolm recuperó el balón que salió despedido del tablero para enviarle un pase medido a Miller en el poste alto que terminó machacando a dos manos. Se escuchó un crack que puso en pie a todo el pabellón. Nos pusimos a tres puntos a falta de un minuto para el pitido final. Lo malo fue que en uno de los últimos ataques nos clavaron un triple y nos sacaron una falta personal. Ellos no fallaron en la línea de tiros libres y se pusieron ocho puntos arriba.

Entonces Harlan ordenó a los nuestros jugársela a triples: no quedaba tiempo para remontar y los segundos volaban. Samuel convirtió un triple y comenzamos a presionar en toda la cancha. Ellos solo tuvieron que asegurar los pases y dejar correr el cronometro. Con la adrenalina a cien

por hora, cometimos otra falta personal a falta de treinta segundos. Ellos no fallaron y mantuvieron la ventaja de ocho puntos. El entrenador rival les ordenó presionarnos por toda la cancha e impedir que pudiésemos lanzar de tres. Miller sacó de banda, Samuel recibió cerca del poste alto, intentó un lanzamiento sin apenas tiempo para armar el brazo, y recibió un tapón del defensor que lo dejó como si le robasen la cartera. Encima el equipo de Vacaville recuperó la posesión. Solo quedaban diez segundos y nos ganaban de ocho puntos. Malcolm desesperado estaba llorando. Sabía que aunque era el último partido de la temporada, aquella derrota lo dejaba fuera de la NCAA. Nadie le daría una beca: si no le ganaban a los de Vacaville esa tarde.

El pitido final no tardó en llegar. Los de Mariposa habían hecho una gran temporada, quedando segundos en una liga, donde llevaban años estando entre los colistas. Harlan estaba orgulloso de ellos. No siempre se podía ganar en la vida. Los de Vacaville se proclamaron campeones. El entrenador Harlan felicitó a los rivales de uno en uno. Mientras sus jugadores abandonaban cabizbajos la cancha. El sabor amargo de la derrota les había amargado la tarde. Todos intentaban consolar a Malcolm que sollozaba tirado sobre el parqué. Anthony le dio una mano para ayudarle a levantarse y lo acompañó hasta los vestuarios.

Esa tarde quedamos con los chicos en el Blue Blod. El ambiente a pesar de la derrota era bueno. Me acerqué a Malcolm con intención de animarlo. Los chicos comenzaron a beber cerveza sin alcohol, ya que no tenían edad para consumir algo de más graduación. Aunque Arturo el dueño hizo la vista gorda y les sirvió unos chupitos de tequila con la cerveza.

El ambiente se caldeó y todos terminamos un poco puestos. Samuel y Anthony salieron con Shania y Elisabeth al exterior. Yo me quedé dentro con Malcolm charlando. El baile de graduación sería dentro de diez días y yo aún no tenía ningún vestido para la ocasión. Los seis habíamos decidido acudir juntos, aunque no emparejados. Lo haríamos como grupo para evitar habladurías. Éramos solo amigos y ya estaba. No había ningún lío entre nosotros. El curso estaba terminando y era mejor así para todos. El próximo año algunos iríamos a la universidad y otros se quedarían en Mariposa.

Malcolm llevaba puesta la sudadera verde de los entrenamientos. Tenía la mirada turbia por el alcohol. Estaba muy decepcionado porque no tenía oportunidades de conseguir una beca para seguir jugando al baloncesto en la universidad.

—Puedo hablar con mi padre, por si puede ayudarte con el tema de la beca —dije para animarle.

—¿Harías eso por mí? —preguntó Malcolm, sorprendido.

—Al menos voy a intentarlo —contesté ruborizada.

—Pues te deseo suerte. Ya sabes que mi sueño es seguir jugando al baloncesto.

—Lo haré esta noche al llegar a casa. Luego te llamo y te cuento.

El resto de la velada nos la pasamos charlando del partido y lo que ocurriría si hubiésemos vencido. Seguro que nuestra victoria contra el mejor equipo de la liga no pasaría desapercibida para los entrenadores y quizás Malcolm lograse entrar en alguna universidad. El local tenía los clásicos sillones de cuero con el respaldo recto de madera. Malcolm y yo estábamos sentados en uno de ellos. Miller se acercó para saludarnos y presumir de su mate. Era un chico espigado pero muy fibroso. Luego se marchó con sus compañeros de equipo y nos dejó solos. Hablé un poco más con Malcolm sobre cosas tribales y quedé de llamarlo después de cenar. Una pena pero se me hizo tarde y tenía que marcharme. Antes de irme me despedí de él, dándole dos besos en la mejilla.

Mi padre me estaba esperando con el resto de mi familia al llegar a casa. Me senté a la mesa,

junto a mi madre y mi hermano Danny. Mi madre nos sirvió pavo y ensalada a todos. Les hablé del partido y de la situación de Malcolm. Les dije que era amigo mío y si podrían ayudarle a conseguir una beca.

—Lo siento cielo, pero no somos una ONG —sentenció mi madre.

—¡Vamos papá! ¡Échale una mano! —exclamé ignorándola.

—Haz caso a tu madre. Ese chico no tiene talento para el baloncesto y es injusto que le quite el puesto a otro alumno que si lo tiene, además sus notas son muy malas. Sin embargo es muy bueno en clases de química, puedo conseguirle un trabajo en nuestra empresa —comentó Lance.

—¿Le ayudarás? —pregunté emocionada.

—Claro. Le daré trabajo —sentenció mi padre.

Al terminar de cenar regresé a mi cuarto y telefoneé a Malcolm para comunicarle la decisión de mi padre. Él me dio las gracias, pero su voz denotaba una cierta decepción. Su sueño de jugar en la NCAA el siguiente año, sin una beca se había hecho añicos. Supuse que mi padre tenía razón, Malcolm no era lo suficiente bueno para triunfar en el baloncesto. Yo tampoco lo era y debía seguir estudiando.

Se acercaba el baile de graduación y esta será la última entrada que escriba en este diario. Ahora toca dejar atrás el bachillerato y una vez me gradúe, buscaré una universidad para estudiar derecho en California. Seguramente me acepten en la de San Francisco. Echaré de menos a Malcolm allí. Pero, al menos, mi prima Elisabeth me acompañará en esta aventura. Nos haremos letradas y montaremos un bufete juntas. Así podré defender los derechos de las empresas de mi padre.

Malcolm es muy inteligente, seguro que prospera trabajando para Lance Express, aunque ignoro que cometido desempeñara en la empresa. Si es que los rumores sobre mi padre y el tráfico de sustancias prohibidas son ciertos, supongo que Malcolm ocupará un puesto de importancia en el organigrama familiar. Una vez demuestre su valía, mi padre sabrá recompensarlo. Cuando yo termine la carrera de derecho regresaré para casarme con él. Seguro que por entonces, mis padres ya sabrán valorar su aportación a los negocios familiares y no les importará nuestra unión. Ese era un secreto que todos ellos ignoraban incluido el propio Malcolm. De momento prefería mantener mis sentimientos hacia él ocultos. No quería que nada me retuviese en Mariposa, antes de largarme a la universidad.

Capítulo 12

Diario de Brenda Barker
Viernes, 28 de mayo de 2021

El día del baile llegó. Las chicas nos vestimos de largo y los chicos con traje y esmoquin. Normalmente los chicos pasan a recoger a las chicas en una limusina que comparten entre varias parejas. Nosotros decidimos alquilar una furgoneta, que Malcolm conduce para recoger primero a su hermano Samuel y después a Shania, Elisabeth y a mí, y más tarde a Anthony. Es una Volkswagen antigua de color blanco decorada con flores azules al estilo hippy. Es nuestra particular manera de dar la nota y cargarnos la tradición de ir en limusina.

El baile tuvo lugar en el polideportivo del colegio. Las canastas se retiraron a un lado para dejar espacio para la orquesta que amenizaba la fiesta. Los seis entramos juntos en el pabellón. Elisabeth estaba especialmente radiante con un vestido de lentejuelas con trasparencias. Shania iba con un sencillo conjunto de pantalón y blusa roja con una mínima abertura en forma de luna en el escote y yo iba con un top azul y una falda a juego estampada por una extraña telaraña de musas.

Las tres bailamos con todos los chicos que nos lo solicitaron. El mundo se me vino encima cuando me coronaron reina del baile. ¿Por qué yo? Me había puesto un top bastante corriente para no llamar la atención. Todos creerían que mi elección se debía a que era la hija del cacique local. El delegado de clase un tipo rubio con acné en la cara me puso una corona de flores en la cabeza. La gente me miraba furibunda, sin ningún tipo de admiración como si se tratase de un galardón impuesto en una ceremonia protocolaria. Me sentía como si me encontrase en un funeral; como el personaje de Carrie en la novela de Stephen King. Ahora solo faltaba que me bañaran con sangre de cerdo.

El cantante de la orquesta me cedió el micrófono para que dijera unas palabras. Así que me acerqué al micrófono con el corazón a mil por hora, para decir lo primero que se me pasase por la cabeza. No llevaba ningún discurso preparado. Las piernas me temblaban encima de los zapatos de tacón de la emoción. Decidí acabar pronto con aquel marrón y dedicar el premio a mis amigas. Elisabeth y Shania, cualquiera de ellas lo merecía más que yo.

La concurrencia aplaudió el detalle y alejé el micro de mí como si estuviese envenenado. No pensaba decir nada más. Regresé a la fiesta y me abracé con mis amigas. Luego todos empezamos a beber. Los profesores habían decidido no acudir al evento para dejarnos a nuestro aire. El ponche comenzó a subírsenos a la cabeza. A pesar de la prohibición del centro de consumir alcohol durante el acto, nosotros le metimos de todo. Desde ginebra, vodka, ron y tequila mezclado con la fruta. Aquello era una bomba. El ponche llevaba de todo y el zumo de los dátiles y el hielo picado: le daba un toque exótico. Noté como si flotara y seguimos bebiendo hasta la media noche. bailábamos sin parar, hasta que el alcohol nos nubló la vista y abandonamos el pabellón para tomar el aire. Salimos a un gran campo de hierba donde se juegan los partidos de fútbol, me agarré al poste de una de las porterías y comencé a dar vueltas a su alrededor.

Malcolm ya no estaba en la fiesta, se había ido hacía un rato para devolver la furgoneta de alquiler. Solo había bebido agua para evitar conducir borracho. Nos dijo que regresaría en un par de horas. Samuel y Anthony Turner iban muy puestos. Al lado del campo de futbol hay una

amplia alameda llena de plátanos y olmos: sus sombras llenaban de oscuridad los rincones. La titilante luz de las estrellas refulgía radiante en el firmamento y el ulular del viento acariciaba el interior de mis pabellones auditivos, rivalizando con la música del interior del polideportivo; cuyo sonido no lograba apagar el murmullo de las ramas al cimbrear, sin embargo, conseguía distorsionarlo hasta volverlo una especie de murmullo fantasmal.

Shania y Samuel parecen estar pasándolo muy bien y desaparecen entre unos arbustos. Ella hace tiempo que estaba deseando tirárselo, seguro que esta noche lo consigue. Busco a Anthony y Elisabeth. Los encuentro apoyados contra el tronco de un plátano de sombra. Se les ve muy sonrientes. Supongo que buscan un poco de intimidad, pero no les importará que me siente con ellos para esperar a Malcolm. Anthony se ríe y me pasa un pitillo de marihuana. Yo me apoyo en el hombro de Elisabeth y mi prima se ríe como una loca. Hablan de Shania y Samuel con malicia.

—Alguien debería vigilarlos. Creo que Shania se lo va a devorar vivo —dice Elisabeth.

—Seguro que ahora se encuentra montado a horcajadas sobre él —dice Anthony.

—No seas vulgar —le riñe Elisabeth— y pásame el canuto.

—Espero que al menos usen protección, de lo contrario pueden meterse en un buen lío —digo.

—No lo sé Brenda. Quizás es lo que quiere Shania para que él no pueda irse a la universidad. Si queda preñada, le jodería su sueño de jugar al baloncesto —dice Elisabeth.

—Le joderá la vida —dice Anthony.

—¡Vamos chicos! Samuel no es tonto, seguro que usa protección. Es a ella a quién debemos temer —intervengo un poco afectada por el alcohol.

—Es tu hermana Anthony, tal vez deberías cuidar mejor de ella ¿Por qué no vas a buscarla? —propuso Elisabeth.

—Shania ya es mayorcita y sabe cuidarse sola —replica Anthony.

—Tal vez es mejor que vayas tú Brenda. Si va Anthony puede sentirse violenta. Es su hermano, pero tú eres solo una amiga —dice Elisabeth.

—No pienso aguarles la fiesta a los chicos, prefiero quedarme aquí esperando a Malcolm —dije.

—¡Vamos Brenda! Malcolm no va a volver. Hace un rato llamó a Samuel al móvil para decirle que se le hizo tarde y se vuelve a su casa —dijo Anthony Turner.

—¡Vaya! ¡Y nadie pensaba decírmelo! —protesté.

—Samuel me ha contado que después de la derrota contra Vacaville, su hermano no está para fiestas.

—Es lógico. Ya no conseguirá una beca para la universidad —dije.

—Ya que Malcolm no va a regresar: deberías velar tú por la integridad de nuestra amiga Shania —insistió Elisabeth.

—Más bien velaré por la de Samuel. Seguro que ella desciende de una familia de aborígenes que follan como perros —dije alborozada.

—No te pases. Creo que se te ha subido demasiado la bebida a la cabeza y comienzas a desvariar. En nuestra familia todos somos masones y muy castos —indicó Anthony.

No. No desvariaba. Esa perra se quería cepillar a Samuel para arruinarle la vida. Es cierto que debía de evitarlo como fuera. Samuel tenía un futuro brillante por delante en la NCAA: si ella quedaba en estado, todo se iría al garete. Ya no podría jugar con ninguna universidad en el futuro y debería quedarse en Mariposa y buscarse un empleo para mantener a su hijo. Era así como se

echaba a perder el porvenir de alguien. Tal vez no fuese demasiado tarde y todavía pudiese hacer algo. Esa guarra arruinaría la carrera de Samuel y eso no sería bueno para él. Ya me resultaba bastante duro que su hermano Malcolm no pudiese jugar en la NCAA, como para que Samuel tampoco lo hiciese.

Me levanté como pude. Había bebido lo bastante como para no caminar en línea recta. Un tacón se me rompió y torcí un tobillo. Me había hecho un esguince pero estaba tan borracha que no me dolió mucho. Haciendo eses me interné en la zona de arbustos por donde había desaparecido la pareja. Tropecé en un raíz y me golpeé contra el suelo, creo que rompí el tabique nasal. Me incorporé como pude, estaba sangrando. Todo daba vueltas a mi alrededor como un tío vivo. Pasé debajo de unas acacias y vi dos bultos tirados en el suelo y un ruido como de gemidos. Al principio pensé que se trataba de dos jabalís y tuve miedo. De una cornada me podían reventar una arteria. Sin embargo, pronto me percaté de que eran Shania y Samuel. Eran ellos. Su imagen la recuerdo difusa, pero los reconocí igualmente. Creo que en ese momento sentí náuseas y vomité parte del almuerzo entre unos matorrales. La marrana de Shania se incorporó al verme. Estaba vistiéndose y lloraba. Lágrimas de cocodrilo. El pobre de Samuel tuvo suerte, llegué a tiempo para impedir que la dejase en estado. Se estaba subiendo los pantalones abochornado. Ella continuaba llorando. Una vez me confesó al salir de clase de literatura: que solía emocionarse mucho al tener un orgasmo y que chillaba como una loca al correrse. A los chicos les gustaba cuando lo hacía, parecía entrar en trance y lloraba con la emoción.

El tobillo me dolía horrores pero el alcohol actuaba de analgésico. Me acerqué a esa zorra para dejarle un pañuelo y la muy bruta lo rechazó, tirándolo al suelo. Le había fastidiado el plan, quizás todavía no terminase de consumir el orgasmo y estaba enojada conmigo por interrumpir aquel nefando acto de lujuria. Estaba obnubilada y se acercó a mí, agarrándome por las sisas del top, y presa de una furia exacerbada, agitó mi cuerpo. Iba borracha y se le salió un pecho de la blusa mal abotonada. La muy furcia todavía tenía los pezones erectos. Luego empezó a gritarme:

—¡Tú lo has visto! ¡Tú lo has visto! —exclamaba.

Yo me quedé helada, no sabía a qué se refería concretamente, si al acto sexual en sí o a algo más explícito. No entendía lo que tramaba la muy guarra. Estaba fuera de sí, como un tornado en su punto de máximo apogeo. Luego me dijo algo que me hizo creer que había perdido la razón:

—¡Has visto cómo me ha violado!

—¡Eso es mentira! ¡Estás loca! ¡Maldita loca! —exclamó Samuel.

—¡Lo has visto! —gritaba mientras sollozaba.

Aquello era absurdo. Yo no había visto nada. Samuel era un buen chico, nunca le haría daño a nadie. Shania debía haberse vuelto loca. Intenté zafarme de ella y le di la espalda. La maldecí para mis adentros: «¡Zorra de mierda! Nosotras sabíamos que te lo querías tirar. No pensabas ir a la universidad y no tenías nada que perder. Cómo puedes inventarte ahora algo así: si todos os vimos abandonar juntos la alameda para internaros en la espesura del bosque. Eres patética»

Samuel se acercó a mí y me revisó el tobillo. Me dijo que la ignorara. Estaba borracha. Fue ella la que lo desnudó y le echó las manos a su cosa. Ella no quería que se pusiese el condón para cazarlo. Samuel desplegó una tira de preservativos envasados delante de mí. Solo había un envoltorio abierto del que faltaba uno. Lo terminaba de utilizar con ella. Esa era la prueba de su inocencia, por qué iba a dudar de su palabra. Además, antes de acercarme a ellos, no escuché ningún sonido de forcejeo, ni nada que diese a entender, que ella mostrase cualquier tipo de resistencia. Solo me pareció escuchar unos jadeos. Lo cual era indicativo de que ninguno de ellos había alcanzado todavía el orgasmo y ambos estaban disfrutando con el acto. No entiendo por qué se inventaría ella lo de la violación. Quería arruinarle la vida a nuestro mejor jugador. Si no

podía ser suyo, no sería de ninguna otra. Seguro que solo era eso.

Esa noche al salir de la fiesta, ella tuvo la desfachatez de poner una denuncia en comisaría. La policía vino a buscarme a mi casa para que testificase lo que vi. También detuvieron a Samuel, que les mostró el preservativo que había usado como prueba. No conozco a ningún violador que utilice condón para vejar a sus víctimas. La mayoría prefieren hacerlo a pelo, sin barreras de por medio. Son psicópatas que quieren vivir el momento de su coronación a tope. Conocía muy bien a Samuel y él no era así. Era un tipo cariñoso y detallista y lo daba todo por los demás.

El Sheriff Nick me llevó a la sala de interrogatorios. Yo todavía estaba medio borracha. Tenía el tobillo hinchado y le pedí una bolsa de hielo para aplicarlo. Le conté mi versión de los hechos. Estaba caminando entre la espesura, cuando sorprendí a Shania y Samuel semidesnudos hechos un ovillo en el suelo. Los dos parecían gozar de lo que estaban haciendo. Al verme ella se levantó de repente y se inventó esa historia sobre una violación que nunca tuvo lugar.

—¿Tienes idea de por qué lo hizo? —me preguntó el Sheriff Nick.

—Supongo que estaba resentida con él, porque no quiso acostarse con ella sin protección. Es una víbora. Solo quería quedarse embarazada de Samuel a toda costa para cazarlo. Está obsesionada con que si se marcha a la universidad: no volverá a verlo nunca y se liará con otra. Ella no quiere eso, quiere casarse con él y la única manera de conseguirlo es si la deja en estado. Además estaba borracha y no sabía lo que decía —expliqué al Sheriff.

—Algo borrachos, sí que se os ve a todos. Estas cosas pasan al beber demasiado —dijo Nick y me mandó esperar en la sala de la entrada.

Entonces entró en una habitación a examinar el cuerpo de la víctima. Supongo que le pidió a Shania que se desnudara. No encontró ningún signo de violencia distinto a las típicas marcas propias de la pasión del momento que genera el acto sexual en sí mismo. Algún leve arañazo en la espalda, probablemente, producto del matorral sobre el que yacieron, un chupón en la garganta y ningún hematoma, ni señales en la vagina de coito forzado, ni nada por el estilo. Más tarde encontró similares marcas en el cuerpo de Samuel. Ello demostraba que el coito había sido consentido por ambas partes.

Al terminar de examinarlos a ambos, el Sheriff Nick me mandó firmar una declaración que exoneraba según mi testimonio a Samuel Lino de cualquier acto de violencia sobre Shania Turner. Entonces con mi declaración en contra, la muy zorra se vino abajo y decidió retirar la denuncia. Nadie la creería, además estaba borracha como una cuba, cuando todo sucedió. El sheriff puso a Samuel en libertad sin cargos. Ni siquiera le abrió ficha policial, y le aconsejó que a partir de entonces se abstuviera de acostarse con ninguna chica del pueblo.

—Solo te traerán problemas. Tu futuro está en la NBA. Ya sabes que Shania es la hermana de tu compañero de equipo, no se lo tengas en cuenta. Estaba muy borracha y con eso de la exaltación del feminismo, a algunas chicas se les va un poco la olla. Le he sacado muestras de sangre y orina que pensaba enviar al laboratorio. A saber cuántas sustancias químicas tendrá en el cuerpo. Aunque como ha decidido retirar la denuncia, me ahorraré el trabajo de enviar las muestras y las tiraré directamente a la basura. Sois jóvenes es vuestra fiesta de graduación, es normal que lo celebréis a lo grande. En mi época yo también hacía lo mismo, me divertía todo lo que podía —dijo el Sheriff, dándole un golpe en el hombro a Samuel—. Ahora coge tus cosas y lárgate de aquí. Espero no volver a verte por comisaría.

Shania permanecía en otra sala. Pasó delante mía sin levantar la mirada del suelo. Su hermano Anthony vino a buscarla en su motocicleta. Me preocupaba como afectaría lo sucedido a su amistad con Samuel, pero Anthony nunca volvió a preguntar nada a su hermana sobre lo sucedido. Conocía sus excentricidades y no le dio importancia. Supongo que se creyó mi versión

como todo el mundo. Anthony y Samuel continuaron siendo buenos amigos, dentro y fuera de la cancha de baloncesto, como si nada de aquello hubiese sucedido.

Desde esa noche nunca volví a hablar con Shania. Si nos encontrábamos en el pueblo, ella me evitaba. Supongo que le remorderá la conciencia por lo que hizo. Yo lo achaco todo al alcohol y a su moral extremadamente narcisista. En algún momento durante el coito, decidió que Samuel estaba abusando de ella y su acalorada imaginación hizo el resto. Son cosas que pasan, tal vez las chicas no deberíamos beber tanto, al tolerar el alcohol menos que los hombres. Aunque a mí, nunca se me ha ido tanto la olla como a Shania, por lo menos hasta ahora.

Bueno, pronto me voy a la universidad y debo centrarme en mis estudios, pero antes iré al caribe de vacaciones con mi familia para recargar pilas y olvidar el desagradable episodio del falso testimonio de Shania. La muy cerda, ni siquiera ha tenido la decencia de pedirnos perdón a mí y a Samuel. Ojalá se pudra en el infierno. Es el Ángel Negro, una víbora sin sentimientos; y pensar que hace nada éramos buenas amigas. Espero que algún día Dios sepa perdonarle por lo que hizo. Con sus mentiras, le hace un flaco favor a todas las chicas que sufren abusos de verdad. Ellas son las verdaderas víctimas de esta historia y no esa arpía, sin corazón. La odio.

Capítulo 13

Lunes, 6 de marzo de 2023

El cielo había oscurecido, amenazando tormenta. Shania terminaba su turno de trabajo en el Blue Blom y estaba pasando la bayeta al mostrador; cuando entró en el local una extraña pareja formada por un hombre blanco muy alto y una joven mestiza de estatura normal. Los dos vestían elegantemente. Se presentaron como agentes federales y le dijeron que iban a hacerle unas preguntas.

—Sin problema. Estoy terminando mi turno. Voy a cambiarme y enseguida les atiendo —dijo Shania.

En un rato, Shania reapareció sin el uniforme de trabajo, vestida con vaqueros y una blusa roja. Se sentó frente a ellos en una de las mesas que daban a los ventanales exteriores. La agente Jane Barret le habló de la noche del baile de graduación y de lo que había leído sobre ella en el diario de Brenda y lo que le sucedió con Samuel Lino durante la celebración. Shania insistió en que ese tema estaba zanjado y prefería no tocarlo. Entonces la agente Jane Barret mandó salir al agente Lobo, para poder quedarse a solas con ella.

—Yo también soy mujer como tú y comprendo que, siempre somos las víctimas a las que nadie quiere creer en casos de abusos, por ello quiero que sepas que estoy de tu lado y, escucharé todo lo que tengas que decirme al respecto sobre el asunto. Solo quiero escuchar tu versión de los hechos —insistió Jane.

—Lo cierto es que yo tuve algo de culpa en lo que me pasó. Samuel siempre me ha gustado. Era el típico chico inalcanzable para alguien como yo. Hacía tiempo que nos hacíamos ojitos. A pesar de ello, yo no me hacía demasiadas ilusiones con lo nuestro.

»Esa noche los dos íbamos muy pedo. Nos internamos en el bosque para buscar un poco de intimidad. Luego comenzó a desnudarme. Me puse algo nerviosa, pero al principio me dejé hacer y comenzamos a magrearnos. Nos dimos unos morreos y él me sobó las tetas. Empecé a perder el miedo y le desabroché los tejanos. Los dos estábamos muy calientes. Cogí su cosa y me la metí en la boca. Hasta ahí, todo iba normal. Abrí el envoltorio de un preservativo: lo coloqué en el centro de la boca y con los labios lo fui desenvolviendo a lo largo de su miembro. Eso le gustó y en un momento dado me abrí de piernas y él entró en mí a saco. Todo iba bien, hasta que le dije que fuese más despacio, quería ver como su miembro entraba y salía de mí; así que lo iluminé con la linterna del móvil. Reconozco que era algo que me daba mucho morbo. Entonces reparé en el tatuaje de su ingle.

»Lo reconocí al momento por los libros de historia. Se trataba de la imagen con la que el filólogo y humanista Justo Lipsio representó un empalamiento en su libro *crux simplex ad infixionem.* En la imagen aparece un hombre atravesado por un poste de madera que le entra por el ano y le sale por la boca. El poste construido con la rama de un árbol está anclado al suelo. No entiendo como Samuel se pudo tatuar algo tan horrible en un lugar tan íntimo. La imagen es terrorífica.

—La conozco —aseveró Jane—. Continúa por favor.

—Me asusté. En sus orígenes el príncipe rumano de Valaquia, llamado Vlad Draculea que había vivido en el siglo XV, antes de convertirse en el personaje que inspiró la novela de Bram Stoker *Drácula*, llegó a ejecutar de esa vil manera en un solo escenario a veinte mil personas en

el llamado *bosque de los empalados.*

—Lo sé, conozco también esa historia. Es horrenda —comentó Jane Barret.

—Al reconocer el tatuaje, me asusté. Y hice amago de separarme de él, pero Samuel ya estaba cansado de mis jueguecitos con el móvil. Me quitó el dispositivo de las manos y dijo:

»—Ahora voy a dártelo todo, nena.

»Yo intenté disuadirlo, pero ya era tarde. Las fuerzas me fallaron y el empujaba con tanta fuerza que me sentí atrapada en medio del ciclón de su pasión. Intenté que parara pero ya no me escuchaba. Él solo empujaba y empujaba, iba muy puesto. Su cuerpo estaba helado como el de un cadáver. Todo sucedió muy rápido y no me lo di quitado de encima. Por fortuna apareció Brenda. Samuel debió darse cuenta de su presencia y entonces, por fin se detuvo.

»Yo estaba enfadada. Me levanté irritada. El resto de la historia ya la conoces por el diario de Brenda. No sé si lo que Samuel hizo podría considerarse una agresión o, simplemente, actuó bajo los efectos del alcohol y no se percató de mis conatos de resistencia.

—Bueno, yo no soy la adecuada para juzgarlo. Lo que está claro es que tú si te sentiste agredida y nadie puede justificar un abuso semejante escudándose en la bebida. Otra cosa es que Samuel no fuese consciente de lo que hacía —expuso Jane Barret.

—Lo sé. Yo estaba muy cabreada. Por eso en caliente lo denuncié. No podría demostrar nada, sería mi palabra contra la de él, además contaba con el testimonio de Brenda a su favor ¬— explicó Shania.

—Lo entiendo, supongo que debiste de pasarlo muy mal. Pero puede que él no tuviese intención de hacerte daño. ¿Qué opinas de ello ahora que ha pasado tanto tiempo? —preguntó Jane.

—No lo sé, prefiero olvidarlo, aquella noche habíamos bebido mucho —contestó Shania.

—¿Qué tal fue tu relación con Brenda después de lo sucedido?

—Desde entonces, las dos tratamos de evitarnos.

—¿Dónde estabas este domingo por la noche?

—Estaba aquí trabajando, cerramos sobre las once y me fui directa a mi apartamento.

—¿Estabas sola?

—No con mi gata Enriqueta. ¿Sucedió algo? —preguntó Shania.

—El lunes de madrugada apareció el cuerpo de Brenda empalado en lo alto de un roble, supongo que Enriqueta no podrá servirte de coartada para esa noche, pero no te preocupes: no estás entre los sospechosos —la tranquilizó Jane.

—¡Hostia no puede ser posible, cómo pudo suceder algo así! —exclamó Shania y parecía realmente sorprendida.

—¿Crees que pudo haberlo hecho Samuel?

—Imposible. Estaría en San Francisco en su residencia universitaria, descansando para el partido ante Santa Clara. Hace tiempo que no viene por el pueblo —contestó Shania.

—¿Sabes de alguien más que tenga ese tatuaje en la ingle o en otro lugar del cuerpo? —preguntó Jane.

—Ni idea, nunca había visto nada igual —contestó Shania.

—Nunca volviste a hablar con Samuel después de lo sucedido.

—No. Cuando está en el pueblo suele venir con mi hermano Anthony por el bar, pero siempre evito servirlos, prefiero que lo haga otra persona.

La agente Jane Barret le dio las gracias a la joven y le pidió que de momento no comentase nada a nadie sobre lo sucedido a Brenda. Su asesinato todavía no se había hecho público. Cuanta menos gente lo supiera, mejor. Debía idear un plan para investigar: si guardaba alguna relación el

tatuaje de Samuel con los empalamientos perpetuados en el condado. Era como si el conde Drácula hubiese salido de la tumba para continuar su legado de terror en California. No lo creía. Esos asesinatos debían de tener otra explicación. Los empalamientos resultaban una manera muy grotesca de asesinar a alguien. De ahí viene la leyenda de que para asesinar a un vampiro se debe atravesar su corazón con una estaca. Lo mismo que suele suceder durante un empalamiento, aunque no necesariamente al entrar por el ano y salir por la boca: el palo en cuestión tiene que atravesarlo siempre, puede que se desvíe por la cavidad pulmonar, sin tocar el corazón.

¿Y sí Shania había mentido sobre el tatuaje de Samuel? Puede que ella misma hubiese empalado a Brenda y al agente Glen para liberar a Malcolm de la cárcel. La vigilarían de cerca. Este asunto se estaba poniendo feo. Informó al agente Lobo de su conversación con Shania que confirmaba lo que había escrito Brenda en el diario. Ella tenía motivos para vengarse de Brenda por testificar contra ella en la presunta agresión de Samuel. Pero que motivos podía tener para matar al agente Glen y liberar a Malcolm de prisión. Eso era algo que deberían averiguar. Shania era una chica fuerte, acostumbrada al trabajo duro en la hostelería. Lo que no sabía Jane era si sería capaz de cometer semejantes crímenes ella sola.

—¿Crees que el chico la violó? —preguntó Lobo.

—Estaba entrando y saliendo de ella, cuando Shania vio el tatuaje y se asustó. Ella dice que intentó detenerlo, pero le fallaron las fuerzas. Al parecer él estaba muy excitado y no reparó en su resistencia —explicó Jane.

—Entonces es probable que sea inocente. Aunque nunca se sabrá la verdad al ciento por ciento. Si esto sale a la luz pública, los medios de comunicación no tendrán piedad y le arruinarán la vida al chaval. Ya sabemos de la sensibilización de la sociedad con estos temas. La presunción de inocencia no le servirá de nada. Shania ha demostrado una gran nobleza al no hacerlo público. Si es otra chica podría arruinarle la vida —argumentó Lobo.

—Es cierto. Shania es solo una víctima en todo este asunto. Ella no es culpable de nada, pero no tiene una coartada sólida para la noche del asesinato de Brenda, igual que Malcolm —apuntó Jane.

—Deberíamos infiltrar a alguien en el equipo de baloncesto de la universidad de San Francisco para averiguar si Samuel tiene un tatuaje como el que nos describió Shania entre las piernas —propuso Lobo.

—No es necesario. Hablaremos con Anthony el hermano de Shania. Es el compañero de equipo de Samuel. Él tiene que saberlo. Seguro que lo ha visto desnudo en los vestuarios mientras se duchan cientos de veces —dijo Jane.

—Si lo hacemos, ambos estarán sobre aviso y nos contarán lo que quieran que escuchemos. Yo hablo de buscar a alguien que se infiltre en el equipo y pueda comprobarlo sin levantar sospechas. Alguien que consiga ganarse la confianza de Samuel, tal vez así averigüe lo que el tatuaje significa para él y si ello ha tenido algo que ver con los empalamientos de estos días —explicó Lobo.

—Buena idea, ¿pero cómo podemos hacerlo sin levantar sospechas? —dijo Jane.

—Necesitaremos un contacto dentro del equipo. Llamaremos al entrenador Harlan y le contaremos todo lo ocurrido. Luego debemos introducir a alguien como ayudante del entrenador, tiene que ser alguien con un pasado en la NCAA, un exjugador respetado por los chicos y que les ayude a mejorar su juego.

—Solo conozco a alguien de esas características. Nuestro amigo el inspector Swann White jugó con la universidad de Columbia en su etapa universitaria, podría servirnos para esta misión. No sería la primera vez que trabaje para el FBI. Sabe que en la agencia lo apreciamos mucho,

además me encantará volver a verlo y supongo que a ti también.

—Lo importante es infiltrarlo en el equipo para ver si logra ganarse la confianza de Samuel y logra averiguar algo que nos ayude a resolver este caso.

—Está bien. Lo llamaremos mañana. Primero debes hablar con el entrenador Harlan, para ver si puede proporcionarnos una coartada sólida; y así poder introducir a Swann en el equipo, sin que nadie sospeche nada —ordenó Jane.

El agente Lobo averiguó el número privado de Harlan Kane a través de la oficina del Sheriff. Llamó por teléfono al entrenador y le contó lo que había sucedido con Brenda y el agente Glen. Luego lo que había averiguado en el diario y lo que les dijo Shania. A continuación le trasmitió su plan de introducir a Swann en el equipo. Harlan no daba crédito a lo que estaba escuchando. La muerte de la joven Brenda era una verdadera tragedia, siempre estaba animando al equipo, mientras él fue entrenador en el instituto de Mariposa. Le confirmó lo del tatuaje, todos bromeaban con el asunto, pero Samuel nunca quiso contarles porque se lo había hecho.

—Es mi mejor jugador, un gran chico. Espero no haya tenido nada que ver con lo sucedido. En cuanto a lo de Shania, no tenía ni idea, pero mientras no se demuestre lo contrario, todos tenemos derecho a la presunción de inocencia. Espero que nada de esto salga a la luz, podría empañar la carrera profesional del muchacho —lamentó Harlan.

—Seremos todo lo discretos que podamos. La propia Shania tampoco tiene interés en divulgarlo. Ojalá que todo, solo haya sido un malentendido entre ellos dos. Para aclararlo queremos llegar al fondo del asunto y así podremos descartar la implicación de Samuel en lo sucedido —explicó Lobo.

—En ese caso me encantará tener a Swann White en mi equipo. Jugué contra él varias veces en la NCAA. Era tan bueno jugando de base como de escolta. Le asignaré el puesto de segundo entrenador. Creo que sabrá como motivar a los muchachos —aceptó Harlan.

—Trato hecho, entonces —anunció el agente Lobo, satisfecho.

Capítulo 14

Miércoles, 8 de marzo de 2023

El partido contra los Bulldogs sería en un par de días. Eran las semifinales del campeonato estatal y para Samuel Lino una verdadera prueba de fuego. Recuerda que solía practicar durante horas con su hermano Malcolm en la pista exterior del patio a la salida de clases. Jugaban cuando llovía y el frío les calaba los huesos. Incluso cuando estaban cansados hasta casi desfallecer y para Samuel, a veces, era como si nada de ello hubiese cambiado desde entonces. Lo único que ahora su hermano ya no estaba a su lado; solo uno de ellos había cumplido su sueño de jugar en la NCAA. Eso para Samuel no importaba demasiado: era como si Malcolm continuase todavía jugando con él. Se lo imaginaba a veces mientras fintaba al aire como un rival invisible que trataba de taponar sus lanzamientos, como había hecho tantas veces en el pasado mientras entrenaban juntos.

Samuel sabía que tenía la obligación de aprovechar la oportunidad que a su hermano se le había negado de acceder a la universidad y jugar el doble de bien por los dos. Los Bulldogs eran mucho mejor equipo que ellos, pero según el entrenador Harlan, si acertaban los lanzamientos lejanos tendrían alguna posibilidad de vencerlos.

El desafío de acertar con el aro situado a más de tres metros del suelo suponía su única posibilidad de clasificarse para los playoff, para ello el entrenador había contratado como ayudante a Swann White, un exjugador de la NCAA que fue un magnífico lanzador en sus tiempos. El placer de acertar los tiros, observar el balón colarse en el cesto, estaba destinado solo a los jugadores más grandes.

Swann observaba sentado en el banquillo como Samuel estrellaba más de la mitad de sus lanzamientos contra el aro durante los entrenamientos. Se acercó a él e insistió en que no dudase al lanzar: la mentalidad era lo más importante a la hora de encestar. El cuerpo debía acompañar cada lanzamiento de los movimientos adecuados: los músculos del pie se encorvaban generando una potencia que era trasmitida al resto del organismo. El tronco debía de estar recto, los codos apuntando a la canasta; solo así cuando los pies despegaban del suelo elevándose en el aire: cientos de contracciones musculares funcionaban al unísono con la precisión de una máquina, antes de soltar el balón con un simple golpe de muñeca buscando la boca abierta del aro. El lanzamiento era lo más sencillo: si el resto de movimientos se ejecutaban bien.

Swann no cesaba de corregir continuamente su posicionamiento y movimientos a la hora de lanzar y Samuel lo escuchaba con atención. La preparación, el equilibrio, las piernas separadas al nivel de los hombros, las rodillas ligeramente dobladas y el peso apoyado sobre las yemas de los dedos de los pies. El movimiento surge de la cintura para abajo, son las piernas las verdaderas plataformas de cada lanzamiento, lo importante es que el balón despegue en el momento adecuado y termine atravesando la red.

Los consejos del nuevo entrenador calaron hondo en Samuel, que tenía un salto espectacular, pero le faltaba mantener el equilibrio perfecto antes del despegue. Con cada nueva sesión de entrenamiento parecía que su porcentaje de tiro estaba mejorando. Lo mismo ocurrió con el resto de la plantilla. Swann mimaba especialmente a Anthony Turner y a André Miller que, después de Samuel eran los máximos anotadores del equipo. Esperaba mejorar su porcentaje de tiro para vencer a los Bulldogs el próximo viernes.

La noticia del asesinato de Brenda coge desprevenido a Samuel, parece ser que el FBI está investigándolo todo, temen que su hermano Malcolm esté implicado en el asunto. Al parecer escapó de la celda de la comisaría, cuando apareció un segundo cadáver empalado en el bosque. Samuel no conocía al agente Glen, llevaba poco tiempo en Mariposa, al parecer era muy apreciado por los vecinos. El golpe emocional de lo sucedido no debería afectarle de cara al partido contra los Bulldogs. El entrenador Swann estaba muy pendiente de él, lo convenció de que la policía no tenía nada contra su hermano, pero debía de estar muy asustado cuando ocurrió y por eso se ocultó en el monte. En cuanto diesen con él, seguro que todo tendría una explicación lógica.

Samuel lamentaba lo sucedido a Brenda, tenía una cuenta pendiente con ella, su apoyo incondicional durante la denuncia por abusos de Shania resultó determinante para que aquella loca terminase retirándola. Eso no excluía que él lo pasase fatal con el tema. Había escuchado, en ocasiones, como famosos deportistas eran acosados por mujeres que los acusaban de violadores, sin pruebas concluyentes. Lo mismo había sucedido con el futbolista brasileño Neymar y otras grandes estrellas del deporte.

Ellas eran cazatalentos buscando una recompensa económica. La mayoría de esas acusaciones terminaban en saco roto. Aunque en algunos casos prosperaban y acababan arruinando sus carreras. La noche de su graduación, Samuel había cometido el error de liarse con una de esas cazatalentos. Había sido horrible, la peor noche de su vida. Él siempre había sido muy respetuoso con ella, era la hermana mayor de su mejor amigo. No entendía su acusación; siempre creyó que entre ellos todo fluía de una manera consensuada y, por supuesto, consentida.

La verdad es que no recordaba con demasiado detalle lo sucedido aquella noche. Los dos llevaban encima incipientes cantidades de alcohol, aparte ella le había dado dos pastillas de éxtasis con la lengua mientras se besaban. Su imagen de deportista quedaría muy dañada si alguien lo supiese. Él habitualmente nunca consumía drogas. En su memoria solo quedaban retazos de lo sucedido, como fotogramas de una película muy antigua que se desvanecían en el aire.

El susto por lo ocurrido esa noche fue tan grande que tardó mucho tiempo en volver a salir con chicas. Hasta que conoció a Jenny. El hecho de que ella fuese blanca le ayudó mucho a dejar atrás la experiencia vivida con Shania. Nunca volvería a confiar en una cazatalentos, ni acostarse con chicas de su raza. Pero Jenny era diferente. Era blanca. No estaba con él por su fama baloncestística, ni siquiera le gustaba el deporte. Era una chica con las ideas claras. De todas maneras después de lo sucedido con Shania, Samuel siempre dejaba que Jenny llevase la iniciativa en la cama y la trataba con muchísima ternura. No volvería a beber de aquella manera, ni a practicar sexo salvaje con nadie. Lo único malo era que a Jenny, no le gustaba su pasividad durante el acto. Él se sinceró y una noche le contó lo sucedido con Shania y que lo había pasado muy mal.

—Eso te pasó por beber tanto y sobre todo tomar drogas sin estar acostumbrado; podrían haberte provocado un infarto. El éxtasis acelera el corazón, de una manera que dejas de ser tú, pienso que eso fue lo que os sucedió a ambos. Ella perdió la noción de la realidad y tú apenas te recuerdas de lo sucedido. Si no quieres que algo así vuelva a sucederte debes evitar las drogas y la bebida —explicó Jenny.

—Te prometo que no volveré a probar ninguna pastilla y beberé con moderación —dijo Samuel.

—Y tendrás cuidado con las chicas —advirtió Jenny.

—No volverá a sucederme lo de Shania. Solo hay espacio en mi corazón para una persona y

esa eres tú. Ninguna otra mujer tiene nada que hacer conmigo. El entrenador Harlan dice que debemos mantenernos alejados de las cazatalentos y formar nuestra propia familia con alguien que nos ame de verdad. La mía no me la imagino sin ti —aclaró Samuel.

Jenny lo abrazó y le dijo que confiaba en él. Debía de olvidarse de Shania y disfrutar del sexo con ella sin cohibimientos. Era algo consentido por ambos y no debía temer nada. La muerte de Brenda había traído de vuelta a su memoria, lo sucedido con Shania Turner. Ahora estaba preocupado por su hermano, pero solo podía ayudarle derrotando a los Bulldogs dentro de dos días. Samuel se duchó al terminar los entrenamientos y caminó acompañado de Anthony hasta la residencia estudiantil.

—¿Qué opinas del nuevo entrenador? —preguntó Anthony Turner.

—Es muy bueno y nos ayudará a mejorar nuestros lanzamientos. El ataque estático se le da también muy bien. Tiene razón si nos posicionamos mejor sobre la cancha lograremos encestar más tiros; solo así tendremos alguna posibilidad de derrotar a los Bulldogs —contestó Samuel.

Lo que ignoraban ambos era que Swann White trabajaba para el FBI en el caso de Brenda Barker y el agente Glen. De momento Swann estaba integrándose en el grupo, esperaba pronto ganarse la confianza de los chicos. Cada vez estaba más seguro de que no habían tenido nada que ver con los asesinatos. Seguro que el tatuaje del empalamiento debía de tener otra explicación, pero no podía preguntárselo directamente a Samuel, por lo que esperaría el momento adecuado para ello. Lo cierto era que Swann había encajado perfectamente en el organigrama técnico del equipo, sin levantar sospechas entre los muchachos. A pesar de que después de su lesión de rodilla había dejado de jugar de manera profesional al baloncesto, continuó jugando alguna pachanga de vez en cuando con la gente de la liga de veteranos. Ello le ayudó a no desconectar del deporte y a mantenerse en forma; muy a pesar de que dedicaba más tiempo a su trabajo en comisaría que a otra cosa.

Hacía dos meses que había pedido el traslado desde Heron Spring, una pequeña ciudad situada en el norte del estado de Washington al departamento de policía de Los Ángeles. Jane Barret le había pedido a su superior el agente Bruce Parker que se encargase de acelerar los trámites. Swann había acordado con su actual pareja, la periodista hispana Ariadna Gil en trasladarse a vivir a los Ángeles. Ella había aceptado una oferta de trabajo en el diario Los Ángeles Times y se le había adelantado. Ariadna llevaba dos semanas viviendo en la ciudad de los Ángeles. Así que a Swann le vino bien el viaje a San Francisco para estar más cerca de ella. De todas maneras seguía habiendo 386 millas entre ambas ciudades, lo cual suponía casi seis horas de viaje en coche.

Los sucesos acontecidos en el condado de Mariposa obligarían a Ariadna a viajar a Yosemite para cubrir las muertes de Brenda Barker y de Glen Stuart. Swann no pudo contarle nada a su novia de los verdaderos motivos que lo arrastraron a aceptar la oferta como segundo entrenador de los San Francisco Dons, pero Ariadna no era tonta y sabía que la agente Jane Barret estaba detrás de ello. Swann había trabajado otras veces para la agencia y siempre hablaba maravillas de Jane. Además sabía que Samuel el hermano de Malcolm estaba jugando en el equipo de San Francisco. Si a Malcolm lo estaban buscando los federales, no entendía que relación podía tener Samuel con ello.

Ariadna y Swann llevaban tiempo sin verse, pero hablaban mucho por teléfono. La pareja trataba de mantenerse continuamente en contacto, a pesar de la distancia. Sus empleos eran confidenciales, por eso no podían compartir ciertas informaciones con el otro. En la cama resultaba complicado, aunque si ella se empeñaba podrían llegar algún tipo de acuerdo extraoficial. Ella era la típica española, morena de sonrisa ejemplar y pupilas brillantes. Lo

pasaban bien juntos, aunque no se viesen a menudo debido a los continuos viajes de trabajo, luego cuando se juntaban siempre tenían novedades que contarse. La periodista sabía que su pareja tenía en su poder información muy importante sobre el caso de los empalamientos, pero Swann era muy cabezota y no soltaba prenda. Lo que tenía él de cabezota, lo tenía ella de curiosa; sin embargo, respetaba la privacidad del trabajo de su pareja y no pretendía interferir en una investigación policial de ese calibre.

Swann había volado a Los Ángeles desde Seattle el martes por la mañana y, sin apenas descanso se había puesto a los órdenes del entrenador Harlan Kane; todavía no había tenido tiempo de ver en persona a la agente Jane Barret y a su ayudante el agente Lobo. A ambos los conocía bien de otras misiones. No le corría prisa el reencuentro, pues ellos se quedarían un tiempo en Yosemite buscando el paradero de Malcolm Lino y tratando de averiguar algo más sobre los asesinatos, mientras él trabajaría infiltrado en los San Francisco Dons, intentando averiguar algo que pueda serles útil sobre el caso, para ello antes debía conseguir el respeto de los chicos venciendo a los Bulldogs de la universidad de Gonzaga el viernes por la tarde. Nada como una victoria para templar los ánimos y acercar posturas. Debía indagar en el pasado de Samuel Lino y Anthony Turner, antes de descartar a ambos como sospechosos en el asunto de los empalamientos. Anthony podía haber actuado por venganza en nombre de su hermana por el asunto del testimonio de Brenda a favor de Malcolm, la noche en que, supuestamente, Shania fue agredida sexualmente. En cuanto a Samuel, pudo hacerlo por motivos que Swann desconocía; tal vez tuviesen que ver con el tatuaje que tenía en la zona inguinal.

En principio ninguno de los dos era sospechoso del crimen. Aunque existía la remota posibilidad de que abandonasen juntos la residencia estudiantil la noche del domingo para viajar a Mariposa, eliminar a Brenda y regresar el lunes de madrugada a tiempo para jugar el partido contra Santa Clara, sin que nadie los viese salir y entrar de la residencia estudiantil donde ambos compartían habitación. Algo difícil de creer; pues debían de invertir más de tres horas en la ida y otras tres en la vuelta, aunque no era algo imposible resultaba poco probable. A lo mejor Anthony y Samuel estaban compinchados en la muerte de Brenda y luego Malcolm se encargó de eliminar al agente Glen de la ecuación. Era posible que los tres formasen parte de un engranaje en que asesinaban a sus víctimas mediante el método del empalamiento. Si es que esa hipotética posibilidad existía o, simplemente, no eran más que absurdas teorías conspiratorias que no les ayudarían en absoluto a resolver el caso.

Capítulo 15

Viernes, 10 de marzo de 2023

Las gradas estaban llenas a rebosar de público. La gente acudió en masa aquella tarde para ver a los Bulldogs aplastar a los yogurines de San Francisco Dons, que se lo jugaban todo contra el mejor equipo de la conferencia oeste en las semifinales del campeonato estatal. La diferencia estaba en la mayor altura y envergadura de los jugadores de los Bulldogs. Con dos machos alfas como Joe Butler y Jimmy Emblid bajo los tableros: el dominio de los rebotes y el juego en el poste bajo estaba asegurado. Los tiros exteriores corrían a cargo de Marvin Hull y Howie Kotz. Eran máquinas de encestar. El primero de ellos ostentaba el récord de triples de la conferencia. Los San Francisco Dons por su parte procurarían contrarrestar su acierto desde la línea de tres puntos con posesiones largas y lanzamientos estáticos en cómodas posiciones de tiro.

Los Bulldogs demostraron desde el principio que querían dominar el envite y se impusieron en el juego interior con canastas fáciles de los suyos. Los balones le llegaban a Joe y Jimmy en el poste alto para anotar de espalda a la canasta superando a sus rivales, encestando con fluidez y recuperando los rebotes cuando alguno de ellos fallaba. Las penetraciones a canasta se sucedían por parte de Howie y Marvin, cuando Joe y Jimmy se dedicaban a poner toda la carne en el asador en los bloqueos.

El entrenador Harlan se desquiciaba en los banquillos tratando de detener aquella avalancha que se les venía encima. Pero tanto Miller como Arnie eran mucho más bajitos que los pívots de los Bulldogs y no lograban hacerse con el juego en la zona. Anthony y Samuel habían errado demasiados lanzamientos y la estrategia ensayada durante los entrenamientos no funcionaba. El público local apretaba y los Dons lo estaban pasando muy mal. Aun encima sus jugadores se estaban cargando de personales y los Bulldogs no erraban ningún tiro libre.

Entonces, Harlan cambió de estrategia. Enviando al banquillo a su quinteto titular, sacó un equipo más defensivo y combativo, pero menos técnico. Ello paró un poco la sangría de puntos en su contra por unos minutos; pero aunque los suplentes se defendían como jabatos: no conseguían anotar para reducir distancias; de esa manera los Bulldogs llegaron al descanso tras el primer período con una ventaja de veinte puntos sobre los Dons.

Estaba siendo un partido cómodo para los chicos de la universidad de Gonzaga. Durante toda la temporada habían sido muy superiores a sus rivales. Los de la universidad de San Francisco por el contrario, les costaba encauzar varias victorias seguidas y siempre que vencían lo hacían por la mínima. Era un equipo muy bajo para conseguir dominar la zona y sus pívots eran frágiles como el cristal bajo tableros. Aunque muy escurridizos y rápidos de piernas, cuando se lo proponían. El entrenador Harlan lo sabía y por eso decidió cambiar de estrategia. En el descanso el vestuario de los Dons parecía un velorio. Nadie decía ni una palabra. Observó las caras de abatimiento de sus jugadores y se acercó a ellos para hablarles alto y claro:

—No podemos entrar en su juego del cuerpo a cuerpo o nos aplastarán. Se terminaron los ataques estáticos; debemos imprimir otro ritmo al partido si queremos llegar al último minuto con alguna posibilidad de ganarles.

»Tenéis que intentar interceptar la pelota antes de que llegue a nuestra zona. Anticiparos a sus pases, luego montamos rápidos contragolpes y buscamos a Arnie y a Bob en el poste alto, para intentar cargar de personales a Joe y a Jimmy.

Arnie y Bob eran los pívots titulares del equipo de San Francisco y saltarían a la cancha junto a Anthony, Samuel y Miller en la mitad del último período. En cuanto se reanudase el juego, Harlan pondría toda la carne en el asador, sacando a su quinteto titular de nuevo a la cancha. El segundo entrenador Swann White estuvo hablando durante mucho rato con Samuel. Los demás ignoraban lo que le estaba diciendo, aunque les pareció curioso que pusiese toda su atención en un solo jugador. El transcurrir de los hechos le daría la razón.

El partido se reanudó con un salto entre dos que se llevó Samuel palmeando el balón para Anthony Turner. El base salió disparado hacia la zona rival, cuando Joe y Jimmy le cerraron el paso, envió un balón para Samuel que recibió el pase a ocho metros de distancia del aro y se elevó para dar más altitud a su lanzamiento que entró limpio en la red. Los Bulldogs montaron un rápido contragolpe pero Miller interceptó un pase destinado a Howie y lo dejó con cara de escepticismo como si le robasen la cartera. Sin pensárselo dos veces: el escolta de los Dons envió un pase en profundidad a su compañero Arnie, que se encontraba cerca del poste alto y con la pelota en la mano derecha, Arnie dio un salto hacia canasta y, estiró el brazo lo suficiente para dejar una bandeja fácil que redujo la distancia en el marcador. Ahora los Dons estaban quince puntos por debajo de sus adversarios.

Los Bulldogs apretaron en ataque, volviendo a anotar dos canastas consecutivas, lograron recuperar la ventaja perdida; querían cerrar el partido antes de que se descontrolase y dejar sin opciones de ganarlo a los de San Francisco.

El público del Gonzaga Soccer Field jadeaba a los suyos. Apenas había un par de decenas de seguidores de los Dons en la grada que permanecían silenciosos y decepcionados por el pobre juego de su equipo.

Anthony cruzó el campo con el balón controlado y lanzó un pase en profundidad a Arnie que hizo amago de lanzar a canasta delante de su marcador que lo superaba claramente en altura y, en vez de ello, filtró un pase a su compañero Bob, un tipo paliducho demasiado escuálido para jugar de pívot que, en esa ocasión, logró sacarle una falta personal a Jimmy Emblid.

Bob no erró el primer lanzamiento libre y Arnie consiguió hacerse con el rebote del segundo que, aprovechó para entregarle la bola a Samuel que encestó su segundo triple consecutivo. En la grada se escuchó por primera vez vitorear su nombre a los seguidores de los Dons. El resto del pabellón enmudeció. El intercambio de canastas se intensificó, Samuel robó un balón dividido y lanzó un pase medido al poste bajo para Bob que, provocó una nueva falta personal de Jimmy. Las predicciones de Harlan de cargar de faltas personales a sus torres se estaban cumpliendo. Bob acertó desde los tiros libres y los Dons se pusieron solo a doce puntos de distancia de los Bulldogs.

En el último tramo del partido la expectación era la máxima. Los Bulldogs intentarían cerrar el partido. Samuel volvió a ganar el salto. Dese la época de Michael Jordán: Swann no recordaba ver a alguien saltar tan alto. Era un espectáculo ver jugar al chaval y esperaba que llegase muy lejos en la NCAA. A Swann le encantaba aquella competición. La NBA estaba pensada solo para que se luciesen sus estrellas. De que servía que un jugador metiese más de treinta puntos, diese quince asistencias y cazase veinte rebotes, si luego su equipo no brillaba. Eso solo servía para aumentar sus estadísticas individuales y de paso inflar su ego de estrella. Para él, el mejor baloncesto del mundo se jugaba en la NCAA, la gente jugaba para el equipo, sin pensar en batir ninguna marca personal.

Los San Francisco Dons eran un equipo de bajitos, que jugaban de maravilla. La gente acudía a su estadio porque les encantaba verlos jugar. Disfrutaban con su manera de moverse en la cancha y su improvisación constante. Los Bulldogs tenían mejores jugadores, pero en el básquet

eso era lo de menos. Había que exteriorizarlo en la cancha, demostrar esa ventaja en el cuerpo a cuerpo. Eso intentaron sus pívots hasta que Joe Butler cometió su quinta falta personal y fue expulsado de la cancha. En ocasiones la estrategia vencía a la fortaleza física. Arnie acertó los dos tiros libres. Luego Marvin cometió pasos en el siguiente ataque y los Dons recuperaron el balón. El partido era un toma y daca. Estaba cada vez más igualado, aunque los Bulldogs todavía mantenían una cómoda ventaja. Esta se redujo bastante cuando inesperadamente Anthony Turner enchufó dos triples consecutivos.

En la grada, Jenny acompañada de su padre, tenía el corazón a cien por hora. Tommy creía que a su hija seguía sin interesarle para nada el baloncesto, pero ver jugar a Samuel le ponía los pelos de punta a cualquiera. Había algo en el muchacho diferente al resto de sus compañeros. Era un atleta al ciento por ciento, con un prometedor futuro en el baloncesto por delante. Si su equipo vencía esa noche a los Bulldogs se clasificarían para la final de conferencia Oeste y eso atraería a los ojeadores.

Un nuevo triple de Samuel provocó un tiempo muerto, solicitado por el entrenador de los Bulldogs. Harlan aprovechó para intentar insuflar ánimos a los suyos. El partido estaba 75-70 a favor de los Bulldogs y faltaban todavía tres minutos para el final. Eso era todo un mundo en baloncesto. Cada canasta supondría un soplo de vida para sus chicos. Harlan sabía que si ganaban a los Bulldogs, le resultaría más sencillo que le renovasen las becas a los muchachos; de ese modo podría seguir entrenando a muchos de ellos la próxima temporada.

Algunos de sus muchachos como Samuel y Anthony iban un poco rezagados en sus estudios, pero tendrían tiempo para preparar los exámenes de recuperación a finales de junio. Ahora les necesitaba concentrados en la competición, aunque no cesaba de insistirles que estudiasen en su tiempo libre. Les dio las últimas instrucciones y sus dos jugadores franquicia saltaron a la cancha. Harlan sabía que con ellos dos enchufados sus probabilidades de ganar aumentaban considerablemente.

Se reanudó el partido. Anthony botaba el balón alrededor de la zona y consiguió asistir a Bob, que sacó de sus casillas a Jimmy Emblid que, para evitar cometer su cuarta falta personal se relajó un poco en el marcaje y recibió un mate en plena cara. Su entrenador le echó una bronca: los de San Francisco estaban anotando en su jeta. Y varios de los suplentes de los Bulldogs enojados, estrellaron sus botellas de bebida energética contra el suelo. El marcador reflejaba 73-70 y la posesión era para los chicos de Gonzaga. Los de San Francisco estaban solo a tres puntos de empatar el encuentro.

El entrenador Harlan ordenó a los suyos defender con una zona 2-3, para obligar a los jugadores de los Bulldogs a lanzar desde el exterior. Marvin y Howie fallaron sus lanzamientos, pero los Dons tampoco conseguían anotar. La defensa en zona funcionó bien hasta que Marvin logró abrir la caja con un triple y los Bulldogs se fueron seis puntos arriba. Miller redujo la distancia con otro triple. Había fallado casi todo lo que lanzó esa tarde, pero la paradoja del destino quiso que ese entrara.

Jimmy recibió el balón en el poste bajo. Bob intentó aguantarlo en defensa pero tuvo que agarrarlo de la camiseta para frenarlo. A Jimmy se le trabaron los pies y cayó al suelo delante del árbitro, que le pitó a Bob su cuarta falta personal. Jimmy metió los dos lanzamientos desde la línea de tiros libres y el marcador se puso 78-73 a favor de los Bulldogs a 1:05 del final.

Anthony sacó de banda, Miller recibió el balón en medio del campo, amagó con un pase a Bob y engañó a su marcador; corriendo con el balón controlado hacia canasta hasta que Jimmy le metió el codo haciéndolo resbalar para terminar cayendo de bruces al suelo. El árbitro pitó falta técnica por reiteración. Jimmy ya había empujado a Bob en otra ocasión. Jimmy cometió su

cuarta falta personal. Una más y a casa. Eso limitaría su juego defensivo y casi desarbolaba la columna vertebral del juego interior de los Bulldogs que tan buen resultado les había dado durante la primera parte del encuentro. Miller acertó en la línea de tiros libres, y los Dons sacaron de nuevo de banda a falta de doce segundos para el final del partido.

Los Bulldogs presionaban en toda la cancha. Arnie y Bob bloquearon a sus defensas exteriores para que Samuel pudiese recibir la pelota cerca de la línea de tres. El balón llegó a Samuel defendido por Marvin su homólogo en la posición de alero. Lo que hizo Samuel para evitar los brazos de Marvin fue dar un paso atrás y saltar lo más alto que pudo antes de lanzar, pero su defensor logró golpearlo en el antebrazo para intentar desequilibrar su lanzamiento; aunque no lo suficiente para evitar que el tiro entrase limpio en el cesto. Además se llevó un tiro adicional por la falta.

El corazón de Samuel latía deprisa cuando se acercó a la línea de tiros libres. Si encestaba los Dons se pondrían un punto arriba por primera vez en todo el partido. El marcador señalaba un claro empate a 78 puntos. La tensión era máxima y solo quedaban cinco segundos en el marcador. Samuel inspiró un par de veces profundamente antes de lanzar y la bola rodeó timorata el aro un par de veces amenazando con salirse, antes de engullirla haciendo enmudecer a todo el pabellón.

Los Bulldogs intentarían un último lanzamiento. Marvin envió un pase largo desde el fondo de la cancha. Howie recibió el balón en el medio campo, luego avanzó botando la pelota a la altura del pecho e internándose en la zona, lanzó un gancho de izquierda contra tablero: el balón durante unas décimas de segundo que al entrenador Harlan le parecieron eternas, golpeó al rebotar en el tablero contra la parte interna del aro un par de veces y cuando todo apuntaba a que iba colarse dentro de la red se salió repentinamente del cesto. Bob saltó para recoger el rebote y escondió el balón contra el vientre hasta que sonó al sirena que indicaba el final del partido. Luego lo lanzó al techo del pabellón, liberando la tensión del momento para celebrar la victoria.

Los San Francisco Dons se habían clasificado para la final del campeonato estatal y estaban a un paso de jugar los play-off por el título de la NCAA. Los Bulldogs habían caído ante los Dons 78-79 en su propia cancha y estaban eliminados del torneo. El entrenador Harlan saludó a todos los jugadores del equipo contrario felicitándolos por su juego. Luego sin perder la compostura le dio la mano al míster de los Bulldogs y a todo su cuerpo técnico.

Las lágrimas invadieron las pupilas de Samuel que se lanzó a la grada a besar a Jenny delante de su padre que, en vez de fingir indiferencia, felicitó al chaval por su victoria. Los jugadores hicieron una piña con los escasos aficionados desplazados hasta allí en el centro del terreno de juego y se pusieron a saltar formando un círculo todos cogidos de los hombros. El entrenador Harlan y el resto del cuerpo técnico se unieron a la piñata que, iba creciendo por momentos en número. El partido había terminado pero la celebración continuaría durante todo el viaje en bus. La euforia se desató hasta cerca de la madrugada en que el entrenador Harlan ordenó a los chicos regresar a sus hogares. Los citó para entrenar al día siguiente a las nueve de la mañana. Estaba contento por la victoria, pero no quería que ninguno de ellos se desmadrase demasiado. La final de la conferencia oeste sería el próximo domingo contra los chicos de la universidad de Santa María y debían descansar. En ese encuentro se decidiría su continuidad en el torneo.

Tercera parte

LAS RAICES

Capítulo 16

Sábado, 11 de marzo de 2023

El bosque era umbrío. Una vez siendo una cría, Jane Barret le había escuchado decir a su padre que, ello se debía a que existía una red de sustancias químicas en el subsuelo idénticas a nuestros neurotransmisores que, los árboles utilizaban para comunicarse entre sí. Las especies más antiguas las usaban para mantenerse en contacto con sus retoños. Eso significaba que los robles centenarios estaban en permanente comunicación con los brotes nuevos y les insuflaban ánimo, y una continua corriente de energía a través de sus raíces. La proliferación de especies autóctonas hacía que la humedad del suelo se conservase mejor y la red arbórea permaneciese conectada a través de las raíces como en las líneas telefónicas.

El padre de Jane era biólogo, por eso debía de saber de qué hablaba. El bosque estaba envuelto en un silencio sepulcral, mientras ella y Lobo seguían el rastro del fugitivo Malcolm Lino. Estaba convencida de que si los árboles hablasen, tendrían mucho que enseñarnos a los humanos. No solo se trataba de madera para construir muebles. Ellos tenían una capacidad para adaptarse al terreno sobrecogedora. Los árboles más viejos al morir trasmitían su sabiduría a sus retoños y, les inculcaban fuerzas para crecer y reproducirse, siempre buscando la luz solar.

A veces Jane cree que los árboles pueden llegar a tener vida propia. Incluso llegar a matar para defenderse de las agresiones exteriores. Aunque no cree que ese fuese el caso de Brenda y el agente Glen. Esos crímenes debieron de ser sin duda obra humana. Algunas tribus creían que en sus troncos moraban los espíritus de antiguos guerreros fallecidos en combate. El agente Lobo cree que eso no es posible. Los árboles solo son árboles. Madera para construir muebles. No cree que alberguen los espíritus de sus antepasados. Pero aquel bosque tiene algo de encantado. La neblina que lo rodea parece esconder fantasmas y duendes.

Es como si el bosque estuviese vigilando sus movimientos. Las ardillas sobre las ramas son sus ojos. Los vigías que informan al árbol madre que camino toman los intrusos.

La pendiente es pronunciada, pasan por encima de un tronco caído de un pino, las piñas se abren y estallan en fragmentos al pisarlas. Tienen la extraña sensación desde que salieron de Mariposa de que alguien les vigila de cerca. Estaban siguiendo el rastro del fugitivo, cuando encontraron restos de fuego en un chamizo situado en una majada cerca de una aldea abandonada. Creen que Malcolm pasó la noche allí, antes de seguir internándose en la montaña.

Avanzan en silencio. En un tronco abierto de un aliso descubren unos hongos enrollados como los rulos que llevaba su madre, cuando le ponían esos tubos de colores en la peluquería. Jane sonríe al recordarlo. Han superado mil metros de desnivel para llegar hasta allí donde, todavía sobreviven al rocío algunas castaños que han visto reducido su tamaño para resistir el frío, cuyos erizos estrujan con los pies para quitarles los frutos. El quilo de castañas está a más de diez dólares. Estas no son de gran tamaño. Ella se las come crudas. Lobo también está hambriento a esas horas de la mañana y la imita. Han pasado la noche en el chamizo que ocupó Malcolm antes de proseguir el camino al despuntar el alba.

Los dos agentes se desvían del sendero principal por una estrecha escalinata que conduce a una roca bajo la cual, alguien levantó un muro de piedra para construir una cabaña. Jane le hace una señal a Liam con la mirada, ambos desenfundan las armas y flanquean la entrada de la cueva. Esperan y guardan silencio. Malcolm sale del interior y se le echan encima, reduciéndolo. El

joven trata de resistirse, pero Lobo es más rápido y le retuerce las muñecas para que Jane le coloque las esposas. Malcolm gruñe como un animal asustado.

—¡Os equivocáis! ¡Yo no he hecho nada! —exclama Malcolm.

—¿Por qué huyes entonces? —pregunta la agente Jane.

—Sabes que tengo abogado —responde Malcolm.

—¿Crees que lo necesitas? —dice Jane.

—Sí. No creo en la justicia de los blancos —contesta Malcolm.

Aquel lugar es único. Las rocas tienen formas amorfas y uno puede ocultarse bajo ellas. El agua brota del interior de hornacinas horadadas por la erosión en la propia piedra. Los helechos crecen enormes entre sus grietas. Para relajar la tensión, Jane le habla del tatuaje de un empalamiento que lleva su hermano Samuel en la entrepierna y de su reciente victoria sobre los Bulldogs hace unas horas. Supone que a Malcolm le alegrará saberlo. Los Dons se han clasificado para la final de conferencia. Malcolm se reincorpora pero no contesta. Parece muy asustado, no es la presencia de los agentes lo que le preocupa, es como si temiese que una especie de fuerza sobrenatural lo poseyese de un momento a otro. Así se siente, desde que vio al Hombre Quemado entrar en la comisaría.

El agente Liam Lobo echa un rápido vistazo al interior de la cueva, para ver lo que encuentra. Allí dentro descubre: una mochila de camuflaje, un par de liebres atravesadas por un palo, un rifle sustraído del armero de la oficina del Sheriff y un chubasquero verde. Dentro de la mochila encuentra una Glock y munición para el rifle. Le llamó especialmente la atención como había empalado los conejos: el palo le entraba por el ano y le salía por la boca. Lo mismo que probablemente había hecho con sus víctimas. El agente Lobo cogió uno de los animales y se lo mostró a Malcolm.

—¿Esto es lo que hiciste a esa pobre muchacha y al joven policía? ¬—preguntó.

—Vamos: ¿Cómo quiere que haga para asarlos? Se nota que nunca ha comido un conejo en su vida —replicó Malcolm.

—No de esa clase —. Liam hizo un comentario pueril pensando en sus amantes.

—Es usted un auténtico cerdo —comentó Malcolm.

—Habla el que empala a mujeres. ¡Vamos! Enséñame la entrepierna o prefieres que te quite yo los pantalones —ordenó Lobo con la intención de comprobar algo.

El prisionero obedece y se baja ligeramente los tejanos, dejando al descubierto el mismo tatuaje que llevaba su hermano Samuel en la ingle.

—Es esto lo que buscas —dice Malcolm.

—Así has matado a Brenda y a Glen, por eso te tatuaste un empalamiento cerca del miembro viril. ¿Qué clase de pervertido eres? —preguntó Liam.

—No se trata de nada de eso —se defiende Malcolm—. Yo y Samuel nos lo hicimos porque somos admiradores del conde Drácula. Él utilizó ese método para castigar a sus enemigos. Sucedió el último año del instituto. Éramos unos críos. Teníamos un partido muy importante contra un instituto de Pioneer. Yo y Samuel acordamos que si ganábamos, nos tatuaríamos la imagen del empalamiento, que sale en el libro del filólogo y humanista Justo Lipsio. Ese día arrasamos en el partido y cumplimos nuestra palabra. El tatuaje era algo nuestro y de nadie más. Buscamos un tatuador, le mostramos la imagen por internet y lo hicimos. Lo paganos con nuestro ahorros para la universidad. Mi padre no sabe nada, él es un bautista reconocido y nunca lo admitiría. Si se entera, nos dará una paliza. Es un hombre muy religioso y odia a los vampiros.

—¿O sea, crees qué tú y Samuel sois vampiros? Por eso hicisteis el tatuaje —preguntó Jane Barret.

—No. No lo somos. A nosotros solo nos gusta lo gótico. Acabábamos de leer *Drácula* de Bram Stoker y Samuel se leyó después *Lestat el vampiro* de Anne Rice. Ojalá fuese uno, así seguro que lograría entrar en la NCAA. Lo del tatuaje fue para recordarnos que por mucho que uno sufra en la cancha, nunca el dolor que sintamos puede ser comparable al de un empalado. Los dos nos prometimos lograr una beca para jugar al baloncesto como fuese. Al final solo Samuel la consiguió.

—¿Cómo explicas lo que le sucedió a Brenda? —preguntó Jane.

—No lo sé. Yo nunca le haría daño a la muchacha —contestó Malcolm.

—¿Y qué le ocurrió al agente Glen? ¿Cómo saliste de la celda? —preguntó de nuevo Jane.

—Un hombre con el rostro desfigurado atacó al agente Glen. Escuché sus alaridos desde el bosque. Nunca he visto a nadie gritar de esa manera, supuse que debió hacerle algo muy malo. Luego cogió las llaves y me abrió la celda. Después abandonó la comisaría en una moto. No pude ver que modelo era, pero su tubo de escape hacía un ruido muy estruendoso. Nunca había visto a alguien tan desfigurado, tenía quemaduras por todo el cuerpo. La piel le colgaba en girones del cuello, la mejilla y los brazos; desde entonces decidí llamarle El Hombre Quemado —explicó Malcolm.

—Ese hombre no existe. Hemos visto tu historial médico, sufres alucinaciones producidas por una especie de esquizofrenia paranoide, por eso no conseguiste una beca para entrar en la universidad. Después de lo acontecido la noche de graduación, el sheriff Nick y el entrenador Harlan se reunieron para evaluar tu situación en el equipo; y decidieron declararte mentalmente incapacitado para jugar en la NCAA y un peligro para la seguridad de los demás miembros de la liga.

»No fue tu hermano Samuel el que agredió a Shania esa noche. Él nunca le haría daño a una mosca. Samuel estaba con Elisabeth y Anthony cuando todo sucedió. Elisabeth habló con Shania esa noche y verificó esa versión.

»Brenda estaba enamorada de ti, por eso declaró que era tu hermano Samuel quien estaba retozando con Shania tras el follaje. Ella mintió para liberarte de ir a la cárcel.

»Luego el sheriff le contó a Shania lo de tu enfermedad y ella decidió retirar la denuncia. Por eso me extraña que fueses tú quién atacó a Brenda en el bosque, ella mintió en su declaración para salvarte el pellejo.

—Yo nunca le haría daño a Brenda, tampoco violé a Shania. Los dos estábamos muy puestos cuando sucedió y tal vez fui un poco bruto con ella.

»Según me contó Samuel, Shania reconoció delante del sheriff —cuando se serenó un poco— que, no estaba en sus plenas facultades mentales cuando todo ocurrió.

»Samuel estaba muy borracho también, por eso acordé con Shania involucrarlo a él en el asunto de la violación. Hoy en día mi hermano todavía se siente culpable por lo sucedido.

»Era la única manera de que yo saliese absuelto: si Shania me acusaba de agresión sexual, me encerrarían de por vida en una institución mental. Yo y Shania somos amigos desde niños. Supongo que ella tuvo piedad de mí, cuando el sheriff Nick la puso al tanto de mi enfermedad y decidió perdonarme

»Lo que más me dolió es ocultarle la verdad a mi hermano e involucrarlo en todo este asunto. Es algo que nunca me perdonaré, pero si se entera de que Shania estuvo conmigo después de liarse con él; supongo que lo tomaría como una traición. Todos sabíamos que entre él y Shania había algo especial en aquella época. Supongo que mi hermano carecía de experiencia con las mujeres y al final fui yo el que se llevó el gato al agua —relató Malcolm.

La agente Jane Barret había regresado a hablar con Shania para corroborar algunos datos,

después de interrogar a Elisabeth sobre esa noche. La prima de Brenda le había contado su versión de lo sucedido. La historia de Elisabeth tenía muchas divergencias respecto al relato que figuraba en el diario de Brenda.

En realidad Malcolm nunca había abandonado la fiesta para devolver la furgoneta. Eso tenía sentido, nadie alquila un vehículo para el baile de graduación y lo devuelve el mismo día de la celebración. Malcolm devolvió la furgoneta al día siguiente. Los seis amigos estaban en la alameda e iban muy puestos al salir del pabellón donde continuaba la celebración del baile. Shania primero desapareció con Samuel entre la maleza, tal como relató Brenda en su diario y los demás se quedaron fumando maría entre los álamos.

El caso fue que Samuel iban tan borracho que no recuerda que cuando Shania le practicó la felación, su miembro fue incapaz de ponerse del todo erecto. Shania se cansó de intentarlo y le mandó subirse los pantalones. Samuel iba tan puesto que se imaginó que la cosa había ido a mayores y no recuerda nada de su disfunción eréctil. Shania estaba enojada y regresó a la alameda, seguida de un Samuel que se tambaleaba. En realidad era imposible que Samuel la violara porque entre ellos no había sucedido nada y no fue porque Shania lo intentase. A pesar del empeño que puso ella para conseguirlo, todo esfuerzo resultó inútil.

Malcolm consciente del estado de embriaguez de su hermano, se imaginó lo ocurrido. Le dijo a Shania que eso le pasaba por darle tanto de beber al chaval.

—Yo no le di nada. Se lo bebió todo él solito —aclaró ella.

Samuel regresó junto a Brenda y Elisabeth y se recostó en la hierba con ellas. Malcolm y Shania se quedaron un rato charlando en otra esquina. Estaban los dos muy cachondos. Fue ella la que tomó la iniciativa, lo besó y le pasó una pastilla de éxtasis con la lengua, igual que había hecho con su hermano Samuel. Malcolm no lo dudó y cogiéndola de la mano se la llevó al bosque. Brenda que no los vio marchar, estaba buscando a Malcolm por toda la alameda, cuando empezó a sospechar que se había internado en la espesura con Shania. Eso la puso muy celosa y se internó también en el bosque para buscarlos.

Entonces los vio: Malcolm estaba encima de Shania y con una mano le tapaba la boca mientras empujaba con sus glúteos embistiéndola como un animal. Solo se detuvo cuando vio aparecer a Brenda borracha entre los arbustos. Lo que realmente vio Brenda, solo Dios lo sabe.

Malcolm liberó a Shania del peso de su cuerpo y temblando, miró hacia Brenda. La mente de Malcolm estaba en blanco en ese momento; parecía terminar de atravesar uno de sus episodio de alucinaciones paranoides. Él no quería hacerle daño a la chica, todo iba bien entre ellos, hasta que Shania vio el tatuaje en su ingle y se asustó. Ni siquiera se dio cuenta de que se trataba del mismo que llevaba su hermano Samuel con el que había estado hacía unos minutos. Estaba tan desilusionada por la flacidez de su miembro que no reparó en la figura de su tatuaje. En cambio sí se fijó en la imagen del empalamiento en la ingle de su hermano Malcolm. Eso tenía un clara explicación: Shania estaba alumbrándolo con la luz de su móvil mientras la penetraba. Al descubrir el tatuaje, Shania se asustó. En cambio cuando estuvo con Samuel estaban a oscuras.

—¡Para! ¡Para! ¡Demonio! ¡Demonio! —exclamó Shania al ver el tatuaje.

La mente enajenada de Malcolm no comprendía que le sucedía. Se limitó a ignorar sus protestas: le tapó la boca con la palma de la mano y empujó su cabeza contra los hierbajos del suelo. Al presionar sus labios los cerró de inmediato, dificultándole la respiración e impidiéndole seguir hablando. Malcolm no quería escucharla. Tenía la polla durísima, terminaban de hacerle una mamada y ella estaba iluminando con el móvil como su verga entraba en su rajita; cuando de repente lo llamó demonio. No entendía lo que le ocurría. Aquella palabra resonaba en su cabeza una y otra vez.

Demonio, demonio, demonio…

No quería escucharla más, por eso tuvo que cerrarle la boca y entró en ella con violencia. Empujó fuerte, hasta que apareció Brenda y aquella pesadilla pareció terminar para Malcolm; solo entonces fue consciente de la realidad y liberó a Shania de la opresión de su cuerpo. Él no pretendía hacerle ningún daño, solo quería que dejase de llamarle demonio.

—¡Tú lo has visto! ¡Tú lo has visto! —exclamó Shania al ver a Brenda— ¡Has visto como me ha violado!

En principio Brenda se quedó helada. Esperó a que Malcolm terminase de subirse los pantalones y de abrocharse el cinturón. Luego lo cogió de la mano y se lo llevó de allí, dejando a Shania sola con el rostro empapado en lágrimas. Luego cuando minutos más tarde Shania se presentó en comisaría para denunciarle. Brenda declaró ante el sheriff Nick que, realmente había sido Samuel quien estaba encima de Shania y no Malcolm. Entonces el Sheriff mandó llamar a Samuel para interrogarlo. Desde entonces, el pobre chico cree que hizo algo horrible esa noche, de lo que por mucho que se esfuerza no logra acordarse. En realidad estaba tan borracho que no recuerda nada de lo sucedido, solo pequeñas secuelas de un coito que realmente no había existido.

El sheriff Nick decidió creer a Brenda y entonces Shania para no perjudicar a Samuel, después de enterarse de la enfermedad mental de este, decidió retirar los cargos. Shania no volvió a hablar con nadie del asunto hasta que la agente Jane Barret la interrogó hacía unos días. Le dijo a su hermano Anthony que todo había sido un malentendido y que Samuel no le había hecho nada malo, para evitar que surgiese algún problema entre ambos amigos. Anthony conocedor de las extravagancias de su hermana, decidió pasar página en aquel desagradable asunto que no era cosa suya. Su hermana Shania decidió ocultar la verdad, después de que el sheriff Nick le hablase de los problemas mentales de Malcolm y antes de que Brenda declarase que había sido Samuel quien había estado con Shania, cuando los sorprendió juntos.

Brenda había mentido para proteger a Malcolm, sin ser consciente de la enfermedad mental de este. Brenda murió sin conocer que Malcolm padecía una esquizofrenia paranoide que, le hacía caer presa de continuos episodios con alucinaciones que, en ocasiones, podían volverlo violento; sobre todo si se sentía atacado. Eso sucedió cuando Shania le llamó *demonio*. De esa manera era posible que Malcolm hubiese cometido los crímenes de los empalamientos, poseído por una serie de alucinaciones paranoides; aunque viendo el rigor contenido en su ejecución, le parecieron demasiado elaborados para ser obra de un enajenado mental. Además no se había encontrado restos de su ADN, ni en el cuerpo de Brenda, ni en el del agente Glen; nada que pudiese implicar a Malcolm en ambos asesinatos.

Para la agente Jane, más allá de tener a un sospechoso detenido; el caso estaba lejos de estar cerrado. Otra cosa era lo que pensase el fiscal del estado. Sin duda la policía científica continuaría buscando pruebas para involucrar a Malcolm Lino en ambos crímenes. Por suerte Jane Barret pensaba telefonear a Samuel para contarle lo que realmente sucedió el día del baile de graduación. Según las reciente declaraciones del Shania Turner, Elisabeth Barker y Nick Andros; con los que Jane Barret había hablado recientemente: Samuel Lino era inocente de agredir sexualmente a Shania Turner. Jane Barret acababa de informar personalmente a Samuel Lino de ello: si lo hubiese hecho el agente del FBI en funciones —infiltrado temporalmente como segundo entrenador de los San Francisco Dons— Swann White, saltaría por los aires su tapadera; de momento todavía lo necesitaban ejerciendo labores de espionaje dentro del organigrama técnico del equipo. Por eso se encargó Jane de ello; cuando lo hizo, notó una especie de alivio en el muchacho. Samuel se lo contaría a su novia Jenny más tarde. Los

federales terminaban de capturar a su hermano Malcolm en un bosque de Yosemite y le atribuían lo sucedido con Shania, aunque ello no tuviese consecuencias legales, puesto que ella había decidido retirar la denuncia.

Lo que Jenny y Samuel ignoraban, era que sería Tommy Smith el padre de ella, el encargado de la defensa de Malcolm. Al fin, parecía que las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar; aunque Samuel seguía creyendo que su hermano Malcolm era inocente de los cargos que se le imputaban. Lo conocía bien desde niño, siempre había estado un poco loco, pero era incapaz de hacerle daño a nadie. Lo de Shania debió ser porque se asustó y cuando ella le llamó demonio, debido a su sintomatología sufrió algún tipo de alucinación que lo hizo sentir como si ella lo estuviese atacando, por eso le tapó la boca con la mano, mientras su subconsciente continuó actuando alejado de la realidad; sin ser consciente de que lo que estaba haciendo estaba mal.

Una vez apareció Brenda, Malcolm comenzó a salir del estado de shock y liberó a la víctima de su presión. De todas maneras Shania no pensaba presentar cargos contra él, debido a su enfermedad, por lo tanto si la policía no conseguía pruebas que le involucraran personalmente en las muertes de la chica y el policía, posiblemente, su abogado conseguiría sacarlo pronto de la cárcel en libertad sin cargos. Lo importante para Tommy era que el novio de su hija era inocente en todo aquel asunto. En realidad Tommy creía que Malcolm también lo era, por eso había aceptado hacerse cargo de su defensa. Si conseguía liberar al hermano de su novio, Tommy se ganaría el agradecimiento eterno de su hija.

Capítulo 17

Jueves, 9 de marzo de 2023
Dos días antes

Shania Turner tiró de la persiana hasta desenrollar sus láminas metálicas cerrando el negocio de sus tíos. Ella trabajaba allí por las mañanas y, el resto del día incluidos los fines de semana completos lo hacía de camarera en el Blue Blod. Por lo tanto solo descansaba los lunes, cuando todo el mundo estaba comenzando su jornada laboral. Estaba amargada, aquel ritmo de trabajo era infernal, pero consistía en su única manera de ganar algo de dinero para ir tirando. Se terminaba de comprar un Lexus nuevo y lo estaba pagando a plazos.

Los chicos solo se le acercaban para pasar un buen rato con ella y luego abandonarla. Shania lo sabía y no perdía el tiempo con ellos. Después de lo sucedido con Malcolm, no había tenido ninguna relación con nadie. Sentía vergüenza de lo ocurrido y pensaba que nunca sería capaz de atraer a nadie bueno. Los chicos negros del barrio más atractivos estaban metidos en negocios sucios y los blancos no pasaban de mirarle el culo; lo hacían mientras paseaba con las bandejas en el Blue Blod, ni que le hubieran pedido permiso. Ella era consciente de que su trasero llenaba muy bien sus tejanos y atraía constantemente las miradas masculinas. A su edad no pensaba liarse con ningún proxeneta o camello por mucho dinero que tuviese; sabía que la mayoría de ellos terminaban en medio de un charco de sangre antes de llegar a cumplir los treinta.

Nada bueno atraía. Solo las cosas malas la perseguían. Tenía dos trabajos de mierda en los que ganaba una miseria y todavía continuaba viviendo en la casa de sus tíos. La mayoría de los jóvenes de su edad en el pueblo o, estaban en la universidad o, ya se habían independizado de sus familias hacía tiempo. Esa tarde en el Blue Blod la visitó de nuevo aquella loca policía que no cesaba de hacerle preguntas. No le gustaba nada que la agente Jane Barret anduviese metiendo las narices en sus asuntos. Por eso después de haberla entrevistado una primera vez hacía dos días, cuando regresó esa tarde para continuar charlando con ella se puso muy nerviosa. Supuso que había averiguado algo nuevo sobre lo que habían estado hablando. La agente era muy astuta y Elisabeth se había ido de la lengua, contándole toda la verdad de lo sucedido entre ella y Malcolm.

—¿Por qué culpaste a Samuel de lo sucedido la noche del baile de graduación? —preguntó Jane.

—Pensé que nadie me creería y tras retirar la denuncia, la gente se olvidaría del tema —contestó Shania.

Estaban sentadas en la misma mesa en que habían hablado hacía dos días con un par de cervezas delante. Aquella india no pensaba dejarla tranquila, ojalá regresase a Alaska con su tribu de donde eran oriundos sus antepasados. Lo que Shania ignoraba era que el padre de Jane era de origen europeo, por eso su sangre no era tan india como parecía. Aunque tenía cosas de su padre. Su piel candente tenía mucho de su madre que era de origen Inuit. Esa mezcla de india y europea le daba un toque exótico que la proveía de un atractivo especial.

—Estaba muy borracha y no me resistí demasiado, puede que Malcolm creyese que le daba mi consentimiento —continuó diciendo Shania.

—No lo creo. Lo que realmente te ocurrió fue que caíste presa de una especie de inmovilidad tónica. Es una reacción natural durante una situación de pánico extremo. Estabas tan aterrorizada

por lo que te ocurría que te quedaste paralizada. Le sucede a muchas víctimas de violación. Debiste denunciarlo —explicó Jane Barret.

—Para qué, nadie me creería; después de declarar Brenda ante el sheriff Nick que realmente estaba con Samuel y no con Malcolm, y que no había sucedido nada violento entre nosotros; sería el hazmerreír del pueblo. Además Malcolm ya bastante desgracia tenía por lo de no poder entrar en la NCAA por su enfermedad —apuntó Shania.

—Eso no es una excusa para no haberlo denunciado —aseveró Jane.

Shania pensó que la agente federal igual tenía razón, pero todo aquello era ahora agua pasada. Brenda estaba muerta y Malcolm era el máximo sospechoso de ello. Salvo que los federales sospechasen también de ella. En ese caso sus tíos le servirían de coartada, ella continuaba viviendo con ellos y declararon que estaba en casa la madrugada que apareció el cadáver de Brenda. Claro que por la tarde había estado trabajando en el Blue Blod y había cerrado sobre las once y media, poco después de haber finalizado el partido de los Lakers y que los últimos clientes hubiesen abandonado el local. Sus tíos habían declarado que llegó a casa sobre las doce. El Blue Blod se encontraba a quince minutos andando de su domicilio, por lo tanto su declaración era bastante creíble. ¿Y si sus tíos mentían? Pudo llegar más tarde a casa con las manos empapadas de sangre, después de asesinar a Brenda. Habría tenido tiempo suficiente de deshacerse de su ropa, quemándola en la estufa de la casa, por lo que la muy zorra de la agente federal ordenó el registro de la vivienda. Afortunadamente sus prendas estaban limpias de restos de sangre y no encontraron ninguna prueba que la involucrase en la muerte de Brenda.

Pero había algo más que le había contado la guarra de Elisabeth a la agente federal y la seguía convirtiendo en sospechosa. El agente Glen Stuart y ella habían tenido algún flirteo. No fue mucha cosa. Él era nuevo en la ciudad y le gustaba tirarle los tejos a Shania cuando acudía al Blue Blod. No sabía cómo se había enterado de ello Elisabeth, alguien debió contárselo. Shania después de lo sucedido con Malcolm, no pensaba ponérselo fácil al muchacho. Al principio le contestó con evasivas, pero debido a su insistencia, decidió darle una oportunidad.

Glen la llevó a cenar al único restaurante mexicano que había cerca del pueblo. Alguien debió verlos y se lo contó a la cotilla de Elisabeth. Ahora los federales también lo sabían. Aquel encuentro había sido muy agradable. De primero compartieron un plato de machaca y de segundo tomaron dos chilis rellenos. Al terminar Glen la acercó a su casa en el coche patrulla. Se despidió de él con dos besos en las mejillas, ignorando que unos días más tarde estaría muerto. Esa noche Shania se fue contenta de su encuentro con el joven para casa. Glen Stuart quedó de pasarse el siguiente domingo por el Blue Blod para hablar con ella y concretar otra cita. Al morir unas horas antes incrustado en un acebo, no pudo cumplir su palabra.

—¿Qué había entre vosotros? —preguntó Jane Barret.

—Nada. Solo fuimos una vez a cenar juntos. Era un chico muy agradable, al que me gustaría haber conocido mejor —respondió Shania.

—Lamento que nada de eso pueda suceder —dijo Jane.

—Mientes descaradamente. Por eso ordenaste registrar mi casa: ¿Por qué crees que yo lo maté?

—No miento, siento lo de Glen. Lo del registro fue algo rutinario, siempre lo hacemos para descartar sospechosos. No creo que matases a Glen para liberar de la cárcel a tu violador. Salvo que mintieses sobre lo que pasó aquella noche con Malcolm y fingieses haber sido violada. Algo que ninguna chica de dieciocho años en su sano juicio haría nunca.

»En realidad creo que eres inocente de todo lo ocurrido, salvo por el tema de Samuel. No te esforzaste demasiado en desmentir la versión de Brenda de que fue Samuel y no Malcolm quién

te violó. Sigo sin comprender con lo agobiada que estabas: ¿por qué retiraste la denuncia sin luchar por la verdad? —preguntó Jane.

—Tenía miedo de lo que la gente pudiese pensar —contestó Shania.

¬—Lo siento, pero estás partiéndote la espalda trabajando seis días a la semana en dos empleos por una miseria. Se nota que eres una luchadora y de pronto te rajas ante una injusticia tan grande como lo que hizo Malcolm contigo; culpando a su hermano Samuel por ello: respaldaste la versión de Brenda —expuso Jane.

—Samuel era un crio. Ni siquiera se le puso dura aquella noche conmigo. Luego apareció la posibilidad de montármelo con Malcolm y no lo dudé. Todo iba bien entre nosotros hasta que iluminé su cosa con la luz del móvil y descubrí ese maldito tatuaje. Entonces me eché atrás. Tal vez tuve lo que me merecía —expresó Shania.

—Nadie se merece algo como lo que te ocurrió. Cualquier mujer tiene derecho a decir basta durante una relación. Ni siquiera la enfermedad de Malcolm le exculpa de lo sucedido. Puede que sin pruebas y con la declaración de Brenda en contra, cualquier fiscal desestimaría el caso; aunque al menos tu autoestima quedaría bien alta. No podemos permitir que ninguna de nosotras sufra este tipo de abusos sin denunciarlo —aclaró Jane.

—Para ti es muy fácil hablar porque eres forastera. Si la denuncia siguiese adelante con el testimonio de Brenda en contra, todos en el pueblo me tomarían por una mentirosa y sería el punto de mira de todos los chismorreos. Soy camarera en el local más frecuentado del lugar, cuando la gente bebe tiene la mala costumbre de hablar más de la cuenta; no tardaría en tener que abandonar mi trabajo ¬—rebatió Shania.

—Te entiendo, siento haberlo malinterpretado todo. No me lo tengas en cuenta. Los policías a veces nos vemos obligados a hacer preguntas que ni siquiera nosotros mismos aprobamos —dijo Jane Barret.

La agente federal le dio la mano antes de despedirse y Shania deseó no volver a verla nunca. Aquella india le daba mala espina. Era guapa y tenía un buen trasero. Ojalá Malcolm la hubiese violado a ella. El mundo para Shania era una mierda. Ahora con el agente Glen Stuart muerto se esfumaban sus posibilidades de encontrar un marido digno en Mariposa con el que comenzar una nueva vida en pareja y así poder abandonar la casa de sus tíos.

Lo cierto era que se llevaba bien con su tío Stan. Un hombre de cincuenta años que se ganaba la vida como fontanero. Era bastante robusto para andar tirado por los suelos arreglando tuberías, lo que había acentuado sus dolores de espalda. Su seguro médico no le alcanzaba para operarse de una hernia discal, por lo que se veía obligado a tomar calmantes a menudo. Decidió denunciar a la compañía, pero perdió el pleito y le subieron el precio de la póliza. Su esposa Briana trabajaba de estilista en una peluquería del pueblo. Ganaba mucho menos que Stan, por eso no tenía seguro médico. Total para lo que le servía a su marido.

Shania y su hermano Anthony habían sido adoptados por sus tíos que, nunca pusieron ninguna pega al respecto, después del incendio que terminó con la vida de sus padres y su hermana pequeña Lindsay. Por suerte para Anthony y Shania, ambos estaban durmiendo con sus tíos, la noche en que se incendió su casa. Ese día celebraban el cumpleaños de su prima Sue, la única hija de Briana y Stan, por lo que sus padres les permitieron pasar la noche fuera.

El único motivo por el que su hermana pequeña Lindsay no les acompañó, fue porque tenía sarampión, por eso se quedó en casa con sus padres.

En aquella época Shania tenía doce años y su hermano Anthony once. Lindsay falleció en el incendio con sus padres, cuando solo tenía siete años. La tragedia tuvo mucha repercusión en la prensa. Nunca había sucedido algo igual en Mariposa. Los medios pronto se hicieron eco de los

hechos. La agente Jane Barret había conseguido rescatar del archivo de sucesos del ayuntamiento un artículo de lo acontecido. Lo leería esa tarde después de terminar de hablar con Shania en el Blue Blod. Decidió guardarse esa información para ella, bastante alterada estaba Shania con lo sucedido con Brenda y Glen, como para atormentarla más con su trágico pasado. La agente Jane Barret también era huérfana y por eso entendía como se sentía Shania por la muerte de sus padres.

Capítulo 18

SAN FRANCISCO CHRONICLE
22 de diciembre de 2015

El pueblo de Mariposa es un lugar tranquilo donde rara vez sucede algo. Cercano a una arboleda de secuoyas gigantes es una de las entradas principales al parque de Yosemite. Se llega a través de una sinuosa carretera que serpentea entre bosques milenarios. La aldea se encuentra ubicada en un estrecho valle rodeado de colinas boscosas que la separan de las montañas. En esta época del año destacan los adornos navideños en las vidrieras de los comercios que acompañan a la mirada del visitante por sus calles principales. La aldea tiene apenas una población de dos mil habitantes y es un lugar tranquilo para pasar las fiestas que marcan la llegada del invierno. Se acercaba la navidad y todo era alegría en el pueblo hasta que la tragedia se desató inesperadamente.

Ese día en la familia de los Turner todo parecía ir bien; a pesar de que su miembro más joven enfermó de sarampión. La pequeña Lindsay mejoraba adecuadamente, pero todavía tenía unas décimas de fiebre, por lo que no pudo acudir al cumpleaños de su prima Sue con sus hermanos mayores. Ello supuso un gran contratiempo para la pequeña que le hacía mucha ilusión acudir al evento. Sus hermanos Anthony y Shania de once y doce años respectivamente si pudieron asistir. Ese fue el motivo por el cual, los dos chicos no se encontraban en la casa cuando se desató el fuego. Sus padres les habían dado permiso para pasar la noche con sus tíos.

Esa mañana Jackie Turner de cuarenta y dos años, acababa de instalar un abeto de treinta y dos metros de altura en la entrada de la casa. Él y su esposa Tamara se pasaron la mañana decorándolo con adornos navideños que incluían varios cables de luces de colores dispuestos alrededor de sus ramas. Era una manera de compensar a su hija pequeña por no poder asistir al cumpleaños de su prima con sus hermanos. La niña estalló de emoción cuando al llegar la noche el árbol estalló en fragmentos de colores que se alternaban entre el violeta, rojo, verde y amarillo. Instantes después del encendido, la familia cenó y se acostaron sobre las diez de la noche.

Los primeros resultados de la investigación determinaron que el incendio tuvo lugar sobre las dos de la madrugada al producirse un cortocircuito en uno de los cables que provocó que el abeto terminase ardiendo. El fuego pasó del árbol a la casa y esta quedó también reducida a cenizas. Entre los escombros se encontraron algunos restos óseos pertenecientes a las víctimas. El fuego debió sorprenderles mientras dormían, sin darles tiempo a despertarse; pensamos que tuvieron una muerte tranquila por inhalación de gases; aunque las habitaciones donde dormía la pareja y su hija pequeña quedaron reducidas a cenizas; después de la explosión de la caldera de gasóleo que se encontraba en el sótano. Prácticamente sus cuerpos debieron volar por los aires desmembrados por la onda expansiva. La planta alta se vino abajo demolida por la detonación que terminó derribando el tejado que arrastró con él al resto de la construcción.

Los dos hermanos supervivientes están destrozados. De poco consuelo les sirve de que vayan a ser adoptados por sus tíos. Aunque al menos evitarán tener que ir a un orfanato estatal. Durante el sepelio se les vio muy afectados. Anthony estaba pálido y permaneció inmóvil durante toda la ceremonia junto a su hermana Shania al lado de los féretros de sus padres y su hermana pequeña muerta. Ambos tenían aspecto de no haber asimilado lo sucedido, supongo

que les llevará tiempo digerirlo. Shania permanecía muda, medio ida como si estuviese en medio de un sueño y nada de aquello hubiese sucedido. Es comprensible su sufrimiento, al contemplar los escombros a los que quedó reducido su antiguo hogar; convertido de pronto en un montículo de cenizas.

La población de Mariposa se ha volcado con ellos. La montaña de coronas de flores acompañó el paso del coche fúnebre al cementerio. La gente del pueblo está consternada por lo acontecido, nadie termina de creérselo. Los Turner eran muy queridos por todos. El padre trabajaba de cerrajero y la madre en un taller de costura. El entierro tuvo lugar el día de navidad, por lo que el gobernador del condado ha ordenado que las banderas ondeen a media asta en la plaza del ayuntamiento. Además ha suspendido todos los festejos típicos de estas fechas. Para ellos la navidad del 2015, será la más triste de su historia.

La agente Jane Barret terminó de leer el artículo escrito ocho años atrás del San Francisco Chronicle, mientras tomaba un café en la barra del bar del hotel; más tarde acompañó al agente Lobo a visitar la finca en que tuvo lugar el trágico incendio. El problema fue que la antigua propiedad de los Turner había sido adquirida por los Barker y adherida a su finca hacía ocho años, debido a su proximidad a la enorme mansión de la familia del supuesto narcotraficante. El agente Liam Lobo pidió permiso a Lance Barker para visitarla. El magnate del transporte decidió abrir sus puertas a los federales. Era un tipo de baja estatura y un poco rollizo —por evitar llamarlo gordo— que vestía un traje de Hugo Boss que parecía hecho a medida. Llevaba un elegante sombrero tejano a juego con el traje. Se lo quitó para recibir a los dos agentes en su propiedad.

Lance los condujo al lugar donde se encontraba la casa de los Turner. La naturaleza se había regenerado por completo ocupando el espacio donde se hallaba la vivienda. Una tupida red compuesta por madreselvas, glicinias, jazmines y hiedras estaba distribuida en un cuadrante de pérgolas que abarcaba el espacio de la antigua estructura de la casa demolida por el incendio. Lance Barker los invitó a sentarse a su lado en un banco de madera, bajo una hilera de jazmines que les proporcionaban una buena sombra, ante el empuje del inclemente sol de la tarde.

—Fue una auténtica tragedia lo del incendio. Mi familia todavía vivía en Texas cuando ocurrió. El antiguo propietario de esta finca nos contó todo, antes de comprarla. Hace cinco años, cuando la adquirimos, todavía se notaban los restos del incendio. Me pareció una buena idea construir un pequeño jardín en el lugar para honrar la memoria de los Turner. No tenía ni idea de lo que habían tenido que pasar Anthony y Shania, hasta que Dios también se llevó a mi joven Brenda hace poco. La diferencia es que no ocurrió de manera accidental como con los Turner, sino que alguien muy depravado asesinó a mi pequeña —dijo Lance Barker visiblemente conmovido.

—¿Tiene usted idea de quién pudo haber sido? —preguntó Jane Barret.

—No lo sé. Pero ustedes deberían estar buscando a Malcolm, en vez de perder el tiempo visitando mi propiedad —soltó enojado Lance.

—Mañana por la mañana seguiremos su rastro y lo traeremos de vuelta a Mariposa. No es Malcolm Lino lo que nos preocupa, creemos que no fue él quién mató a su hija. No pudo escapar de la cárcel y asesinar al agente Glen él solo, tuvo que ayudarle alguien desde fuera —explicó Liam Lobo.

—Tenemos motivos para pensar que Malcolm nunca le haría daño a Brenda. Supongo que estaba muy asustado y por eso huyó de comisaría. Sin embargo tiene que saber algo sobre el verdadero asesino —apuntó Jane.

—En principio también me niego a creer que uno de mis empleados le haya hecho daño a mi hija. Conozco a Malcolm desde que jugaba en el equipo del instituto y no me parece un asesino. De todas maneras deberían hablar con él, antes de que pueda sufrir algún accidente y ya no puedan hacerlo —opinó Lance.

—Por lo que tengo entendido el chico conoce bien estos bosques. No tiene por qué ocurrirle nada malo —aseguró Liam Lobo.

—¿Seguro que darán con quién le hizo esto a mi niña? —preguntó Lance.

—No se preocupe, encontraremos al asesino de su hija. Malcolm es un chico con problemas mentales, debemos de tener cuidado con lo que nos cuente respecto a lo sucedido.

»Algo muy malo ha comenzado a ocurrir en este pueblo. Hace ocho años fue el incendio de los Turner, luego ahora estos macabros asesinatos. Espero que ambas tragedias no estén relacionadas. Es posible que alguien le prendiese fuego al árbol de navidad de los Turner desatando la tragedia; tal vez fuese la misma persona que asesinó a Brenda y al agente Glen —expuso Jane Barret.

—Es una posibilidad en la que no había reparado. Aunque dudo mucho que estos crímenes tengan algo que ver con el incendio que mató a los Turner —protestó Lance.

—Quizás tenga razón, puede que usted mismo le prendiese fuego a su hogar para conseguir adquirir su propiedad mucho más barata —apuntó Liam Lobo.

—Eso es una aberración. El incendio tuvo lugar hace ocho años, mi familia se instaló aquí hace solo diez. En principio no teníamos idea de comprar la propiedad de los Turner, solamente queríamos la antigua mansión en donde vivimos ahora; sin embargo al contemplar el deplorable estado en que se encontraba la zona tras el incendio y que colindaba con nuestra finca; decidimos anexionarla para evitar que nuestra propiedad lindase con semejante escombrera y convertirla en un jardín en memoria de las víctimas —explicó Lance con tranquilidad, sin perder los nervios a pesar de las insinuaciones del agente Lobo.

—Sabe si alguien conocido le tiene la suficiente inquina, para vengarse de usted asesinando a su hija —inquirió Jane.

—Eso tendrán que averiguarlo ustedes, yo no tengo ni idea. Muchas gracias por su visita. Y ahora si no puedo ayudarles en nada más tendrán que disculparme. Dentro de una hora la policía forense le entregará a la funeraria el cadáver de mi hija para someterlo a una tanatopraxia. Los estilistas tendrán que hacer milagros para que esté presentable para el velatorio.

»Mi esposa está muy enferma, cuando ya creíamos que había superado el cáncer, un TAC rutinario realizado ayer en un hospital de San Francisco demuestra que, no solo no ha remitido sino que se ha extendido por todo el cuerpo. La metástasis ya le afecta al cerebro y a varios órganos. Los médicos no nos dan ninguna esperanza. Asunción no quiere morirse, sin volver a ver a su hija. Parece que una maldición ha alcanzado a mi familia —expuso Lance.

—Lamentamos oír eso. Ya no le molestaremos más. Nos vamos. Espero que todo vaya de la mejor manera para usted y su familia, dadas las terribles circunstancias que les ha tocado vivir —dijo Jane, despidiéndose de Lance.

De regreso al pueblo se detuvieron en una tienda de deportes para equiparse, tardarían al menos un par de días en atrapar a Malcolm. Tanto Liam como Jane, lamentaban la situación personal del empresario. Estaba claro que el dinero no daba la felicidad. El destino parecía castigar a Lance por su avaricia. Lobo opinaba que lo del cáncer podía ser debido al exceso de glucosa en la sangre. Su sobrina Elisabeth le había contado a Jane que tanto Lance como su esposa eran muy aficionados a la repostería.

Para Lobo la causa más probable para que se desarrollen las células cancerígenas era el consumo abusivo del azúcar industrial o azúcar blanco como le llaman vulgarmente. Aunque no todos los azucares blancos son malos: los alimentos de por sí ya aportan toda la glucosa necesaria para el organismo sin añadirle ningún tipo de edulcorante. Desde luego los Barker deberían de eliminar de su dieta la bollería industrial y no consumir con el café otro azúcar blanco que no sea el de caña.

—Es como cuando llevas un coche a reparar al taller. Las piezas defectuosas deben ser sustituidas por otras nuevas. Lo mismo ocurre con nuestras células. Durante la mitosis se duplican para crear otras nuevas. Si nuestros cromosomas están afectados por la glucosa: las copias pueden salir defectuosas, iniciando así un proceso tumoral —dijo Liam.

—No podías explicarlo mejor. Debemos evitar dentro de lo posible consumir azucares industriales. Es una manera de no engordar y mantenernos sanos —dijo Jane.

—En San Francisco hay muchísima gente obesa. No entiendo cómo pueden comerse para desayunar esos bollos de nata gigantes que hay en las cafeterías. La cantidad de porquería que le están metiendo al cuerpo es aberrante —concluyó Liam.

A veces Liam tenía cosas que la sorprendían. Era un tipo que no tenía filtro y decía lo que pensaba. Aunque ello en ocasiones podía ponerla en aprietos, le gustaba trabajar con él. Era como su guardaespaldas. Se sentía más segura con Liam cerca. Estaba deseando acompañarlo al bosque a buscar a Malcolm, seguro que caminar en su compañía resultaría divertido.

Al comenzar la marcha al amanecer, Liam le contó por el camino que, cuando murió su padre: él y su hermana lo incineraron y esperaron a la noche para arrojar sus cenizas desde un puente según la voluntad del difunto. Los dos hermanos estaban borrachos cuando lo hicieron. Se pasaron toda la tarde bebiendo cerveza en honor a su padre que siempre había sido un hedonista.

En vez de un entierro católico, algo que su padre detestaba, decidieron montar una especie de sainete en su honor. Liam y su hermana, acompañados de algunos amigos del difunto, llevaron el tarro de taberna en taberna. Pasaron toda la tarde batiendo palmas y cantando canciones populares en su honor. Seguro que las cenizas de su progenitor tuvieron que removerse más de una vez en el interior del recipiente.

Al llegar al ocaso para evitar que los guardias los viesen —estaba totalmente prohibido arrojar nada al río— ocultaron el tarro con una bufanda y las soltaron lentamente. Las cenizas volaron agitadas por el viento desde lo alto del puente y algunas de ellas salpicaron a los presentes. El padre de Liam no quería abandonar este mundo entre lágrimas, por eso les pidió a sus hijos que celebrasen con alegría su ausencia. La misma alegría que él les trasmitió en vida. Era el mejor homenaje que le podían hacer. La única manera para que lo recordasen con cariño y una sonrisa en los labios. Su padre había hecho todo lo que había querido en la vida. Fue un gran bebedor de cerveza, pintor, escultor y guitarrista. Para él, la muerte era un acontecimiento más que precede a la vida y, quería dejar este mundo con la misma alegría que había trasmitido a los suyos mientras había transitado por él.

Capítulo 19

viernes, 10 de marzo de 2023

El cuerpo de Brenda acababa de ser sometido a una tanatopraxia antes de ser entregado a la familia. El polvo blanco de geisha hacía resaltar el rostro de la muchacha, dándole a su piel un aspecto más luminoso. El mismo tipo de maquillaje había sido aplicado sobre el cuerpo del joven Glen que parecía haberlo devuelto a la vida. Los dos ataúdes estaban abiertos para mostrarlos al público en la capilla ardiente del pueblo de Mariposa.

La multitud se congregaba en una única fila para visitar a los difuntos. Había en ellos un áurea especial: sus miradas atormentadas imponían y parecía observar a los asistentes desde el interior de los ataúdes; como diciéndoles que ellos iban a ser los siguientes en morir. Ya nadie estaba seguro en el condado. El mal se había apoderado del lugar y seguirían apareciendo cadáveres. Los últimos hechos acontecidos: no auguraban nada bueno.

El padre de Brenda estaba visiblemente aterrado. Su esposa completamente sedada —situada a su lado— miraba a su hija, angustiada, mientras el cáncer la estaba devorando por dentro. Asunción intentaba luchar contra la ansiedad, engullía tabletas enteras de chocolate con leche. Aquella dieta contribuía a alimentar aún más sus células defectuosas, aunque debido al estado avanzado de su enfermedad, su salud parecía no importarle demasiado; consciente de que pronto acompañaría a Brenda en su viaje al Más Allá; contribuía dentro de sus posibilidades para que ello sucediese lo antes posible. Tenía el gesto descompuesto y se le había borrado parte del maquillaje. Llevaba la cabeza tapada por un pañuelo negro para cubrir su calva. La pérdida de cabello era una de las consecuencias más duras de la quimioterapia. Ella siempre había sido una mujer muy coqueta, por eso verse en ese estado era muy duro para ella.

La misa la oficiaría el reverendo Benny Gordon —tío político de la difunta—, que no le tembló la voz a la hora de condenar aquella atrocidad. Habían acudido desde Texas, el resto de los miembros de la familia de Brenda. La mayoría llegaron en lujosas limusinas, otros habían hecho el viaje en avión a San Francisco y desde allí alquilaron un coche para desplazarse hasta la aldea. Lance mantenía el tipo entre los recién llegados, que se mostraban muy afectados por la pérdida de uno de los suyos.

Los agentes federales Jane Barret y Liam Nelson se encontraban buscando a Samuel Lino en el bosque de Yosemite y no pudieron acudir a la ceremonia. Si lo hicieron los Turner a excepción de Anthony, que se encontraba concentrado con los San Francisco Dons para disputar las semifinales del torneo estatal de baloncesto. Shania había decidido aparcar sus diferencias con Brenda y asistir al sepelio acompañada de sus tíos.

Eduard Lino el padre de Samuel y Malcolm, ocupaba uno de los bancos centrales de la iglesia junto a su esposa. Se le veía abochornado, ante los comentarios que circulaban por el pueblo sobre la posible implicación de su hijo Malcolm en todo lo acontecido. Cualquier otro padre se hubiese quedado en casa, pero Eduard era un hombre de convenciones muy religiosas y decidió mantener el tipo entre sus convecinos. La mayoría de sus conocidos cambiaban de acera al verlo, para evitar saludarlo como si fuese un apestado. Eso a Eduard le daba lo mismo. Eran unos hipócritas. El Señor lo protegía y haría lo mismo con los suyos. Él no tenía la culpa de que su hijo Malcolm hubiese salido una oveja descarriada. Eduard siempre le aconsejó que no se involucrara en los negocios de los Barker. Ahora era sospechoso de la muerte de la hija del

empresario. Eduard creía en la inocencia de su hijo, por eso ignoraba todos los rumores que circulaban por el pueblo al respecto de su culpabilidad.

Los Stuart también arrastraron a mucha gente. La muerte de su hijo Glen los dejó desolados. El agente fallecido tenía una familia muy numerosa. Eran seis hermanos y la mayoría estaban casados y con hijos. El único soltero era Glen y sus planes de tener descendencia se habían ido al carajo con su muerte prematura. Glen era el ojo derecho de su madre. La mayoría de sus hermanos se habían establecido en distintos puntos de California; sin embargo Glen continuaba viviendo con su padres en Mariposa, que estaban jubilados y disponían de tiempo libre para disfrutar de la compañía del benjamín de la familia. Su muerte sería una pérdida irreparable para ellos.

Eva Barker se encontraba cerca del púlpito, combinando su mirada entre el sermón de su marido y el féretro abierto de su sobrina. Brenda parecía más hermosa todavía que en vida, como si una especie de aureola especial le llenase de color las mejillas. En un momento dado Eva se la imaginó levantándose del ataúd, ante la estupefacción de todos los presentes. Seguro que a más de uno, le daba un ataque al corazón. Ella no tenía dudas de que había sido esa bestia inmunda de Malcolm Lino quién asesinó a su sobrina. Sabía de su potencia muscular, cuando le bajó las bragas y la empotró contra la pared del cuarto de su marido. Malcolm tenía fuerza de sobra para subir a Brenda a lo alto del roble y empalarla con sus ramas. Se la imaginaba gritando en busca de auxilió, aunque a esas horas no hubiese nadie en el bosque que pudiese ayudarla.

Eva llevaba un conjunto negro con demasiadas transparencias que avergonzaban a su esposo. Desde el púlpito, el reverendo Benny tenía unas vistas privilegiadas de los escotes de todas las feligresas. Aunque debía de reconocer que el de su mujer destacaba sobre todos los demás. Eva tenía las tetas mejor puestas de toda la parroquia. Cada vez que la miraba, ella se pasaba la lengua por los labios exageradamente pintados de un rojo muy vivo, tratando de provocarlo. La muy zorra estaba siempre imponente, por eso se casó con ella; aunque todo el mundo sabía en el pueblo que Eva engañaba al reverendo con jovencitos en ocasiones. Al menos podría haber mostrado un poco más de decoro en el entierro de su sobrina, pensó Benny. Aunque todo el mundo conocía las extravagancias de su esposa y nadie se extrañaba de sus atuendos. El día de ramos, los chiquillos le lanzaban los frutos de los olivos, desde lo alto del palco elevado de la iglesia, intentando acertar con el hueco de su escote. Rara vez alcanzaban su objetivo y terminaban a menudo aterrizando en las calvas de los presentes.

Los medios de comunicación esperaban en la entrada de la iglesia la salida del coche fúnebre. El Sheriff Nick se encontraba en la puerta de la iglesia con varios agentes uniformados para mantener a la prensa alejada de la ceremonia. Había recibido órdenes precisas de Lance Barker para solo permitir el paso a la periodista Ariadna Gil, acompañada de un fotógrafo. La exclusiva le había costado un dineral al San Francisco Chronicle y había sido muy criticada por los demás medios de la competencia. Lance sabía que Ariadna era una periodista muy popular, terminaba de publicar una novela titulada *La tumba de Amaia*, en la que narraba la odisea que tuvo que pasar para intentar localizar los restos de su hermana pequeña, después de llevar doce años desaparecida; cuando los halló mientras hacía Trail running en el bosque fue una sorpresa. La novela había alcanzado una repercusión mediática tremenda, vendiendo millones de ejemplares en todo el mundo. Supongo que ayudó a ello, lo de estar inspirada en hechos reales. Ariadna implicó en la trama a una congregación religiosa conocida como Los Corderos de Dios que, resultó ser una tapadera de una organización criminal, cuyos miembros llevaban en su haber los asesinatos de varias chicas de distintas nacionalidades.

Lance sabía que Ariadna sabría como trasmitir el dolor de su familia al público, para tratar de

sacarle el mayor partido posible. La gente devoraba sus artículos. Mientras hablasen de su hija muerta, nadie se atrevería a indagar en sus negocios sucios con la droga. Para él Brenda siempre había sido su niña mimada; todo se lo consentía, con tal de tenerla contenta. Le tenía un puesto guardado en la cúspide de su organización. Por eso la mandó estudiar derecho en San Francisco, necesitaba a alguien de su familia que controlase los parámetros legales de sus turbulentos negocios. Entre ellos figuraba el blanqueó constante del dinero procedente de la droga. Su otro hijo Danny se había graduado en administración de empresas y con el tiempo se había convertido en su mano derecha.

Después de la muerte de Brenda, Danny no daba un paso, sin ir acompañado de una escolta de pistoleros a sueldo para protegerlo. El plan de Lance Barker —aparte de controlar los pozos de petróleo de su familia en Texas y su empresa de transportes en California— era hacerse con el control de la fabricación de las nuevas drogas de diseño que estaban acaparando el mercado. Entre ellas los psicoestimulantes como las anfetaminas. El empresario disponía de la logística necesaria —a través de su empresa de transportes— para su importación y exportación por todo el territorio nacional.

Malcolm Lino sabía demasiado sobre su estructura de talleres en el parque de Yosemite. Si en los interrogatorios lo presionaban, podría revelar la situación de todos los remolques escondidos entre el follaje para fabricar la droga, por lo que no podía permitirse el lujo, de que el mayor de los Lino terminase en manos de los federales. Había contratado a un grupo de mercenarios para seguir de cerca los movimientos de los agentes del FBI en el bosque. La agente Jane Barret y el agente Liam —más conocido como Lobo—, los llevarían hasta Malcolm. Una vez lo localizasen, los mercenarios entrarían en acción. Se trataba de un comando de cuatro hombres; la mayoría excombatientes de Afganistán e Irak, veteranos de guerra que estaban acostumbrados a matar. Les pagaría una fortuna por terminar con la vida de Malcolm Lino. A pesar de lo que le había dicho a la agente federal, Lance no tenía dudas de que Malcolm había sido quien había asesinado a su hija.

El muy cabrón tenía una enfermedad mental, nunca debió contratarlo para fabricar droga en sus contenedores. Debió encapricharse de su pequeña y al rechazarlo, decidió terminar con su vida. Su pequeña Brenda era un ángel y nunca se liaría con un asqueroso gregario como Malcolm. La tenía reservada para alguien mucho mejor como un príncipe saudí o algo por el estilo.

La ceremonia en la iglesia fue solo para los familiares de las víctimas y sus allegados. Sin embargo, la entrada al cementerio sería libre. Los operarios de la funeraria portaron los ataúdes. Una marabunta de curiosos esperaba a la salida de la capilla ardiente. Una vez depositados los féretros en los coches fúnebres, la comitiva partió seguida de una muchedumbre a pie, hacia el cementerio que se encontraba a ochocientos metros de la iglesia. El recorrido trascurrió en medio de un silencio sepulcral: la gente se dejó arrastrar por el dolor de las familias y seguía a los coches fúnebres caminando con la cabeza gacha, sin terminar de asimilar lo sucedido.

La verja negra del camposanto estaba abierta. Los asistentes respetaron el orden de paso y permitieron a los familiares instalarse junto a las tumbas. El reverendo Benny Gordon se situó ante el ataúd de Glen Stuart y dijo unas palabras por el descanso de su alma. Al terminar los empleados de la funeraria bajaron la caja con unas cuerdas y echaron tierra sobre la tumba. Luego acompañaron al reverendo junto al ataúd de Brenda. En principio parte de su familia pretendía enterrarla en Texas, de donde era oriunda la muchacha, pero finalmente se impuso la voluntad de sus padres y descansaría en su residencia actual en Mariposa. Ellos ahora ya eran parte de California y no pensaban regresar a su estado natal, donde residía el resto de su familia.

Compraron una franja de terreno en el cementerio municipal y la pusieron a su nombre. Allí descansarían todos los miembros de los Barker que muriesen en su nueva tierra.

Lance observaba con ojos iracundos el ataúd de su hija apoyado al borde de la tumba. Su mujer Asunción sollozaba a su lado, montando un auténtico espectáculo. En vida nunca se la había visto demasiado unida a Brenda y ahora a la hora de su muerte, escenificaba un dolor que en el fondo de sus entrañas nunca había sentido, supongo que la conciencia la torturaría. Su hijo Danny Barker la sujetaba por el brazo para evitar que se derrumbara. La escena era exageradamente dramática; sobre todo para los que conocían de cerca su fría relación con su hija. A su cuñada Eva Barker su actitud le pareció puro teatro y le dio lástima. Intentó ignorar sus lamentos y centrarse en la lectura de los versículos de su marido.

—Oremos por el alma de nuestra hermana Brenda Barker. El Señor ha llamado a su puerta y dispuesto todo para llevársela consigo.

»Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento. ¡Éste es nuestro Dios ahora y para siempre! ¡El Dios nuestro nos guiará más allá de la muerte! Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos.

Benny Gordon se veía obligado a alzar la voz para que el agonizante llanto de Asunción no ahogara sus plegarias.

—Hoy nacemos, mañana morimos; hoy plantamos, mañana cosechamos; hoy herimos, mañana curamos; hoy destruimos, mañana edificamos; hoy lloramos, mañana reiremos; hoy guardamos luto, mañana bailamos a gusto. Quien solo vive para pecar, recibirá como castigo la muerte. Pero Dios nos regala la vida eterna por medio de Cristo Jesús, nuestro Señor.

Entonces, de pronto Lance que hasta ese momento había permanecido impasible, cayó de arrodillas y comenzó a comportarse de una manera extraña. Estaba rojo como una bombilla a punto de estallar y sostenía un rosario entre las manos. El reverendo hizo un gesto a los empleados de la funeraria para que bajasen la caja al interior de la tumba. Una vez situado el ataúd en la fosa, comenzaron a cubrirla con tierra.

—¡Deteneros! ¡Basta! —exclamó Lance poniéndose en pie.

Los empleados pararon con las palas, sin dar crédito a lo que estaban oyendo. Lance saltó al interior de la fosa y trató de abrir el ataúd de su hija. Apartó la tierra del cristal y observó su rostro. Le pareció que Brenda recobraba la vida y lo miraba con cara de angustia. Empezó a golpear con los puños el cristal, cuando el sheriff Nick saltó al interior de la fosa y le sujetó los brazos.

—¡Mi niña! ¡Mi niña está viva! —gritaba Lance.

Algunos periodistas trataron de acercarse para grabar lo sucedido, pero los guardaespaldas de Lance le cortaron el paso y les rompieron las cámaras. Entre Nick y el reverendo Benny sacaron a Lance del agujero. Lo metieron en un coche patrulla y se lo llevaron a su casa. Antes permitieron que abriese el ataúd para abrazar por última vez a su niña. Al sostenerla, sintió el frio cadavérico desprendido por su cuerpo y rompió a llorar. Brenda estaba bien muerta, pero el polvo de Geisha en su rostro hacía milagros. El empresario arropado por los suyos fue recuperando lentamente la razón. Mataría al hijo de puta que le había hecho aquello a su pequeña. Los mercenarios que había contratado, pronto le traerían la cabeza de Malcolm Lino en una bandeja.

Capítulo 20

Sábado, 11 de marzo de 2023

Con dos mil metros de elevación se erguían crudas peñas cubiertas de musgo que, sostenían bloques de granito de formas rectangulares; utilizados de hitos por los agentes federales para orientarse en medio de la montaña. Jane Barret atisbaba a su alrededor en busca del punto de encuentro en que aterrizaría el helicóptero para llevarse al prisionero a una prisión federal en San Francisco donde, estuviese a salvo de los gregarios del empresario Lance Barker. Debido a la inclinación del terreno, decidió quitarle las esposas a Malcolm para que no perdiese el equilibrio y terminase cayendo por un precipicio. Lo necesitaban vivito y coleando. Iba escoltado por el flanco derecho por el agente Liam Lobo y por el izquierdo por la propia Jane Barret. Sobre la ladera crecía un bosque de sauces y alisos que constituía un hábitat ideal para los osos. Los tres treparon por las rocas, alejándose de cualquier atisbo de vegetación que no fuesen los clásicos pinos de montaña.

—Este es el auténtico pino de California —dijo Liam Lobo, señalando un ejemplar que crecía solitario entre las rocas—. Posee una copa piramidal en su juventud y aplanada o abovedada en su madurez. El tronco es de color rojizo y tiene la corteza gruesa.

—Me importa un pimiento de que clase sea ese maldito árbol. Si no nos largamos pronto de aquí nos encontrarán los hombres de Lance y nos matarán a todos —dijo con semblante preocupado Malcolm Lino.

¬—Estate tranquilo. No se atreverán a disparar contra unos agentes federales —le advirtió Jane.

—Mi jefe está loco. Está acostumbrado a hacer lo que quiere y le importan un bledo las consecuencias de sus actos —protestó Malcolm.

El viento soplaba fuerte, cuando el sargento retirado de la marina Richard Agnie, condecorado con la medalla al valor en las guerras de Irak y Afganistán, tenía la cabeza de Malcolm en el punto de mira de su fusil. Apretó el percutor y la bala salió disparada de la boca de su arma. De no ser por impactar previamente con una rama —alcanzaría su objetivo en milésimas de segundo — lo suficiente para desviar unos centímetros la trayectoria del proyectil y pasar rozando el lóbulo de la oreja del joven. Malcolm se llevó la mano al oído que comenzó a manar sangre.

—Un poco más y me quedo sordo —dijo.

Los tres se echaron al suelo. La herida había sido superficial. Jane le ató un pañuelo a la oreja para frenar la hemorragia.

¬—Son mercenarios. Lance los ha contratado para matarme. Seguro que llevan siguiéndoos desde que salisteis de Mariposa. Quieren mi cabeza a toda costa —dijo Malcolm.

—¿Los conoces? —preguntó Jane.

—Seguro que son los hombres del sargento Richard. Exmarines muy preparados y de gatillo fácil. En una ocasión el señor Barker me invitó a tomar una cerveza con ellos; solo sé que preferiría no volver a encontrármelos nunca —contestó Malcolm.

—Nos ocultaremos entre esas rocas —dijo Lobo.

Entonces, una ráfaga de balas pasó silbando por encima de sus cabezas. Había diez metros hasta donde decía Lobo, si intentaban alcanzarlas, morirían antes de llegar a las peñas. Así que se hundieron más entre los helechos. Estaban rodeados de francotiradores por los cuatro costados y

no tenían escapatoria. El sargento Richard les habló por un megáfono:

—No tenemos nada contra vosotros, solo queremos que nos entreguéis a Malcolm y nadie sufrirá ningún daño.

La agente Jane Barret iba a coger el megáfono de su mochila para contestarle, cuando Malcolm aprovechó la confusión para huir entre la maleza. Lobo intentó seguirlo pero la agente Jane lo detuvo. Era muy peligroso exponerse a recibir un disparo. Si se movían de allí, serían un blanco fácil para aquellos chalados. Dudó si informarlos sobre la fuga de Malcolm, en vez de ello, cogió el megáfono y les dijo lo siguiente:

—El chico es cosa nuestra. Ahora es prisionero del FBI, retiraros y no presentaremos cargos contra vosotros. Hay un grupo de agentes en camino para llevárselo, creo que no es buena idea interponeros en medio, por mucho que Lance Barker os haya pagado.

—No creo que merezca la pena morir por un negro sarnoso, pero si os interponéis en nuestro camino, acabaremos con vosotros —anunció Richard Agnie.

—Si disparáis contra un agente federal, deberéis ateneros a las consecuencias. La pena capital será el menor de vuestros problemas: si alguno de nosotros muere —replicó Jane.

—No me amenaces; si no me entregas al chico os barreremos a los tres de la faz de la Tierra —advirtió el sargento Richard.

—Está bien, déjanos unos minutos para pensarlo —dijo Jane, tratando de ganar tiempo. Intentaría contactar con sus superiores por teléfono, pero en aquella zona no disponía de señal alguna.

—Tienes cinco minutos: si no nos entregas a Malcolm antes, os freiremos a todos a tiros —dijo el sargento.

El tiempo transcurría a favor de Malcolm que había desaparecido de su vista. Lo que ellos no sabían: era dónde se encontraba ahora el fugitivo. La irrupción de los mercenarios había proporcionado la cobertura suficiente para facilitar su huida. Jane prefirió que los hombres del sargento pensasen que el prisionero continuaba con ellos. De otra manera saldrían en su búsqueda y lo cazarían como a un conejo. Necesitaban el testimonio de Malcolm para resolver el caso.

Estaban tan hundidos en los helechos que, apenas veían lo que tenían delante. Ninguno de los dos se atrevía a levantar la cabeza, por si alguno de sus enemigos decidía volársela. Entonces, algo se movió en la montaña, escucharon como el aullido de un animal, un sonido grotesco y aterrador que los dejó helados. Al cabo de un rato, escucharon un silbido muy agudo, casi imperceptible. Luego un alarido agonizante, espeluznante, que les dejó los pelos de punta.

¿Qué diablos estaba ocurriendo? No lo sabían. Los sonidos venían de posiciones diferentes. Ahora un nuevo alarido, esta vez Jane Barret detectó que surgía del lugar desde el que les había hablado el sargento; parecía como si alguien les estuviese atacando por la retaguardia. Era imposible, aquellos hombres habían sido excombatientes de la guerra de Irak, nadie podría derrotarlos, salvo la propia montaña. Escucharon otro alarido a unos metros del anterior; sonaba como si se acabasen de abrir las puertas del infierno. Jane de pronto sintió miedo. Un terror frío se extendía por todas sus ramificaciones nerviosas, impidiéndole moverse.

—¿Sargento Richard se encuentra bien? ¿Qué diablos ocurre ahí arriba? —preguntó Liam Lobo desde el megáfono con voz timorata.

Nadie respondió. Estaban tan asustados que, Jane Barret casi se hace sus necesidades encima. Nunca habían escuchado un sonido igual. Arrastrándose con las armas por el suelo, avanzaron reptando hacia las rocas para protegerse de las balas. Nadie les disparó. Una vez a cubierto, Jane logró serenarse y trepó hacia lo más alto de una de las peñas para tratar de atisbar lo que estaba

sucediendo.

—¿Ves algo jefa? —preguntó Lobo.

—¡Dios mío! —exclamó Jane.

En lo alto de la colina frente a ellos divisó a dos de los hombres del sargento empalados en dos pinos californianos. Su sangre caliente se derramaba sobre las púas del árbol. Estaban totalmente atravesados por su tronco. Un poco más arriba estaba el sargento Richard —lo distinguió por los galones de su uniforme—, desde allí solo veía su cabeza, algunas ramas le salían por la garganta y tenía los ojos fuera de sus órbitas. El cuarto hombre debía de estar en el noroeste, cubriendo una esquina del cuadrante en el medio del cual se hallaban ellos. Efectivamente, lo encontraron incrustado en otro pino, toda la sangre de los intestinos le salía por el esfínter, extendiéndose por las pinochas del suelo. El muy desdichado se resistía a abandonar este mundo, todavía pataleaba y sus pulmones desprendían un inútil gorjeo, en busca del aire que el tronco de madera le impedía entrar en la tráquea. El exmarine, después del daño que había provocado a decenas de civiles durante la invasión de Irak, jamás imaginó terminar sus días de una manera tan horrible. Era como si el destino lo estuviese castigando por sus crímenes de guerra. Su agonía se alargó durante un tiempo, hasta que sus piernas dejaron de moverse y el poco aire que quedaba en sus pulmones se extinguió, mermando los últimos ápices de resistencia de su organismo.

Sus compañeros de comando también estaban muertos. Insertados en jóvenes pinos que apenas levantaban dos metros del suelo. El resto del terreno era muy rocoso y carecía de vegetación. Los exmarines rondaban entre los cuarenta y los cincuenta años. Sus rostros estaban desdibujados por el horror. Alguien los había empalado, durante un ataque brutal, hasta matarlos.

El que había hecho aquello: no podía ser de este mundo. Al menos perteneciente a la especie humana. No es que tratara de eliminar a gente indefensa. Los hombres empalados eran soldados experimentados, participantes en las misiones más peligrosas en Oriente Medio. Habían disparado contra mucha gente y ahora sus cuerpos pendían atravesados en un arbusto de montaña como un trozo de carne al espeto. Los esfínteres reventados, los intestinos destrozados por la madera, los troncos atravesando sus esófagos hasta salirles por las bocas. Solo podía ser cosa del diablo, seguro. Pero tenía que haber una explicación racional para todo aquello, pensó Jane Barret.

—Al menos han muerto empalados en árboles autóctonos —comentó Lobo.

—Sí, en pinos californianos. Es lógico a estas alturas: no crecen fácilmente especies invasoras. El frío se las cargaría —apuntó Jane.

—Es posible. Tampoco le resultaría cómodo a nadie, caminar hasta tan arriba para plantar ninguna otra especie que no surgiese de la propia naturaleza; debido a la altitud, en esta zona no llegarían a crecer por culpa de las bajas temperaturas —refutó Lobo.

—Nunca había visto nada igual: ¿Quién diablos ha podido hacer algo así? —preguntó Jane Barret.

—Solo tengo una respuesta racional. Se los tuvo que cargar Malcolm. Los atacó por la espalda y los empaló uno por uno —respondió Lobo.

—Un pobre chico desarmado contra cuatro mercenarios experimentados en el combate cuerpo a cuerpo. Eso es imposible. Y todo lo ha hecho sin realizar un solo disparo — comentó Jane Barret.

—Lo mismo que hizo con Brenda y el agente Glen. A ellos tampoco necesitó dispararles — apuntó el agente Lobo.

—¿Quién diablos es ese chico? Si ni siquiera tiene instrucción militar —preguntó Jane.

—Igual sacó la fuerza de tantos años jugando al baloncesto, puede que estemos ante una especie de Rambo de la canasta —contestó Liam Lobo.

—Sigo pensando que eso es algo imposible. Estaba muy asustado cuando escapó. Se le notaba que temía al sargento Richard, dudo mucho que se enfrentase a ellos de esa manera. Solo es un chico de veinte años, sin ninguna experiencia en combate, por mucho deporte que haya practicado: ¿Cómo va a cargarse él solo a cuatro hombres armados? No me creo que de repente se haya convertido en el Increíble Hulk; y los haya levantado en peso y empalado en los pinos de cuajo —insistió Jane Barret.

—No lo sé, pero creo que este se ha cagado —dijo Lobo, cuando se acercó a uno de los excombatientes que, tras perder toda la sangre del cuerpo, comenzó a verter materia fecal por sus pantalones de camuflaje.

—Es cierto. Esto comienza a oler muy mal, mejor nos vamos —dijo Jane Barret.

Los agentes se alejaron y contemplaron desde la distancia a los cuatro soldados empalados en lo alto de la montaña. Era una imagen perturbadora y demencial. En sus rostros se dibujaba el rictus de la muerte.

Estaban agotados después de caminar varias jornadas por la montaña. Acordaron regresar a Mariposa para descansar. No tenía sentido seguir persiguiendo a Malcolm, bastante habían tenido con los mercenarios.

El helicóptero descendió en el punto que habían acordado. El piloto se extrañó de que no se encontrase el prisionero entre ellos. Jane había tomado varias fotografías de los mercenarios muertos, el mundo temblaría al conocer la noticia. Por la mañana enviarían a una brigada para encordonar la zona, buscar pruebas y extraer los cuerpos para un posterior análisis forense. Sin el testimonio de Malcolm, carecían de pruebas que relacionasen a los mercenarios muertos con el empresario Lance Barker. De momento suspenderían la búsqueda de Malcolm, seguro que el chico sabría como arreglárselas solo. Era la segunda vez que lo detenían y lograba escaparse de las autoridades. Mejor no intentarlo una tercera. Cada vez que alguien lo detenía moría gente. Algo extraño estaba ocurriendo en aquellas montañas. Eran ya seis las personas que habían aparecido empaladas y Malcolm no pudo haberlas matado a todas él solo. Salvo que el agente Lobo tuviese razón y el baloncesto lo hubiese convertido en un superhombre.

Una vez llegaron a Mariposa, se despidieron del piloto y regresaron al motel para descansar. Habían fracasado en su misión de capturar al fugitivo. Jane pensó que ya había visto demasiados muertos en menos de una semana. Primero fue Brenda, luego el ayudante del Sheriff y ahora los cuatro mercenarios, supuestamente, contratados por Lance para matar a Malcolm. Demasiadas muertes para digerir en tampoco tiempo. Necesitaba recopilar más información sobre el pasado de Brenda en la universidad, antes de regresar al bosque en busca de Malcolm. Tal vez ahí estuviese la clave de aquellos asesinatos.

Capítulo 21

Miércoles, 1 de marzo de 2023
Diez días antes

Elisabeth y Brenda bajaron trotando las escaleras del campus universitario, dejando tras ellas la enorme cúpula grisácea que coronaba la estructura del edificio. En el lado opuesto a las torres gemelas que se divisaban desde cualquier punto de la mitad oeste de San Francisco. Las dos primas estaban contentas por haberse terminado las clases de esa jornada y podían presumir de haber sacado buenas calificaciones en lo que llevaban de curso en su segundo año en la universidad. Ambas podían jactarse de estudiar derecho en una institución de carácter privado, sin necesidad de echar mano de becas o cualquier tipo de ayuda estatal. Sus familias eran ponientes y podían permitírselo. El centro a pesar de estar dirigido por jesuitas actualmente era laico y mixto.

Ninguna de las dos tenía novio y estaban centradas totalmente en sus estudios. El carácter católico de la institución les iba al pelo. Vestían con discreción, embutidas en holgados tejanos con un escote que mostraba lo justo que exigía el decoro y dos cazadoras vaqueras a juego. Cualquiera que no las conociese podía llegar a pensar que eran hermanas, por el parecido de sus rasgos faciales; aunque su línea sanguínea no fuese tan estrecha. Las dos eran solo primas carnales y eso les gustaba a los chicos. La mayoría de los que se les acercaban, lo hacían con proposiciones honestas, pero ninguna de ellas estaba preparada para una relación seria. Además Brenda seguía colada por Malcolm, nunca supo explicar bien la extraña influencia que el mayor de los Lino ejercía sobre ella.

—Estoy un poco cansada de estudiar, creo que daré un paseo por el barrio ¬—apuntó Brenda.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Elisabeth.

—Está bien, será una tarde muy divertida. Al menos hoy no llueve —contestó Brenda, cansada de las continuas inclemencias del tiempo durante lo que llevaban de semana. Cada vez que salían a la calle les caía un chaparrón y acababan con el calzado y los pies empapados.

En aquella parte de la ciudad residía actualmente una parte importante de la clase media alta de San Francisco; a pesar de que en la época de los sesenta estuvo habitada por miles de hippies. Haight Ashbury era conocido por el hedonismo salvaje de sus habitantes, que vivían la vida con total desenfreno. Llegó un momento en que los hippies dejaron de ser bien vistos, sobre todo tras los asesinatos cometidos por la banda de Charlie Manson. Hoy en día el barrio era uno de los lugares más tranquilos de la ciudad. Las calles se animaban al atardecer con una mezcla ecléctica de gente, que discurría por librerías abiertas, comercios de ropa y cafés muy elegantes. En la zona predominaban las casas victorianas de dos plantas, la mayoría tenían un aire majestuoso y señorial. A Brenda le gustaría algún día vivir en alguna de ellas.

Las dos paseaban cogidas del brazo, hasta internarse bajo la masa arbórea de Buena Vista Park. Iban muy sonrientes. El terreno se elevaba unos metros sobre el centro de la ciudad, discurría por un conjunto de senderos que se dirigían hacia la cumbre; desde donde había unas magníficas vistas de la bahía. Caminaban por uno de esos senderos, cuando escucharon una voz a su espalda.

—¡Disculpad chicas! Creo que os he visto en las gradas del Chase Center alguna vez. ¿Sabéis quiénes somos?

La voz pertenecía a Arnie Jones el pívot titular del equipo de baloncesto de la universidad. Lo acompañaba Bob Green su compañero en la cancha. Los dos se encargaban del juego interior de los Dons. Ninguno de ellos superaba los dos metros de estatura, convirtiéndose en la pareja más baja de pívots de la NCAA.

—Sí, os vemos jugar a menudo. Yo soy Brenda Barker y ella es mi prima Elisabeth Barker —dijo estrechando sus manos.

—Este domingo jugamos contra la escuela de Santa Clara. Espero que nos vengáis apoyar —dijo Arnie.

—Lo siento este fin de semana no estamos en la ciudad. Nos vamos a visitar a la familia —dijo Elisabeth.

—Es una pena no contar con vosotras, les ganaremos de todas maneras —anunció Bob.

Bob Green era un chico de origen irlandés con las cabellos claros y la piel exageradamente pálida. Arnie por el contrario era moreno con unas barbas a lo hípster y unos ojos muy empalagosos. Los dos eran chicos muy atractivos. Charlaron un rato abiertamente con ellas, evitando el baloncesto para no aburrirlas demasiado. Acordaron ir a tomar una pintas al Victorian, una vieja reliquia hippie de los sesenta con una fachada de color rojo y con unos cómodos asientos en el interior donde beber una buena cerveza en compañía. Lo mejor del lugar era que después de beberse unas cuantas birras, podían alquilar una habitación para pasar allí la noche.

Se reunieron allí con ellas sobre las siete y los cuatro se sentaron en bancos de madera en torno a una mesa rústica. Según el tiempo fue pasando entre jarras de espumosa cerveza, quedaron claras las preferencias de cada pretendiente. Bob se decantó por Elisabeth y Arnie por Brenda. Ellas no querían nada serio con ellos, pero llevaban tiempo sin tener ningún escarceo con chicos y tenían delante de ellas a dos pibones que dominaban el juego interior del equipo de baloncesto de su universidad. Eran muy hábiles en la cancha, a pesar de su escasa estatura se defendían bien bajo los tableros. El entrenador Harlan los escogió por delante de otros aspirantes al puesto de más envergadura.

Los ojos de Arnie tenían algo hipnotizante; cada vez que la miraba parecía desnudarla entera. Brenda le habló de su padre y de la empresa de transportes que regentaba. Arnie le dijo que él era de origen humilde. Su padre era un simple vendedor de coches y su madre trabajaba en una residencia de ancianos. Se cayeron bien y estaban contándose su vida con entusiasmo.

Las cosas entre Elisabeth y Bob iban más despacio. A la cuarta cerveza, ella decidió que no iba acostarse con él, para ella era demasiado burdo. Le gustaban los chicos más delicados. De todas maneras viendo como las cosas entre Brenda y Arnie iban sobre ruedas, decidió hacerle la cobertura a su amiga y se llevó a Bob a otro lugar para dejarlos solos. Incrédulo Bob, aceptó la invitación de Elisabeth de ir a cenar a un restaurante cercano, despidiéndose de Brenda y Arnie que seguían a lo suyo.

El Cha Cha Cha era un local lleno de colorido. Los manteles estaban salpicados por los tonos del arco iris y las sillas de madera estaban pintadas de un amarillo chillón. Brenda pidió una ensalada de pasta y Bob un filete. La familia de Bob había emigrado desde Irlanda a finales del siglo XIX, por lo que llevaban bastante tiempo establecidos en la ciudad. Durante la cena Elisabeth descubrió cosas de él que la cautivaron y no había apreciado al principio. Bob era un chico tímido, muy introvertido pero de mirada despierta. Al principio le costó abrirse ante una desconocida, aunque progresivamente lo fue haciendo. Una vez cogió confianza, sus ojos la miraban de manera extraña, como si ella fuese a formar parte del menú. Ella supuso que no le

bastaba con el filete y estaba pidiendo a gritos la guarnición. Estaba claro que el chico todavía no se había enterado de que ella no formaba parte de la cena.

El efecto de las pintas de cerveza se les estaba pasando y eso acentuaba el encanto de ambos. Su entendimiento mejoró sin la bruma del alcohol y la conversación fluía mejor entre ellos. Elisabeth había cambiado de opinión sobre el muchacho. Lamentaba haberse marchado del Victorian; allí podían alquilar una habitación a buen precio y pasar la noche juntos. Aunque todavía estaban a tiempo de volver, sentía mucha curiosidad por ver como habían ido las cosas entre Arnie y Brenda. Sabía que sus antiguos compañeros de instituto Samuel y Anthony jugaban con ellos en el equipo. Pero prefirió no hablarle de ellos a Bob. Creía que Brenda también mantendría la boca cerrada, después de su falso testimonio de lo acontecido con Shania el día del baile de graduación en la comisaría del pueblo, mejor evitar hablar de ese tema.

Finalmente, al terminar de cenar, ambos decidieron acercarse caminando de nuevo al Victorian para ver cómo se encontraba la pareja. Una vez en la pensión, observaron a través de sus vidrieras como Arnie y Brenda se estaban comiendo la boca entre jarras de cerveza vacías.

Estaban a punto de entrar, cuando Elisabeth decidió que sería mejor no interrumpirlos. Habían llegado demasiado tarde, alquilarían una habitación en otro lugar. Mejor era no molestarlos. Los dos parecían no necesitarlos. Elisabeth cogió de la mano a Bob y se lo llevó con ella a otra pensión. El carácter de Bob de pronto mudó, parecía triste. Eso desconcertó a Elisabeth. Debería estar contento por estar allí con ella.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó Elisabeth.

—Nada, solo pensaba en que será de nosotros si no nos clasificamos para los Play off de la NCA, puede que perdamos las becas. Ninguno de los que jugamos en el equipo somos buenos estudiantes —contestó Bob.

—¡Ah! Solo se trataba de eso, pensé que no te gustaba.

—Si me gustas, eres muy guapa. Lo siento debería estar dando saltos de alegría —comentó Bob.

—Es ese maldito carácter irlandés tuyo; eres un soso. Siempre con esa extraña melancolía encima. Tienes cara de perro apaleado. Esta no es una noche para pensar en cosas tristes, vamos a pasarlo bien juntos. Mañana si te he visto no me acuerdo —dijo Elisabeth.

—Seguro que no me podrás olvidar tan fácilmente —apuntó Bob.

—Me estás quitando las ganas de hacerlo paleto irlandés —dijo iracunda Elisabeth.

—Te voy a hacer cosas que añorarás durante mucho tiempo —insistió Bob.

—Claro eso lo dices para embaucarme. Luego ya veremos. Nunca he sido una chica fácil de contentar.

Estaban delante de un semáforo cerca de la pensión. Elisabeth creía que Bob le ocultaba algo, parecía preocupado y no creía que fuese por el asunto de las becas. Su cabeza estaba en otra parte. En cambio su mirada era tan embriagadora. Con que solo se lo propusiese anularía su voluntad. Bob no era para nada su tipo. Sin embargo sus ojos parecían poseer un extraño influjo sobre ella. Había en su mirada algo animal, casi instintivo que la estaba atrapando. De todas maneras, Elisabeth trató de desprenderse de su influencia.

—¿Mientes? ¿Hay algo que no me cuentas? No creo que estés preocupado por no jugar los playoff.

—Es cierto. Pero si solo vamos a pasar una noche juntos es mejor que no sepas la verdad. Intentemos pasarlo bien y trataré de olvidarme del resto —dijo Bob.

—Ahora sí que quiero saberlo: ¿Qué está ocurriendo? —preguntó Elisabeth.

—Nada, solo que no soy una buena compañía para nadie —contestó Bob.

—¿Por qué dices eso?

—No soy como los demás.

—Mejor, yo también soy una chica especial.

—Lo sé, por eso estoy contigo esta noche. Sé que no eres como las demás.

—Mejor no digas nada más, entremos y alquilemos una habitación de una vez.

En el cuarto se desnudaron en silencio. Elisabeth notó el cuerpo de Bob demasiado frío. Esa noche hicieron el amor varias veces. Luego se fueron para su casa de madrugada. Elisabeth sabía que aquello había sido algo pasajero. Esperaba que Brenda lo hubiese pasado mejor que ella. Arnie parecía más ardiente que el melancólico de Bob. No obstante, mientras aquel bruto irlandés la poseía sintió como si su voluntad estuviese sometida a él. No sabía cómo explicarlo. Era algo muy extraño como si estuviese follando con un muerto. Nunca había sentido nada igual con ninguno de los chicos con los que había estado. Ella generalmente le gustaba llevar la iniciativa en la cama, pero con Bob no pudo y no fue porque le faltasen ganas. Algo la detuvo, que ni siquiera pudo achacar a la frialdad de él. A lo mejor en el fondo Bob no eran tan soez como había supuesto al principio. No se comportó con ella como un tipo rudo y sin modales. Incluso ella sintió como él a veces se deshacía entre sus brazos, para luego reincorporarse súbitamente y poseerla con energía.

Elisabeth intentó resistirse a sus embestidas pero no pudo hacerlo. Su cuerpo temblaba: no obedecía a las órdenes de su cerebro. Todo fue muy raro. Él la tomó en distintas posturas hasta quedar ahíto. Ante su apatía, él no dijo nada. Normalmente Elisabeth era una amante más fogosa, pero Bob supo cómo anularla. Su ardor contenido no le impidió disfrutar del sexo de una manera distinta. El sentirse sometida le gustó, pero no tanto como llevar las riendas del acto sexual en sí. Había algo muy extraño en aquel chico que le impedía ser ella misma. A lo mejor era aquella extraña melancolía, que el muy desdichado parecía llevar siempre consigo.

Capítulo 22

Las cosas entre Brenda y Arnie parecían fluir; sobre todo desde que Elisabeth y Bob abandonaron el local para montárselo en otro lado. Eso les dejaba el terreno despejado a ambas parejas. Pidieron otra ronda de cervezas que, una camarera cincuentona les sirvió con una sonrisa. Brenda le contó que tenía por costumbre correr por el bosque que rodeaba su aldea, cada vez que visitaba a su familia. La última vez que lo hizo, el cielo estaba tintado de nubes negras. Ello no era augurio de ningún buen presagio.

—El lugar de donde eres debe de ser precioso, con esos gigantescos bosques de secuoyas y montañas enormes. Me gustaría algún día acompañarte, así no correrías sola —propuso Arnie.

—No te veo a ti en el bosque corriendo a mi lado, está lleno de alimañas —apuntó Brenda.

—No me dan miedo los bichos, creo que me das tú más. ¿Cuándo vuelves al pueblo? —preguntó Arnie.

—Pasado Mañana. ¿Te atreves a venir conmigo? Me da un poco de miedo salir sola a correr últimamente —preguntó Brenda.

—Este fin de semana no puedo. Jugamos contra Santa Clara el domingo por la mañana y tenemos entrenamiento el sábado —contestó Arnie.

—Es cierto, espero que tengáis suerte.

Arnie insistió en que le contara por qué le parecía tan peligroso correr sola por el bosque: si era por culpa de encontrarse con algún degenerado. Brenda sonrió y le contestó que allí los únicos pervertidos que había tenían rabo y cuatro patas.

—No me fastidies. Te encontraste con un mapache —dijo Arnie.

—Mucho peor. Te lo aseguro y no por su tamaño sino por su increíble ferocidad. Me atacó un glotón como se conoce vulgarmente. Es un animal que apenas levanta tres palmos del suelo y mide menos de un metro de largo. A pesar de su envergadura es muy robusto y se parece a un oso pequeño. Tiene las patas demasiado pequeñas para escarbar túneles pero se mete en las madrigueras de los castores y los despelleja vivos. Está capacitado para matar a presas que lo superan claramente en tamaño. En invierno caza ungulados como renos, alces y caribúes. Es el segundo animal más grande de los mustélidos después de la nutria. Los glotones son animales solitarios que solo se relacionan con las hembras para procrear y tienen su propio territorio de caza. Cada día recorren sobre unos veintidós kilómetros en busca de presas —explicó Brenda.

—Suena interesante. Algo he oído sobre ellos. Dicen que son muy valientes e incluso son capaces de enfrentarse a varios lobos a la vez y arrebatarles la comida. ¿Qué te ocurrió con ellos en el bosque?

—El domingo pasado estaba corriendo por un sendero en una zona de enebros, cuando uno de ellos saltó desde una rama sobre mi espalda y me mordió —contestó Brenda, mostrándole la mordedura en el cuello.

El glotón la había cogido desprevenida y le clavó los colmillos, pero por suerte logró desprenderse de él y arrojarlo al suelo. La sangre comenzó a brotarle por el cuello. El animal permaneció amenazante en el suelo. Brenda sacó un chorizo de la mochila y se lo ofreció. Eso calmó al Glotón. Se acercó despacio para cogerlo de su mano y desapareció entre la espesura con la comida. Luego Brenda ató un pañuelo al cuello para cortar la hemorragia y siguió corriendo

hacia la aldea. Hacía poco que se había puesto la antitetánica y esperaba que el animal no tuviese la rabia. Tenía mucho que estudiar, por eso al llegar a casa se olvidó del tema. Si se lo contaba a sus padres, tendría que pasar el resto del día en la sala de urgencias de un hospital y no podría preparar bien los exámenes.

Esa noche durmió como una marmota y notó un extraño cambio en su metabolismo. Brenda que hasta entonces era vegetariana, de pronto sintió unos deseos incontrolables de comer carne. Acudió al Blue Blod y se comió un enorme chuletón con su prima Elisabeth que, no daba crédito a lo que estaba viendo. La mordedura del glotón parecía haber hecho algunos cambios en su organismo. Desde entonces se sentía como si tuviese el doble de hambre. Era algo extraño que nunca le había ocurrido. Ella lo achacó al periodo. Una se volvía muy sensible en esos días.

—Parece la mordedura de un vampiro —comentó Arnie.

—Pues no. Fue un glotón. Como pudiste ver esta tarde, no me molesta para nada la luz del sol y también me reflejo en los espejos.

—Hay un tipo que presume de ser vampiro y aseguró el otro día en la CNN que eso de la luz solar que los quema, lo de no reflejarse en los espejos y que sienten pánico ante los crucifijos; no son más que patrañas. Según él, los vampiros tampoco son inmortales y les late el corazón como a todos los demás humanos. Aunque el tipo aseguró que podían sobrevivir siglos y que sus recuerdos se remontan a la Edad Media.

—O sea que no están muertos como en las películas —afirmó Brenda, cogiendo la mano de él y llevándosela a su pecho.

—Yo no siento ningún latido. No serás uno de ellos —dijo Arnie.

¬—Es que tengo las pulsaciones muy bajas, lo llaman corazón de atleta. Aprieta fuerte —sugirió Brenda.

Arnie hizo lo que le decía, hasta localizar una tenue palpitación como un eco lejano derivado de otro mundo. Entonces su mano tembló. Bajo la blusa a ella el pecho le ardía. Desde luego si estaba muerta, Brenda lo disimulaba muy bien. El momento se prolongó durante un buen rato, hasta que Arnie retiró la mano ruborizado y excitado a partes iguales.

—Si no tienen todas esas características que se le atribuyen en los libros. ¿Los vampiros qué son realmente según ellos? —preguntó Brenda.

—Durante la entrevista el tipo de la CNN aseguró que ellos solo eran bebedores de sangre y generalmente no atacaban a humanos. Simplemente un día ocurría un hecho que les despertaba el apetito por el flujo sanguíneo y comenzaban a beber sangre de animales. Eso les hacía sentir más fuertes, por eso vivían tantos años, pero por el resto eran completamente iguales a los humanos. El tipo tenía aspecto de haberse metido un par de tripis. A ese tipo de personajes les encanta salir en los programas de televisión para dar la nota. En realidad solo son una pandilla de pirados. Tenía el cuerpo lleno de tatuajes y llevaba más piercings que en una chatarrería. Lo único que buscaba era protagonismo.

»El presentador lo trató de incubo y el muy idiota se contradijo. Antes había contestado que era bisexual cuando le preguntaron su orientación, para más tarde admitir que solo mordía a los hombres pues la sangre de las hembras le sabía mal. Lo hacía siempre con el permiso de sus amantes, que admitían sentir un gran placer cuando los cataba. Le mostró al público sus colmillos. Entonces el presentador mandó llamar al dentista que se los implantó y lo dejó quedar como un farsante. Eran solo unas fundas de cerámica que daban el pego como si fuesen de verdad; aunque en realidad como explicó el odontólogo estaban atornilladas a la raíz.

»El público del plató comenzó a reírse y a burlarse de él. El tipo se defendió explicándoles que desde la Edad Media, los auténticos colmillos se le habían caído y los había tenido que

suplantar por unos implantes artificiales. La gente pensó que estaba loco y continuaron mofándose de él. Desde entonces lo apodaron el Sanguijuela. Y solo lo llaman de programas de entretenimiento para burlarse de su locura. Él y sus colegas son solo unos marujos, sin una identidad sexual clara y que les gusta presumir de sanguinarios —concluyó Arnie.

—A lo mejor son pansexuales. Ahora como hay tantas cosas raras. Lo difícil es encontrar a un verdadero macho alfa, dentro de poco las mujeres vamos a estar muy solas —comentó Brenda.

—No lo creo. Lo que pasa es que esos tipos como el de la tele, no tienen personalidad ninguna. Están llenos de complejos y manías. Les gusta lo gótico y el ácido les pudre el cerebro. Aunque lo de beber sangre puede que los ponga cachondos —concluyó Arnie.

Pidieron otras cervezas y un par de hamburguesas que se comieron rápido. Luego se acomodaron en uno de los sofás que daban contra los ventanales. Sus bocas se buscaron y las lenguas se encontraron. Sin ser conscientes de que Elisabeth y Bob que habían regresado a la pensión los observaban desde fuera. Al verlos tan acaramelados decidieron volver por donde vinieron.

Brenda y Arnie alquilaron una habitación y subieron al piso de arriba. Brenda le confesó que tenía el periodo. Lo sentía pero no podía dejar que la penetrase. Acordaron que le haría una felación. Él se sentó en la cama y ella le sacó los pantalones por los tobillos. Su cosa era apenas una larva que quería ser gusano. Un tipo tan alto con una cosa tan pequeña entre las piernas resultaba ridículo. Era algo a lo que debería poner remedio. Ella se arrodilló frente a él, apartó la melena a un lado de la cara y bastaron un par de chupadas para que su miembro aumentase de tamaño. La cosa creció tanto que ya no le cogía en la boca. Entonces comenzó a tirar de la piel del astil hasta ocultar el glande. Con una mano Brenda apartó el falo hacia un lado, dejando a la vista la arteria femoral. Un apetito insaciable se apoderó de ella. Estaba hambrienta, no entendía que le estaba ocurriendo, tal vez se estaba volviendo loca como esa maldita sanguijuela que salía en los programas de televisión.

Unos caninos surgieron de su mandíbula, igualitos que los del glotón y sus pupilas se volvieron rojas. Arnie mantenía los ojos cerrados. Estaba relamiéndose de placer, cuando sintió una mordedura letal cerca de la ingle que lo hizo gritar de dolor. Brenda clavó sus colmillos en la femoral y comenzó a beber su sangre a borbotones. Arnie quiso reaccionar pero le fallaron las fuerzas. Estaba demasiado extasiado como para resistirse. La glotona comenzó su trabajo: la mordedura del mustélido la había trasformado en una alimaña. ¿Qué diablos le ocurría? Se sentía como una especie de vampiresa a la que no le molestaba la luz del sol y le gustaba mirarse en los espejos como a Cenicienta. Una sanguijuela, una glotona o quizás una mezcla de las tres cosas.

Una vez saciado su apetito, abandonó el cuarto y dejó a Arnie, allí tumbado con los ojos fijos en el techo, aterrorizado, con la entrepierna cubierta de sangre. La muy zorra lo había mordido en la ingle. Se preguntaba si la historia del glotón sería cierta, en ese caso él también estaría infectado y pronto comenzaría a transformarse en otra de esas sanguijuelas que salían en la televisión. Solo que esta vez sin implantes postizos como aquel farsante. Arnie se convertiría en un vampiro de verdad. Al menos la mordedura no había sido en el cuello y nadie la vería.

Arnie no pensaba morder a nadie, se conformaría con lo que encontrase en la carnicería. Se subió los pantalones y abandonó la habitación. Aquello no podía contárselo a nadie o lo tomarían por loco. Las marcas de los dientes de Brenda estaban allí, pero la herida dejó de sangrar. Lo curioso fue que por mucho que lamentase lo ocurrido, una parte de él se dejó dominar por el éxtasis del momento. Le gustó que lo mordiese y al llegar a casa se masturbó pensando en ello.

Al terminar se limpió con papel higiénico, lo arrojó al inodoro y tiró de la cadena. Se acordó de la mordedura del glotón y le entró el pánico. Y si ella lo que realmente tenía era la rabia. El

comportamiento de un animal infectado se vuelve agresivo, por eso debió atacar a una humana que le triplicaba en tamaño. Arnie se asustó, tal vez debería acudir a un médico. Pero lo cierto era que en toda su vida se había encontrado mejor. Se sentía fuerte para jugar el partido del domingo y solo deseaba que pasase el fin de semana lo antes posible para volver a ver a Brenda. Añoraba su mirada. Al mismo tiempo que temía que volviese a morderlo, lo deseaba con toda su alma. Una repentina erección le sobrevino solo de pensar en ello.

En los vestuarios en una ocasión, Arnie le preguntó a su compañero de equipo por el significado del tatuaje que llevaba en la ingle. Samuel le explicó lo del empalamiento y todas sus connotaciones históricas, incluso las relacionadas con la leyenda del conde Drácula.

—¿Pero por qué te lo hiciste?

—En realidad, es para ahuyentar a los vampiros. Esa leyenda de que un vampiro solo se puede matar clavándole una estaca en el corazón es una patraña. Su alma de alguna manera consigue liberarse y regresa a la vida, apropiándose de otro cuerpo. La única manera de matar a un vampiro es mediante el empalamiento. El alma queda atrapada en la madera y al no encontrar ningún resquicio por el que escapar: se muere en el interior del organismo. Eso es debido a que el tronco lo atraviesa entero, obturando todas las vías de salida del cuerpo hasta que el alma termina extinguiéndose atrapada en las vísceras —explicó Samuel.

—¿Y por qué en la ingle? Podías habértelo tatuado en el brazo o en la espalda —preguntó Arnie.

—En realidad no está justo en la ingle, sino en la parte interna del muslo, por donde pasa la arteria femoral. Es ahí donde suelen morder los vampiros y no en el cuello que se ven las marcas ¬—contestó Samuel.

—Es cierto que los vampiros se comportan como íncubos —comentó Arnie.

—No exactamente. Los íncubos atacan solo sexualmente a sus víctimas, en cambio los súcubos lo hacen para absorber su sangre y energía vital.

—No lo sabía. Es curioso, acaso alguna vez trató de morderte un súcubo, por eso te has tatuado un empalamiento en el muslo —inquirió Arnie, sin dar demasiado crédito a lo que su amigo le estaba contando.

—Un día un animal infectó a un vecino del pueblo. El vampirismo aunque mucha gente lo ignora: es una especie de virus que se trasmite desde un animal a un humano. Una vez infectado, ese humano puede a su vez trasmitirle la enfermedad a otros de su especie con su mordedura.

»El caso fue que el vecino se volvió loco. Vivía solo en una casa de planta baja situada al otro lado de la calle. Saltó la cerca de nuestra propiedad, se precipitó sobre una de nuestras cerdas y la mordió en el cuello, bebiéndose su sangre hasta quedar ahíto. Mi padre asustado sacrificó al animal por si estaba infectado y nos proveyó de cruces y rosarios a todos para protegernos del mal que nos acechaba.

»Sediento de más sangre. El vecino volvió a saltar la cerca y entrar de nuevo en nuestra propiedad a la mañana siguiente. Mi madre que se encontraba lavando la ropa en el lavadero. Exhibió un crucifijo inútilmente ante él —otro de los mitos que no sirve para nada delante de un infectado—. El vecino estaba a punto de precipitarse sobre mi madre, buscando la yugular de su cuello, cuando mi padre lo fulminó de un disparo desde el granero. Yo que por entonces tenía solo doce años, lo observé todo desde la ventana de mi habitación. El vecino quedó tendido en el suelo del porche en medio de un charco de sangre.

»Mi padre llamó al reverendo Benny Gordon que se presentó allí de inmediato. El perdigón le había atravesado el pecho y el vecino parecía más muerto que nadie. El Padre Benny nos dijo que no nos fiáramos, deberíamos empalarlo. Lo cargamos en el cajón de la camioneta y lo

llevamos al bosque. Mi padre me puso la escopeta cargada en la mano y me dio instrucciones de que al menor movimiento le pegase otro tiro. El reverendo se sentó delante con mi padre que conducía el vehículo. No le quité el ojo de encima al muerto durante todo el trayecto. El vecino tenía sobre sesenta años y vestía unos tejanos con una camisa a cuadros. Estaba soltero y apenas tenía amigos en el pueblo. Estaba terminando la primavera y se encontraba comprobando si había alguna presa en los cepos que había dejado en el monte, cuando lo mordió un glotón.

»Lo recuerdo todo como si sucediese ayer. Estábamos llegando al bosque, cuando el vecino que estaba tumbado sobre el suelo de la camioneta; de pronto se reincorporó ante mi aterrada mirada, apoyando la espalda contra la barandilla del vehículo. Sus heridas milagrosamente se estaban cerrando y casi había dejado de sangrar. Levanté la escopeta y le disparé un tiro en la cabeza que explotó como una sandía delante de mí, salpicándome toda la ropa de sangre. Casi me da un ataque al corazón del susto, pero en vez de paralizarme, reuní fuerzas de flaqueza para apuntarle y dispararle a bocajarro.

»El hombre terminó de erguirse con los sesos desparramados por todas partes y caminó un par de pasos hacia mí hasta caer desplomado. Mi padre detuvo el coche al escuchar la detonación y se bajó con el reverendo para ver lo que sucedía. El cañón de la escopeta humeaba todavía en mis manos. Ellos dos sacaron el cuerpo de la camioneta y lo atravesaron con uno de los postes que llevaba mi padre en el remolque. Luego cogieron cada uno por un lado del poste y lo llevaron al interior de la espesura, donde lo clavaron en el suelo para que se lo comiesen las alimañas. El reverendo Benny se negó a darle la extremaunción, alegó que de ninguna manera permitiría que aquel demonio entrase por error en el paraíso.

»Nunca en mi vida pasé tanto miedo. Esa tarde mi hermano Samuel todavía no había regresado del colegio y se lo contamos todo a la vuelta. Incrédulo se acercó al bosque para ver por sí mismo los resultados del empalamiento. Desde entonces en mi familia todos creemos en los vampiros. Más adelante mi hermano y yo decidimos hacernos el tatuaje, por si alguna vez uno de ellos nos intentaba morder, tuviese en cuenta las consecuencias. A mi padre nunca le contamos lo de los tatuajes, ni que habíamos leído Drácula de Bram Stoker y otros libros sobre vampirismo. Él es muy religioso y no lo vería con buenos ojos —terminó de contar su relato Samuel.

Unos días más tarde, antes de jugar la final de conferencia contra la universidad de Santa Marta, Samuel le contaría la misma historia que a Arnie al segundo entrenador Swann White. El agente infiltrado llamó a Jane Barret para trasmitirle lo que le había contado Samuel. Entonces la agente Jane Barret supo que su hermano Malcolm le había mentido sobre el verdadero motivo por el que se hicieron el tatuaje y sabe Dios sobre cuantas cosas más. La investigación daba un giro de ciento ochenta grados y parecía que los vampiros no habían hecho más que empezar a salir de los ataúdes. Sin ellos saberlo; la cacería había comenzado y los estaban matando uno por uno. Es posible que el glotón hubiese mordido también al agente Glen y a los cuatro mercenarios empalados en lo alto de la montaña y alguien se estaba encargando de darles caza.

Capítulo 23

Cada mañana al levantarse, Brenda sentía una extraña lasitud como si le pesara quilates el alma. Se encontraba muy cansada después de la mordedura del glotón. Le costaba desperezarse y le resultaba un martirio acudir a clases por las mañanas. Elisabeth no entendía el cambio experimentado por su prima aquella semana, pero en principio lo achacó al periodo. Brenda se sentía muy sensible y experimentaba continuos cambios de ánimo. Lo mismo quería caminar boca abajo por los techos como se hundía en la más profunda depresión.

El jueves por la tarde volvieron a quedar para dar un paseo a la salida de clases. Ninguna de las dos habló de lo acontecido el día anterior. Se limitaron a recorrer los senderos del Buena Vista Park hasta alcanzar su cumbre y se tumbaron en la hierba observando la bahía a la espera de que alguna de las dos rompiese el silencio.

—¿Vendrás este fin de semana a Mariposa conmigo? —preguntó Brenda.

—No. Me quedaré en la universidad a estudiar. Lo siento —confirmó Elisabeth.

Brenda estaba como ausente, encerrada en su mundo, percibía todo a cámara lenta, como si una extraña enfermedad la estuviese consumiendo por dentro. Elisabeth no estaba acostumbrada a la languidez de aquella mirada que, antes estaba despierta y llena de vida. Su prima ya no era la misma, el incidente con el glotón la había cambiado.

Se despidieron al atardecer con la misma indiferencia con la que se había producido el encuentro. Esa fue la última vez que se vieron antes de su asesinato. Elisabeth nunca olvidaría la frialdad de aquel momento.

Brenda regresó sola a su habitación en la residencia estudiantil en busca de consuelo en los libros. No lo encontró. En su interior estaba teniendo lugar un extraño terremoto. Un movimiento sísmico de fatales consecuencias. Según estudiaba el código penal, todo lo memorizaba muy despacio, con una parsimonia impropia de ella que le impedía concentrarse demasiado. Estaba deseando regresar a casa. Decidió saltarse las clases de primera hora de la mañana del día siguiente para adelantar el viaje.

En su mente, no dejaba de repetirse la escena de la noche anterior, cuando mordió a Arnie en el muslo. No conseguía dormir y telefoneó a Elisabeth para contárselo todo. Alguien tendría que saberlo, por si le ocurría algo al chico. Elisabeth escuchó su relato con incredulidad. Al principio pensó que a su prima se le estaba yendo la olla. Luego se serenó y trató de ponerse de su parte. No ganaría nada llevándole la contraria.

—¿Qué te parece? —preguntó Brenda sin despegar el auricular del oído.

—No lo sé. ¿Tú cómo te sentiste? —preguntó Elisabeth.

—Estaba cachonda. Su sangre me supo a gloria. Me sentí, supongo, como una heroinómana después de meterse su dosis de droga en vena —contestó Brenda.

—Puede que todo esto sea solo algo pasajero. De todas maneras, no vuelvas a hacerlo. La mordedura se le curará pronto y Arnie se olvidará de lo sucedido —aconsejó Elisabeth.

—Es posible que tengas razón. De todas maneras, no entiendo qué me pasa. Por las mañanas me levanto cansadísima y no logro desperezarme de todo hasta la noche en que no consigo dormir demasiado. El corazón me late entonces a mil por hora y solo pienso en satisfacer un oscuro deseo de alimentarme. Es muy raro. Estoy hambrienta. Aunque solo de vísceras y sangre. Algo que siempre he odiado, ya sabes que soy vegetariana.

Elisabeth estaba tan desconcertada que no supo que responderle a su prima. Lo que le estaba sucediendo era algo muy extraño. Brenda le contó que ya no era la misma persona de antes. Le parecía que otro ser estaba naciendo dentro de ella. No solo se trataba de una frívola sensación de decrepitud y amargura: sino que sus recuerdos estaban cambiando. Le parecía haber habitado en un palacio en el pasado, con unos enormes ventanales que titilaban y brillaban, iluminando unas lujosas estancias interiores. Se preguntaba si en otra época había sido una baronesa o algo así, pero de momento no reconocía la concatenación de recuerdos que se sucedían en su mente, como si estos tuviesen lugar en otra vida o perteneciesen a otra persona.

La voz de Brenda al otro lado de la línea sonaba suave y cadenciosa como un arrullo en sus oídos. Era como si viniese de un lugar lejano. Eso asustó a Elisabeth que, a pesar de la tendencia hacia las ensoñaciones de su prima, sus palabras le resultaron estremecedoras.

—No entiendo lo que te ocurre, pero no te preocupes, se te pasará, ya lo verás —dijo Elisabeth, sin resultar convincente.

—¡Lo voy a morder! ¬—exclamó de pronto Brenda.

—¿A quién? —preguntó su prima.

—A Malcolm Lino. Lo vi…

—¿De qué hablas? —la interrumpió Elisabeth desconcertada.

—De la noche de graduación. Vi como tenía a Shania sujeta por el cuello mientras la violaba.

—Y aun así mentiste. Dejaste que su hermano Samuel cargase con la culpa. ¿Qué te ocurre Brenda? —preguntó su prima.

—Lo siento. No quería perjudicar a Malcolm. Mañana por la noche iré a verlo y le haré pagar por lo que le hizo a Shania —contestó entonces Brenda.

—¡No lo hagas! ¡Por el amor de Dios Brenda! ¡Ese chico es muy peligroso! ¬—exclamó Elisabeth.

—Es un buen chico. Solo padece una enfermedad, creo que con la medicación la tiene controlada.

—Eso tú no lo sabes. Además a mi tío no le gustaría que te vieras con él.

—No se lo cuentes a nadie, ni te entrometas. Es un asunto personal —advirtió Brenda.

—Como quieras, ve con cuidado. El chico está mal de la cabeza y puede hacerte daño a ti también —comentó Elisabeth.

—Lo que suceda entre nosotros no debe saberlo nadie —aclaró Brenda antes de despedirse de su prima.

Al colgar, Brenda se quedó dormida enseguida. Esa noche soñó con Malcolm. Estaba en una fiesta con sus amigos el día de su graduación. Malcolm se acercó a ella, había mucho bullicio. Se encontraban en el pabellón donde tenía lugar el baile. Un deseo oscuro y profundo invadió a la joven Brenda. Malcolm estaba a su lado y no se apartaba de ella. Brenda notó su erección contra sus tejanos. Salieron del pabellón hacia la alameda, corrieron en busca de un lugar tranquilo en el que acostarse. Había demasiada gente por todas partes. Malcolm la cogió de la mano y se la llevó a otro lugar en el bosque. Le desabrocho la blusa, botón a botón, bajo un serval. Ella le mandó aguardar, tenía algo que hacer. Se quitó las bragas y le enseñó el interior de su vulva, que tenía unos pequeños rasguños dentro. Malcolm le aplicó unos emplastes de hierbas curativas para proteger la herida antes de penetrarla.

—Esto bastará —dijo.

—Solo son unas pequeñas irritaciones, ahora ya podemos hacerlo —explicó Brenda.

—¿Cómo te las hiciste? —preguntó Malcolm.

—No lo sé. Tal vez he abusado del vibrador —respondió Brenda.

—Debes tener más cuidado y curarte bien —aconsejó Malcolm.

En el sueño Brenda dudaba de su erección, pero tuvo lugar sin problema. Primero Malcolm arrastró su cosa entre el canalillo de sus pechos. Eran preciosos. Ante sus quejas, dejó de hacerlo y la poseyó con cuidado. Entonces el aire comenzó a cargarse de un fuerte olor a marihuana y Brenda se sintió incómoda. Mandó salir a Malcolm de su interior y le explicó lo que le ocurría.

—Es posible. Hay mucha gente fumando hierba esta noche en la alameda —dijo Malcolm.

Aquello no tenía sentido, pues ambos se encontraban al aire libre, pero en los sueños pocas veces algo lo tiene. El sueño continuó, ahora estaban junto a Samuel y Shania en el parque. Brenda cogió de la mano a Malcolm y trató de buscar algo de intimidad en medio del gentío. No supo si logró conseguirlo, pues la despertó el alba.

Esa noche había dormido muy bien. No se levantó tan cansada como otras mañanas. Era viernes y quedaba poco para viajar hasta su pueblo. Se acercó a la estación de autobuses y cogió el primero que salía para Mariposa. El autocar hizo varias paradas, por lo que el viaje se prolongó hasta el mediodía. Una vez en casa saludó a sus padres y se encerró en su habitación para estudiar. Le sorprendió que parte del temario le resultase conocido, muchas cosas Brenda parecía saberlas sin haberlas leído nunca.

Era como si otro ser estuviese despertando en su interior. Apoderándose de cada uno de sus latidos. Su cerebro comenzaba a percibir las cosas de manera distinta. Sus capacidades sensoriales eran más intensas que antes. Se preguntaba si el glotón que la mordió albergaría el alma de algún vampiro viejo y la estaba contaminando con su ponzoña. Algo le decía que no viviría lo suficiente para saberlo.

Esperó a la noche para salirle al encuentro a Malcolm. Sabía exactamente donde se encontraba el sendero que recorría el muchacho cada noche para regresar a su casa del trabajo. Dejó el escarabajo rosa aparcado en el pueblo cerca de donde vivía el chico. Ese encuentro tuvo lugar como lo recordaba Malcolm, charlaron sobre ellos y el pasado del muchacho en el equipo del instituto.

Malcolm le hizo el amor con ternura. Ella se giró varias veces en busca de su yugular en el cuello. Pero no pudo hacerlo, si lo mordía ahí, le dejaría marcas y, Malcolm le aplastaría el cráneo contra el árbol donde, ella había apoyado su espalda mientras lo hacían.

Conocía la historia de su vecino. Brenda se la había oído contar a su tío. Se llamaba Héctor Garrido y trabajaba de visitador médico. El reverendo Benny Gordon le contó a su sobrina que Héctor estaba endemoniado y lo había matado el padre de Malcolm de un tiro cuando atacó a su esposa. Brenda nunca terminó de creerse de todo esa historia. Héctor se había levantado de la parte trasera de la camioneta después de muerto y Samuel Lino tuvo que dispararle de nuevo para rematarlo. Luego entre el reverendo Benny y Eduard Lino lo empalaron en el bosque. Esa era la única manera posible de que el diablo abandonase el cuerpo de aquel desdichado, le explicó su tío. Solo así se podía matar a un vampiro.

Estaba jadeando entre los brazos de Malcolm, cuando este la tendió sobre la hojarasca del suelo y, sujetándola por la cintura entró de nuevo en ella. En ese justo instante, Brenda vio su tatuaje del empalado y todo su cuerpo se convulsionó. Tuvo que mirar a otra parte, para detener las convulsiones. Se preguntaba si Malcolm se habría dado cuenta de ello. El muchacho había actuado con mucha dulzura durante todo el acto. Brenda se preguntaba por qué no había hecho lo mismo con Shania. Seguro que ella hizo algo que lo irritó. Le daba igual, la hermana de Anthony nunca le había caído demasiado bien.

Esa noche Brenda no pudo saciar su apetito con Malcolm. Lo peor de una vampiresa era enamorarse de su víctima. Eso y el tatuaje del empalamiento la disuadieron. Igual había perdido

su poder y ya no necesitaba beber sangre para saciarse. Quizás el efecto de la mordedura del glotón se le estaba pasando. No lo sabía. Todo aquello era nuevo para ella. Malcolm la acompañó hasta su coche, sin sospechar nada de su verdadera naturaleza.

Una vez junto al Beatle, la besó de nuevo y se despidió de ella. Brenda montó en su vehículo y regresó a su casa. Una vez en su habitación, llamó a Elisabeth para contarle todo lo ocurrido esa noche con Malcolm. El relato era muy tierno y le gustó a su prima. Esa fue la última vez que Elisabeth habló con Brenda. Elisabeth estaba convencida de que los delirios de Brenda terminarían allí. Nunca se creyó su historia con Arnie, todo debía ser producto de la acalorada imaginación de su prima. Brenda era incapaz de morder a nadie. Así se lo trasmitió a la agente Jane Barret tras su nueva visita. Elisabeth no creía en vampiros, pero seguía sin saber lo que le había pasado a su prima, y cómo acabó sus días colgada del alto de un roble en el bosque.

Ahora Malcolm era el máximo sospechoso de su muerte, debido a lo ocurrido con su vecino en el pasado. Aunque realmente él no estuvo implicado en su muerte y si lo estuvieron el reverendo Benny Gordon, su padre Eduard Lino y su hermano Samuel. Malcolm se encontraba en el colegio cuando todo sucedió. Sin embargo se había acercado a ver el cuerpo de Héctor empalado en el bosque; tal vez su visión lo trastornó de algún modo y por eso decidió hacer lo mismo con Brenda Barker.

Toda aquella historia era muy extraña y para la agente especial Jane Barret, algo no terminaba de encajar. Si realmente el relato de lo sucedido entre Brenda y Arnie tenía algo de verídico, debería contactar con el agente infiltrado Swann y que investigase sobre lo ocurrido. De no lograr ningún avance, ella misma viajaría hasta San Francisco para hablar personalmente con Arnie. Aunque confiaba en Swann y seguro que solucionaría el asunto.

De momento regresaría al bosque para retomar la búsqueda del escurridizo Malcolm Lino. Debería averiguar si realmente Malcolm llegó a ver con vida a Brenda, la madrugada de su desaparición. Las conclusiones del forense fueron que Brenda llevaba sobre seis horas muerta, cuando Malcolm la encontró esa mañana. Si Malcolm mintió y la asesinó él, todavía resultaba un misterio para ellos. Por otra parte, no habían encontrado ninguna prueba, ni restos de tejidos que demostrasen que la víctima había sido agredida sexualmente —previamente al empalamiento— la noche de autos. Eso colocaba también en el tablero de sospechosos a Eduard Lino y al reverendo Benny Gordon. Si ya habían empalado una vez a Héctor Garrido: puede que lo hiciesen una segunda vez con Brenda y una tercera con el agente Glen. Aunque en principio no tenían motivos para hacerlo. Al menos que la agente Jane supiese. Ese fin de semana, ni el reverendo Benny, ni Eduard Lino habían visto a Brenda; tampoco habían coincidido según las declaraciones de ambos con el agente Glen, por lo tanto de momento estaban descartados como sospechosos, a pesar de su implicación en la muerte de Héctor Garrido que, tras la invasión de propiedad de su vecino y el ataque a su esposa, el asunto sería tratado en cualquier tribunal como que Eduard actuó en defensa propia. De todas maneras al no aparecer nunca el cadáver de Garrido —sus restos fueron devorados por las alimañas mientras colgaba del poste— figuró diez años en los registros como desaparecido hasta ser declarado su fallecimiento, sin aparecer el cuerpo no existía el delito y el asunto después de tanto tiempo ya se había archivado.

Cuarta parte

EL TRONCO

Capítulo 24

Sábado, 11 de marzo de 2023

Aprovechó la confusión generada por los disparos de los mercenarios para escapar. Sabía que los agentes estaban bastante ocupados en ponerse a salvo de los francotiradores como para ocuparse de él. Malcolm echó a correr entre los matorrales, huyendo de la línea de fuego. Era consciente de que en cualquier momento podía encontrarse con alguno de los hombres de Lance y todo terminaría para él. Le dispararían sin dudarlo. Aprovechó el terreno escarpado para tratar de ocultarse sin ser visto. Seguro que los mercenarios creerían que continuaba estando junto a los agentes federales, eso le daba una momentánea ventaja sobre ellos.

El corazón le latía muy deprisa, debía serenarse si pretendía salir de allí con vida. Aquella era una encerrona dirigida por el sargento Richard, cuyo objetivo era terminar con él. Lance el padre de Brenda lo había contratado para matarlo. Los disparos se sucedían a su alrededor. La agente Jane y su compañero estaban bien parapetados a la espera de acontecimientos. Era un milagro que todavía no hubiese alguien herido, salvo por un pequeño rasguño en el lóbulo de la oreja del agente Liam¬, todos estaban bien. La bala había estado a punto de dejarlo sordo.

El sol arreciaba con fuerza y Malcolm tuvo que quitarse el sudor con el dorso de la mano. Estaba trepando por un peñasco, cuando uno de los hombres del sargento Richard, encañonándolo por la espalda, se disponía a dispararle. Malcolm vio una luz abrirse en el firmamento, había llegado su hora. El infierno le esperaba por todo el daño que había causado a los demás. Aunque puede que todavía Dios le reservase un lugar en el paraíso a su lado: si apelaba a su misericordia. Se arrepintió de corazón de todos sus pecados. Su hora había llegado y sabía que el Señor se mostraba clemente ante los arrepentidos. Cayó de arrodillas sobre las peñas y rogó por su alma, esperando el tiro de gracia a su espalda.

Escuchó la detonación y ya creía haber atravesado las puertas del paraíso, cuando con todo el cuerpo temblando se percató de que el mercenario había fallado, incomprensiblemente, Malcolm seguía con vida. Ni siquiera se atrevió a moverse de donde se encontraba, tímidamente levantó las manos en señal de rendición; tal vez Lance les había dado la orden de entregárselo vivo. No lo creía. Sabía que su vida no valía nada para el empresario, después de la muerte de su hija.

Al erguirse lentamente del suelo con las manos alzadas, lo comprendió todo. Alguien había disparado un dardo narcotizante desde los árboles y alcanzado a su perseguidor en el cuello. Eso provocó que su ángulo de visión se nublara y errase el disparo. De otra manera resultaba imposible que el exmarine fallase desde tan cerca. Aprovechó su confusión para arremeter salvajemente contra el mercenario y quitarle el arma.

—El glotón los ha mordido, están todos contaminados —escuchó decir a una voz a su espalda.

Era el Hombre Quemado que le ayudó a levantar en peso al mercenario, antes de bajarle los pantalones y abrirle con un puñal una raja grande en el trasero. Introduciendo la punta del arma entre sus nalgas: le desgarró el esfínter hasta que quedó un agujero del tamaño de un puño para poder incrustarlo en el tronco de un joven pino. Los intestinos casi se le salen fuera y la sangre los salpicó a ambos por todas partes. Una vez entró la madera hasta el esternón, empujaron con fuerza y el Hombre quemado metió su mano en la garganta, tirando de las ramas para sacarle la punta de la copa del árbol por la boca. Las orbitas de los ojos del mercenario casi se salen de sus

cuencas. Lo importante era que la madera le había atravesado el corazón y jamás volvería a hacerle daño a nadie.

Malcolm observó una silueta moviéndose con presteza entre las ramas de los sauces. Había dejado fuera de combate a otros dos mercenarios. La ponzoña los dejó inoperantes. Eso era debido a que la punta de los dardos estaba bañada en ricina. Si no se morían del empalamiento, la ricina les proporcionaría una muerte lenta y dolorosa. El veneno les causaría una hemorragia intestinal, seguida de una sanguinolenta diarrea con vómitos. Su agonía podría durar hasta diez días. La ricina estaba mezclada con midazolam para producir un efecto sedante inmediato en sus víctimas. Eso las desactivaba y las dejaba a merced del Hombre Quemado.

Malcolm ignoraba quién era la figura que se escondía en lo alto de los árboles y manejaba la cerbatana con semejante virtuosismo, pero no era el momento de detenerse a preguntarle. Ayudó al Hombre Quemado a empalar al resto de los mercenarios según estos iban cayendo. Llegó un momento en que los cuatro colgaban de los pinos y formaban una imagen dantesca. Malcolm estaba bañado en sangre y horrorizado por lo que habían hecho. El Hombre Quemado permanecía a su lado, gotas de sangre resbalaban por el filo del puñal que limpió contra unos helechos. Malcolm lo miraba desconcertado, observando a aquel hombre sin rostro que, por alguna extraña razón le ayudó a deshacerse de sus asesinos.

El Hombre Quemado estornudó un par de veces. A Malcolm le parecía que no tenía pulmones, probablemente, estos estarían abrasados como el resto de su cuerpo. Su piel era una masa amorfa sin tonalidad alguna. Era increíble que alguien hubiese sobrevivido a semejantes quemaduras. Le asustaba el tamaño de su cuchillo, suficiente para descuartizar a cualquier animal, independientemente de su tamaño. Lo mismo que había hecho con los mercenarios. Con su filo se había abierto camino por su esfínter hasta los intestinos, abriendo un agujero suficiente para empalarlos. Las bolsas llenas de materia fecal habían reventado produciendo un olor muy desagradable. Malcolm comprendía que era algo que había que hacer. Su padre había ayudado al reverendo Benny a empalar a su vecino, cuando este intentó atacar a su madre.

Era tradición en su familia matar vampiros. Si no se hacía de ese modo, su alma sería liberada de su cuerpo y se apoderaría de cualquier animal como había ocurrido con el glotón. El reverendo Benny estaba convencido de que aquel animal albergaba el alma de un conde pariente del mismo Drácula. Un vampiro viejo que había viajado desde Europa a los Estados Unidos.

En ocasiones los vampiros, antes de atacar a una víctima, se le aparecen en sueños para atraerla a ellos. Lo mismo le ocurrió a Shania cuando tenía solo trece años, durante sus delirios la joven soñaba con un elegante extranjero que venía desde lejos para seducirla. Esos sueños eran recurrentes y estaban llenos de escenas estremecedoras. Shania le habló de los mismos al reverendo durante el secreto de confesión, por lo que Benny no podía revelárselos a nadie. El reverendo advirtiendo el peligro que corría la muchacha, avisó a Malcolm para que le ayudase a realizarle un exorcismo. Quería saber más de aquel demonio que estaba atormentando a la chica y prepararla para que abandonase totalmente su influencia.

Antes de abordar el exorcismo, Benny practicó la hipnosis con la muchacha. Le puso una rastra de ajos en la garganta para protegerla de una posible mordedura del animal. Los glotones, igual que los vampiros, no soportan el olor a ajo. Afortunadamente su cuello estaba impoluto y todavía no existían marcas de un posible ataque del glotón. El vampiro solo estaba intentando introducirse en los sueños de la chica para sacarla de su habitación y arrastrarla al bosque.

Se encontraban en la finca de su hermano Lance, al que Benny había pedido permiso para realizar el exorcismo en la capilla de su mansión y así consumar el acto en un ambiente de máxima privacidad. Nadie debería saber nada de lo ocurrido. Malcolm le colocó una estola

alrededor del cuello de su sotana. El reverendo procedió a ungir la frente de la joven con agua bendita frente al altar. Entonces algo se removió en su interior. Shania comenzó a convulsionarse y su boca comenzó a llenarse de espuma blanca.

—¿Quién eres? —preguntó el reverendo, colocando una cruz latina en el pecho de la joven.

Una voz masculina con acento extranjero surgió de la garganta de la chica que habló por ella para responder al reverendo, quedándose este petrificado junto con su ayudante.

—Soy el conde de Larios. Vengo de una tierra lejana donde los olivos y los almendros crecen a centenares. Siempre brilla el sol y mi poder es ilimitado. Mi morada estaba en un castillo que coronaba una alcazaba en lo alto de una colina. Más allá de sus murallas descansaba lánguida una ciudad de casas de adobe pintadas de cal blanca con un gran puerto comercial. Antes de que sus antepasados construyeran el castillo, la ciudad fue colonizada por los fenicios, ocupada posteriormente por los romanos y conquistada por los árabes; más tarde terminó siendo reconquistada por los Reyes católicos. En cuya ocupación varios de mis ancestros jugaron un papel reverencial.

»De ellos yo heredé esas tierras hace más de seiscientos años; desde entonces la ciudad ha prosperado convirtiéndose en un enclave importantísimo para el comercio en el Mediterráneo. Llegó un momento y debido al auge del turismo, mi presencia en el castillo se volvió un problema para las autoridades portuarias. Los visitantes reclamaban que les abriese las puertas para verlo. Es comprensible, pues desde lo alto de sus muros se pueden contemplar las mejores vistas de la ciudad. Lástima la mala planificación urbanística, con la construcción de una hilera de edificios cerca del mar que impiden ver la playa desde la cima.

»De pronto, la presencia masiva de personas perturbó mi tranquilidad, por lo que decidí presionado por las fuerzas gubernamentales, cederles la propiedad para su conservación y explotación en beneficio del pueblo. A cambio recibí una buena retribución económica. Lo cual me permitió viajar hasta el Nuevo Mundo —tal como conocen los europeos al continente americano— para instalarme en los bosques de Yosemite.

—Si eres conde: ¿cómo diablos terminaste metido en el cuerpo de un animal? —preguntó el reverendo.

—Una vez un granjero descubrió que me estaba alimentando con la sangre de una de sus hijas y me pegó cuatro tiros. Por suerte el paisano ignoraba que a un vampiro solo se le puede matar durante un empalamiento, por lo que mi alma abandonó mi cuerpo mortal, antes de que este expirase su último hálito de vida y al salir de él, por fortuna se encontraba el glotón cerca de la propiedad atiborrándose de moras y ocupé su organismo donde ahora vivo prisionero —contestó el conde.

El cuerpo de Shania comenzó a estremecerse, unos instantes antes de que el conde lo abandonase con su influjo. Los ajos y el agua bendita no lo habían disuadido, pero si la presencia de aquel sacerdote que ya había empalado a uno de los suyos. Al despertarse la muchacha había olvidado lo sucedido, nunca más volvió a tener pesadillas, ni a deambular sonámbula de noche por la casa.

El plan del conde era arrastrarla en medio de sus sueños hacia el bosque para poder alimentarse de su sangre. La intervención del reverendo no pudo resultar más oportuna. El vampiro asustado, ya no volvió a molestarla. Malcolm recordaba lo sucedido como si todo hubiese ocurrido ayer. Después del exorcismo decidió enrolarse en una lucha a vida o muerte contra el conde de Larios. Ignoraba si en el pasado había sido pariente de Drácula o no. Y supuso que ni el reverendo lo sabría con seguridad. Lo que estaba claro es que ahora el conde de Larios ocupaba el cuerpo del glotón y ya nadie que transitase por el bosque estaba a salvo.

Una vez empalados los cuerpos de los cuatro mercenarios, el Hombre Quemado desapareció con la misma inmediatez con la que había aparecido, dejándolo solo de nuevo. Malcolm se preguntaba quién sería la figura que había abatido a los mercenarios con la cerbatana. Se había movido tan rápido entre los árboles, saltando de una rama a otra, que no había conseguido discernirla. La identidad del Hombre Quemado también resultaba un misterio para él. Lo importante era que entre la figura y el Hombre Quemado le habían salvado la vida. Malcolm avanzó por el bosque hasta lo alto de un promontorio, desde donde pudo divisar el helicóptero de los federales elevándose en el cielo para abandonar la zona. Supuso que Jane Barret y el agente Liam Lobo iban a bordo de la aéreo nave.

Sabía que tarde o temprano regresarían para apresarlo y juzgarlo por lo sucedido a Brenda. Malcolm no recordaba haberle hecho daño a la muchacha y mucho menos al agente Glen. Lo único que su desmemoriada mente recordaba era que el Hombre Quemado debió de matarlos, antes de que lo liberase a él de la cárcel. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué se empeñaba en salvarlo una y otra vez? Era algo que Malcolm ignoraba. Quizás el Hombre Quemado solo existía en su cabeza, tal como había sugerido la agente Jane Barret y él había cometido todos aquellos asesinatos. Los médicos le habían diagnosticado una esquizofrenia paranoide y él siempre se había negado a tomar medicamentos para controlarla. Cada vez que acudía a una revisión y se los recetaban, terminaba tirándolos por el inodoro. Lo hacía porque lo dejaban atontado y no le permitían pensar con claridad.

Capítulo 25

Domingo, 12 de marzo de 2023

Los pinos se retorcían, adaptándose al pedregoso camino, tomaban formas inverosímiles ante los ojos de Malcolm. Sus raíces se entremetían entre las rocas buscando el mejor anclaje para sobrevivir en un terreno tan hostil. Los troncos de los árboles estaban ennegrecidos, debido a la dureza de las condiciones meteorológicas. Sus ramas apenas daban sombra al paso de Malcolm que las miraba de soslayo como a apéndices muertos según avanzaba bajo el sol abrasador.

Allí donde no había rocas, la tierra estaba corteada por la sequía. Los cauces de los arroyos estaban secos y los manantiales vacíos. El sol pegaba con fuerza descomunal y las nubes se habían olvidado de hacer acto de presencia aquella mañana. Llegó un momento según avanzaba por la quebrada que los pinos desaparecieron, solo quedaban algunos quejigos desnudos como única presencia vegetal que anunciaban la muerte de lo orgánico a cada paso. Su madera era mucho más dura que la del pino, por eso fue utilizada por los colonos para fabricar sus casas. Ello casi los lleva a su extinción, por eso el gobierno estatal los estaba replantando. Las hojas de sus ramas se caían al poco de nacer; dándoles un aspecto tan desolador que los hacía parecer árboles muertos. La mayoría eran incapaces de proyectar ni siquiera su propia sombra.

A pesar de que conocía el terreno, a Malcolm le pareció encontrarse en el mismísimo infierno rodeado de cadáveres. Los quejigos eran los espíritus errantes que lo acompañaban. El sol apretaba con fuerza descomunal y no parecía tener piedad del caminante. Malcolm había agotado el agua y estaba sin comida. De todas maneras la insolación le había producido una indigestión y había vomitado todo lo que había ingerido durante el almuerzo. Las fuerzas le comenzaban a flaquear y empezó a dudar de sí mismo. Llevaba demasiadas horas caminando sin descanso y sabía que si se dejaba llevar por el pánico estaba acabado. No quería morir allí donde, solo los buitres sobrevivían en busca de carroña.

A lo lejos escucha a unos lobos aullando, pero Malcolm no los teme. Una vez su abuelo le contó que el lobo no se alimenta de cadáveres ni de carne humana, pasa su vida con su pareja y nunca se aparea ni con su padre ni su madre. Es un animal monógamo fiel a su manada. El más parecido al ser humano. Cuida de sus cachorros y les procura alimento. No responde al adestramiento y es imposible de domesticar. De ahí su fama de alma errante. Su espíritu libre lo vuelve más inteligente que cualquier perro. Deja sus heces por todo su territorio de caza para marcar el terreno y nunca ataca a los humanos, salvo que se sienta acorralado. Malcolm sabe que si quiere sobrevivir en medio de aquel paramo debe imitar su espíritu.

En algún momento del camino sus piernas flaquean y casi se cae al suelo. En un recodo se le aparece la imagen de Brenda, vestida de blanco con los colmillos afilados, de su boca brotan gotas de sangre fresca. Está delirando, ignora esas visiones: se siente débil pero debe seguir avanzando. A su izquierda deja un pozo, donde antiguamente antes de existir los frigoríficos, los colonos guardaban el hielo para luego trasladarlo a las ciudades. Todo eso es parte del pasado, la actual sequía impediría que se conservase la nieve en su interior demasiado tiempo, a pesar de la altitud. ¿Hasta cuánto aumentará la temperatura del planeta? Atraviesa ahora el cauce de un riachuelo seco. No hay ni una gota de agua a su alrededor que le permita saciar su sed. Malcolm duda si llegará a mañana. Sabe que si desfallece no logrará recuperarse y el sol abrasador consumirá las pocas energías que le quedan. Pero ya no puede más.

Cuando cree que sus horas están contadas, localiza la quebrada que lleva a dos laboratorios en los que había cocinado para Lance. Se preguntaba si todavía estaban operativos; debido a su difícil accesibilidad, el empresario había decidido abandonarlos hacía unos meses. Malcolm había trabajado en ellos duramente. El problema era que tenían que trasladar los fardos con la droga en mulas a través de la montaña durante varias millas, antes de acceder a una pista forestal donde los recogían los todoterrenos. Debido a la dificultad del terreno habían utilizado tractores forestales para arrastrar hasta allí los contenedores. La logística resultaba demasiado complicada para que le resultasen rentables. Con los últimas ápices de sus fuerzas, Malcolm descendió a trompicones hasta el lugar donde se hallaban.

Los remolques habían sido insertados literalmente en las peñas, previamente con unas taladradoras habían desbastado la roca abriéndole un hueco, para que pasasen desapercibidos al ojo humano desde cualquier punto de la montaña. Al estar insertados en la roca, los contenedores mantenían la humedad en verano y el calor en invierno, como si fuesen bodegas. Esperaba que los hombres de Lance ya hubiesen abandonado el lugar hacía tiempo y no hubiesen enviado allí a ninguno de sus hombres para buscarlo. Nadie con dos dedos de frente se atrevería a cruzar a pleno sol el páramo para acceder a ellos a través de un terreno tan yermo.

Ahora el destino lo había enviado a él de nuevo hasta allí, por suerte parecía no haber un alma en el lugar. Suponía que Lance probablemente había ordenado vaciar el interior de los remolques, pero conservaba la esperanza de que todavía quedase algo de comida en sus despensas. Al llegar, Malcolm rompió el candado de la puerta lateral y abrió el contenedor. La puerta trasera estaba tan embutida en las rocas que resultaba inaccesible. El interior estaba lúgubre pero fresco. En la despensa encontró unas latas de espárragos, atún, sardinas, mejillones y ventresca. Estaba salvado, también quedaba alguna garrafa de agua. Abrió su tapa y comenzó a beber a borbotones.

Dio gracias a Dios por su suerte, se tumbó en una de las literas y se quedó dormido. El sol le había abrasado la piel, pero mañana estaría bien. Agradeció que el efecto bodega de la montaña lo resguardara de las altas temperaturas. Al despertar abrió la puerta interior que comunicaba con el antiguo laboratorio donde cocinaban la droga, para su sorpresa lo encontró desmantelado y en su lugar descubrió que lo utilizaban como almacén para guardar todo un alijo de bolsas de cocaína. Supuso que dada la dificultad para encontrar los contenedores cueva, Lance consideraría aquel un lugar más que seguro para esconder la droga.

En un cajón de un viejo archivador descubrió un transistor viejo que consiguió hacer funcionar con unas pilas que llevaba en la mochila. Sintonizó una cadena de deportes donde emitían el partido entre los San Francisco Dons y la universidad de Santa María. Lamentó no poder estar allí junto a su hermano y los muchachos para ayudarles a ganar la final del campeonato estatal. Al menos podría escucharla por la radio. Abrió una lata de ventresca y comenzó a engullirla con avidez. El estómago ya le estaba mejor y tenía mucha hambre. Si conseguía llegar a la ciudad de San Francisco, tal vez pudiese llevar consigo algunas bolsas de droga y venderlas en la calle. También podía intentar acceder a una de sus cuentas bancarias en las islas Caimán y sacar algo de dinero para intentar comprar documentación falsa y escapar del país en avión. De momento debería recuperar fuerzas antes de emprender tan largo viaje. Los federales lo estaban vigilando y le resultaría muy difícil abandonar Yosemite sin ser visto.

Capítulo 26

Esa noche el Chase Center estaba lleno a rebosar. A pesar de que no jugaban los Warriors: la meteórica marcha de los Dons había arrastrado a las masas ante su inminente enfrentamiento con los chicos de Santa María en la final de la conferencia oeste que daba una plaza al vencedor para los Play Off de la NCAA. Samuel Lino tragó saliva varias veces, antes de colocarse el último de la fila después de su compañero Anthony Turner para acceder a la rampa que conducía de los vestuarios al terreno de juego. Al pronunciar su nombre por megafonía se le pusieron los pelos de punta. La ovación para Samuel fue estremecedora, comenzó décimas de segundo antes de saltar a la cancha y se prolongó un buen rato mientras saludaba con la mano en alto al respetable.

El entrenador Harlan distribuyó a sus jugadores en dos hileras para realizar los ejercicios de calentamiento. Arnie movía los brazos en aspa y a su lado Bob lo imitaba. Estaban mentalizados para ganar aquel partido y por eso no escatimarían en esfuerzos. Sonó la bocina y todos rodearon al entrenador. Harlan repartió las consignas habituales y comenzó sacando al quinteto titular a la cancha.

Anthony botaba el balón como si tuviese alas, buscando al mejor compañero para asistirlo. El intercambio de canastas fue algo constante en el primer periodo. En el segundo los Dons apretaron en defensa y consiguieron robar algunos balones que culminaron en canasta con rápidos contragolpes. Samuel tenía la muñeca caliente y se elevaba como un ángel sobre el parqué para encestar desde larga distancia. Al descanso llegaron con una ventaja en el marcador de diez puntos. Malcolm estaba orgulloso de su hermano mientras escuchaba a los locutores narrar su increíble porcentaje de acierto.

En la mitad del segundo período fue Anthony el que logró destacar, marcando un ritmo infernal para llevar a los suyos en volandas. Encestó varias bombas ante hombres que lo superaban claramente en altura. Era su día, asistió a Bob y a Arnie en varias ocasiones y al contrario de lo que pronosticaban las casas de apuestas, el marcador distaba mucho de ser ajustado. Los Dons con un juego espectacular estaban barriendo de la cancha a los chicos de Santa María.

Eso permitió que el entrenador Harlan sacase a los menos habituales para darles minutos. Con una ventaja de casi treinta puntos arriba, Anthony Turner vivió el último tramo del partido con tranquilidad sentado en el banquillo. Le dedicaría aquella victoria a su hermana Shania que lo estaba viendo desde el Blue Blod por una cadena estatal de televisión. Al terminar el encuentro, todo el equipo se dirigió al centro de la cancha para celebrarlo. Aquella victoria era muy importante para ellos. Se acababan de proclamar campeones de conferencia e iban a disputar los playoff por el título con las mejores universidades del país.

Samuel Lino subido a los hombros de Arnie Jones cortó las redes de la canasta para llevárselas a casa como recuerdo y se puso a cantar como de costumbre:

Puedes salir con cualquiera, na-na-na-na-na
Pasarte la borrachera, na-na-na-na-na
Tatuarte la biblia entera no te va a ayudar
A olvidarte de un amor que no se va a acabar

Puedo estar con todo el mundo, na-na-na-na-na
Dármelas de vagabundo, na-na-na-na-na
Y aunque a veces me confundo y creo que voy a olvidar
Tú dejaste ese vacío que nadie va a llenar

Todo el estadio lo imitó cantando la canción de Beéle, Manuel Turizo y Sebastián Yatra. Aquel tema lo había puesto de moda Samuel al hacerse viral un video en YouTube en que aparecía cantándola junto a su compañero Anthony dentro del autobús, al regreso del equipo de Gonzaga tras derrotar a los Bulldogs en su propia cancha. La canción se había convertido en una especie de himno para los Dons y toda la ciudad disfrutaba cantándola.

Las cosas iban muy bien para Samuel, salvo por el pequeño detalle de que su novia Jenny estaba un poco distante con él desde hacía unos días. Al principio Samuel no supo a qué achacarlo. Algo extraño parecía sucederle a su novia. Se comportaba de una manera impropia de ella y estaba un poco esquiva con él. Jenny le dijo que no se preocupara y que ya hablarían al terminar el partido. Samuel pensó que era debido a que estaba centrada en los estudios y a que no le gustaba demasiado el baloncesto.

Lo cierto era que Samuel no era el único que estaba preocupado, Tommy Smith el padre de Jenny, tampoco comprendía lo que le ocurría a su hija. Jenny llevaba algunos días durmiendo mal, se levantaba cansada y la albergaban extraños sueños por la noche. En ocasiones despertaba envuelta en sudor y tenía miedo de volver a dormirse.

Nadie entendía lo que le ocurría a Jenny y ella no se mostraba demasiado comunicativa al respecto. Aparte de eso, Jenny comenzó a variar sus hábitos y dejó de lado a sus amigas. Esos días entabló amistad con Elisabeth Barker, lo cual no tenía nada de raro, si no fuese porque era la prima de la chica asesinada en Mariposa y de cuyo crimen acusaban al hermano de su novio. Después de la pérdida de Brenda, Elisabeth conoció a Jenny por casualidad, mientras esta consultaba un libro sobre la interpretación de los sueños en la biblioteca de la universidad.

—¡Vaya el mismo libro que estaba buscando yo! ¡Veo que alguien se me ha adelantado! —exclamó Elisabeth.

—Lo siento, yo llegué primera. ¿Puedo saber por qué te interesa?

—Te lo contaré cuando te conozca mejor. Soy Elisabeth —dijo estrechándole la mano—. Mi prima Brenda fue asesinada el sábado pasado en Yosemite, supongo que ya te habrás enterado por la prensa.

—Sí, pobre chica. A mi padre le asignaron la defensa de Malcolm Lino, el chico al que acusan de su muerte —comentó Jenny.

—No sabía que tu padre era abogado. Yo también estoy estudiando derecho —dijo Elisabeth.

—¡Vaya! Yo escogí medicina, ya sabes para evitar hacer válido el dicho de a tal palo tal astilla —apuntó Jenny.

Las dos quedaron para tomar un café a la salida de la biblioteca. Elisabeth le contó a Jenny todo lo relativo a su prima, incluido lo sucedido con el glotón y lo que sabía de su relación con Arnie y Malcolm. Al mencionar a Arnie, Jenny se puso pálida. Ella no creía en vampiros, pero llevaba días soñando con el pívot de los San Francisco sin motivo aparente. No entendía la razón por la que Arnie se había colado en sus sueños. Se lo contó todo a Elisabeth.

—¡No me fastidies! ¿Tú no estás saliendo con Samuel el hermano de Malcolm? —preguntó Elisabeth.

—Sí y lo quiero. Pero desde hace días solo deseo estar con Arnie. ¿No lo entiendo? Me habla en sueños por las noches y me da órdenes como si fuese su esclava.

—Dicen que los vampiros se le aparecen en sueños a sus víctimas antes de atacarlas —comentó Elisabeth.

—Yo no creo en nada de lo que te contó tu prima. Los vampiros no existen. Tiene que haber una explicación lógica a todo lo que le pasó a Brenda. A mí Arnie ya me gustaba antes de salir con Samuel. Es un chico muy atractivo —comentó Jenny.

¬—Es cierto. Lo que me contó Brenda es un disparate. Tal vez sueñas con Arnie porque te gusta de verdad.

—Eso es lo que pienso a veces. Mi padre está preocupado porque duermo mal. Me da vergüenza contarle lo que me sucede.

—¿Qué sueñas exactamente Jenny? —preguntó Elisabeth.

¬—Sueño que me encuentro con Arnie en lugares imprevisibles y nos besamos con pasión. Justo en ese momento Samuel nos descubre y se enoja conmigo. Yo intento seguirlo para que me perdone, pero Arnie me sujeta el brazo y me ordena que me desnude y lo olvide. Yo obedezco y despierto toda húmeda, muerta de deseo y envuelta en un sudor frio —contestó Jenny.

—Es el sueño más raro que he escuchado en mi vida. No me extraña que necesites el libro para entenderlo.

—Estoy hecha un lío. Yo creí que estaba enamorada de Samuel y ahora solo sueño con Arnie. Supongo que en cuanto se entere mi padre se va a alegrar. Arnie es blanco como nosotras y a mi padre no le gusta mucho que salga con un negro.

—Eso da igual. En este país hay mucha gente con prejuicios como tu padre. Algunos abogados de oficio odian a los negros porque tienen que defenderlos sin que les paguen nada por sus servicios.

¬¬—Supongo que la gente con la que tratan, no son precisamente santos, sino delincuentes comunes.

—De todas maneras yo no estoy con Samuel por el color de su piel. Ni me atrae más Arnie porque sea blanco.

—Lo importante es que Arnie te gusta, independientemente de su raza —apuntó Elisabeth.

—Y si lo que contó tu prima Brenda es verdad y Arnie se ha convertido en vampiro. ¿Crees que estoy en peligro? ¿Crees que Arnie tiene el poder de aparecérseme en sueños porque se convirtió en vampiro al morderlo tu prima? —preguntó Jenny asustada.

—Lo de que sueñes con él de esa manera continuada y siempre el mismo sueño es muy raro. Yo no creo en la historia del glotón, pero mi padre el reverendo Benny Gordon asegura que es cierta y todos los que sean mordidos por ese animal, terminan contagiados y se vuelven peligrosos.

—Eso que me contaste antes sobre el exorcismo que le realizó tu padre a la hermana de Anthony en la capilla de tu tío parece algo imposible. No creo que dentro de un mustélido se esconda el alma de un conde europeo. Toda esta historia de vampirismo pienso que no son más que supersticiones y tonterías —refutó Jenny.

—Yo también lo creo. Debes olvidarte de todo lo sucedido. Si te gusta de verdad Arnie, debes de romper de inmediato con Samuel y darle una oportunidad al chico.

—Lo sé, tienes razón, pero esperaré a que termine el campeonato estatal para evitar darle un disgusto a Samuel. Al terminar la final romperé con él. Aunque una parte de mí todavía lo quiere, debo ser sincera con Samuel. Él se merece a alguien que lo ame de verdad. Pero de momento no le contaré nada de lo de Arnie. Ambos son compañeros de equipo y no quiero que Samuel se enfade con él. Además no sé si lo mío con Arnie funcionará —explicó Jenny.

Durante el resto de la semana el sueño de Jenny continuó repitiéndose, igual que sus

encuentros con Elisabeth. Ninguna de las dos creía en vampiros, ni nada por el estilo. Elisabeth le contó a Jenny que su interés por el libro de la interpretación de los sueños era debido a que cuando se acostó con Bob, sintió como si lo suyo con el jugador de los Dons fuese solo un sueño. No parecía una persona de este mundo. Elisabeth creyó que si leía el libro, tal vez encontrase algún significado a lo que le sucedió la noche que pasó con él.

Lo cierto era que habían bebido los dos mucho, por eso no estaba segura de que lo que vivieron ambos había sido un sueño o realidad. El mundo giraba a su alrededor de una manera muy rara a veces. Elisabeth echaba de menos a su prima Brenda. Aunque le gustaba charlar con Jenny Smith al salir de clases. Las dos habían entablado una rápida amistad y solían ir a sentarse en el césped del campus con las faldas plisadas y bromeaban sobre los chicos y sus expectativas en la vida.

El día del partido fueron las dos a verlo juntas, acompañadas del padre de Jenny. A Tommy le llamó la atención que su hija no celebrase las canastas de Samuel como en otras ocasiones. Sus ojos parecían más pendientes de otro jugador. Un chico moreno de tercer curso de empresariales que jugaba bajo canasta y cazaba los rebotes al vuelo. También era muy bueno colocando tapones. Tommy sacó la conclusión que algo iba mal entre su hija y Samuel, pero prefirió no comentar nada al respecto. Sabía que a esas edades era normal que los jóvenes tuviesen diferentes relaciones y cambiasen continuamente de pareja. Esperaría a que ella le contase lo que le sucedía, su nueva amiga parecía una buena influencia para su hija. Le sorprendió que fuese prima de la chica fallecida durante el empalamiento ocurrido en Yosemite.

Capítulo 27

El joven entró en su despacho con rostro sonriente. Swann ordenó al jugador sentarse frente a él. Arnie tenía las pupilas enrojecidas y mirada de lunático. El segundo entrenador de los Dons lo achacó al esfuerzo realizado durante el partido para derrotar a Santa María esa tarde. Le gustaba el muchacho, era extrovertido y sabía cómo encandilar a sus superiores. No solo con su entrega en la cancha, sino también con su sonrisa fuera de ella. No llevaba el cuerpo lleno de tatuajes y piercings como la mayoría de estrellas del baloncesto. Ni iba todo el rato mirando el móvil o escuchando música con los cascos. Arnie era un joven muy comunicativo y amigo de sus amigos.

El agente infiltrado pensó como abordar aquella entrevista, sin dejar al descubierto su tapadera como entrenador. Una vez escuchó decir a su superiora la agente Jane Barret, que la mejor forma de ocultar la verdad era hacerlo parcialmente para que nadie sospechase de la profundidad de la misma. Por lo que Swann decidió contarle solo lo imprescindible para evitar que las sospechas recayesen sobre su persona y, así, poder seguir ejerciendo su oficio de espía sin delatarse ante el resto del equipo. Aunque en realidad pensaba en contárselo todo, menos el hecho de que trabajaba para la agencia federal en calidad de infiltrado. La gente debía seguir pensando que se encontraba allí ejerciendo el oficio de segundo entrenador por voluntad propia y no en medio de una misión para los federales.

—¿Qué quiere de mí entrenador? —preguntó Arnie.

—Nade de importancia. Se trata solo de un asunto personal con el que te robaré solamente unos minutos de tu tiempo.

»En primer lugar quería felicitarte por como has ayudado al equipo a ganar esta tarde. Sin tu estimada colaboración: no lograríamos una victoria tan abultada.

»En segundo quiero pedirte que colabores conmigo y respondas a unas preguntas sobre algo que llevo en secreto desde hace un tiempo y lo hago con la mayor discreción posible.

»En tercero agradecerte que te acercases hasta aquí, en una noche tan importante para el equipo, cuando deberías estar celebrando la victoria con tus compañeros.

»En cuarto quiero pedirte que debido a la delicada naturaleza de este asunto, mantengas en la máxima confidencialidad posible al respecto de todo lo que hablemos aquí hoy y no lo compartas con nadie, ni siquiera con tus compañeros de equipo.

—Está bien, responderé a sus preguntas con la mayor sinceridad posible y seré discreto en cuanto al asunto en cuestión. ¿De qué se trata entrenador? —preguntó Arnie.

—En primer lugar debo ponerte en antecedentes sobre lo ocurrido. Antes de aceptar trabajar como segundo entrenador para Harlan, ejercí de inspector de policía en varias ciudades del país. En ocasiones también colaboré con la agencia federal en algunos casos, digamos un poco especiales —explicó Swann.

—Usted dirá que tenían de especiales —apuntó Arnie.

—Digamos que tenían algunas connotaciones con lo paranormal, por explicarlo de una manera más o menos explícita. Uno de esos casos tenía que ver con el vampirismo. Bien, mis amigos los federales se han puesto recientemente en contacto conmigo porque están investigando el extraño caso de una joven fallecida recientemente que le contó a su prima que había mantenido relaciones sexuales contigo en las habitaciones del Victorian la noche del pasado uno

de marzo. Unos días antes de ser asesinada en Yosemite como habrás podido saber estos días por la prensa.

Arnie se quedó blanco, ignoraba que el entrenador tuviese esa información sobre lo suyo con Brenda, pero enseguida se recompuso y reaccionó tratando de mantener la calma. El inspector insistió en que aquel interrogatorio solo se trataba de una mera formalidad. Los federales le habían pedido que colaborase con ellos en aquel asunto, al enterarse durante la investigación, que actualmente estaba entrenando a las órdenes de Harlan a los San Francisco Dons. Eso les evitaría a ellos el trabajo de tener que desplazarse a la ciudad para hablar con él. Los agentes estaban bastante atareados con su investigación en Yosemite y les resultaría un incordio aquel trámite. Por eso confiaban en Swann para poder ahorrárselo.

—Es cierto pasé un rato con Brenda Barker. Estaba loca y se creía una vampiresa. Afortunadamente todo eso estaba solo en su cabeza. Intentó morderme como una perra sarnosa en la ingle, pero carecía de colmillos y apenas me lastimó. Me la saqué de encima como pude y le dije que regresase a casa. Estaba muy borracha. Parecía obsesionada con que la había mordido un animal que albergaba en su interior el alma de un conde europeo. El conde de Larios, eso dijo. Hablaba de él, como si fuese el mismísimo conde Drácula.

—¿Cómo explicas algo así? —preguntó Jane Barret.

—Para mí que la chica se creía realmente un vampiro, como uno de esos pirados que salen a veces por la televisión. Aunque en realidad, cuando me mordió, no llegó a hacerme sangre. Solo fue un rasguño de nada, puedo enseñárselo, así podrá contarle a sus amigos los federales que no tengo ninguna marca, ni nada que se parezca a la mordedura de un vampiro.

—No es necesario, te creo. Ya te dije que esto solo se trata de algo protocolario —apuntó Swann.

—Lo cierto es que ya no se nota nada, tengo la zona inmaculada, la marca de sus dientes de leche apenas me hizo nada; sin embargo en su cabeza ella no lo vio así, después de morderme continuó un rato absorbiendo aire con los labios pegados a mi muslo. En su mente enfermiza creo que se imaginaba que me estaba chupando la sangre —continuó Arnie.

—Mis amigos los federales piensan que el comportamiento de la muchacha se debía a que el animal que la mordió en el bosque tenía la rabia. Eso le ocasionó a Brenda una especie de disfunción cerebral. Un cuadro muy curioso que al no ser tratado con prescripción médica: le provocó delirios que derivaron en alucinaciones e insomnio.

—Es increíble eso explica su extraño comportamiento —comentó Arnie.

—En su pueblo natal algunas personas aseguran haber tenido contacto con vecinos infectados de rabia a los que confundieron con vampiros, pues se volvieron locos y trataron de morder a otras personas como hizo Brenda contigo —explicó Swann.

—Lo entiendo entrenador, pero respecto a mí puede estar tranquilo. Mi padre es adiestrador de perros, por lo que estoy vacunado desde niño contra la rabia. Si quiere le puedo mostrar mi cartilla de vacunación —ofreció Arnie.

—Lo sé, viene en tu historial médico, pero debíamos asegurarnos. Mis amigos federales y yo no creemos en historias de vampiros, ni nada por el estilo —aclaró Swann.

—Siento mucho lo ocurrido a esa muchacha. Fue una verdadera tragedia. La manera en que murió resultó muy cruel —lamentó Arnie.

—Bueno eso es todo, gracias por tu colaboración. Ya puedes ir a celebrar la victoria con tus compañeros, pero te recuerdo que el miércoles nos vemos en el pabellón para empezar a preparar los partidos de los playoff.

—Allí estaré entrenador. Ya me conoce siempre lo daré todo por el equipo y si vuelve a

necesitarme para ayudar a sus amigos en la investigación, estaré encantado en colaborar con usted. La rabia es una enfermedad muy peligrosa. He visto a animales volverse completamente locos. Mi padre se ve obligado a sacrificarlos a menudo —dijo Arnie.

Capítulo 28

Al marcharse Arnie de su despacho, el agente infiltrado Swann White telefoneó a Jane Barret para ponerla al tanto de la entrevista con su pupilo. Jane le dio las gracias e informó de la llamada a su ayudante el agente Lobo. Ese domingo ambos se encontraban en el Blue Blod bebiendo cerveza y repasando el caso.

—Es lo que pensaba. La muchacha tenía la rabia y se creía una vampiresa. Lo peor fue que algún pirado se lo creyó de verdad y decidió tomar la justicia por su mano y asesinarla —dijo Jane.

—Ya, pero eso no explica las muertes de los cuatro mercenarios, supuestamente, contratados por Lance para eliminar a Malcolm y, que casi nos matan a nosotros a tiros —indicó el agente Lobo.

—A lo mejor también les ocurrió como a Brenda. Los mordió ese maldito glotón y por eso estaban infectados. Creo que es posible que alguien esté imponiendo su propia justicia en el bosque por su cuenta. Ese alguien cree que el glotón alberga el alma del conde de Larios y está convirtiendo a todos los que muerde en vampiros. Debe de tratarse de un fanático religioso que se cree el salvador de la humanidad y trata de empalar a todos los infectados —apuntó Jane Barret.

—Eso tiene su lógica. Alguien que cree en los vampiros, mata a personas mordidas por el supuesto conde que en realidad es un glotón o carcayú, también llamado Gulo gulo. Las mata simplemente porque cree que están infectadas y pronto se convertirán en súbitos del conde y obedecerán sus órdenes como sucede en la novela *Drácula* de Bram Stoker para morder a más gente y terminar con la raza humana.

—La gente aquí es muy ignorante y supersticiosa, resulta increíble que en pleno siglo XXI puedan creer en todas esas mamarrachadas —dijo Jane Barret.

—Y si está sucediendo de verdad y si en realidad hay vampiros en Yosemite —dijo Lobo en tono de sorna.

—Muy gracioso. Debemos hablar con Shania sobre lo que nos contó Malcolm en la montaña del exorcismo, que el reverendo Benny le practicó a ella cuando era solo una adolescente.

Los camareros estaban recogiendo vasos, cargando el lavavajillas y sirviendo bebidas con su correspondientes pinchos y tapas detrás de la barra. El local que hasta hace poco estaba lleno a rebosar estaba comenzando a vaciarse de gente. Eso era debido a que el partido de baloncesto de los Dons había finalizado y al día siguiente la mayoría comenzaban temprano su jornada laboral. Jane le hizo una señal a Shania cuando estaba limpiando las mesas para que se acercara un momento. Shania observó el local y al comprobar que todo el mundo estaba atendido, se acercó para sentarse a su lado.

La agente Jane Barret la puso al tanto de lo que les contó Malcolm sobre el exorcismo. Shania resopló antes de contestar, todavía rememoraba sus extraños sueños del pasado, pero no recordaba nada de lo ocurrido, salvo que había acudido a la capilla acompañada por Malcolm. Luego allí la esperaba el reverendo Benny Gordon para expulsar aquel diablo de su cuerpo. Cuando Benny la hipnotizó Shania perdió la noción de lo sucedido. Entró en trance y despertó minutos más tarde, sin recordar nada. No sabía si el ritual había valido de algo, pero lo cierto era que después de aquel día, nunca volvió a soñar con el conde.

—¿Cómo eran esos sueños? —preguntó Jane Barret.

—El conde era un joven que hablaba el inglés correctamente, aunque con un marcado acento español. Eso lo hacía muy interesante. Me decía que estaba locamente enamorada de mí y me regalaba joyas llenas de perlas. Era muy atractivo pero había algo en su interior que me trasmitía repulsión. Una especie de maldad no tangible que no soy capaz de describir con palabras. Me ordenaba abandonar la cama y yo obedecía sin rechistar. Era como si careciese de voluntad propia. Por entonces yo ya vivía con mis tíos. Todo sucedió unos meses después del incendio que terminó con la vida de mis padres y de mi hermana pequeña Lindsay.

»Durante aquellos episodios de sonambulismo, mis tíos me encontraron varias veces deambulando descalza de noche por la casa; preocupados de que al despertarme de golpe me sucediese algo malo, cerraron con llave la puerta de la entrada para que no pudiese salir al exterior que era lo que el conde me reclamaba. Al parecer intentaba abrir la puerta dormida y al no lograrlo regresaba a la cama sonámbula para continuar acostada. Había algo en el conde que me producía náuseas, pero no era capaz de negarme a acatar sus deseos. Sentía una especie aversión hacia él que me producía terror y al mismo tiempo una sublime admiración que escondía una inquietante vileza. Inexplicablemente aquellas sensaciones contradictorias me atraían de una manera que soy incapaz de comprender.

—Durante esos episodios, cuando despertabas, nunca experimentabas la sensación de que el conde no era real, solo alguien producto de un sueño —apuntó Jane Barret.

—Más bien de una pesadilla. La verdad es que desde entonces, jamás he vuelto a tener sueños tan reales y turbulentos. Sea lo que sea lo que hizo conmigo el reverendo, lo cierto es que funcionó —aclaró Shania sin titubear.

—O tal vez esas pesadillas solo fueron producto de la tragedia que le había sucedido a tus padres. La psique de alguna manera estaba afectada y desarrolló una serie de mecanismos de defensa contra el horror de una pérdida tan grande que, paradójicamente, el reverendo por medio de la hipnosis logró desactivar —explicó Jane.

—Puede ser. Después de la muerte de mis padres me sentía muy desdichada; quizás mi subconsciente crease de alguna forma el personaje del conde para no sentirme tan desamparada —admitió Shania.

—El hecho de que Malcolm te acompañase a la capilla aquel día, demuestra que de chiquilla tenías muy buena relación con él, a pesar de lo sucedido la noche de vuestra graduación en el bosque. Dime la verdad Shania: ¿Trató de abusar de ti en alguna otra ocasión? —preguntó Jane.

—Nunca. Malcolm y yo éramos muy amigos desde niños. Lo cierto es que la noche de su graduación me quedé paralizada cuando vi su tatuaje en el muslo. La verdad es que la imagen del empalamiento me produjo escalofríos. Por alguna extraña razón que no logro comprender me recordó al conde Larios. Era como si alguna de aquellas terribles pesadillas del pasado regresase de repente.

»Yo quería contarle lo que me ocurría, pero él estaba demasiado borracho e excitado para escucharme. Cuando le dije que parase, pues quería contarle algo. Se comportó como un baboso conmigo. Entonces me enfadé y le llamé demonio. Mis palabras debieron asustarle y me puso una mano en la boca para que me callase, mientras me penetraba, ignorando mis súplicas.

»Hace tiempo que he decidido perdonarle. Aunque tampoco, lógicamente, después de cómo me trató: volveré nunca a acostarme con él. Tal vez todo fue culpa del alcohol o de su enfermedad, aunque eso me da igual. Una chica siempre quiere que los chicos la traten con dulzura. También es cierto que es posible que Malcolm pensase desde el principio solo en practicar sexo duro conmigo y yo me haya sentido mal por ello. Eso Malcolm no pudo saberlo.

Nunca llegué a decírselo. A mí no me gusta que los chicos me traten de manera agresiva; tal vez por ello me sentí mal al llegar a casa y decidí acercarme a la comisaría para denunciarlo. Supongo que me arrepentí de ello cuando se me pasó el efecto de la borrachera —concluyó Shania.

—Te comprendo, desde luego Malcolm no fue muy caballeroso contigo esa noche, pero de ahí a acusarlo de agresión sexual hay un trecho —comentó Lobo.

—Ella tiene todo el derecho del mundo a sentirse mal por cómo se comportó Malcolm. No sabemos con seguridad si su enfermedad lo puede eximir de toda responsabilidad en su comportamiento de esa noche —intervino Jane.

—Y probablemente es algo que nunca sabremos, por eso prefiero pasar página y olvidar lo ocurrido. A veces siento como si el conde se hubiese apropiado de la voluntad de Malcolm y me hubiese poseído aquella noche contra mi voluntad. Lo cierto es que hasta entonces Malcolm siempre se había portado muy bien conmigo, por eso no encuentro explicaciones racionales a su comportamiento posterior —concluyó Shania.

La agente Barret le dijo que si existía alguna posibilidad de que aquello fuese cierto, encontraría al glotón y lo encerraría en una jaula para siempre. Semejante monstruo no debería andar suelto por el bosque. Un conde que manipula a las personas, utilizándolas como siervos y adueñándose de su voluntad, pertenece al campo de lo imaginario. Ella simplemente creía que Shania había sido víctima de una violencia machista adherida a cada célula del genoma humano desde el comienzo de la humanidad. Llegarían al final de aquel asunto lo antes posible. Aunque para ello antes debían localizar a Malcolm. Ya se les había escapado demasiadas veces y deberían capturarlo para interrogarlo de nuevo a fondo. Jane creía que escudado en su enfermedad, no les había contado toda la verdad sobre lo sucedido.

Capítulo 29

A Shania se le veía cara de cansada tras una larga jornada de trabajo, por lo que se vio obligada a excusarse ante el resto del personal y le pidió permiso a su jefe para seguir charlando con los agentes federales. Había algo que quería contarles. Hasta entonces no se había atrevido debido a lo inverosímil de su relato. El ayudante del Sheriff Glen Stuart con el que había ido a cenar hacía poco. La telefoneó la madrugada en que desapareció Brenda para contarle lo que le había sucedido.

El agente Glen estaba patrullando cerca de la media noche, cuando atravesó un trecho de carretera al lado de la única gasolinera que había en el pueblo para asegurarse de que todo estaba tranquilo como siempre. Era un lugar muy oscuro rodeado de una espesa arboleda. De pronto Glen escuchó una especie de aullido que le paralizó el corazón, seguido de un grito descomunal. Glen sabía que los lobos nunca se acercaban tanto al pueblo, pero temía que alguien fuese atacado por alguna otra clase de alimaña.

Se bajó del coche, no sin antes encender la sirena para ahuyentar a los animales. Una vez en el asfalto, el resplandor de las luces unidireccionales iluminó el contorno. Había varios robles y creyó ver un destello entre ellos. Prendió la linterna y se acercó al lugar. Una especie de neblina se levantó a su alrededor como salida de la nada; sin en realidad surgir de ninguna otra parte que no fuese la propia humedad del suelo. Los girones de niebla de repente lo rodearon y pudo ver la imagen de la joven Brenda flotando entre la bruma vestida con un vestido rojo y una zapatillas Nike blancas. Estaba apoyada contra el tronco de un roble y tenía un animal adherido a su cuello. Se acercó para verlo mejor y descubrió que se trataba de un glotón. Tenía las mandíbulas clavadas en su garganta. La escena era espeluznante, al verlo el mustélido con la sangre escurriéndosele entre los dientes, abandonó a su víctima y saltó a una de las ramas para desaparecer entre la espesura del bosque. Glen desenfundó el arma e intentó dispararle pero la densidad de la niebla le impedía ver nada. Se acercó con un pañuelo para vendarle la herida del cuello e intentar detener la hemorragia. La joven tenía en la garganta dos orificios de los que todavía manaban algunos hilos de sangre.

—No debiste hacerlo. Me estaba gustando. Nadie te pidió que intervinieras. Él me estaba convirtiendo en un ser nuevo, omnipotente, inmortal, hercúleo y poderoso. Mucho más de lo que pueda llegar a ser cualquier ser humano —dijo Brenda.

La joven tenía los ojos de un tono verde amarillento como los de un lagarto. Su piel cerúlea se volvió de color escarlata cuando se acercó a él de manera seductora. El corazón le latía a Glen desmesuradamente; retrocedió unos pasos para poner distancia con la chica. Llevaba poco tiempo trabajando en la comisaría pero conocía a la hija de Lance desde el instituto y siempre le había parecido muy atractiva. Demasiado como para rechazarla. Sin embargo, había algo en ella diferente esa noche que lo aterrorizó. Además tenía una cita con Shania al día siguiente y no estaba bien que la engañase con otra.

—¿Quién es él? —preguntó asustado el agente Glen.

—Es el conde Larios. Un aristócrata europeo que lleva tiempo atrapado en el cuerpo de ese animal y es el padre de todos los vampiros de la zona. Él me llama en sueños para que acuda a su encuentro. Eres muy guapo debes unirte a nosotros —dijo Brenda bajándose una sisa de su vestido.

—¡Para! —exclamó Glen—. Estoy empezando a salir con Shania. No puedo engañarla contigo.

—Esa negra no puede darte lo que yo —dijo Brenda, dejando caer el vestido al suelo. Esa noche la ropa interior se la había olvidado en casa.

Ella abrió la boca, mostrando unos agudos dientes blancos entre los que Glen pareció distinguir unos diminutos colmillos, mucho más pequeños que los del glotón, pero igualmente afilados. La luna llena detrás de ella no proyectaba ninguna sombra sobre el suelo. Glen trató de resistirse a sus encantos, aunque la belleza de sus formas era demasiado para no abolir la oposición de cualquiera.

Glen volvió a guardar el arma en la funda, todo daba vueltas a su alrededor como en una noria. Brenda le quitó la linterna y lo empujó al suelo. Le desabrochó el cinturón y le bajó los pantalones. El agente tenía las piernas muy peludas. Todo conato de resistencia se había esfumado ante el atractivo de la joven. No quería hacerlo pero Brenda estaba muy hermosa a la luz de la luna. Su piel deslumbraba bajo las estrellas y el pubis era un amasijo de rizos que se abrían y cerraban en torno a su vulva.

La deseaba y al mismo tiempo sentía repugnancia por lo que le estaba haciendo. Sabía que si Shania se enteraba, todo entre ellos acabaría. Su erección fue inmediata de todos modos.

¬—En realidad no creerás que te gusta más Shania que yo, siempre he sido la reina del instituto: la más deseada por todos los chicos; después de lo que voy a hacerte, la llamarás y le dirás que lo vuestro se ha terminado y lo harás por su bien —dijo Brenda.

Glen trató de negarse pero era como si careciese de voluntad. Si Brenda se lo ordenaba haría lo que fuese. Había algo sobrenatural en ella esa noche. Una banda de murciélagos la sobrevoló y un lobo aullaba en la lejanía. Brenda se acercó a Glen, gateando por la hojarasca, moviendo la lengua entre los rojos labios, le desabrochó los cordones de los zapatos y se los quitó a la par que los pantalones.

El agente se incorporó apoyado en los codos, para empujar su cabeza mientras ella le estaba haciendo una felación. Nunca en su vida había sentido tanto placer. Brenda le arrancó los botones de la camisa, sin percatarse que una extraña figura los estaba observando desde lo alto de los árboles. En cambio Glen la vio. Al principio creyó que se trataba del glotón, pero luego se percató de que un animal tan grueso lo tendría difícil para trepar tan arriba. Luego le pareció una chica. La bruma era tan intensa que casi no la distinguía. Quizás solo se tratase de visiones, pero minutos más tarde cuando llamó a Shania, le aseguró que había visto a alguien en lo alto de los árboles.

Los labios rojos de Brenda descendían sobre su miembro engulléndolo entero y no le importó que alguien estuviese observándolos. Era como si el bosque tuviese ojos y estuviese grabando todo lo sucedido esa noche. Excitado Glen, cogió a Brenda de la cintura y la puso de espaldas, de manera que su abultado trasero quedó a la altura de su verga. Entró en ella con fuerza y sintió un gran placer al moverse entre sus nalgas. Ella gimió de placer y le mostró sus afilados colmillos a la luna.

Estaba caliente como una perra en celo. Él amansó sus pechos como un panadero hace con la masa virgen y sintió un placer inmenso al hacerlo. Los estrujaba entre sus dedos con ansia y la suficiente delicadeza para no lastimarla.

—Te gusta amor mío —dijo Brenda.

—Sí, mi vida, nunca he sentido nada igual —dijo Glen.

—Llamarás a Shania para contárselo todo y le dirás que te lo he ordenado yo —dijo Brenda.

—Te lo prometo, así lo haré amor mío —asintió Glen que a esas alturas ya estaba a merced de

la joven.

El agente cerró los ojos para escuchar el Plof que producía su pene al entrar dentro de ella, mientras sus efluvios se deshacían en partículas que parecían flotar en el aire a su alrededor. Sintió que ella le pertenecía y era su esclava, por eso la golpeó en las nalgas con la mano abierta. Él era policía y debía impartir un poco de orden en aquella relación. Ella se retorcía de placer y se abrazó contra la rugosa corteza del tronco del roble para erguirse y sentirlo todavía más a su espalda.

Él empujó con toda su fuerza, la placa policial se clavó en la clavícula de ella y antes de que continuase; decidió darse la vuelta para cambiar de postura. Apoyada la espalda contra el árbol: abrió las piernas y se las pasó por los hombros. Glen tiró de sus muslos hacia él y agachándose comenzó a penetrarla. Era justo lo que Brenda esperaba, su yugular latía palpitante en su garganta a unos centímetros de ella. No pudo reprimirse y clavó sus finos colmillos para saborear su sangre. Estaba hambrienta e hizo con Glen, lo que no se atrevió hacer con Malcolm la noche anterior.

El agente Glen le contó más tarde a Shania que apenas le había hecho daño, solo un rasguño, pero en la mente enajenada de Brenda se abrió un torrente sanguíneo, de paso que le trasmitía la rabia al policía. Glen estaba tan excitado que poco le importaba que lo mordiesen. Le gustaba el sadomasoquismo, cuanto más lo castigaran, mejor para su libido.

Se retiró para eyacular sobre sus pechos antes de volvérsela introducir en la boca. Ella la tenía llena de sangre, sus colmillos era mínimos pero afilados y Glen reconoció más tarde que ella le había hecho una pequeña incisión en la garganta. Al terminar se vistieron y Glen la acercó en el coche patrulla a la gasolinera donde Brenda tenía aparcado el Beatle. Estaba totalmente entregado a ella y cuando le abrió la puerta del coche para que Brenda se bajase. Ella sonrió y le dijo que ahora él ya era uno de los suyos.

—¿Y tú creíste todo lo que te contó Glen? —preguntó Jane Barret, cuando Shania terminó su relato.

—No lo sé. Lo del glotón pudo ser cierto. Hay un animal enfermo que lleva tiempo atacando a las personas en el bosque —dijo Shania.

—Según los análisis post mortem, todos los empalados tenían la rabia y fue un milagro que continuasen con vida, antes de ser asesinados. La enfermedad se encontraba en un estado demasiado avanzado, por lo que no es de extrañar que sufriesen alucinaciones y se creyesen vampiros.

»La única realidad lógica es que estaban trastornados. Lo único extraño es que el glotón haya sobrevivido tanto tiempo con la enfermedad dentro del cuerpo. Lo cual solo nos lleva a una explicación coherente: puede que no fuese el único animal de su especie infectado; tal vez exista una colonia de glotones que llevan trasmitiéndose la enfermedad unos a otros durante generaciones ¬—expuso Jane Barret.

—De todas maneras el glotón es un mustélido muy robusto con una constitución portentosa, capaz de vencer a animales que lo triplican en tamaño, puede que su sistema inmunológico le permita sobrevivir durante años con la enfermedad. Otra posibilidad es que a pesar de portar el virus sea inmune a él. Esto último lo explicaría todo —apuntó el agente Lobo.

—Según los análisis sanguíneos practicados post mortem a las víctimas. El virus detectado en ellas es extremadamente virulento, por lo que creo que de alguna manera su asesino lo sabía, por eso se estaba cargando a los contagiados, para evitar que la enfermedad se extendiese por todo el condado —informó Jane.

—Eso significa que tiene que ser alguien del pueblo; quizás por eso los mataba para evitar

que alguien de su familia se contagiase. Lo hacía para protegerlos de sus mordeduras —concluyó Lobo.

—¿No tenéis ni idea de quién puede ser? —preguntó Shania.

—Aparte de la rabia. Al examinar sus cuerpos encontraron restos de midazolam en las victimas. Por lo que no hay duda, debido a las punciones que se hallaron en los cadáveres provocadas por la punta de unos dardos empapados con el mencionado sedante, de que los durmieron antes de matarlos. El midazolam actúa induciendo al sueño y reduciendo la actividad del cerebro. Eso significa que el asesino anestesiaba a sus víctimas con el fármaco antes de empalarlas. Lo que nos quedó claro al analizarlos es que ese tipo de dardos solo pueden ser lanzados por una cerbatana —contestó Jane.

—Puede que Malcolm los haya drogado a todos antes de matarlos. Eso explica que le resultase más sencillo empalarlos, pues ninguno de ellos al estar anestesiados debió ofrecer demasiada resistencia—dijo el agente Lobo.

—Es posible, Malcolm se maneja bien con las drogas, no le resultaría difícil conseguir el medicamento. Eso tiene sentido —apunto Shania.

—El día que empalaron a los cuatro mercenarios en la montaña, Malcolm no llevaba ninguna cerbatana con él. Un arma así no se aprende a manejar de la noche a la mañana. Puede que Malcolm haya visto algo que a nosotros se nos escapa. Mañana reanudaremos su búsqueda por la montaña, por eso ahora es mejor que nos retiremos pronto, para así poder madrugar y reunirnos con alguna de las patrullas que está dirigiendo el sheriff Nick por Yosemite para encontrarlo.

»El midazolam estaba mezclado con ricina. Si no se morirían del empalamiento, la ricina les proporcionaría una muerte más lenta y dolorosa. El veneno les causaría una hemorragia intestinal, seguida de una sanguinolenta diarrea con vómitos. Su agonía podría durar hasta diez días. Lo curioso es que la ricina solo fue utilizada con los cuatro mercenarios. Ni en los cuerpos de Brenda, ni en el del agente Glen se encontraron restos de la misma.

Fue lo último que dijo la agente Jane antes de pagar las consumiciones y dejarle una abultada propina a Shania por su colaboración en el caso. Abandonaron el Blue Blom sobre las once de la noche, cuando los empleados ya estaban acabando de recogerlo todo y se disponían a cerrar el local. El agente Lobo condujo hasta el motel donde se alojaban, después de despedirse, cada uno tomó rumbo a su habitación, cerrando con llave por dentro para que ningún mustélido gigantesco con afilados dientes se colase dentro y les trasmitiese la rabia. Ninguno de ellos se creyó las historias sobre vampirismo, pero si temían a aquellos fornidos animales, que al morderlos podían provocarles la muerte en muy poco tiempo.

Lo que les contó Shania les pareció sorprendente: si Brenda estuvo con Glen la madrugada de su muerte era poco probable que acudiese a ver el partido de los Lakers a la casa de Malcolm esa noche. Hay más de una hora en coche desde Mariposa a Wawona donde reside Malcolm. Seguía siendo un misterio lo que hizo Brenda la tarde en que fue asesinada. Estaba intentando con la compañía telefónica rastrear la señal de su móvil para saber al menos donde estuvo. Malcolm negaba haberla visto en todo el día y a lo mejor no mentía. Si el agente Glen había dejado en la gasolinera a Brenda poco después de medianoche, ella tuvo que conducir más de una hora para desplazarse a Wawona y no pudo llegar allí antes de la una de la madrugada. Si ya había estado con Malcolm viendo el partido por la tarde: ¿Por qué regresaba otra vez allí cuando era más de medianoche? En realidad Malcolm debía tener razón y vio el partido solo en su casa, mientras Brenda todavía se encontraba en Mariposa, tal vez obedeciendo las órdenes del conde Larios o lo que realmente fuese ese maldito animal.

Brenda le había contado a Glen que se había quedado dormida dentro de su coche, cuando el

conde se le apareció en sueños y la arrastró al bosque. Esa noche estaba claro que Brenda no pensaba regresar temprano a su casa. En vez de ello acudió al bosque para ser mordida por el glotón, luego condujo hasta Wawona para ver a Malcolm, poco después fue asesinada. Todo parecía planeado para culpar a Malcolm del crimen. Es posible que cuando Brenda llegó a la aldea y aparcó el coche para ir caminando hacia la casa de Malcolm fuese atacada por alguien que le lanzó un dardo para sedarla con la cerbatana y luego una vez drogada la llevó al bosque para empalarla en lo alto del roble.

A la agente Jane Barret no se le escapó el detalle de que al agente Glen le pareció haber visto a alguien entre los árboles escondido cuando estuvo con Brenda en el bosque. Ella también tuvo la sensación de que alguien los vigilaba desde que atraparon a Malcolm en aquella cueva, puede que fuese la misma persona que asesinó a los mercenarios e igual hizo lo mismo con Brenda y Glen, pues conocía su secreto; sabía que los dos estaban contagiados con la rabia. Glen dijo que le pareció una chica. Seguro que no estaba sola. Dudaba que alguien de su sexo tuviese la fuerza suficiente para empalar ella misma a aquellos mercenarios tan pesados. La Chica del Árbol, tal como la llamarían desde entonces, contaba con la ayuda de otra persona; quizás se tratase del Hombre Quemado que había mencionado Malcolm. A lo mejor el mayor de los Lino no estaba tan loco como pensaban.

Lo que no entendía es por qué la Chica del Árbol y el Hombre Quemado no habían atacado al glotón. A lo mejor lo intentaron y el animal era inmune al midazolam. Lo cierto era que en el fondo debían de temerlo y les resultaba más sencillo deshacerse de sus víctimas. El caso es que la rabia era una enfermedad que se podía haber tratado en un hospital y haber salvado las vidas de todos. Ellos eligieron matarlos. En realidad probablemente lo hicieron porque estaban chiflados y creían en los vampiros como mucha gente en aquel maldito lugar. Jane estaba intrigada, ignoraba las verdaderas identidades de la Chica del Árbol y del Hombre Quemado; debería descubrirlas antes de que continuasen matando a más personas.

Capítulo 30

Lunes, 13 de marzo de 2023

Al despertar, la cabeza le daba vueltas como un tío vivo. No reconoció la habitación, ni a la chica que dormía a su lado. Lo primero que le vino a la memoria fueron los seiscientos dólares que llevaba en la cartera esa noche. Su ropa estaba desparramada por todas partes. Localizó el pantalón tirado sobre la alfombra. Al menos la cartera estaba en el bolsillo, pero ya solo le quedaban unos ochenta dólares en su interior ¡Mierda! Con eso no tenía ni para pagar el alquiler de la residencia estudiantil; desde que había recibido el último ingreso de la beca, habían pasado ya unas semanas. Era imposible que se lo hubiese gastado todo en una noche.

Samuel buscó dentro del bolso de la chica. La muy perra solo llevaba unos cien dólares encima. Junto con sus ochenta tenía ciento ochenta. Mejor eso que nada. No entendía en que se había gastado el resto del dinero. Estaba claro que la chica no era ninguna prostituta o no lo llevaría a su casa. Aquella debía haber sido una noche maravillosa después de vencer en la final de la conferencia a los Santa María por una buena cantidad de puntos; sin embargo pronto todo se torció.

Había quedado con Jenny para que lo acompañase con el resto del equipo a la discoteca más popular de San Francisco para celebrar la victoria. Desde el principio había algo extraño en su actitud: no era la de siempre. Estaba como equidistante. Samuel le preguntó que le ocurría y ella le dijo que necesitaba un tiempo para pensar en su relación, pues no le veía mucho futuro. Ni siquiera tuvo el valor de romper con él, pero Samuel no era tonto y sabía lo que significaban aquellas palabras.

Era el principio del fin.

Al llegar a la discoteca acordaron separarse y seguir cada uno su camino. El nombre del club nocturno destacaba con la letra inclinada en letras rojas de neón. Esa noche el Ruby Skye estaba lleno de aficionados de los Dons. Samuel saludó a mucha gente al entrar que lo felicitó por la victoria. Esa noche él tenía la cabeza en otra parte y se los quitó de encima como pudo. No entendía el motivo por qué la estaba perdiendo, hasta que vio a Jenny charlando con Arnie Jones en actitud totalmente seductora. Aquello le revolvió las tripas. Arnie era el tipo más simpático y extrovertido de la plantilla después del propio Samuel. Además era blanco. Jenny no había escogido mal a su sustituto.

Samuel se acercó a la barra y le pidió al camarero un chupito de tequila. Los deportistas no deberían beber alcohol en plena competición, pero esa noche a Samuel todo le daba lo mismo.

—¿Te ocurre algo? —escuchó la voz de Anthony Turner a su espalda.

—Creo que Jenny acaba de dejarme por ese cabrón de Arnie —expresó Samuel con claridad.

—Lo siento tío es una putada, pero hay más peces en el mar —dijo Anthony.

Pero Samuel ya no lo escuchaba. Los chupitos se sucedían. No recuerda el momento exacto en que Anthony se cansó de su aptitud y desapareció para dejarle el sitio a la chica. Se llamaba Paula, al menos recordaba su nombre. Ahora estaba en su piso en Mason Street y no recordaba como habían llegado hasta allí. Ni que había hecho Paula con su dinero. Ella se sentó en la barra a su lado, cuando Samuel ya llevaba media botella de tequila bebida, mientras las luces psicodélicas se movían en finos hilos azul turquesa por la pista de baile. Paula lo sacó a bailar

con una sonrisa y recogiéndose el pelo, le restregó su abultado trasero por toda la entrepierna. Le gustaba como perreaba. Seguro que la chica lo conocía y no perdió la ocasión de seducir a la estrella de los Dons. En eso se había convertido sin Jenny, en un pedazo de carne subastada al mejor postor. Paula era una mulata bajita con una cintura ancha y unos pechos descomunales. Por el resto no tenía nada de especial. La nariz era chata y las orejas demasiado grandes. En comparación con Jenny salía claramente perjudicado.

La cabeza estaba a punto de estallarle, salió al pasillo y se dirigió al cuarto de baño para vomitar. La resaca era brutal y parecía que le fuesen a reventar los sesos. Intentó orinar y todavía llevaba el preservativo puesto. Al menos lo habían hecho con protección, bastante tenía con que ella se hubiese apropiado de su dinero. Al terminar tiró de la cadena y el condón a la basura pisando el pedal del contenedor cónico que había al lado del inodoro.

A trompicones, pues todavía no se le había pasado la borrachera. Se internó en el salón y descubrió un montón de cocaína esparcida en un tapete encima de la mesa de centro. Ahora lo recordaba, él no consumía, pero la chica lo instó a comprarla para seguir la fiesta en su casa. Estaba tan resentido con Jenny que aceptó el trato. Más que con Jenny con Arnie. Con el que siempre tuvo una buena relación y nunca pensó que le quitaría la novia. Acompañó a Paula a pillar la droga a un camello que vendía cocaína en la esquina de la calle Manson. Ahora ya sabía a donde había ido a parar su dinero. Samuel no esnifaba pero a Paula le encantaba la farlopa.

Ella llevaba una sucesión de horquillas vintage para sujetar el cabello que se encrespaba en lo alto de la nuca para descender sobre sus hombros en un ondulante vuelo. Era muy estilosa, aunque ahora viéndola dormida boca abajo, desnuda entre las sábanas parecía una marmota. Estaba a punto de abandonar el salón para dirigirse a la habitación, cuando vio a un crio de dos años coger un poco de cocaína con un dedo y llevársela a la boca.

—Azúcar, rico. Azúcar, rico.

—¡No! ¡Caca! —exclamó Samuel.

Lo apartó con el brazo de la droga y la envolvió dentro del tapete para guardarla en un cajón. Pensó en tirarla por el váter, pero ya que se iba a quedar con su dinero, al menos debería dejarle la cocaína como compensación. Sintió remordimientos por robar a una madre, pero necesitaba la pasta. Era todo lo que le quedaba y desde que su hermano Malcolm tenía problemas con la justicia, habían dejado de llegarle sus giros.

Se vistió deprisa y se largó de allí, antes de que la chica despertara. Lo único que le faltaba era liarse con una madre soltera. Alguien que en vez de criar a su hijo, salía de juerga para buscar un chico que le comprase algo de droga a cambio de sexo. Si es que había habido algo entre ellos, Samuel no recordaba nada. Esperaba no volver a verla en la vida. Debía centrarse en su carrera como jugador o las mujeres le buscarían la ruina.

Antes de irse, Samuel tomó un Ibuprofeno en la cocina para aliviar la resaca y al abandonar el edificio se sentía un poco mejor. Se acercó a una cafetería y pidió un café, mientras hojeaba los sucesos del día en un ejemplar del San Francisco Chronicle: Un celador había violado a una anciana de noventa años en una residencia, como la anciana tenía demencia, las enfermeras no la creyeron al contarlo, pero su compañera de habitación que conservaba todas sus facultades mentales intactas confirmó que era verdad y el individuo había sido detenido. Una joven de doce años se había arrojado por el balcón, un tendedero había frenado su caída y logró salvar la vida, sus padres no estaban seguros si había sido un intento de suicidio o un accidente. Otro suceso de igual o peor índole lo dejó helado. Un niño de dos años estaba jugando al escondite con sus padres. El niño corrió a esconderse como tenía por costumbre y buscó un lugar donde no lo vieran. Se metió dentro del tambor de la secadora y logró cerrar la puerta por dentro, quedándose

atrapado en el interior del electrodoméstico. Su padre bajó a la farmacia a comprar pañales para el niño y la madre se quedó dormida en el sofá olvidándose de su hijo. Para cuando despertó se lo encontró muerto dentro de la secadora. El niño se había asfixiado. Aquello destrozó a sus padres, la desgracia se había cebado con ellos.

Samuel lamentó haber dejado a la criatura sola ¿Y si le ocurría algo? Un niño tan pequeño podía meterse en muchos líos. Esperaba que Paula no tuviese ninguna secadora en casa. Desde luego su madre era una irresponsable. Seguro que iba a echar de menos los cien dólares que le había robado, pero podía vender la cocaína y sacar unos trescientos sino estaba demasiado cortada. Aunque no tuviese dinero para comprarle leche al niño, seguro que se la esnifaba toda. Allá ella. Lo sentía por su hijo, pero aquello no era asunto suyo. Esperaba que no lo denunciase por hurto, podía acabar en la cárcel. Lo mejor era que olvidase aquella noche cuanto antes. Perdonar a Jenny y a Arnie. Ellos no tenían la culpa de nada. Nadie la tenía. El amor era libre de escoger a sus víctimas y Samuel no pretendía volver a caer en sus redes.

Capítulo 31

Unas horas antes sobre las dos de la madrugada en un reservado del Ruby Skye, Arnie le confesó a Jenny que esa semana él también había soñado con ella. Era algo extraño lo que les estaba sucediendo, como si ambos estuviesen conectados de alguna manera por sus sueños. Esa noche no se acostaron juntos, aunque los dos tenían muchas ganas. Ella acababa de romper con Samuel o algo parecido y pretendía llevar su idilio onírico con Arnie despacio. Bob Green les contó que Samuel se había marchado hacía un rato con Paula Gómez. Paula trabajaba en el servicio de limpieza de la universidad, tenía un niño pequeño y era una irresponsable como madre. A Jenny le dolió que Samuel se hubiese liado tan rápido con otra pero lo entendió. No por eso ella iba a hacer lo mismo. Esa noche entre ella y Arnie no iba a haber nada.

Jenny esa noche soñó que estaba de vacaciones con Arnie en la montaña. Visitaban una granja de avestruces y un pueblo cuyo mayor atractivo consistía en un museo de astronomía. Alquilaron una habitación en un hotel rural y durante todo el sueño: no dejaron de besarse. Luego se fueron de excursión al monte y en un prado se acostaron sobre la hierba. Los besos y las caricias entre ellos continuaron. Jenny estaba muy excitada, cuando su amiga Elisabeth que los acompañaba en aquella excursión, les pidió si podía participar. Aquello dejó a Jenny paralizada, aunque su amiga Elisabeth le parecía muy atractiva, no tenía claro si le apetecía compartir a Arnie con ella. En medio de aquel dilema, Jenny despertó, antes de que le hubiese dado una respuesta a su amiga.

Aquel sueño la dejó desconcertada, Jenny nunca se había sentido atraída por alguien de su mismo sexo. Ni se consideraba lesbiana; sin embargo con Elisabeth no tenía tan claro esos sentimientos. Le contó ese sueño a Arnie y resultó que él también había soñado lo mismo. No entendían la intromisión en el sueño de Elisabeth, pues en principio estaban los dos solos en el monte, pero en los sueños todo era confuso y puede que Elisabeth los acompañase desde el comienzo del viaje.

—Eso quiere decir que en el fondo deseas que me acueste con las dos —comentó Arnie.

—Para nada, te lo juro. Solo fue un sueño, nada más —lamentó Jenny, poniéndose colorada.

—Es la primera vez que ambos soñamos lo mismo ¿Qué nos está pasando? —preguntó Arnie.

—Los sueños siempre suceden por algo —contestó Jenny

—Yo no sabía que decir cuando tu amiga Elisabeth me propuso compartirte con ella —comentó Arnie.

¬—En el fondo de tu subconsciente deseabas hacerlo, por eso soñaste con ella.

—Para nada, pero los sueños son así, piensa que no tienen demasiado sentido —rebatió Arnie.

Los dos estaban sentados en un banco del campus universitario, pensando en el sueño. Arnie le dijo que todavía no había conseguido acostarse con ella por mucho que lo hubiese soñado como para hacerlo con las dos a la vez. Elisabeth llegó un rato más tarde y se sentó junto a ellos. Jenny le contó el sueño compartido que habían tenido con ella y Elisabeth les dijo que estaban locos. Pero que ella se anotaba sin problema al trio, siempre que ello no supusiese el final de su amistad. Ni tampoco una intromisión en los anhelos de la pareja.

Arnie y Jenny se sonrojaron pero no contestaron nada. Les venció el pudor y no volvieron a sacar el tema. Más tarde Elisabeth los dejó solos y Arnie respiró aliviado. Nunca llegaría a saber si estaría a la altura; si llega a tener que acostarse con las dos. Lo mejor era olvidar aquel sueño y no darle más importancia. Elisabeth era la mejor amiga de Jenny y no debería pasar su relación

de la mera amistad. Jenny tampoco volvió a mencionar el tema y todo quedó en una mera anécdota.

Al abandonar el campus, Samuel se cruzó con ellos por la acera y los saludó de manera despectiva agachando la cabeza. Jenny suponía que para él, no debería ser agradable encontrárselos en la calle, pero al menos los había saludado. Podría haber mirado para otro lado, sin embargo no lo había hecho. Esperaba que poco a poco todo volviese a la normalidad, cuando lo suyo con Arnie se fuese normalizando. Suponía que Samuel trataba de demostrar que no le dolía lo sucedido. Bastante tenía el pobre con tener a un hermano perseguido por la justicia como para preocuparse porque lo dejase la novia.

Una periodista fisgona había sacado a la luz, una posible agresión sexual perpetuada por el mayor de los Lino contra Shania Turner —curiosamente la hermana de Anthony el base de los Dons— hacía dos años durante la fiesta de graduación del instituto en Mariposa.

La denuncia no había ido adelante pero el escándalo no dejaba en buen lugar al muchacho. La periodista era la misma que había hecho el reportaje fotográfico del funeral de Brenda. La reputada novelista Ariadna Gil, actual pareja del entrenador Swann. Jenny ignoraba quién la había informado de lo sucedido, pocas personas lo sabían en Mariposa. Pudo haber sido alguien de la pandilla que conociese la historia pero no entendía que ganaba destapándola. Ni Elisabeth, ni Anthony, ni Shania, ni el propio Samuel ganaban nada contando lo sucedido.

Presionada por los medios, Shania declaró a la prensa que retiró la denuncia debido a que Malcolm padecía una enfermedad mental y esa noche habían consumido gran cantidad de alcohol y puede que no fuese consciente de lo que hacía. En principio ella había accedido voluntariamente a mantener relaciones con él, pero algo que sucedió durante el acto, la hizo cambiar de opinión. Le llamó demonio. Malcolm se asustó y le tapó la boca para que no continuase insultándolo mientras consumaba el nefando acto. Era cierto que en el medio del mismo trató de decirle que parara, pero él estaba tan ido debido al consumo de estupefacientes que no debió de escucharla. Ignoraba si cuando se lo dijo tenía la boca tapada o no. A pesar de la presión mediática, Shania se negó a presentar una nueva denuncia contra el chico, bastantes problemas le había causado ya. Saliese o no absuelto por lo ocurrido a Brenda y a los demás, su nombre ya estaba manchado suficientemente por una supuesta agresión sexual, como para que alguien se arriesgase a darle un empleo en el futuro.

El escándalo de lo sucedido durante la fiesta de fin de curso saltó a la primera plana del periódico. Malcolm Lino fue tratado como un psicópata, violador y asesino en serie; sin nunca haber sido juzgado por ello. En las cadenas de televisión de todo el país, hablaban de él como el anticristo. Su abogado Tommy Smith no tardó en desmentir todas las acusaciones y denunciar a los medios de adulterar lo sucedido para conseguir mayor audiencia.

Para Jenny su padre era el mejor abogado del mundo; aunque no le gustasen mucho los delincuentes, los defendía con mayor tesón que cualquier diputado que presumía de apoyar las leyes de integración, solo para conseguir mayor número de apoyos en el congreso. A Tommy solo había una cosa que le gustaba todavía menos que los delincuentes, los periodistas fisgones que manipulaban la opinión pública para encerrar a un pobre desgraciado como Malcolm Lino entre rejas. Si pudiese a Tommy le gustaría conducir un carro de combate de última generación y volar por los aires todos los edificios que albergaban este tipo de medios de comunicación sensacionalistas. Eran basura que sobraba en la sociedad. A veces lamentaba profundamente no haberse alistado en los marines en vez de estudiar derecho. Como abogado se ganaba bien la vida, pero como oficial de artillería podría desahogar sus instintos más primarios. Se cargaría a zambombazos a todos aquellos que el considerara que eran solo unos parásitos dentro de la

sociedad.

Aunque Jenny no estaba para nada de acuerdo con las ideas de su padre, lo respetaba por mantenerse firme defendiendo la causa de Malcolm; muy a pesar de que solo lo hacía por dinero y le importaba un comino el destino del muchacho. Mientras el estado le pagase por defenderlo, trataría de sacarle el mayor redito posible a su trabajo y hacerlo lo más dignamente posible como siempre. El hecho de que fuese hermano de una futura estrella de la NBA le ayudaba a darle una mayor repercusión a su defensa.

—Así que ya no estás saliendo con Samuel —comentó Tommy al llegar a casa.

Jenny asintió, tenía el flexo de su habitación encendido y miraba fijamente a su padre.

—Mejor, así no existirá ninguna relación personal que interfiera para que yo me haga cargo de la defensa de su hermano.

—Lo harás muy bien, papá. Eres el mejor abogado de oficio que existe. No conozco a Malcolm pero Samuel no paraba de decirme que su hermano era inocente. Y aunque lo mío con Samuel se haya acabado, siempre llevaré un trozo de él en mi corazón, por lo bien que me ha tratado mientras estuvimos juntos —comentó Jenny.

—Le daré la mejor defensa que pueda. En el fondo no tienen nada contra él, toda esa burocracia de mierda, solo quiere utilizarlo como cabeza de turco. Primero arruinaron su carrera baloncestística por padecer una enfermedad que para nada le impediría rendir a buen nivel en cualquier universidad del estado. Esos idiotas no tienen ni idea sobre derechos civiles, les voy a interponer una demanda que se van a cagar por los pantalones abajo. Ahora le acusan de agresión sexual, cuando todas las pruebas indican que fue consentida y la agredida ha retirado hace tiempo la denuncia. Lo de los empalamientos tampoco pudo hacerlo él. En el fondo no es más que un pobre desgraciado que se encontraba en el sitio equivocado en el momento menos propicio, para nada es culpable de esas muertes. El sistema está diseñado para encerrar a inocentes en caso de que no aparezca ningún culpable. Todo está corrompido. Les importa un bledo a quién encierran entre rejas, con tal de llenar de carnaza los titulares de la prensa al día siguiente —explicó iracundo Tommy a su hija.

—Es cierto papi. El mundo es un lugar cruel, lleno de gente mentalmente inestable sometida a los caprichos de los poderosos. Deberían prepararnos desde niños para enfrentarnos a él, en vez de contarnos cuentos chinos y ocultarnos la realidad como hacen las religiones. Por suerte, tú me has educado de otra manera distinta. Todo ese odio y rencor hacia la sociedad en la que vivimos que llevas dentro, me ha ayudado mucho para no confiar en nadie y tomar mis decisiones: solo guiada por mis propios criterios. Eso te lo agradeceré siempre —refutó Jenny.

—En realidad todo es más mérito tuyo que mío. Siempre has sido una niña muy lista —aclaró Tommy.

Capítulo 32

Los agentes especiales se bajaron del todoterreno para continuar la marcha a pie. Las condiciones meteorológicas que hasta entonces les favorecían habían cambiado. Las temperaturas habían descendido más de veinte grados y el invierno se resistía a marcharse, dando sus últimos coletazos ante la inminente llegada de la primavera. La lluvia torrencial que les había acompañado durante todo el trayecto, continuaba impetuosa cargando las ramas de los árboles de agua que se escurría por el Gore-Tex de sus chaquetas.

La lluvia había borrado todo rastro del fugitivo y los perros regresaron a sus remolques para que los policías los secaran antes de alimentarse. La brigada canina había fracasado en su intento de seguir la pista de Malcolm. El sheriff Nick acababa de ser relevado por los agentes federales y regresaba a casa para reponer fuerzas. El agente Lobo se planteó si no sería conveniente seguir sus pasos antes de continuar la búsqueda en aquellas condiciones. Su compañera permitió a los integrantes de la brigada de búsqueda volver a sus puestos de observación, ante el peligro de sufrir un accidente debido a la ventisca que se estaba levantando.

—Esté donde esté, Malcolm no irá a ninguna parte con este temporal. Quizás deberíamos suspender la búsqueda hasta que amaine —expuso Liam.

—Ya me conoces, demos un paseo para comprobar el terreno, antes de arrojar la toalla —objetó Jane.

Era cierto, Liam sabía lo obstinada que podía ser su jefa cuando se le metía algo en la cabeza. El frio iba en aumento mientras avanzaban entre las rocas. Según ascendían las gotas de lluvia se endurecían y se tornaban cellisca, adhiriéndose la nieve a la ropa. Las polainas impedían que la humedad entrase en las botas de piel, pero no que las esquirlas les golpeasen la cara. La espesa niebla lo cubría todo como un manto fantasmal y resultaba imposible orientarse en medio de ella. El GPS no funcionaba y el terreno era cada vez más abrupto. La dureza de los pedregales facilitaba, sin embargo, que su avance fuese más fluido que por un terreno donde el suelo estuviese embarrado. Aunque caminar a ciegas por la montaña era como buscar una aguja en un pajar. No conducía a nada.

—¿Crees que estará cerca? —preguntó Lobo.

—No debería andar lejos. Lo bueno de saber usar una brújula y un mapa es que una no se pierde cuando se queda sin cobertura —contestó Jane Barret.

—No sé cómo puedes saber dónde está el norte con la que está cayendo —comentó Liam.

—Anoche estuve estudiando el mapa y el sentido de orientación no suele fallarme —apuntó Jane.

El rugir del agua de un arroyo cercano les acompañó durante buena parte del camino. El páramo estaba cada vez más nevado según ascendían en altura, una vez alcanzaron la cima, las nubes bajas les impidieron ver nada que estuviese bajo sus pies. Un mar de niebla impresionante: se extendía más allá del horizonte. Jane no lograba distinguir dónde terminaban las nubes y comenzaba la niebla. El arrullo de unas palomas que buscaban comida entre la nieve los entretuvo un rato antes de reanudar la marcha. El tronco de un quejigo sobresalía entre las peñas, mientras sus raíces se esforzaban en abrazarse a los nódulos de las rocas.

Jane fue la primera en sacar los guantes de la mochila para proteger sus dedos del frio, Liam la imitó de inmediato. No debían detenerse o terminarían congelados como estatuas de hielo.

Montañeros mucho más expertos que ellos se habían perdido en medio de una tormenta y necesitaron la ayuda de los servicios de emergencia para ser rescatados. Jane ajustó el bozo al cuello para proteger la garganta. Liam la imitó subiéndoselo por encima de la barbilla.

—Estamos todavía a tiempo de dar la vuelta —propuso Liam Lobo.

—Tiene que estar ahí en alguna parte —dijo Jane señalando un punto al azar en medio del mar de nubes que cubría la cordillera.

Era una locura pero Jane sujetó con fuerza los bastones y comenzó a descender hacia el infinito páramo. El terreno estaba completamente cubierto de nieve. En algunos lugares su espesor superaba el metro de altura. Esa noche había nevado sin parar y las piernas se hundían en la superficie nívea a cada paso que daban. Se desviaron a la derecha para evitar las zonas arbóreas y avanzar entre las rocas donde la nieve se aferraba menos. Un grupo de rebecos les sirvió de referencia para evitar los bancales y las zonas donde se podía acumular en mayor cantidad. Así evitarían hundirse constantemente en ella con el desgaste físico que ello conllevaba. Unas raquetas les habrían servido de gran ayuda para caminar sobre ella sin hundirse, pero se las habían dejado en el todoterreno con el resto del equipo de alpinismo.

Cruzaron un riachuelo atravesando un tronco caído, caminando sobre su corteza como acróbatas. Debían encontrar algún refugio antes de que los alcanzase la noche. La ventisca arrastraba gotas de aguanieve que se les metían en los ojos. Ni eso los detuvo, Jane continuó avanzando muy rápido seguida de Lobo. La niebla era cada vez más densa según se acercaba la noche y las siluetas de los robles añejos los acompañaba indicándoles el camino. Debían localizar a Malcolm, antes de que al muchacho le ocurriese algo. Necesitaban su testimonio para resolver el caso. Las piernas se iban debilitando con el paso de las horas y la ansiedad se iba apoderando de ellos, aunque la niebla remitió algo y pudieron ver difusamente el perfil del barranco en que se estaban metiendo. El lugar era extremadamente arisco. Solo los buitres parecían habitar aquellos parajes. Las gráciles aves esperaban su tajada de carne humana, observándolos desde los riscos.

Nadie iba a morir allí aquella noche. Ni la lluvia, ni la nieve podrían con ellos. Llevaban suficiente ropa de abrigo para aguantar a la intemperie lo que fuese necesario. Un corzo se hundió en la nieve seguido de sus cachorros. Un águila calva se desplazaba en lo alto del cielo. Vieron a tres lobos pasar a unos metros y no se inmutaron. Solo logró alterarles el ruido de unos motores en la distancia. Por su sonido, solo podía tratarse de motos de nieve. Las divisaron en la distancia: eran dos y se dirigían al interior de la quebrada.

Jane sustrajo los prismáticos de la funda en su mochila y enfocó las lentes hacia los vehículos. Los pilotaban dos hombres. Uno tenía el cabello canoso que le sobresalía por debajo del casco y una abultada barriga que le llegaba hasta el manillar. Lo seguía un individuó más joven y en mejor forma. No podían ser otros que Lance Barker y su hijo Danny. Se les habían adelantado. Ahora solo tenían que seguir las huellas de sus patines para dar con el fugitivo.

Una vez que los mercenarios contratados por el empresario fracasaron de manera estrepitosa en su intento de matar a Malcolm, a Lance ya solo le quedaba la posibilidad de acometer el trabajo el mismo. Si los federales descubrían el paradero de Malcolm; encontrarían también los fardos de cocaína y el mayor de los Lino cantaría todo lo que sabía sobre los negocios sucios de su familia.

Lance tenía clara la posición exacta del contenedor, suponía que con el temporal que había caído, Malcolm no encontraría otro lugar mejor para refugiarse. Debían matarlo y recuperar la mercancía. La trasladarían a otro lado antes de que la encontraran los federales. Los patines surcaban la nieve a toda velocidad, faltaban menos de dos millas para alcanzar el remolque.

Llevaban dos ametralladoras Remington para barrer a Malcolm de la faz de la Tierra. Él muy estúpido se había metido en la boca del lobo.

Apagaron los motores de las motos de nieve al llegar a lo alto de la colina. No querían que el ruido los delatase. Danny ayudó a su padre a bajar de la moto, a pesar de la obesidad, Lance se encontraba fuerte aquella tarde y no le temía a la adversidad. Le señaló a su hijo, el punto exacto donde se ocultaba el contenedor oculto por la nieve. Se separaron para rodearlo.

En esos instantes Malcolm se encontraba escuchando la radio, cuando a las seis en punto de la tarde emitieron las noticias:

—El fugitivo Malcolm Lino sigue en paradero desconocido. La supuesta víctima de agresión sexual Shania Turner ha decidido no presentar cargos contra él, debido a que en principio su relación fue consentida, aunque luego ella cambiase de opinión. El fugitivo presenta un cuadro de esquizofrenia paranoide con alucinaciones. Se cree que va armado y es muy peligroso. Pasamos a la siguiente noticia…

Alguien había dado el chivatazo de lo ocurrido a la prensa. Ahora todo el mundo lo trataría como un violador. No podría salir a la calle, ni hablar con sus vecinos, sin que tratasen de evitarlo. Él nunca pretendió hacerle daño. Había sido una estupidez acostarse con ella. Sabiendo que Brenda estaba por él, nunca lo habría hecho.

Apagó el transistor, esperaría a que el temporal remitiese para abandonar cuanto antes su refugio y llevarse la droga. Metió las bolsas de cocaína en un petate y pronto se echaría con ellas al monte. Por suerte se había llevado consigo el fusil de uno de los mercenarios y toda la munición con la que pudo cargar. Se puso a limpiarlo, cuando le pareció escuchar, procedentes del exterior, unos pasos en la nieve. Desenchufó el frigorífico y lo arrastró al medio del contenedor para que le sirviese de parapeto.

El contenedor estaba cubierto de nieve y no se distinguía de la montaña en la que estaba empotrado. Era el camuflaje perfecto para pasar desapercibido si no fuese porque Lance conocía su ubicación exacta. Danny caminó con sigilo hacia la puerta lateral del remolque. Lance se colocó al otro lado de los goznes, esperando entrar en cuanto su hijo la abriese. Danny tiró de la manija y se retiró a un lado para flanquearle el paso a su padre, cuyas pisadas debido a su peso eran más profundas y los habían delatado. Lance recibió un disparo en el centro del pecho al entrar en el habitáculo y la detonación lo lanzó de nuevo a la intemperie; donde cayó fulminado en medio de una mancha de sangre que salpicó la nieve.

Danny descargó la munición de su ametralladora contra el electrodoméstico y Malcolm resistió la acometida con la espalda apoyada contra la rejilla del motor. La puerta del frigorífico se abrió y la leche de los cartones se desparramó por el suelo. Daba igual, hacía tiempo que había caducado. Los encargados de la mudanza no se la habían llevado porque la nevera era tan vieja que terminaría directamente en un vertedero. Además sin generadores activos solo era chatarra. El electrodoméstico se tambaleó y cayó sobre Malcolm que, apartándolo con el brazo: disparó sobre Danny que se arrojó al suelo de inmediato para esquivar la bala que le pasó rozando la coronilla.

A continuación Danny con los codos apoyados en el piso, disparó una ráfaga que alcanzó de lleno a Malcolm que se convulsionó mientras su torso absorbía la metralla, para caer a continuación muerto al suelo. Danny localizó el macuto con los fardos de droga y abandonó el contenedor, cerrando la puerta al salir. Su padre se retorcía de dolor con el esternón reventado por la metralla. La sangre le salía a borbotones por la boca y se estaba ahogando. Su hijo lo colocó de lado pero de nada sirvió, tenía varias arterias reventadas y el corazón a punto de salírsele por la boca. Antes de expirar, abandonando este mundo, le dijo a Danny que se largará

de allí con la droga.

Danny sollozaba abrazado a su padre, pero al ver que su rostro sin vida se volvía amarillento entre sus brazos, se limpió su sangre con la nieve del anorak y se marchó de allí con el petate a la espalda. Al menos se había cargado al asesino de su hermana. Un maldito violador que no merecía seguir transitando por este mundo. No solo había abusado de Brenda sino que también hizo lo mismo años atrás con Shania Turner. Lo que ignoraba Danny es que no se habían encontrado pruebas de que se cometiese una agresión sexual sobre su hermana antes de empalarla.

Acometió la subida con la cocaína a la espalda y la metralleta colgada del hombro, planeaba irse con la droga lejos de allí y así salvaguardar el buen nombre de su familia. Una vez los federales encontrasen los cuerpos, dictaminarían que su padre y Malcolm murieron durante el tiroteo. Lance había localizado el contenedor donde se ocultaba Malcolm y se enfrentó a él a tiros. Los dos murieron en el acto durante la refriega. No existían testigos que lo involucrasen a él en sus muertes. El temporal borraría cualquier rastro de las huellas de su moto de nieve y sería como si nunca hubiese estado allí. Alguien debería de continuar con la empresa familiar y la droga le aportaría cuantiosos beneficios para financiar sus actividades.

El hijo de Lance volvió la vista atrás. Continuaba nevando. La nieve había cubierto de nuevo la puerta lateral del remolque. El cuerpo de su padre permanecía tendido en el suelo a la intemperie. No podía dejarlo allí a la vista. Entonces se le ocurrió una idea, si metía el cadáver dentro, la policía no encontraría el cuerpo y el contenedor permanecería oculto por la nevada. Si encontraban uno de los remolques donde cocinaban la droga, acabarían localizando los otros y toda su estructura se vendría abajo. ¿Cómo no lo había pensado antes? Depositó un momento el petate con la droga en el suelo y regresó corriendo junto a su padre.

Al llegar lo arrastró por los hombros al interior del habitáculo, dejándolo sobre el suelo frente al cuerpo de Malcolm; así resultaría más creíble lo del tiroteo. Colocó la metralleta de su padre apuntando a Malcolm y el fusil de Malcolm hacia su padre. Al llevar guantes sus huellas no estarían por ninguna parte y se esfumaría de allí sin dejar rastro. La policía no dudaría por la posición de los cuerpos y las armas que los dos se habían matado entre ellos. Se aseguró de que los dedos de ambos estuviesen sobre los gatillos antes de largarse. Luego cerró la puerta del contenedor y regresó corriendo hacia donde había dejado el petate con la droga.

Alcanzó el lugar jadeando, volvió la vista hacia el contenedor y solo vio la montaña nevada. La sangre de su padre pronto se disiparía en la nieve. El remolque se había mimetizado de una manera que se confundía con el paisaje. Eso era lo bueno de aquellos contenedores cueva que pasaban desapercibidos al ojo humano. Era genial, abrirían una nueva investigación por la desaparición de su padre y nadie lo encontraría. Sería como si se lo comiese la tierra. Más tarde, por supuesto, regresaría para recuperar los restos de su padre, cuando las aguas se hubiesen calmado y finalizase la vigilancia de los federales sobre el parque. Le darían un entierro cristiano en privado como se merecía. Su madre no le perdonaría que lo dejase tirado como un perro en medio del vendaval. En cuanto a ese demonio de Malcolm, lo enterrarían en el monte como a un animal, por si algún día alguien encontraba el contenedor, no lo relacionasen con las actividades de su familia. La policía sabía que Malcolm trabajaba para su padre.

Cargó de nuevo el petate con la cocaína a la espalda y comenzó a ascender hacia el lugar donde habían dejado las motos de nieve. Estaba oscureciendo. Era la primera vez que Danny mataba a un hombre. La sangre todavía le hervía en el cuerpo. Le gustaba esa sensación de disponer del poder suficiente para poder mandar al otro barrio a alguien. El poder para poder decidir sobre la vida de otros. Era como jugar a ser Dios.

Con su hermana Brenda muerta, heredaría todo el imperio financiero de su padre, sería el amo absoluto de la compañía Lance Express. No le cambiaría el nombre por respeto a su padre. Todas las acciones petroleras de su familia en Texas también serían suyas. Heredaría igualmente toda su organización criminal de narcotráfico que, lo convertiría en uno de los cincuenta hombres más ricos del mundo. Danny aparecería en la lista Forbes con una de las mayores fortunas del planeta valorada en miles de millones de dólares. Y aunque todo ese dinero no le devolvería ni a su padre, ni a su hermana, al menos, le ayudaría a sobrellevar mejor su pérdida. Lo haría con la dignidad y el orgullo de saberse uno de los hombres más ricos del mundo. Los echaría de menos, pero la vida continuaba con o sin ellos y era mejor tener el bolsillo lleno que andar pidiendo limosnas por las calles como un pordiosero.

Capítulo 33

El valle se iba estrechando mientras descendían siguiendo las huellas de los patines que se cruzaban entre sí, dibujando círculos inverosímiles en la superficie nívea hasta formar un ocho unas veces y una especie de dibujo de una hoja caduca en otras. La nieve acumulada era menos espesa según bajaban por el valle, debido a que la altitud era menor. Eso les permitió apurar el paso en el último tramo. Lobo al ser más corpulento tenía las piernas más largas y se adelantó varios metros sobre su compañera que lo seguía como podía.

A su izquierda se elevaban abetos gigantes y diversas variedades de alerces. Escucharon el sonido de varios disparos y apuraron el ritmo de su trote. Ahora ya casi corrían. A su derecha la falda de la montaña era muy escarpada y carecía de árboles. Llegaron a un punto en que les faltaba el aliento y se detuvieron para coger aire. Si llegaban tarde, los Barker escaparían inmunes de todo aquello. ¿Y si solamente estaban cazando algún venado? No lo creían. Los disparos sonaron como una ráfaga de metralleta. Nadie cazaba animales con un arma así. Estaba prohibido.

Encontraron las motos de nieve en lo alto de la ladera. Los tenían. Habían dejado las llaves puestas en el contacto. Se ocultaron tras los árboles a ambos flancos y sacaron las armas reglamentarias para sorprenderlos. La sorpresa casi se la llevaron ellos, puesto que Danny regresaba solo con un macuto a la espalda. No había ni rastro de su padre. ¿Dónde diablos estaba? Sospechaban que podía estar preparándoles una encerrona. Danny apoyó el macuto al lado de una de las motos, dispuesto a cargarlo en el portaequipajes. Los dos agentes lo rodearon con sus armas y él levantó las manos en señal de rendición al verse sorprendido.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Jane Barret.

—Está muerto. Ese cerdo de Malcolm le ha disparado. Claro que antes mi padre le ha dado lo suyo —mintió Danny.

El agente Lobo le puso las esposas y lo desarmó; obligándole a regresar sobre sus pasos hasta el contenedor cueva. La sangre todavía no se había diluido del todo de la nieve cuando alcanzaron el lugar. Abrieron la puerta y observaron los cadáveres de ambos en el suelo.

—Sabes que mover un cuerpo de la escena del crimen está penado por la ley —dijo Jane.

—Yo no he movido nada —protestó Danny—. Estaba lejos del lugar cuando comenzó el tiroteo.

—Mientes más que hablas. Ni siquiera has sido capaz de limpiar el dorso de su anorak de nieve —apuntó Jane Barret, dándole la vuelta al cuerpo de su padre para mostrárselo, antes de volver a dejarlo en la misma posición.

—Es lógico, todavía estaba vivo cuando llegué. No quería que se muriese de frio a la intemperie y lo arrastré al interior del contenedor —aclaró Danny contradiciéndose.

—Luego colocaste su arma apuntando a Malcolm para que pareciese un homicidio en defensa propia. Lo cual no era necesario, pues al extraer el forense las balas de su cuerpo, quedaría claro que de quien se estaba defendiendo Malcolm era de vosotros. Desde luego serías un desastre opositando para el crimen perfecto. Ni siquiera se te ha ocurrido cambiarle el arma a tu padre. Seguro que si la reviso, veré con claridad que Lance no realizó ningún disparo, antes de que cayese abatido. Veo que el cargador de tu arma por el contrario está medio vacío. Creo que está

claro que fuiste tú quién mató a Malcolm Lino —dictaminó Jane.

En ese momento Danny se derrumbó. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido para cometer un error así? Solo tenía que cambiarle el arma a su padre y podría salir airoso de aquella situación. Lloró como un niño delante de los dos agentes que lo esposaron contra la barra de la cocina de cuatro fogones donde cocinaban la droga. Ahora todo se había ido a la mierda. El crimen perfecto se había convertido en la chapuza criminal del siglo. Aunque, desgraciadamente, las malas noticias para Danny no terminaban allí:

¬—Hemos recibido el mapa de calor de los lugares donde estuvo tu hermana antes de encontrarse con el agente Glen en la carretera del bosque. Lo curioso es que la señal emitida por su móvil esa tarde coincide con la frecuencia del tuyo. Acaso pensabas que no íbamos a rastrearlos. Según la compañía telefónica, los dos estuvisteis juntos viendo el partido de los Lakers esa tarde. Lo hicisteis en una cabaña situada en Mariposa Grove, desde donde debe haber unas vistas fabulosas del bosque de secuoyas. Esa cabaña es propiedad de tu padre. Nos has mentido, dijiste que no habías vuelto a ver a tu hermana desde esa mañana. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué nos ocultas? ¿Había alguien más con vosotros? —interrogó Jane.

—No. No había nadie más. Estábamos los dos solos. En realidad, no lo teníamos programado. Me la encontré allí por casualidad. Hacía tiempo que ella no subía a la cabaña. Fue una sorpresa verla allí. De niños solíamos ir juntos al salir del colegio, incluso pasábamos temporadas con nuestros padres.

»Ella quería ver el partido conmigo. La cabaña tiene televisión con cable y hasta yacusi. Abrimos un par de cervezas y nos pusimos a ver a los Lakers. Brenda estaba muy rara, tenía los ojos rojos y me asusté. Me contó que desde que la mordió el glotón, no era la misma. Le dije que debería avisar a un médico.

»Entonces me miró con ira. Me dijo que estaba bien y no necesitaba ver a un maldito matasanos. Sé cómo es mi hermana cuando uno le lleva la contraria, por lo que le pedí disculpas e insistí en que me contara lo que le ocurría.

»¬—Hay un conde muy guapo —dijo—. Lo veo en sueños. Es extranjero. Muy moreno. Creo que es español. Esta noche voy a verme con él. Nos iremos de viaje a Europa, donde él posee muchas propiedades. El conde habita en el interior del glotón, pero dentro de dos lunas llenas volverá a recuperar su forma humana, igual que se me aparece en mis sueños. Me ha dicho que para entonces yo seré igual que él, una vampiresa. Me llevará a su castillo en la costa del sol y allí viviré como una princesa.

»Por supuesto, no la creí, pero os aseguro que había algo que no era humano en ella. Estábamos terminando de ver el partido y nos fumamos un poco de hierba. Disfrutamos cada canasta de los Lakers como si fuera la última. Celebramos la victoria de los Lakers con un poco de ginebra. Por supuesto la cabaña está equipada con un minibar. Lo pasamos muy bien juntos. Luego me despedí de ella sobre las once de la noche y regresé a casa. Lo que sucedió luego en el bosque entre ella y el agente Glen, ya no es cosa mía.

—Hemos comprobado la señal de tu móvil y sabemos que no mientes —apuntó Lobo.

—Entonces también sabéis que no me moví de casa en toda la noche, por lo que no pude ser responsable de la muerte de mi hermana y de lo que le pasó —refutó Danny.

—No tan deprisa, muchacho —objetó Lobo—. Pudiste haber dejado el teléfono en casa y acudir a Wawona para asesinarla.

—Es imposible. No me moví de casa esa noche, mi madre puede atestiguarlo —protestó Danny.

—Sois una familia de mafiosos y narcotraficantes, supongo que vuestra palabra no valdrá

mucho delante de cualquier tribunal —amenazó Liam Lobo.

—¡Mentira! No lo somos. La droga es de Malcolm. Me la lleve para tirarla por el arroyo. Sabía que el muchacho traficaba y no quería que nadie relacionase a mi familia con la cocaína. Si al encontrar el cadáver de mi padre, también localizabais la droga, lo relacionaríais con ella. Y el nombre de mi familia quedaría manchado para siempre —repuso Danny.

—Quieres decir que un don nadie como Malcolm puede disponer de los medios suficientes para mover un contenedor de ese tamaño hasta empotrarlo en medio de la montaña.

—No sé nada de eso —replicó Danny.

—Claro y, sin embargo, fuisteis capaces de encontrar su ubicación exacta en medio de un mosaico de montañas nevadas. Eso también deberás explicárselo al jurado. Aunque eso es un asunto de narcóticos y a nosotros nos da igual —explicó Lobo.

—Lo encontramos de casualidad. Estábamos rastreando el terreno en busca del fugitivo para vengarnos por la muerte de mi hermana, cuando vimos a Malcolm fuera del contenedor recogiendo leña para calentarse.

»Al vernos se metió dentro del contenedor. Mi padre lo siguió y al entrar, Malcolm le disparó en el pecho. Luego entré yo y me lancé al suelo para esquivar sus disparos. Podéis comprobarlo examinando las balas que falló incrustadas en la pared y descubriréis que pertenecen a su arma. Mi vida estaba en riesgo y le disparé hasta que logré abatirlo. Era yo o él. Solo actué en defensa propia.

—Si lo hubieseis visto por casualidad como aseguras, no os tomaríais la molestia de dejar las motos tan lejos del contenedor. Lo hicisteis porque sabíais de su ubicación exacta y no queríais que os delatara el ruido de los motores. Seguro que tenéis más contenedores ocultos por todo el parque, supongo que en lugares tan recónditos como este —apuntó Jane.

—Mi familia no tiene nada que ver con el negocio de la droga —replicó Danny—. Aparcamos aquí las motos para bajarnos y examinar mejor el terreno con los prismáticos. Fue entonces cuando vimos a Malcolm cargar con la leña. Luego decidimos seguirlo a pie hasta que se metió dentro del contenedor. Solo queríamos hablar con él, saber que le sucedió a mi hermana. Él le disparó a bocajarro a mi padre cuando entró en el remolque y luego todo se precipitó.

La agente Barret sabía que Danny mentía, pero sería muy complicado demostrar lo contrario. Le daba igual el tema del narcotráfico, solo quería descubrir que les había sucedido a Brenda y al resto de los empalados. La nevada era tan intensa que se prepararon para pasar allí dentro la noche. Dormirían en el interior del contenedor con dos cadáveres y un detenido. Después de cenar se tumbaron en las literas para descansar. Jane ocupó la de arriba y Liam la de abajo. Danny, sentado en el suelo con la espalda apoyada contra el horno de la cocina a la que estaba esposado, también trató de echar una cabezada.

Esa noche soñó que se encontraba con el conde Larios en medio del bosque. Un tipo atractivo que mordía a su hermana en el cuello y se reía de su situación con los colmillos manchados de sangre.

—Ellos te han atrapado porque eres débil y estúpido. Nunca llegarás a ser un gran empresario como tu padre —decía el conde.

—Lo seré. Solo he cometido un error. Malcolm ha matado a mi padre y es el máximo sospechoso de la muerte de Brenda. No podrán encerrarme mucho tiempo por hacer justicia y disparar contra un asesino en serie. Malcolm será condenado por la muerte de mi hermana y yo saldré pronto en libertad. Pagaré la fianza y del resto se encargarán mis abogados. En el fondo no tienen nada contra mí, solo le he hecho un gran servicio a la sociedad librándola de un criminal.

El mundo será un lugar mejor sin gente como Malcolm Lino en este mundo —protestó Danny.

El conde se rio de sus palabras. Su carcajada se extendió por todo el bosque. Ignoró a Danny y volvió a morder a Brenda en la yugular. Le había hablado de Brenda como si ya estuviese muerta; quizás fuese eso lo que le hizo tanta gracia al conde. Aunque en medio de lo onírico, la diferencia entre la vida y la muerte era tan difusa que era difícil de distinguir. Danny observó como su hermana se iba quedando sin sangre entre los brazos del conde. Su piel se volvía grisácea.

Los cuervos entonces la rodearon hasta que su cuerpo desapareció engullido por las aves. El conde se apartó a un lado y desapareció entre la espesura. Entonces Danny despertó para darse cuenta de que seguía encadenado a la cocina. El agente Lobo roncaba en el cuarto continuo y no lo dejó dormir en el resto de la noche. Aquel sonido silbante era como el gruñido de un jabalí en celo. Era un sonido espeluznante y lastimero que le recordaba a un moribundo. Si realmente existían los vampiros seguro que Liam era uno de ellos.

Quinta parte

LA SAVIA

Capítulo 34

Martes, 14 de marzo de 2023

Las nubes blancas e iridiscentes ocultaban el reflejo de la luna tras las nevadas montañas en medio de un cielo quebrado. Los lobos aullaban en el exterior y el silbido del viento, chirriante, se atrevía a desafiar el canto nocturno de las lechuzas. Solo las alimañas permanecían despiertas a esas horas, alterando el descanso de una posible presa sin cobijo. La punta de una cerbatana asomó en medio de la oscuridad para abrirse paso con su mira telescópica dentro de la estancia. La muchacha observó por el orificio que el terreno estaba despejado y escuchó los ronquidos de uno de los agentes.

Antes de abrir la puerta del contenedor había limpiado de nieve los goznes para evitar que los copos hiciesen ruido al precipitarse al suelo. Se deslizó dentro con movimientos sigilosos. Despertó primero al prisionero y se llevó el dedo índice a la boca para que permaneciese en silencio. Hábilmente con un clip liberó su muñeca de las esposas y estas quedaron colgadas de la barra de la cocina. Antes de salir de nuevo a la intemperie: realizaron algunos cambios en la escena del crimen. Luego regresaron junto a las motos para poner los motores en marcha y desaparecieron en medio de la gran nevada.

Al despertarse una hora más tarde, el agente Lobo se encontró con las esposas colgando y el prisionero desaparecido. Avisó a Jane que no pareció inmutarse demasiado por lo sucedido. Danny había intercambiado el arma con su padre antes de huir. Esta vez había aprendido la lección. Ellos le habían abierto los ojos. De la recamara faltaban las balas que implicarían a su padre directamente en la muerte de Malcolm. Supuso que también había limpiado sus huellas de las esposas. Era como si Danny nunca hubiese estado allí.

—Si nuestros superiores se enteran de esta cagada: nos caerá una bronca de narices. Deberíamos habernos turnado para vigilar al prisionero —apuntó Lobo.

—No tenía pensado avisarlos —dijo Jane con una templanza que lo dejó helado.

—Pero sería ocultar hechos en medio de una investigación. No pensarás hacer como si Danny nunca hubiera estado aquí ¬—añadió Lobo.

—Tampoco seríamos capaces de probar lo contrario. No tenemos evidencias que lo demuestren. Acusarán a Lance de haber matado a Malcolm. Al estar también él muerto, la acusación carecerá de valor jurídico. No se puede juzgar a un muerto.

—Por una parte prefiero que la gente piense que fue Lance quien lo mató; pues en el supuesto caso de que pensaran que fue Danny, lo tratarían como a un héroe y acabarían absolviéndolo por actuar en defensa propia.

—Veo que vas entendiendo lo inútil de su detención. Lo prefiero libre que en prisión. He colocado un dispositivo de seguimiento en una de las motos de nieve. Necesitamos más pruebas para encerrar a ese hijo de puta de por vida. ¡Vamos afuera! ¡Abrígate! —exclamó Jane.

Lobo se subió la parka, cogió su arma y la siguió. Aparte de las huellas de Danny, había otras más pequeñas en la nieve. Las pisadas parecían de una chica.

—¿A quién crees que pertenecen? —preguntó Lobo.

—A la Chica del Árbol. Te contaré mi teoría. Danny contrató a la chica y al Hombre Quemado para asesinar a su hermana. Luego cuando arrestaron a Malcolm, les ordenó eliminar

al agente Glen para liberarlo.

—No tiene sentido. Para que liberar a Malcolm para luego matarlo —interrumpió Lobo.

—¡Escucha! Danny sabía que al liberarlo, lo acusarían de la muerte de Brenda y su padre intentaría matarlo, por eso Lance envió a los mercenarios. Entonces Danny avisó al Hombre Quemado y le ordenó matarlos; así todos creerían que lo había hecho Malcolm.

—Pero si Malcolm estaba con nosotros cuando aparecieron los mercenarios —interrumpió de nuevo Lobo.

—¡Ya! Pero te olvidas de un detalle. Danny no lo sabía. Ignoraba que lo habíamos capturado. La fortuna se alió con él, cuando Malcolm huyó durante la refriega. Eso le convenía a Danny que quería a Malcolm libre a toda costa.

—No entiendo nada, pero supongo que Malcolm les ayudó a empalarlos. Pensé que estaba en el mismo bando que ellos —apuntó Lobo.

—Lo estaba en ese momento porque a Danny le convenía. Lance no sabía nada de la existencia del Hombre Quemado y de La Chica del Árbol, por lo que pensó que fue Malcolm sin ninguna ayuda quien los mató —aclaró Jane.

—Quieres decir que Danny sabía que Lance iría a por Malcolm —dijo Liam.

—Lo tenía todo planeado desde el principio. Si Malcolm no matase a su padre, lo haría él mismo. Necesitaba una coartada y su padre se la proporcionó. Malcolm hizo el resto del trabajo. Ni siquiera tuvo que mancharse las manos de sangre con la muerte de su progenitor. Otro lo hizo por él.

—Te entiendo. Danny planeaba desde el principio que culparan a Malcolm de las muertes de Brenda, Glen, Lance y los mercenarios. Y hasta cierto punto lo ha conseguido. Alguien que planea el asesinato de dos miembros de su familia y busca la manera de salir inmune y que culpen a otro de ello, debe de tener la sangre de un caimán. ¿Crees que está loco?

—No lo creo. La pregunta correcta es la siguiente: ¿Qué gana Danny con las muertes de su padre y su hermana?

—Hacerse con el control de una de las fortunas más cuantiosas del planeta —contestó Liam.

—En estos momentos, Danny es uno de los hombres más ricos del mundo. Con Brenda muerta, lo heredará todo. Su madre está enferma de cáncer y morirá pronto. Él es el único heredero vivo de la fortuna familiar. No conozco ningún loco capaz de idear un plan tan maquiavélico para hacerse rico, sin casi disparar un tiro, salvo por los disparos que realizó para terminar con la vida de Malcolm. Se trata de un genio criminal sin precedentes. Al cambiar su arma por la de su padre, todo el mundo creerá que fue Lance quien abatió a Malcolm y Danny saldrá inmune de cualquier acusación respecto a todas las muertes.

—Entonces, la historia del glotón no es cierta. ¿Qué pinta en todo este entramado? —preguntó Liam.

—Sospecho que Danny tiene a los mustélidos infectados enjaulados en uno de sus contenedores ocultos y le ordenó al Hombre Quemado que los liberase para que mordiesen a sus víctimas —expuso Jane.

—Tal vez los tenía muertos de hambre y los soltó cerca de ellos para que los mordiesen. Un animal hambriento es muy peligroso y ataca a lo primero que se le pone delante. Danny conocía las leyendas vampíricas que corrían sobre los animales por el pueblo y las utilizó en su provecho para que pensásemos que Malcolm había asesinado a su hermana y a los demás, porque pensaba que se estaban convirtiendo en vampiros, cuando en realidad solo tenían la rabia. Es posible que el virus se lo haya inyectado Danny en uno de los contenedores, por eso es tan letal, probablemente, está modificado genéticamente, por eso los animales que lo portan resisten tanto

tiempo. Aunque al final, inevitablemente, la enfermedad los termina matando.

—Más bien: se lo fue inoculando en pequeñas dosis para que su organismo se acostumbrase a él, por eso los glotones son portadores del virus pero este tarda tanto en matarlos —aclaró Jane.

—En realidad no existe ningún conde en el interior de los animales, pero la rabia tarda en debilitarlos, debido a ello sobreviven el suficientemente tiempo, para que Danny pueda utilizarlos e infectar a los humanos. El plan es perfecto y ayuda alimentar su mitificación. Ahora solo nos queda encontrar el resto de los contenedores, seguro que en alguno de ellos se encuentran los animales. Si es que han usado varios. A lo mejor fue un animal, quien los infectó a todos —dijo Lobo.

—No lo creo, uno solo no podría infectar a los cuatro mercenarios, seguro que tienen toda una jauría de glotones encerrada en jaulas. Si los sueltan pueden ser un peligro para el resto de las especies del bosque —explicó Jane.

—¿Tú crees que lo harán?

—No. Una vez más esa no es la pregunta correcta —lo retó Jane.

—¿Cuál es entonces? —dijo Lobo dándose por vencido.

—¿Qué ganaría Danny con ello? Esa es la cuestión —dijo Jane.

—Nada supongo —contestó Lobo.

—Es posible que ahora que ha conseguido su objetivo, Danny se deshaga de los animales. Debe de borrar las pruebas que lo relacionen con los asesinatos. Es un tipo muy listo. En el fondo ha conseguido realizar el crimen perfecto. No tenemos nada contra él —dijo Jane.

—Eso es cierto. Los jefazos achacarán las muertes a Malcolm y pronto cerrarán el caso. Dirán que el Hombre Quemado y la Chica del Árbol, solo son invenciones de una mente enajenada. La esquizofrenia paranoide que padecía el pobre muchacho será la excusa perfecta. Si no los atrapamos pronto, cerrarán el caso y me enviarán lejos de aquí —aclaró Liam.

—Tienes razón, además Malcolm tenía acceso a los contenedores, pudo perfectamente preparar los dardos narcotizantes y disparar la cerbatana; además dispone de la musculatura suficiente para empalar sin ayuda de nadie a las víctimas —explicó Jane.

Una vez retomaron la loma para comprobar que las motos ya no estaban, regresaron al contenedor cabizbajos. Hacía mucho frío y sus posibilidades de resolver aquel caso se esfumaban por minutos. Al entrar dentro, Liam preparó un té caliente, esperarían a que llegasen los refuerzos. Ahora resultaba inútil intentar seguirles el rastro, las inclemencias del tiempo y la mala cobertura, le impedía ver en su Tablet la posición de las motos. Solo una de ellas llevaba adherida a su carrocería el chip de seguimiento que le había colocado Jane. Era posible que en mitad del trayecto la Chica del Árbol y Danny se separasen y tomasen rumbos distintos. Ignoraban cuál de los dos pilotaba la moto que tenía el dispositivo de seguimiento. Daba igual, era probable que hasta el amanecer, no pudiesen acometer su búsqueda. Dudaba que las patrullas que había solicitado lograsen alcanzar el lugar antes con aquella nevada. Se tumbaron de nuevo en las literas y continuaron durmiendo. Lo hicieron sin remordimiento alguno, conscientes de que no siempre se podía encerrar a todos los criminales y menos a los que asesinan, solo para conseguir ascender a los estamentos más elevados de la sociedad. Una vez en la cima de la pirámide, se vuelven prácticamente invulnerables, disponen de los mejores medios para distorsionar la realidad y es tarea imposible atraparlos.

Capítulo 35

Giró el acelerador en el manillar y se aseguró de seguir las huellas de los patines de la chica a la que precedía en la otra moto. Ella se internó en la canal, justo cuando una avalancha de nieve se precipitó sobre su vehículo, del que saltó en marcha para evitar ser aplastada por la montaña que se desmoronaba por momentos. Danny frenó para ayudarla. Previamente se escoró a un lado para evitar ser aplastado él también por la avalancha.

Todo sucedió muy rápido cuando faltaba poco para el alba. La chica quedó atrapada bajo un montículo de nieve y por unos segundos no dio muestras de vida. La pobre había quedado sepultada, cuando contra todo pronóstico, logró sacar los brazos y la cabeza entre la superficie nívea como un muñeco de nieve. Su moto había volado y tenía los patines boca arriba. El sistema de seguridad del vehículo había detectado la colisión y el motor se apagó automáticamente. Danny la ayudó a quitarse la nieve del traje de motorista y la abrazó para tratar de mantener su cuerpo caliente. La joven ahora tenía sobre quince años y hacía dos que le había venido el periodo, por lo que intentó no abusar de su posición y la soltó al cabo de un rato. Le llevaba diez años y sabía por experiencia que no era bueno liarse con sus subalternos, si uno pretendía que lo respetasen.

Estaban atrapados en medio de la nevada. La avalancha les taponaba la entrada a la canal. Les urgía llegar cuanto antes al contenedor enterrado para deshacerse de los animales infectados, las motos y todas las pruebas que los relacionasen con los crímenes. La chica escaló a la cima del montículo para recuperar su moto. La nieve estaba blanda y sus piernas se hundían al caminar sobre ella, para volver a emerger con fuerza a cada paso que daba. Debía superar aquel obstáculo para continuar su avance, pero según ascendía, se hundía cada vez más en la nieve que ya le llegaba por la cintura.

Danny intentó ayudarla, él era un poco más alto que ella y consiguió alcanzar el manillar y tiró con fuerza para voltear el vehículo que se deslizó con los patines hacia el fondo del montículo. Los dos regresaron junto a las motos, descendiendo a través de la nieve que había caído de la montaña. Una vez abajo, Lindsay le preguntó a Danny por su padre.

—No te preocupes, Jackie está bien. Ha salido genial de todas las operaciones, pronto tu padre tendrá un aspecto nuevo, ni siquiera tu madre lo reconocería si todavía viviese.

Al padre de Lindsay le habían insertado varios injertos de piel para recuperar la dañada en distintas zonas del cuerpo. Se encontraba ingresado en un hospital de Delaware, recibiendo la mejor atención médica existente en operaciones de este tipo. Danny le había prometido que si obedecía sus órdenes a rajatabla, lo premiaría haciéndose cargo de todos los gastos de las intervenciones. Cuando Jackie terminó con la vida de los cuatro mercenarios, no le quedó otra que cumplir su palabra.

Jackie había logrado sobrevivir al incendio de su casa, pero no había logrado salvar a su esposa. Las llamas habían entrado como una exhalación por las ventanas barriendo todo el mobiliario. Los cristales estallaron en pedazos y el fuego ascendió por los techos con rapidez. Jackie despertó con los estampidos, después de haber inhalado grandes cantidades de humo. Su esposa estaba tiesa en la cama a su lado. Intentó mover su cuerpo, pero Tamara no reaccionó. Su rostro estaba gris como el de un cadáver. Le buscó el pulso en la muñeca pero no le encontró el latido, seguramente se había asfixiado con los gases. Él tosió varias veces para expulsar todo el

humo que pudo de sus pulmones.

Había sido idea suya lo de colocar el abeto con las luces de navidad en el exterior pegado a la casa, un cortocircuito había provocado que el árbol ardiese completamente. Era tan alto que llegaba hasta la planta superior donde se encontraban las habitaciones. Miró hacia la entrada del dormitorio y vio un frente de llamas devorando la puerta. A su mente solo asomó la imagen de la niña, tenía que salvarla como fuera. Atravesó el umbral para salir al pasillo. Las llamas prendieron en su espalda y parecía el ángel de la muerte.

La niña estaba en la habitación de al lado y dormía profundamente. Antes de entrar, cogió una toalla en el baño y abrió el grifo de la ducha para mojarla. Envolvió en ella a la pequeña antes de sacarla de la cama. Lindsay tenía por entonces siete años y la apretó contra su pecho con fuerza. El fuego estaba por todas partes. Las quemaduras le dolían horrores. Bajó las escaleras con la niña, mientras las llamas convertían su piel en sebo. El dolor era insoportable pero no le importaba. La toalla consiguió mantener a Lindsay a salvo del fuego. Eso era lo importante.

Se desprendieron trozos de escayola del techo y cayeron a pocos centímetros de sus pies. Al llegar al primer peldaño de la planta baja, la escalera se desplomó a su espalda, pero él no se inmutó; a pesar del dolor no soltó a la niña. Se abrió camino por el hall hacia una de las ventanas del salón, parecía una antorcha humana. Una bola de fuego que chocó contra los cristales que estallaron con el calor de su cuerpo. Se arrojó contra la ventana de espaldas para evitar que la pequeña Lindsay impactara directamente contra ella. No se lo pensó dos veces antes de saltar, pues si no lo hacía podía caérsele la casa encima.

Su cuerpo estaba abrasado por las llamas, humeante, cuando aterrizó sobre el césped. Ni siquiera durante la caída había soltado a la niña. Se alejó de allí con ella en brazos y no se ocupó de apagar el fuego que había abrasado su pijama, hasta que Lindsay estuvo a salvo. Lo hizo arrastrándose por el suelo, supo en ese momento que, probablemente, no sobreviviría a las quemaduras. Lo importante era que su hija estuviese bien.

Abrió la toalla, Lindsay no respiraba. Le insufló aire en los pulmones por la boca, levantándole la cabeza ligeramente del suelo y taponándole la nariz con los dedos. Ella no reaccionó. Volvió a soplar con fuerza para llenar de nuevo de aire sus pulmones. Fueron unos segundos angustiosos, pero al final la pequeña Lindsay comenzó a toser y a respirar lentamente.

Al recuperar el conocimiento, se asustó al ver el rostro desfigurado de su padre. El gigantesco árbol de navidad y la casa estaban envueltos en llamas a su espalda. Entonces escucharon una detonación, a la que le siguió una explosión y toda la estructura del edificio se vino abajo. Las ascuas se desperdigaron por el firmamento como demonios salidos del mismo infierno. La caldera de la calefacción había explotado. La niña se asustó y las lágrimas asomaron a su rosto.

—¿Y mamá? —preguntó a su padre.

—Lo siento. No pude hacer nada para salvarla.

Esa noche Jackie abandonó Mariposa con su hija para internarse en el bosque. No quería que nadie lo viese desfigurado. El padre de Lindsay siempre había sido un hombre muy presumido. Le gustaba cuidarse, pero su familia no tenía seguro médico. Eran pobres y no disponía de dinero para operarse, decidió esconderse en el bosque para morir allí.

Sabía que los Barker tenían una cabaña en Mariposa Grove, desde donde podía divisarse el bosque de secuoyas con toda su grandeza. Se dirigió allí con su hija. Danny Barker que se había quedado esa noche en la cabaña para contemplar las estrellas con su telescopio, se asustó al ver el aspecto de Jackie. Estaba totalmente quemado. Los acompañó al interior. Le ayudó a deshacerse de los girones de ropa que permanecían todavía adheridos a su piel. Lo hizo con unas pinzas. Por suerte el botiquín estaba completo. Le limpió las quemaduras con algodón empapado

en agua, una vez eliminada parte de la necrosis aplicó sobre ellas una crema reparadora. La zona quemada ocupaba casi el sesenta por ciento de su cuerpo; la espalda, los hombros y la cara eran las más afectadas. Luego le vendó todo el cuerpo hasta que parecía una momia.

Le entregó las llaves para que se alojasen allí, hasta que se repusiese de las quemaduras. Danny regresaría a su casa por la mañana, pero volvería todas las tardes para cambiarle las vendas. Por entonces Danny tenía diecisiete años, estaba terminando el instituto y pronto entraría en la universidad para estudiar derecho. Y aunque todavía vivía con sus padres, le gustaba quedarse a veces a dormir en la cabaña; sobre todo las noches de luna llena y cielos despejados como aquella, para poder examinar el firmamento con su telescopio en busca de alguna nave extraterrestre, un asteroide de otro planeta o algo parecido. La astronomía era una de sus mayores pasiones y la fascinación por la vida alienígena la otra.

Jackie insistió en que no le dijese nada a nadie sobre ellos. Mejor que creyesen que estaban muertos a que viesen el monstruo en que se había convertido. Danny lo entendió perfectamente. Desde aquel momento Jackie Turner había muerto para convertirse en el Hombre Quemado. No quería que sus otros dos hijos volvieran a verlo así. Sabía que su hermano Stan y su esposa Briana cuidarían de ellos. Shania y Anthony estarían mejor sin él. En cuanto a Lindsay, trató de convencerla de que regresase al pueblo para vivir con sus tíos, pero la pequeña se negó rotundamente a abandonarlo. Si su padre decidía permanecer en el bosque, ella se quedaría cuidándolo.

A pesar de que solo tenía siete años, Lindsay era una niña muy madura para su edad, ayudaba a su madre a cocinar y sabía lavar la ropa. Danny acordó con ellos en ayudarles en todo lo que pudiese. Mientras Jackie se recuperaba de las quemaduras, les llevaría comida a escondidas de sus padres y todo lo que necesitasen para el día a día.

El Hombre Quemado con el cuerpo lleno de llagas se comprometió a devolver el favor algún día. Danny le dijo que ese día todavía estaba lejos, mientras tanto le ayudaría a sobrevivir en el bosque. Jackie aceptó encantado, precisaba de toda la ayuda posible del muchacho en ese momento.

Los primeros días fueron duros, tenía que dormir siempre boca abajo, porque no soportaba el contacto de su espalda magullada con el colchón. Se alimentaba con batidos por una pajita, pues la piel de su boca era un amasijo de carne abrasada y no se atrevía a masticar nada.

Sus heridas tardarían meses, algunas incluso años en cicatrizar. Cuando llevaban una semana en la cabaña, Danny enseñó a Lindsay a hacerle las curas y a cambiarle los vendajes a su padre. No podían permanecer en la cabaña mucho más tiempo, pues su hermana Brenda podría descubrirlos y se lo diría a sus padres. Les dijo que no se preocuparan, estaba construyéndoles una casa en lo alto de un roble, cerca de un arroyo, donde podrían lavarse. No dispondrían de agua corriente ni de electricidad, pero al menos estarían tranquilos. A Jackie le pareció bien y su hija Lindsay se mostró encantada, desde pequeña siempre le había gustado subirse a lo alto de los manzanos para coger fruta. Se acostumbró muy pronto a trepar por sus ramas y disfrutaba haciéndolo. Su personaje preferido de ficción era Tarzán, montaría lianas por todo el bosque para desplazarse de árbol en árbol, igual que su ídolo hacía en la selva. Aprendería a nadar y a cazar con la cerbatana. Se llevó una gran alegría cuando Danny le regaló una de aluminio con dardos el día de su octavo cumpleaños. En esos días también aprendería a coser y amasar pan con harina. No tenían horno pero descubrió una hornacina en una roca con una Virgen que retiró para cocinar en ella. La virgen la trasladó a la casa del árbol y le rezaba todas las noches para que las heridas de su padre sanaran pronto.

Capítulo 36

La casa del árbol se encontraba en lo alto de un roble milenario, cuyas ramas secundarias se abrían en oblicuo partiendo de la principal para albergar su estructura. Se trataba de un cubículo de apenas doce metros cuadrados con dos jergones sobre los que descansaban padre e hija. La casa estaba diseñada solo para dormir en ella, debido a su reducido tamaño, no podía realizarse cualquier otra actividad como cocinar o asearse. Se ascendía a ella por unas escalinatas talladas en el tronco, por donde la sabia discurría como un torrente hacia las raíces.

Era un árbol gigantesco, cuyo tronco era imposible de abrazar por cuatro personas de mediana estatura con los brazos estirados. Era viejo y parecía observar el bosque, estólido y sereno, a la espera de que lo liberaran de la carga de la casa. Solo alguien muy paleto podía pensar que era una buena idea construir una vivienda en lo alto de un árbol, sin provocar cierto malestar entre la foresta. En este caso el efecto visual se veía disimulado por la frondosidad de su copa y la casa no parecía un adefesio; pasaba bastante desapercibida dentro de los lindes del bosque.

El Hombre Quemado estaba en la última fase de la curación de sus heridas, los ungüentos de salvia ayudaban a evitar las inflamaciones y las cápsulas de equinácea las infecciones. Jackie Turner llevaba dos años tratando sus quemaduras y la mayor parte de ellas ya habían cicatrizado, solo quedaban algunas ampollas en su rostro deformado. La boca le había quedado torcida y la nariz parecía un estilete, pues traslucía parte del hueso. Era un monstruo abominable y sus heridas estaban tardando mucho en cicatrizar. Lindsay se colgaba de cuerdas y lianas para desplazarse por el bosque entre los árboles. Practicaba el tiro con jabalina durante sus desplazamientos, enredando las piernas en la cuerda a la que se sujetaba con una mano, mientras con la otra, manejaba la cerbatana. Donde ponía el ojo ponía el dardo. Era buena en lo que hacía y gracias a su habilidad, era capaz de abatir a una ardilla en pleno vuelo. Luego le quitaba la piel y la atravesaba con un palo, para asarla lentamente, mientras la giraba sobre el fuego.

Las visitas de Danny a la casa del árbol se hicieron más esporádicas, durante los años en que estuvo en la ciudad cursando la carrera de empresariales que terminó con veintidós años. Para entonces ya estaba al tanto de todos los tejemanejes de los negocios turbios de su padre y participaba activamente en ellos.

Un día un desmoronamiento de rocas cayó sobre uno de los contenedores cueva y lo sepultó totalmente, dejándolo inutilizado. Por suerte, no se encontraba nadie dentro cocinando droga cuando ocurrió y no tuvieron que lamentar bajas humanas. Lo que para Lance había sido una desgracia, le costaba un dineral insertar los contenedores en la ladera de la montaña, para su hijo Danny resultó ser una gran oportunidad para llevar a cabo sus maquiavélicos planes.

El contenedor enterrado sería la base de sus operaciones, desde la que actuaría con la ayuda de Jackie y su hija. Sin que Lance lo supiese, decidió darle una nueva utilidad. Llevó hasta allí una retroexcavadora para retirar algunas rocas, abriendo un agujero para instalar un montacargas para descender hasta el contenedor enterrado. Una vez terminada la obra, instaló la entrada del montacargas en el interior del tronco de un viejo olivo para que nadie pudiese verla desde afuera. El olivo había sido partido por un rayo que rasgó el tronco, dejando una boca en el medio, por donde accedían al montacargas. Era un árbol muy grueso y lo habían trasplantado adrede desde San Diego para disimular la entrada al contenedor. De esa manera, alguien que entrara en la oquedad del tronco, podía desaparecer en su interior como por arte de magia, con solo pulsar el

botón de bajada.

Una vez rematada la obra, Danny acondicionó el interior del remolque, de manera que pudiese albergar las jaulas de los glotones. También le puso una cocina, dos literas y una librería. Así Lindsay podía continuar con su formación escolar con la ayuda de su padre. La muchacha detestaba las matemáticas, se centró en leer novelas típicas de chicas de su edad. Colecciones de libros como la de *Los cinco* y otras sagas juveniles similares.

En invierno Jackie y Lindsay abandonaban la casa del árbol, demasiado fría para esa época para instalarse en el contenedor enterrado, donde disponían de un generador que les proporcionaba electricidad y un sistema aéreo térmico de calefacción. En esos meses las heridas de Jackie terminaron de cicatrizar, con la llegada del verano regresaban a la casa del árbol, donde se encontraban más a gusto. Aunque el contenedor al estar enterrado conservaba la misma temperatura tanto en invierno como en verano y mantenía el efecto bodega en su interior. Sin embargo, a pesar de tener menos comodidades, desde lo alto de la casa del árbol tenían unas vistas espléndidas de los valles de Yosemite. El bosque era su hogar y la primavera su estación preferida. Las flores comenzaban a brotar por todas partes y la foresta se llenaba de vida.

Padre e hija eran unos privilegiados, al poseer dos viviendas, una para el verano en lo alto de la casa del árbol y otra para el invierno en las profundidades de la tierra. A cambio, Danny solo les pidió que capturasen y encerrasen en jaulas a todos los glotones posibles. Al tratarse de una especie en vías de extinción, los biólogos de la zona estaban preocupados por la repentina desaparición del Glotón en Yosemite. En realidad los glotones no se habían extinguido en el parque, estaban todos enjaulados en el interior del contenedor enterrado, donde Danny había montado un improvisado laboratorio para experimentar con ellos. Sabía que los glotones eran animales muy fieros y sedientos de sangre. En el mercado negro compró varias dosis modificadas genéticamente del virus de la rabia para inyectársela a los animales llegado el momento.

Hacía unos años que Danny había probado los efectos del virus en un glotón. Sabía lo supersticioso que era su tío el reverendo Benny Gordon, y su especial relación con Eduard Lino, uno de sus feligreses más activos. Los dos eran baptistas y creían a fe ciega en el vampirismo como una reencarnación del diablo. Un día decidió gastarles una broma pesada que, más tarde le ayudaría a aumentar el mito de la existencia de un vampiro viejo entre la gente ignorante del pueblo y le ayudaría a secundar sus planes de asesinar a dos miembros de su propia familia.

Escogió como víctima a Héctor, un solterón que trabajaba de visitador médico y vivía solo frente a la casa de los Lino. Un día que Héctor estaba plantando lechugas en el huerto, introdujo al animal infectado levantando un trozo de valla metálica en su finca. El glotón saltó sobre su espalda, mientras estaba agachado manejando una pequeña azada y lo mordió en el cuello, infectándolo con la rabia. La enfermedad lo volvió loco y atacó a las cerdas de su vecino. Luego lo intentó con la esposa de Eduard Lino, antes de que este le pegase un tiro. Entre Eduard y el reverendo empalaron a Héctor en el bosque, creyendo que era la única manera de matar a un vampiro. Ese había sido el primer asesinato cometido de manera indirecta por Danny, sin mancharse las manos de sangre. Él siempre buscaba la manera de inducir a otros a cometer los crímenes. Sabía cómo manipular una leyenda en su favor, para lograr sus propósitos de ser el único heredero de la fortuna familiar de los Barker. Danny era consciente de que los vampiros no existían, pero que los demás creyesen lo contrario, le favorecía a la hora de manipular a sus paisanos. Ellos matarían por él. Consciente de que tendría que inventarse algo para justificar que la Chica del Árbol y el Hombre Quemado matasen a su hermana, comenzó a idear otro plan.

A Lindsay nunca le preocupó la presencia de los mustélidos dentro del contenedor enterrado y

tampoco sabía nada de para que Danny los quería. Le pidió que los alimentase bien y que los cuidase como si fuesen sus hijos. Le extrañó el interés de Danny por los animales, pero cuando ella un día se atrevió a pedirle explicaciones, Danny le dijo que lo sabría a su debido tiempo.

Durante el decimoquinto cumpleaños de Lindsay, Danny trajo una tarta de nata y frambuesas. Lo celebraron los tres juntos en el contenedor enterrado. Era el cinco de febrero y solo faltaba un mes para ordenarles matar a su hermana. Les contó que Brenda quería asesinarlo para heredar toda su fortuna familiar, por lo que ellos debían ayudarlo a deshacerse de ella. Lo planearon todo de manera que Malcolm Lino encontrase el cadáver de Brenda en el monte. Danny sabía exactamente el recorrido que hacía Malcolm cada vez que se internaba en el bosque para trabajar en los contenedores cueva cocinando droga para su padre. Ni a Jackie, ni a Lindsay se les ocurrió cuestionar lo que Jackie les contó sobre Brenda. Tenían tanta confianza en él, que le creyeron a pies juntillas.

—Es horrible que tu propia hermana desee tu muerte —comentó Lindsay mientras comía un trozo de tarta.

—Desde niña ha sido la favorita de mi padre que le ha permitido todos los caprichos posibles. Sé que mi hermana me odia. Padre e hija lo hacen. Piensan que soy un incompetente y no merezco heredar sus propiedades —explicó Danny.

—Nosotros sabemos que eso no es cierto. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para ayudarte —dijo Lindsay.

¬—Lo sé. Tengo un plan para deshacerme de ellos, sin que la policía desconfíe de nosotros. También tendremos que matar a más gente, será la única manera de lograrlo sin dejar rastro. Pero cuando todo esto acabe, si todo sale bien, tengo reservadas unas operaciones quirúrgicas para restaurarte la piel quemada del rostro y del resto del cuerpo —dijo Danny, esta vez dirigiéndose a su padre—. Esos injertos cuestan un dineral, pero yo puedo permitírmelo

¬—Eso es maravilloso. Haremos todo lo que podamos para ayudarte a librarte de tus enemigos. Después de los injertos volveré a ser un hombre muy atractivo —dijo Jackie.

—Lo serás, tengo contratados a los mejores cirujanos del país. Así que vete pensando a quien quieres parecerte —inquirió Danny.

—A Denzel Washington de más joven. Eso no estaría mal —propuso Jackie.

¬—Hecho. No serás igual, pero tendrás un aire a él. Cuando los cirujanos terminen contigo, serás el negro más guapo de California. Las mujeres se pelearán por ti y tendrás una nueva identidad.

»Solo hay una cosa que tiene que quedar clara. Las operaciones durarán varias semanas, durante las cuales debéis permanecer separados. No nos conviene que nadie os vea juntos, así nadie podrá relacionaros con el incendio de vuestra casa, ni con los asesinatos. Lo mejor es que todo el mundo siga pensando que continuáis muertos —explicó Danny esta vez dirigiéndose a ambos.

—Será duro estar lejos de ti tanto tiempo —dijo Lindsay mirando hacia su padre.

—Yo cuidaré de ti en su ausencia. Tu padre permanecerá un tiempo ingresado en un hospital de Delaware. Muy lejos de aquí. No podrás mantener ningún tipo de contacto con él mientras duren las operaciones. Luego os procuraré a ambos una nueva identidad, así nadie podrá relacionaros con el incendio de vuestra casa, ni con los asesinatos que debemos cometer para librarme de mis enemigos —explicó Danny.

—Ni tampoco podré volver a ver a mi hermano Anthony y a mi hermana Shania. Lo sé —dijo Lindsay resignada.

—A cambio os buscaré una residencia en un paraíso fiscal, viviréis a cuerpo de rey y nunca

tendréis que trabajar, mientras yo ganaré dinero a mansalva con los negocios de mi familia —apuntó Danny.

—Y en cuanto cumpla dieciséis años, me sacaré el carnet de conducir. ¿Verdad Danny? —preguntó Lindsay.

—En cuanto lo tengas, te compraré un Ferrari. Ese será mi regalo en tu próximo cumpleaños —prometió Danny

—Me encantará conducirlo.

—Una cosa más. En cuanto terminemos con mi padre y mi hermana, vosotros pasareis a ser mi única familia y heredareis todo mi imperio —añadió Danny.

—¿Pero y tu madre y tus tíos? —objetó Lindsay.

—Mi madre no tiene buena salud. Si el cáncer le remite se la llevará en unos meses. En cuanto a mis tíos, no pienso dejarles nada. Ellos también me odian, igual que mi padre y mi hermana. Cuando muera mi madre, redactaré un nuevo testamento, dejándoos a vosotros dos como únicos herederos de todo mi imperio —dijo Danny.

—¿Pero algún día tendrás hijos? —objetó de nuevo Lindsay.

—No pienso tenerlos. Si los tuviese, algún día ellos querrían quitarme del medio, de la misma manera que yo voy a hacer con mi padre —explicó Danny.

—Bueno pero si cambias de idea y los tienes. Debes dejarle todo a ellos y nosotros les ayudaremos en todo lo que podamos, salvo en lo de quitarte a ti del medio —apuntó en tono irónico Lindsay.

—Eres la chica más lista que conozco. No puedo asegurarte de que no tenga hijos, solo que espero que no sean como mi hermana —expuso Danny.

—Seguro que serán buenos. Si cuando yo sea mayor de edad todavía no tienes novia, me casaré contigo y te daré los hijos que precises —comentó Lindsay poniéndose colorada.

Danny sonrió pero no contestó.

—Hija mía, Danny te lleva diez años, seguro que tiene otras cosas en mente que casarse con una mocosa como tú —reprochó Jackie a su hija.

Al terminar el postre, los tres ascendieron en el montacargas al exterior, saliendo por el tronco del olivo al mismo tiempo. El aire puro les sentó bien. En el interior del contenedor olía demasiado al ambientador que había sido colocado para disimular el de los animales.

Entonces Danny le mostró a Lindsay su regalo. Eran unos esquís. Estaban apoyados contra la moto de nieve que había utilizado el hijo del empresario para desplazarse hasta allí. Ella sonrió, tendría mucho tiempo para aprender a manejarlos y aprendía muy rápido. Abrazó a Danny con efusividad, dándole las gracias.

Aquel era solo el regalo número uno, el número dos era una Tablet conectada a un dispositivo oculto en el motor de su moto. Así fue como Lindsay supo donde se encontraba Danny cuando los agentes federales lo atraparon un mes más tarde y tuvo que rescatarlo del contenedor cueva. Accedió hasta allí con los esquís que le regaló Danny, luego los federales los encontrarían apoyados contra un pino cerca de donde mataron a Malcolm.

Capítulo 37

Llevaba un tiempo vigilando las costumbres de la joven desde lo alto de los árboles. Para cuando apareció corriendo bajo los enebros, Lindsay sabía de memoria por donde discurría exactamente el sendero que Brenda recorrería corriendo esa mañana. Llevaba la mochila jaula colgada a la espalda y se la quitó para sacar al glotón, justo cuando ella se acercaba a los árboles. Lo primero que hizo fue sujetarlo con unos guantes de piel de vaca para evitar las mordeduras del animal, cogiéndolo firmemente por el tronco. Con cuidado le quitó el bozo que le cubría la boca y lo arrojó sobre la espalda de la corredora, justo cuando pasó debajo de ella.

El glotón le clavó los colmillos en el cuello, pero Brenda consiguió deshacerse de él y arrojarlo al suelo. La sangre le brotaba del cuello a borbotones. Brenda sacó un chorizo de la mochila de corredora y se lo ofreció al glotón. Eso calmó su hambre. El animal después de comer desapareció entre la espesura y Lindsay lo siguió con sigilo, desplazándose por las ramas de los árboles, hasta abatirlo con un dardo tranquilizante. Una vez dormido, Lindsay volvió a meter al glotón dentro de la mochila jaula y la colgó de nuevo a la espalda para dirigirse a continuación al laboratorio del contenedor enterrado. Lo importante era que la chica estaba contagiada de la rabia y pronto se creería una vampiresa.

Una semana después, la noche en que murió Brenda, Lindsay la había estado vigilando desde lo alto de las secuoyas; cuando ella abandonó la cabaña familiar donde se encontró con Danny para internarse en el bosque. Iba sola. La siguió desde lo alto de las ramas y liberó de nuevo al glotón, al detenerse Brenda bajo el árbol donde estaba Lindsay. El animal la atacó de nuevo, saltando sobre el cuello de la muchacha, que esta vez no se resistió pensando que la estaba mordiendo el conde de Larios, hasta que apareció el agente Glen.

Era algo que Lindsay no había previsto, al aparecer el policía, el glotón abandonó a su víctima para escapar por el bosque. Lindsay no se molestó en seguirlo. Tenían suficientes animales enjaulados como para preocuparse por ello. Lindsay nunca había visto a dos adultos entregándose a la fornicación hasta entonces. En el contenedor enterrado no disponía de internet y carecía de acceso a páginas pornográficas. El consumo de porno es normal entre adolescentes en la actualidad. En cambio para Lindsay ver a Brenda meterse esa cosa enorme que salía de los pantalones de Glen en la boca, le dio cierto repelús. Seguro que Danny tenía algo parecido dentro de los suyos. Lindsay los observaba desde lo alto del follaje mientras ellos se desfogaban.

Al terminar, Glen acompañó a Brenda en su coche patrulla hasta el Beatle que estaba aparcado en una gasolinera cercana. Lindsay les perdió la pista durante un rato, cuando la chica montó en el coche de Glen. Más tarde vio a pasar a Brenda en el Beatle conduciendo dirección Wawona para ir a ver a Malcolm. Llamó a Danny por un móvil desechable, que permanecía despierto en el cobertizo de su finca junto a Jackie para seguir el vehículo de Brenda.

Danny apareció al poco rato con un Lexus para recogerla. Su padre iba en el asiento delantero al lado de Danny y ella ocupó la parte de atrás. Se puso el cinturón y comenzaron a seguir a Brenda. Jackie le comentó a Danny que se ocuparían de ella, antes de que se encontrase con Malcolm. La carretera de Mariposa a Wawona era muy sinuosa y tuvieron que reducir la velocidad para no delatar su presencia, cuando en una de las curvas avistaron la parte de atrás del Beatle. Si Brenda los veía, podría asustarse y avisar a la policía. Esperaron a que la chica

aparcase el Beatle entre los árboles a unos trescientos metros de la casa de Malcolm, para detener el motor del Lexus y apagar las luces.

Los tres se bajaron rápido del coche y se internaron en el pueblo. Brenda tardó un rato en salir del Beatle, cuando lo hizo, Lindsay le disparó un dardo narcotizante con la cerbatana y la alcanzó en el hombro. Brenda se lo quitó con una mano y caminó un rato por el lado de la calzada, antes de caer desplomada sobre la cuneta.

—A partir de ahora, nosotros nos ocuparemos de ella. Tú regresa a casa con el Lexus. No te conviene que nos vean juntos, si las cosas se complican es mejor que nadie te relacione con nosotros —le dijo Jackie a Danny.

—Vale no tengáis piedad. Haced todo como os lo he indicado —les ordenó Danny antes de irse.

—No te preocupes. Así lo haremos —confirmó Lindsay—. Le daremos a esa perra su merecido.

Lindsay le ayudó a Jackie a arrastrar el cuerpo de Brenda al bosque. Una vez en el sendero, Jackie pasó un brazo de ella por encima de su hombro y Lindsay hizo lo mismo por el otro lado. Brenda que estaba como drogada apenas se sostenía en pie y casi tenían que llevarla arrastras. Aunque comenzaba a desperezarse, los efectos del midazolam la mantenían lo suficiente aturdida para que no se enterase bien de lo que le sucedía. Caminaba como si estuviese muy borracha. Balbuceando cosas sobre Malcolm, un poco incoherentes.

Entre los dos la llevaron al interior del bosque, hasta llegar a un espectacular árbol que desplegaba sus ramas en todas direcciones. Lindsay trepó hasta lo alto del roble y clavó contra su tronco una roldana a unos quince metros de altura, soltó la cuerda que rodeaba el mecanismo para que Jackie la pasase bajo los sobacos de Brenda y la anudase sobre su pecho. Luego se subió al árbol y le ayudó a Lindsay a tirar con fuerza del otro extremo de la cuerda. El cuerpo de la muchacha comenzó a elevarse en el aire, mientras ascendía hasta donde se encontraba la roldana. Una vez arriba, Jackie la sujetó y Lindsay la ayudó a sentarse encima de una gruesa rama.

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí arriba? ¿Dónde está Malcolm? —preguntó Brenda, mientras sus párpados se cerraban por el efecto del midazolam.

—Estás aquí en el bosque. Soy Lindsay. ¿Me recuerdas?

—No puede ser. Lindsay está muerta. Murió en un incendio hace ocho años junto a sus padres —comentó Brenda, apoyó su cabeza contra el hombro de Lindsay y se quedó aturdida.

Una vez que Jackie trepó a lo alto del roble, le dijo a su hija que lo mejor era que se fuese. Lo que iba a hacerle a la muchacha era horrible y debía marcharse. Lindsay se negó, lo ayudaría con el empalamiento.

—Esto es cosa mía, espérame en el contenedor enterrado —ordenó tajantemente Jackie a su hija.

Finalmente Lindsay obedeció a su padre y se marchó de allí. Jackie utilizó la fuerza para insertar una de las ramas por el ano de la chica hasta atravesarla entera, después metió la mano por su boca para tirar por la punta y la sacó por la garganta empapada en sangre. El grito de horror de la chica se expandió por todo el bosque. Pronto Brenda se ahogó en su propia sangre, los grumos invadieron sus pupilas. La escena era demencial, pero Jackie llevaba varios años haciendo pesas dentro del contenedor enterrado y manejó las ramas con gran destreza, destrozando por dentro todos los órganos de la muchacha.

Luego embutió su cuerpo en un grueso esqueje que sobresalía del tronco, destrozándole los genitales. Un río sanguinolento corría entre las piernas de la muchacha y la dejó allí,

desangrándose, mientras las ramas balanceaban su cuerpo como el de un condenado a muerte. Se lo merecía, por intentar hacerle daño a Danny.

Recogió la roldana con la cuerda y abandonó a Brenda que quedó, suspendida en lo alto, atravesada por las ramas como un alma en pena. Brenda ya casi no era consciente de lo que le sucedía mientras la vida se le iba por momentos. Por la mañana, Malcolm la encontraría y avisaría a la policía, cuando lo encerrasen en comisaría, Jackie acabaría con Glen y lo liberaría. Luego haría lo mismo con los mercenarios. Después viajaría hasta Delaware para ingresar en un hospital y los cirujanos plásticos lo dejarían como nuevo.

Después de empalar a Brenda regresó al contenedor enterrado junto a su hija. Al salir del montacargas, Lindsay lo vio con las ropas empapadas totalmente de sangre. Jackie se quitó la ropa, estaba acostumbrado a que su hija lo viese desnudo, cuando se bañaban juntos en el arroyo y Lindsay no se escandalizó. Hundió la esponja en el agua de una palangana y le limpió la sangre del cuerpo con ella. Una vez aseado, quemaron las ropas sucias en el horno para no dejar rastro del crimen.

—Seguro que no hemos hecho algo horrible —comentó Lindsay

—A veces hay que hacer cosas malas para ayudar a los demás —dijo Jackie.

—Haremos todo lo que Danny nos diga. Sin su ayuda, nunca sobrevivirías a las quemaduras —dijo Lindsay.

—No te preocupes, pronto pasará todo y viviremos como príncipes —le recordó Jackie.

—Y por fin podremos tener internet. Hasta ahora Danny solo me permite utilizar la señal de satélite del GPS, para saber en cada momento donde se encuentra su moto de nieve en el mapa de la Tablet que me regaló —apuntó Lindsay.

—Sí, podrás navegar por la red como cuando eras pequeña, antes del incendio.

—¿Sabes del motivo por el cual Danny no me deja tener internet en el contenedor? —preguntó Lindsay.

—Lo hace por tu seguridad. Para disponer de internet, tiene que dar de alta un dispositivo y la policía podría rastrear la señal y localizarte fácilmente —explicó de la mejor manera que supo Jackie.

—Lo entiendo. Espero que no nos encuentren nunca —dijo Lindsay.

—No lo harán ¬—la tranquilizó Jackie.

—Cuando el glotón mordió a Brenda en el cuello, apareció el agente Glen y el animal huyó asustado. Luego los dos se pusieron a hacer cochinadas. A él parecía gustarle, mientras ella gemía. Sentí mucha vergüenza al verlos, pero creo que estaban disfrutando. No entiendo por qué les gustaba tanto —comentó Lindsay.

—¡Por Dios hija! A veces los hombres y las mujeres se atraen y ocurren esas cosas. No olvides de donde salen los niños, lo estudiamos hace un tiempo en educación sexual.

—Ya me acuerdo papá, solo que en los libros todo parece diferente a la realidad —apuntó Lindsay.

—Es cierto hija, la teoría nunca es igual que la práctica. Prométeme que cuando abandonemos el bosque, tendrás cuidado con los chicos y tomarás precauciones para no quedarte embarazada; al menos hasta que encuentres al hombre adecuado —expuso Jackie.

—Así lo haré. Te lo prometo papi. Escogeré a alguien especial, que me quiera de verdad y elija estar conmigo libremente —dijo Lindsay.

—He visto como miras a Danny, pero él es un hombre muy mayor para ti y además es blanco. No deberías decirle cosas como las del otro día. Él nunca se casará contigo —le regañó su padre.

—Danny me gusta y no importa que sea mayor que yo. Ni que sea blanco. Si él quiere le daré

muchos hijos, y le haré cosas sucias como Brenda le hacía a Glen.

—No sigas por ahí, hija. Danny es un buen hombre, pero también muy rico. Seguro que ya tiene novia y a los blancos les gustan más las rubias y tú eres negra como un tizón. Te buscaremos un buen chico de nuestra raza.

—A mí me gusta Danny y el otro día me dijo que no tiene novia.

—¡Por Dios! ¿Cómo le preguntas eso? Seguro que se sintió intimidado.

—No lo creo papá. Solo me dijo que no había nadie en su vida. Luego se inclinó y me besó.

—En la mejilla, supongo ¿Verdad hija?

—No seas tonto papá. Ya no soy una niña.

—Pero no estás saliendo con él.

—No. Dijo que de momento solo me veía como a una amiga, pero que yo le gustaba, aunque primero tenía que centrarme en ayudarle a terminar con sus enemigos. Una vez lo hiciese, puede que dejase de verme como a una amiga y hablaríamos en serio. Solo aceptaría salir conmigo con tu consentimiento —dijo Lindsay.

—Pues de momento a mí no me ha dicho nada. Y lo del beso: ¿Cómo Fue?

—Fue solo un segundo, se inclinó y rozó sus labios con los míos.

—Claro como hace un padre con una hija. Eso no es nada pasional. Creo que Danny solo te está tomando el pelo —explicó Jackie—. Deberías dejar de molestarlo con tus niñerías.

—No le molestan. Ya lo verás papá, algún día será mío.

—Si tú lo dices hija, pero por si acaso no te hagas demasiadas ilusiones con él. Puede que le gusten las chicas más mayores.

—Pero si solo me lleva diez años, más me llevas tú.

—Pero yo soy tu padre.

¬—Aun así, aunque seas un viejo, te quiero con locura.

—Ya pero no es lo mismo.

—Lo sé. A él lo quiero de otra manera.

—Eso todavía eres muy joven para saberlo. ¡Venga! ¡Vamos a la cama! Lo que acabamos de hacer hoy está mal y es horrible. Espero que algún día Dios nos perdone.

—Lo hará padre. Era necesario, si no lo hiciésemos, Brenda buscaría la manera de matar a Danny y quedarse con todo su dinero.

—Eso si Danny no nos ha mentido. A lo mejor es él quien quería quitársela del medio para apropiarse de su parte.

—Danny nunca mentiría en algo así. Él es bueno. Debemos confiar en su palabra.

—Tienes razón hija. Descansa bien, pronto nos mandará matar de nuevo.

—Y lo haremos. Todo lo que diga Danny lo obedeceremos sin rechistar.

—Así será hija.

¬—Buenas noches papá.

—Buenas noches hija.

Los dos se acostaron en las literas y trataron de dormir algo. Lindsay lo consiguió primero, pero Jackie tardó un poco más. Estaba físicamente cansado, empalar a alguien era un ejercicio agotador, pero también estaba excitado por la sangre y la visión del rostro de horror de la muchacha. Aunque con el tiempo se acostumbraría, sobre todo después de tener que hacer lo mismo con el agente Glen y los mercenarios. Un hombre que tenía gran parte de la superficie de su cuerpo quemada, después de haber sobrevivido a un terrible incendio donde había muerto su esposa, pocas cosas ya podrían asustarlo.

Él era Jackie Turner el Hombre Quemado, suponía que algún día también sería conocido

como el carnicero de Yosemite o algo parecido. Le excitaba el olor de la sangre de sus víctimas y con cada nuevo empalamiento se sentía más fuerte. Danny les había contado que algunos paletos del pueblo creían en la existencia de un conde europeo que albergaba el alma de los glotones. Le llamaban el conde de Larios. Si existía algún conde en la zona ese era el conde Quemado. Muy pronto todo el mundo le temería, no solo por su horripilante aspecto tras sufrir graves quemaduras durante el incendio, sino por su voracidad empalando a personas.

Solo existía un conde en Yosemite. Ese era él, el conde Quemado. Eso les aterrorizaría, aunque de momento prefería que todos pensasen que él estaba muerto. Así podría operarse y desaparecer sin dejar rastro de la faz de la Tierra como si nada. Su hija y Danny serían su única familia. Quizás Danny terminase pidiéndole la mano a su hija, eso lo uniría a ellos para siempre, sería un enlace que le llenaría el corazón de alegría, por mucho que le asustase entregarle su don más preciado a alguien capaz de programar fríamente la muerte de su propia hermana para conseguir heredar una de las fortunas más grandes de todo el planeta, Jackie lo aceptaría como yerno sin dudarlo.

Capítulo 38

Martes, 14 de marzo de 2023

Los copos de nieve caían sobre su anorak, cuando Jane salió de nuevo al exterior para inspeccionar mejor el terreno. Encontró un par de esquís apoyados contra un pino con sus correspondientes bastones. Entonces dedujo que fue los que utilizó la Chica del Árbol para seguirlos hasta allí. Lobo la miraba escéptico, sin imaginar que podía ser lo que llevase a aquella criatura a cruzar la montaña esquiando en medio del temporal para salvar a un criminal como Danny Barker. Cansados de esperar a las patrullas de búsqueda, los dos habían acordado seguir el rastro de las motonieves antes de que la nevada borrase sus huellas.

Los esquís de poco le servían, sin las botas adecuadas para calzarlos. Faltaba una hora para el amanecer, cuando escucharon el sonido del motor de unas motos. Dos agentes de la policía forestal llegaron hasta ellos en un par de vehículos. Eran jóvenes y Jane les pidió que les dejasen las motonieves y esperasen dentro del contenedor cueva la llegada de la policía científica. No debían tocar nada, pues se trataba de la escena de un crimen.

—Hay dos fiambres dentro, pero de momento no desprenden olor alguno —explicó Jane en referencia a Lance y a Malcolm.

Los jóvenes prefirieron quedarse fuera del contenedor, aunque hacía mucho frío a compartir espacio con dos cadáveres. No estaban familiarizados con los muertos. Se calentarían construyendo un muñeco de nieve. Jane se montó en una de las motos y puso el motor en marcha. Liam la seguiría en la otra.

Al abandonar el collado, la bajada era muy pronunciada pero luego comenzó un corto ascenso por una pista helada que les llevó de nuevo a lo alto de la cordillera. En un momento dado la pista se estrecha hasta encontrarse con un angosto camino de cabras que discurre entre rocas. Luego deriva en un sendero que pasa al lado de unos abetos. El morro de la moto de Jane se inclina para remontar la cresta y luego descender a tumba abierta por una ladera siguiendo las huellas de los fugitivos.

Unos alces huyen asustados por el ruido de los vehículos, sus quebradizas patas se hunden en la espesura de la nieve. A menos de un kilómetro de allí, Danny Barker acelera su moto descendiendo a gran velocidad para tratar de sortear la avalancha que casi los aplasta, su moto empieza a escupir nieve y se caracolea dando bandazos para intentar cruzar al otro lado. Según asciende consigue mantener el equilibrio y alcanzar la cúspide logrando cruzar a través de los restos de la avalancha. A su espalda ha dejado marcado el camino para que Lindsay no tenga problemas en seguirlo con su moto. El desprendimiento de nieve que casi los aplasta, ahora les sirve de plataforma para catapultar sus motos en el aire varios metros, antes de aterrizar al otro lado del obstáculo. La avalancha ha quedado atrás pero los federales los vienen siguiendo desde hace rato. Deben apurar el ritmo de la conducción: si pretenden librarse de ellos.

Jane es la primera en llegar hasta el montículo de nieve, acelera a tope la moto para superarlo y lo hace siguiendo las huellas que dejó el sistema de oruga de los vehículos de los fugitivos. Su salto por un momento es espectacular, suspendida en el aire durante unos segundos, la moto se posa con suavidad al otro lado de la avalancha. Liam la sigue y casi impacta con una roca durante el salto, pero logra esquivarla ladeando la moto y coge la senda de su compañera.

Están muy cerca de los fugitivos, la avalancha los ha detenido el tiempo suficiente para darles

caza. Jane acelera a tope y reduce las distancias, aunque Danny y Lindsay deciden separarse al llegar a un cruce para dificultarles la persecución. Previamente Danny le hace una señal a Lindsay para que coja la bifurcación de la derecha que conduce al contenedor enterrado. Él tomará rumbo a su casa en Mariposa. Quiere llegar antes de que la policía acuda para anunciarle la muerte de su padre. Sabe que Jane no tiene pruebas contra él, una vez que colocó el arma del crimen en las manos de Lance, todos creerán que fue Malcolm quien lo mató, antes de perder ambos la vida durante el tiroteo.

La agente federal llega al cruce, observa como las motos de los fugitivos se separan. Rápidamente, ella coge la bifurcación de la derecha y le hace señales a Liam para que coja la de la izquierda para seguir a Danny. Jane acelera en el manillar de nuevo y el pulso le palpita en la sien de la adrenalina. La Chica del Árbol también aumenta el ritmo y no la da alcanzado. Todavía le lleva bastante distancia cuando ascienden por una sucesión de collados. Lindsay divisa la silueta de su perseguidora desde lo alto de la colina, le resultará difícil despistarla, ignora que lleva un dispositivo de seguimiento pegado a los bajos de su moto.

Evitará de todas maneras dirigirse al contenedor enterrado para que Jane no descubra su guarida. Entonces decide cambiar de rumbo y dirigirse a un bosque de hayas cercano, veremos cómo se le da a su perseguidora esquivar troncos de árboles a toda velocidad. Lindsay entra en el bosque manejando el manillar con destreza, escora su cuerpo al lado opuesto de la inclinación del vehículo para evitar que este vuelque. Jane la ve desaparecer entre la espesura, pero es consciente de que en las zonas sombrías la nieve es más blanda y ello frenará su huida.

Su moto escupe nieve pero logra recortar distancias con la fugitiva. Lindsay observa atónita por su retrovisor, lo bien que se mueve Jane con la moto, esquivando todo lo que se le pone delante. Ella ignora que la agente federal se crio en Alaska y aprendió a montar en moto, mucho antes que a patinar sobre hielo. Jane está cada vez más cerca, pronto Lindsay decide que en aquel terreno, no logrará deshacerse de su adversaria, por lo que decide cambiar de estrategia. Conoce el bosque como la palma de su mano, Jane se coloca a su espalda a pocos metros de ella. Lindsay se dirige a un barranco a toda velocidad, Jane todavía no intuye el peligro y aprieta a fondo el acelerador, ya casi la tiene.

Eso al menos es lo que cree. No puede ver el fondo del precipicio, cuando la distancia entre ambos vehículos se reduce a cuatro metros. Una vez al borde del abismo, Lindsay frena de golpe y salta de la moto en marcha, que se levanta sobre la parte de atrás para quedar encallada en la nieve. Lindsay se sujeta con las manos a la rama de un haya y trepa rápido por ella, hasta lo alto de su copa para observar cómo Jane ha reaccionado a su maniobra, derrapando con su moto que escupe nieve bajo el motor. Milagrosamente logra detener el vehículo a pocos metros del precipicio al lado de la moto de Lindsay.

—¡Mierda!, ¡por poco me mato! —exclamó Jane.

Mira hacia el barranco y no logra ver el fondo. La niebla es muy densa en esa zona. La chica está en lo alto del árbol. La mira desde arriba. Es negra como el azabache. Su rostro le suena familiar. Le recuerda a alguien conocido. No puede ser. La hermana de Shania murió en el incendio. Debió de investigarlo. Saca el arma y se apoya contra el tronco. Si Lindsay es la Chica del Árbol, el Hombre Quemado solo puede tratarse de su padre Jackie Turner. De algún modo ellos estuvieron conectados con Danny Barker para cometer los asesinatos desde el principio.

Jane apuntó con el arma hacia la cima del árbol, pero la chica se movía a la velocidad de las ardillas y alcanzó una cuerda para trasladarse delante de sus ojos a otra de las hayas. ¡Dios mío era como el puto Tarzán de los monos!

Vamos mariposa, vuela que te voy a cazar con mi red.

«No puedo dispararle a una menor o se armará la de San Quintín, solo que esta menor es cómplice de asesinato. Como mucho le caerán dos años en un correccional», pensó Jane.

Vuela mariposa, vuela que no irás muy lejos.

En eso Jane se equivocaba, lo supo demasiado tarde, cuando recibió un pinchazo en el cuello. El dardo la dejó aturdida y todo comenzó a dar vueltas a su alrededor. Jane se encontraba mareada y se sentó contra el árbol. Ahora veía doble y estaba muy asustada. Era posible que terminase insertada en una estaca como cualquiera de las víctimas.

Solo tenía una oportunidad, levantó el arma y comenzó a apuntar hacia lo alto de los árboles. La vista se le nublaba. Conocía perfectamente los efectos de mezclar el midazolam con la ricina. Primero se dormiría, luego sufriría un dolor horrible de intestinos, seguido de una sanguinolenta diarrea con vómitos. Su agonía podía durar horas, antes de morirse. Ahora estaba en manos de aquella pirada.

Abrió bien los ojos pero solo vio árboles superpuestos ante ella. Sus imágenes se movían duplicándose. Estaban cargados de nieve que se desprendía de sus ramas a cada instante. La visión doble era el menor de sus problemas. La chica no era tan estúpida para ponerse delante del cañón de su arma.

Lindsay la observó desde la cima pero se mantuvo alejada de su ángulo de tiro. Solo tuvo que esperar unos segundos a que la droga le hiciese efecto y Jane se desvaneciese y dejase caer el arma al suelo. Entonces bajó de los árboles y se acercó a su víctima. Recuperó su motonieve y arrojó la de la agente federal al precipicio. Así todos pensarían que había sufrido un accidente. Pero el veneno ya circulaba por su cuerpo y al realizar la autopsia lo detectarían. La policía científica no era tonta. Hasta ahora solo podían acusarla de cómplice de asesinato, por disparar los dardos, pero ella no había empalado a las víctimas.

Enderezó su motonieve que estaba levantada por el morro y la puso horizontal. Cogió la pistola de Jane del suelo y se la enfundó en los pantalones. Tiró de los brazos de Jane y la colocó sobre el asiento como pudo, atándola con una cuerda de nylon a su espalda. Jane estaba medio aturdida y se sujetó como pudo a Lindsay, cuando esta puso la moto en marcha. Había recuperado ligeramente el conocimiento, pero apenas se sostenía encima de la moto, de no ser por la cuerda que la unía a Lindsay se precipitaría al suelo.

Lindsay aceleró y condujo hasta salirse del bosque, la llevaría hasta el contenedor enterrado y una vez abajo, la ataría a una silla, antes de abrirles las jaulas a los glotones para que la devorasen viva. Los animales llevaban días sin comer, era justo que tuviesen su ración de carne humana. El problema era que la carne de Jane estaba contaminada por la ricina, aunque así mataría dos pájaros de un tiro. Por un lado se desharía de la policía y por el otro acabaría con los animales. Ya no los necesitaba. Sobre todo ahora que todos los enemigos de Danny estaban muertos. ¿Dónde estaría él? ¿Se habría librado de su perseguidor? Una terrible angustia se apoderó de ella. Lindsay no quería que le pasase nada malo a su amigo.

Capítulo 39

En esos momentos, Danny había conseguido zafarse de su perseguidor. Hacía tiempo que no lo veía, suponía que al acelerar y conocer el terreno mejor que su oponente, lo había despistado al rebasar la canal y emprender el descenso hacia el valle. Había nevado toda la noche, por lo que no tuvo problemas en circular con la motonieve camino del pueblo. Al llegar a su casa, abrió el portón de la finca con el mando a distancia y recorrió con la moto el camino central rodeado de setos para guardarla en su garaje. Le cambió la matricula por otra de Canadá, por si la encontraban los federales, les fuese imposible identificarla. La matrícula vieja la quemó en un horno de fundición que tenían en el sótano hasta desintegrarla.

Se quitó los guantes y el anorak y subió a la planta alta de la casa. Entró en su despacho que estaba lleno de pilas de papeles, toda aquella documentación servía para darle una tapadera legal a los negocios sucios de su familia. Se sentó en un mullido sofá de piel de leopardo y se sirvió una copa de su mejor wiski. Ahora era uno de los hombres más ricos del planeta. Cogió un teléfono desechable y llamó a Lindsay.

En ese momento no había cobertura, Lindsay estaba atravesando una canal con la motonieve y no recibió la llamada. En cuanto recuperó la señal: le saltó el aviso acústico de la llamada perdida. Imaginó que sería Danny, ya lo llamaría más tarde, ahora debía centrarse en la conducción. Dejó atrás otro hayedo y comenzó a ascender hasta la entrada del contenedor enterrado.

Una vez detuvo el motor, deshizo el nudo que la mantenía unida a Jane y esta cayó al suelo como un saco de patatas. La ayudó a levantarse y la condujo hasta el olivo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Jane con voz aturdida.

—Tú apóyate en mí, si quieres ponerte buena —dijo Lindsay para que la siguiera.

La imagen de Jane con su brazo sobre el hombro de Lindsay era estremecedora. La agente federal tenía el semblante lívido sin ápice de sangre. Apenas lograba dar dos pasos, sin que un pie tropezara con el otro. Su mente era una cortina de humo, las pestañas le pesaban y comenzaba a sentir un dolor punzante en la barriga que la obligaba a doblarse por la cintura.

Con ayuda de Lindsay logró alcanzar el montacargas en el interior del olivo. La joven pulsó el botón de bajada y la plataforma descendió entre las rocas hasta el contenedor enterrado. Una vez dentro, la llevó hasta el laboratorio y la ayudó a sentarse en una silla. Utilizó una cuerda para atarla contra el respaldo y al mismo tiempo impedir que, drogada como estaba se precipitase al suelo. Los animales comenzaron a gruñir dentro de las jaulas y eso asustó a una aterrada Jane que veía su final cada vez más cerca.

El plan de Lindsay era abrir las jaulas para que se la comieran viva. Mientras lo hacían, ella esperaría al otro lado de la puerta blindada que cerraba el laboratorio para permanecer a salvo de sus mordeduras. Las jaulas se abrían con solo pulsar un botón desde fuera del laboratorio, por lo que ella no correría ningún peligro. Una vez los animales devorasen a la agente federal, volaría el contenedor con dinamita. Danny le había enseñado como hacerlo desde el exterior con un detonador. Su plan era perfecto, después montaría en la motonieve y se largaría de allí. Luego escondería el vehículo en una cueva, cerca de la casa del árbol donde nadie lo encontraría nunca.

Por su parte Jane sabía que no existía ningún antídoto para la ricina, que era una sustancia mil

veces más potente que el cianuro. Una vez entraba en el organismo, una se moría en poco tiempo. No había salvación posible para ella. Lo que le extrañó es que no estuviese ya echando los intestinos por la boca. Parecía que el dolor de barriga había remitido. Lindsay pareció leerle el pensamiento:

—No te preocupes. Me había olvidado de que las dosis de ricina se han agotado con los dardos que le inyecté a los mercenarios. A ti solo debí inyectarte el midazolam, por lo tanto es imposible que te mueras por envenenamiento.

Al escucharla Jane respiró aliviada. Entonces recordó que estaba a punto de venirle el periodo, eso explicaba el dolor punzante en el vientre de antes. Aunque no sabía que era peor, morir por envenenamiento o devorada por aquellos horribles bichos.

—¡No me hagas daño! —suplicó Jane.

—Lo siento, pero debo matarte, sabes demasiado. Primero dejaré que los glotones se den un banquete contigo. Luego volaré todo esto por los aires.

—¿Seguro que Danny está de acuerdo en que mates a una agente federal? —preguntó Jane, balbuceando ojerosa por el efecto del sedante.

Entonces Lindsay se acordó de la llamada de Danny y decidió devolvérsela. Sabía que a pesar de encontrarse bajo tierra, en aquella zona había buena cobertura. Jane tenía razón debía llamarlo antes de matarla. Salió de la sala antes de efectuar la llamada, para nada pretendía que Jane se enterase de lo que pretendía decirle. Pulsó el botón de rellanada en su móvil y durante unos minutos le explicó a Danny lo sucedido y sus planes para proceder con Jane.

—Hazlo rápido. Luego vuélalo todo con dinamita, nadie encontrará nunca un contenedor sepultado bajo un montón de rocas veinte metros bajo el suelo. Será la tumba perfecta para esa desdichada —ordenó Danny.

—Bien, lo haré enseguida. Antes tengo que preparar la dinamita y el detonador.

—Sabes cómo hacerlo, yo te he enseñado bien.

—Sí, también me enseñaste a esquiar. ¿Recuerdas?

—Claro, aquello fue muy divertido. Me encantaban las caras que ponías cada vez que te caías —contestó Danny.

—Por cierto los esquís los dejé apoyados contra un árbol, cerca de donde mataron a tu padre. Es posible que los federales los encuentren, de todas maneras le limpié las huellas con un trapo como tú me enseñaste.

—Eres una chica muy lista. En cuanto pueda iré a buscarte y te sacaré del país para que te reúnas con tu padre. Mientras tanto deberás ocultarte en el bosque, tú sabes cómo hacerlo. A desaparecer sin dejar rastro me refiero —explicó Danny.

—Esa es mi especialidad. Soy una chica muy escurridiza. ¿Qué tal te encuentras tú? —preguntó Lindsay.

—Bien, conseguí librarme de mi perseguidor y llegar a casa sano y salvo. Acabo de hablar con mi madre, que le contará a la policía cuando venga, que no salí de casa en toda la noche. Es una coartada perfecta. Lo mejor de todo es que ella no tendrá ni siquiera que mentirles. Mi madre ignora que abandoné ayer por la tarde mi despacho para acompañar a mi padre en la cacería de Malcolm. Les dirá a la policía que me pasé toda la tarde trabajando encerrado en mi despacho y por la noche durmiendo en mi habitación y ni siquiera tendrá que mentirles.

—Eso es porque tenéis una casa muy grande y cada uno ocupa solo su espacio.

—Sí, mi madre apenas sale de su ala, sobre todo ahora que está enferma y el cáncer no le ha remitido. Además me ha echado en cara que no fuese a verla, ni cenase con ella. Le he dicho que he estado muy ocupado con mi trabajo y le di un beso para pedirle disculpas. La pobre se va a

llevar un disgusto cuando se entere de que mi padre a muerto.

—Lo siento, pero lo importante es que acusarán a Malcolm de matar a tu padre, tal como lo planeaste y el caso se cerrará.

—Eso es. Todo está saliendo bien. Te lo dije —apuntó Danny.

—Me alegro. Sabes que te quiero Danny —se atrevió a decir Lindsay.

Era la primera vez que pronunciaba esas palabras delante de él, que al principio no supo cómo reaccionar, pero de inmediato decidió que lo más inteligente sería seguirle la corriente a la muchacha.

—Yo también a ti princesa y ahora acaba con esa maldita zorra para siempre —ordenó turbado Danny.

—Lo haré cariño. La mandaré de nuevo al infierno de donde nunca debió haber salido —refutó con rabia Lindsay—. Lo haré por ti.

—No. Lo harás por nosotros —replicó Danny, siguiéndole el juego.

—Sí, claro, perdona —titubeó nerviosa Lindsay—. A partir de ahora lo haré todo por nosotros.

—Eso me parece muy bien. Cuando cuelgues no olvides deshacerte del teléfono. No debemos dejar rastro de ninguna llamada. Hasta pronto cielo —dijo Danny despidiéndose de ella.

Capítulo 40

Intentó respirar con tranquilidad. Le costaba encontrar el aire y suspiraba, exhalando con brusquedad. Estaba allí atrapada en aquella gigantesca caja de metal. Esperaba ganar tiempo para que alguien la localizase. Ello era solo una ilusión. Se encontraba sepultada bajo una montaña de rocas en medio de la nada. Los glotones gruñían a su alrededor con una furia desmedida, deseosos de devorarla viva.

Jódete niña te has metido en este agujero tú solita.

Eso creía escucharles decir a los mustélidos. Era cierto había subestimado a la chica del árbol. La cabeza le pesaba toneladas. Estaba agotada pero no podría volver a dormirse, si lo hacía puede que no volviese a despertarse nunca.

Lindsay se encontraba en el cuarto continuo, manteniendo una conversación telefónica con Danny Barker. Intentó zafarse de las ligaduras pero los nudos estaban muy apretados y ni siquiera lo lograría dislocándose las muñecas. El chillido de los glotones le estaba perforando el cerebro, aquellas diabólicas criaturas ya olían la sangre.

Era una tontería intentar resistirse, su suerte parecía echada. Ya casi sentía los colmillos de los animales desgarrando su piel, cuando Lindsay dio por terminada la conversación con Danny y se disponía a presionar el dispositivo que abría la jaula de los glotones. En ese momento, escuchó el sonido del montacargas que alguien había activado desde arriba.

Unas milésimas de segundo más y Lindsay hubiese pulsado el botón que liberaría a los animales. En cambio se detuvo a escasos centímetros del interruptor. El corazón se le aceleró de repente al percatarse de que alguien la había localizado. Debió desconectar los fusibles que alimentaban el elevador, pero ahora era demasiado tarde para ello.

Entró dentro de la sala de los glotones y se situó a la espalda de Jane, apuntándola a la sien con la misma pistola que le había quitado cuando la derribó con la cerbatana. Se trataba de su arma reglamentaria. Pensó en encerrarse dentro y cerrar la puerta blindada, pero entonces el intruso solo tendría que esperar la llegada de refuerzos y ella acabaría en la cárcel, mejor era intentar sorprenderlo con la guardia baja.

El montacargas se detuvo en la planta del olivo, tardó unos segundos que a Lindsay se le hicieron eternos en volver a activarse. Al ponerse en marcha de nuevo, lo hizo con un sonido ronco que pareció poner también en funcionamiento su corazón que se había detenido por un instante. Ahora era Lindsay la que estaba asustada.

El agente Lobo había encontrado su guarida. Cansado de seguir a Danny, dio la vuelta con la motonieve al percatarse de que el joven magnate conocía mejor los vericuetos de la montaña que él y no lograría atraparlo. Volviendo sobre sus huellas siguió el rastro de la moto de Lindsay hasta la entrada del olivo. Una vez dentro del árbol, le fue sencillo localizar el mecanismo del elevador. Le extrañó que no lo ocultasen dentro de una especie autóctona de la zona, al menos pasaría más desapercibido. A quién se le ocurriría la estupidez de plantar en medio de la montaña un árbol propio de zonas más cálidas. Se le notaba en las hojas caídas, que estaba sufriendo horrores, por culpa de las bajas temperaturas de la zona.

Salió del montacargas, apuntando su arma al frente, pronto localizó la sala del laboratorio y entró dentro, sin pensarlo. Vio como Lindsay apuntaba a la cabeza de Jane y presionaba

ligeramente el percutor de la Glock.

—Deje su arma en el suelo o le volaré los sesos a su amiga —ordenó Lindsay.

—¡No lo hagas o nos matará a los dos! —exclamó Jane que se encontraba todavía ligeramente aturdida debido al efecto del midazolam.

—¡Está bien! ¡Tranquila! —dijo Liam, haciendo amago de bajar el arma pero sin dejar todavía de apuntarla—¡No le hagas daño a mi amiga!

¬—¡Deja el arma en el suelo, lentamente, vamos rápido! —ordenó Lindsay.

—¿Qué son esos animales que hay en las jaulas? —preguntó Liam, sin hacer caso de sus palabras.

Lindsay resopló, primero mataría a la agente federal y luego se cargaría a aquel maldito entrometido. Estaba tratando de distraerla, hizo amago de apretar el gatillo, amartillando el arma, cuando Jane bajó de pronto la cabeza para clavar sus dientes en su brazo izquierdo, con el que Lindsay le rodeaba el pecho en ese momento. Todo sucedió muy rápido, la primera bala salió disparada del cargador del agente Lobo y alcanzó de lleno en la frente a la chica que, sorprendida por el movimiento de Jane, erró su disparo que efectuó solo una milésima de segundo después del de Liam, pasando la bala solo un centímetro del cogote de la agente federal, de no ser por su reacción, inclinando la cabeza hacia adelante para morderla, le hubiese volado los sesos.

—Esta vez, te has librado por los pelos jefa —suspiró Liam.

Jane observó el enorme agujero que la bala de su compañero había dejado por encima del entrecejo de Lindsay y la vio desplomarse, sin vida, sobre el suelo. Liam tenía razón un poco más y no lo cuenta. Estaba temblando del susto. Liam se acercó a ella. La desató, ayudándola a incorporarse. Necesitaba un café. Liam se lo preparó en la cocina, por suerte el contenedor estaba bien surtido de víveres. Jane se sentó de nuevo en la silla y se lo bebió a pequeños sorbos.

Avisaron a la policía científica para recolectar las pruebas pertinentes, pero aún en el caso de que lograsen relacionar aquellos contenedores con la empresa de transportes de su padre, Danny los había dado de baja hacía tiempo y figuraban como que habían sido entregados a un desguace. No existía ninguna prueba material que incriminase al joven magnate con ellos. Cualquiera pudo robarlos del desguace y llevarlos hasta allí. Según las pruebas que se recolectarían, de los supuestos hurtos se habrían encargado Jackie Turner el padre de Lindsay y Malcolm Lino. Las huellas de ambos estaban en los remolques por todas partes. Las de Jackie en el contenedor enterrado y las de Malcolm en el contenedor cueva donde, supuestamente, Lance lo había matado.

—Esto termina aquí, los dos sabemos que a los malos solo los atrapan en las novelas, en la realidad, siempre salen de rositas; vagan a sus anchas por el ancho mundo, librándose siempre de poner un solo pie en la cárcel —apuntó Jane.

La agente federal había necesitado un par de cafés más para librarse parcialmente del efecto del midazolam y llegar a aquella conclusión. Todavía estaba un poco aturdida pero lentamente se fue incorporando y ya era dueña de sus pensamientos. Había realizado un esfuerzo enorme para concentrarse y morder a Lindsay en el brazo. Lobo hizo un gesto al escucharla que podría interpretarse como de resignación, antes de que ella continuase hablando:

—Sobre todo si se trata de gente con tanto dinero como para permitirse meterse en el bolsillo a los mejores abogados, jueces o incluso en algunos casos senadores.

—Danny puede permitirse comprarlos a todos y mucho más. Por eso la mayoría de los empresarios que triunfan en nuestra sociedad son unos jetas. Igual que Danny no tienen conciencia y hacen lo que sea para alcanzar la cúspide —aclaró Liam.

—Eso es generalizar demasiado amigo —apuntó Jane.

—Es posible que tengas razón, pero es muy raro que a un rico lo metan en la cárcel y, aunque lo hagan, nunca lo van a juzgar como a un pobre. Por eso creo que a Danny nunca lo atraparemos.

—En eso llevas razón. Yo solo lo siento por Lindsay. Era demasiado joven para morir —dijo Jane.

—Sin su testimonio nos resultará imposible atrapar a Danny.

—Nunca hablaría. Era su protegida. De todas maneras siempre es lamentable la muerte de una menor de edad.

—Ya pero si no la mato, te volaría los sesos. A propósito: ¿Qué diablos pensaba hacer con esos malditos bichos? —preguntó Liam.

—Si no llegas a aparecer, iba a abrir las jaulas y permitir que me devorasen viva —expuso Jane.

—Un motivo más para no lamentar su muerte —refutó Liam.

—Es cierto. Creo que tal vez me equivoqué antes y no solo en las novelas policíacas atrapen a los malos, puede que todavía tengamos una posibilidad de detener a Danny —dijo Jane.

—La única sería localizar al padre de Lindsay y conseguir que declare contra él.

—Para eso deberíamos meterlo en el programa de protección de testigos.

—Jackie nunca declarará contra él, y menos para favorecernos a nosotros; sobre todo ahora que me he cargado a su hija.

—No estés tan seguro. Una vez se entere de su muerte, el mundo se le vendrá encima. Culpará a Danny por no protegerla lo suficiente —replicó Jane.

—Es igual, de todas maneras nunca lo atraparemos, Danny se encargará de esconderlo bien.

—No lo suficiente para que nosotros no podamos atraparlo.

—¿Cómo estás tan segura? Jackie tiene el rostro desfigurado, puede que Danny lo enviase a una clínica de cirugía estética para darle una nueva apariencia y de paso le arreglara los papeles para conseguirle una nueva identidad. Nunca podremos reconocerlo una vez le den la alta. Por supuesto reconstruirán sus facciones de manera que no se parezca en nada al hombre que era antes de producirse el incendio.

—Es cierto. Un hombre puede cambiar de rostro, de identidad e incluso de forma de vida, pero hay una cosa que nunca podrá cambiar —anunció Jane.

—¿Qué quieres decirme? ¿A qué te refieres? —preguntó sorprendido Lobo, las deducciones de Jane nunca lo dejaban indiferente.

—A la pasión. Un hombre nunca podrá cambiar su pasión.

—No tengo ni idea de lo que me hablas. Que sepamos su única pasión está aquí en el suelo, muerta a nuestros pies y con un tiro en la frente —dijo Liam, señalando el cadáver de Lindsay.

—No me refiero solo al amor fraternal que pudiese sentir Jackie por su hija¬¬. Un hombre adulto siempre tiene debilidad por algo más que por su familia.

—No creo que haya nada más importante para Jackie que estar cerca de los suyos. Una vez se entere de la muerte de Lindsay, tratará de acercarse a sus otros dos hijos para hablar con ellos.

—No lo hará. Al menos de ese modo. No es tonto y sabe que lo estaremos vigilando. Danny lo convencerá de que lo mejor para ellos es que los deje en paz. No les pasará nada malo bajo la protección del magnate, tanto Shania como Anthony estarán a salvo.

—Entonces, si no lo hace, nunca lo atraparemos —dijo Lobo.

—No lo hará directamente, pero seguro que buscará la manera de hacerlo, sin que ellos, ni nosotros nos enteremos. Incluso puede que ni el propio Danny lo sepa —objetó Jane.

—No te entiendo, si los va a ver sin que nadie se entere, tampoco lograremos atraparlo —

protestó Liam—; sobre todo si no conocemos su nueva identidad. ¿Cómo vamos a identificarlo?

—Veo que sigues sin entender a dónde quiero llegar —dijo Jane que le gustaba poner a prueba el intelecto de su subordinado.

—Lo que no entiendo es que tiene eso que ver con la pasión que según tú mueve a ese hombre y nos puede ayudar a localizarlo. Además cómo sabes cuál es su pasión, aparte del apego por sus hijos.

—Eso no es muy difícil, una mujer puede tener muchas aficiones, pero casi todos los hombres sois muy simples.

—Gracias por el cumplido. En lo que a mí respecta jefa, tengo solo una pasión, y es meterme con todas las mujeres que pueda en la cama —apuntó bromeando Lobo.

—Muy gracioso, pero no me refiero al sexo. Ni nada por el estilo. En eso ya sé que todos los hombres sois iguales —repuso Jane con una sonrisa.

—¿A qué diablos te refieres entonces? —preguntó Liam cansado de aquel juego de deducciones.

—Durante mis conversaciones con Shania, me contó que su padre le enseñó a Anthony desde niño a jugar al baloncesto. Estaba siempre muy pendiente de él en los entrenamientos y premiaba sus progresos, llevándolo con él a ver los partidos de los Lakers en directo —contestó Jane.

—Así que, el baloncesto es la verdadera pasión del Hombre Quemado. Cómo no lo había pensado antes. Ahora ya sé a dónde quieres llegar. Sí el equipo de su hijo alcanza la final de la NCAA, ningún padre del mundo se resistiría a verlo jugar. Pero habrá miles de personas en las gradas: ¿cómo diablos vamos a localizarlo? —preguntó Liam.

—Ese va a ser nuestro trabajo a partir de ahora, controlaremos las cámaras e investigaremos la identidad de todos los ciudadanos que compren una entrada. Si los San Francisco Dons se clasifican, tendremos una oportunidad de atrapar a Jackie. De lo contrario, si quedan eliminados en semifinales, puede que sea mejor cerrar el caso para siempre; como te dije antes a los malos solo los pillan en las novelas de misterio —contestó Jane.

—Dudo que lleguen a la final. Por lo que me ha contado nuestro amigo Swann, Anthony y Samuel son el alma del equipo. Samuel está tocado porque acaba de abandonarlo la novia y pronto se enterará de la muerte de su hermano Malcolm. Al parecer estaban muy unidos desde niños. En cuanto a Anthony, estará muy afectado cuando sepa lo de Lindsay y no logrará centrarse en el juego. A nadie le agrada saber que su hermana pequeña a muerto a manos de los federales, acusada de cómplice de asesinato —repuso Liam.

—Para Anthony su hermana lleva muerta muchos años después del incendio. No le supondrá un gran trauma.

—Puede ser pero el caso de Samuel es distinto, estaba muy unido a su hermano mayor.

—No lo creo, después de enterarse de lo ocurrido con Shania el día del famoso baile de fin de curso que tuvo lugar durante la graduación de su hermano, en que Brenda mintió a la policía implicándolo a él en una supuesta agresión sexual y su hermano ni siquiera se molestó en desmentirlo. Una parte de él todavía le guardará cierto rencor por lo sucedido.

—¡Por Dios Jane! Era su hermano. Entre hermanos todo se perdona —exclamó Liam.

—Es posible que tengas razón, puede que ambos estén dolidos por las pérdidas de sus seres queridos. Eso aunque no te lo parezca, puede de alguna manera beneficiarlos, porque cuando salgan a la cancha, lo harán con rabia. Querrán dedicarles la victoria a Malcolm y a Lindsay que los estarán empujando desde el cielo.

Jane tenía razón, los San Francisco Dons se clasificarían para la final con una sobresaliente actuación de sus dos estrellas principales. Samuel Lino anotaría treinta puntos, además de

conseguir dobles dígitos en rebotes, asistencias, recuperaciones y tapones. Anthony Turner por su parte, jugaría el partido de su vida, dirigiendo al equipo con maestría y marcando las jugadas ensayadas con acierto, además de batir el récord de triples en la competición. Tenía la mano caliente y encestaba casi todo lo que lanzaba. El encuentro terminó 84-75 a favor de los San Francisco Dons.

Varios ojeadores de la NBA estuvieron presentes en las gradas y tomaron buena nota de los muchachos. Al final del encuentro, Lino se acercó a su afición, mostrándoles una camiseta con el nombre de Malcolm a la espalda. Era de cuando jugaba en Mariposa County High School. Anthony hizo lo mismo con otra de los Lakers que ponía Lindsay. Su padre se la había regalado el día de su séptimo cumpleaños. Misteriosamente la camiseta había sobrevivido al incendio, Anthony se la había pedido prestada a su hermana para enseñársela a sus tíos esa noche. Era el único recuerdo que había conservado de ella durante todos aquellos años.

Las dos estrellas del equipo, tras mostrar las camisetas se pusieron de arrodillas y señalaron con sus dedos índices al techo del pabellón —en realidad para ellos esa noche la cubierta del estadio no existía y lo que hacían era apuntar directamente al cielo—; dándole las gracias a Malcolm y Lindsay por ayudarles a ganar desde arriba.

Ahora quedaba lo mejor, la final contra la universidad de Alabama. Si vencían sería la tercera vez, que la universidad de San Francisco conquistaba el título de la NCAA en su historia. La gente de la ciudad estaba entusiasmada, comenzó a comprar las camisetas del equipo en las tiendas deportivas y la demanda para conseguir una entrada fue muy superior a la oferta, por lo que se agotaron enseguida.

La final se jugará en el Footprint Center de Phoenix en Arizona, el próximo domingo dos de abril, anunciaban por megafonía al finalizar el partido contra la universidad de Maryland. Samuel sonrió ante el partido de su vida. Llevaba a su hermano Malcolm en el corazón y le ayudaría a vencer desde el cielo a los chicos de Alabama. Si había conseguido llegar hasta allí, después de haber sufrido tantas adversidades, nadie podría detenerlo. Pronto se proclamaría campeón de la NCAA, era su sueño desde niño. Pero antes debía preparar bien la final, se estaba cuidando como nunca, por eso no celebró la victoria contra Maryland esa noche; nada debía distraerlo de su objetivo.

Tenía que descansar para levantarse temprano y comenzar con los ejercicios de recuperación por la mañana. El resto de la plantilla por consejo de su cuerpo técnico haría lo mismo. Tanto su principal entrenador Harlan Kane y su segundo Swann White habían insistido en ello. No habría mejor celebración que un buen descanso. Querían evitar el desmadre de la final del campeonato estatal que terminó con una fiesta en una popular discoteca y con Samuel despertando con una desconocida en la cama; todavía recordaba a su hijo de dos años confundiendo la cocaína con azúcar y como se largó de allí con poco más que lo puesto.

Esa noche Samuel había gastado casi todo su dinero en la droga y tuvo que pedirle prestado al ayudante del entrenador Swann para poder pagar el alquiler. Swann accedió bajo la promesa de que lo daría todo en los partidos y que aquello no volvería a suceder. Samuel le aseguró que no volvería a probar ni gota de alcohol y que se mantendría lejos de las chicas hasta terminar la temporada. Eso contentó a Swann que permanecía como agente infiltrado del FBI en el equipo hasta concluir la competición. Desde el banquillo les ayudaría a atrapar al asesino de la cara quemada.

Capítulo 41

Lunes, 27 de marzo de 2023

El doctor le retiró la última venda y Jackie Turner pudo contemplar su rostro nuevo en el espejo de la clínica. Un rostro que no mostraba asombro, ni emoción alguna. Era un rostro sin expresividad, debido quizás al difícil momento que estaba atravesando. El trabajo del cirujano había sido perfecto, los pliegues de la frente, la prominente mandíbula y los pómulos salientes escondían los injertos de los cortes de la piel bajo una fina línea roja que no dejaría cicatriz. Jackie era un hombre nuevo con una identidad y un rostro nuevos, pero su interior estaba vacío.

Desde el momento en que Danny le comunicó lo sucedido con Lindsay, su corazón se rompió en mil pedazos. Ahora era un hombre con rostro pero sin corazón. Él le había prometido que cuidaría de su pequeña y no había cumplido su palabra. Lindsay no habría amenazado con un arma a la agente federal, si no se viese acorralada dentro del contenedor enterrado. Danny insistió en que se separó de ella, solo para despistar a los agentes federales. En principio su maniobra de distracción con las motos funcionó. Lindsay no solo logró deshacerse de su perseguidora, además logró capturarla con uno de sus dardos y llevársela prisionera al contenedor. Él le ordenó matarla, pero el agente Liam llegó a tiempo para salvarla. La muerte de Lindsay había sido una tragedia, solo fruto del desatino.

Jackie agradeció a Danny que se lo contase, antes de enterarse por terceros. Los federales fueron a visitarlo a la finca familiar para intentar incriminarlo en lo sucedido. No lo consiguieron. La madre de Danny declaró que su hijo no se había movido de casa en todo el día. Sospechaban de la llamada realizada por Jackie a Lindsay, pero los dos habían destruido los dispositivos nada más colgar. Lindsay lo había reducido a cenizas en el horno y Danny había hecho lo mismo. No pudieron probar nada. Los agentes habían abandonado el hogar de los Barker bastante decepcionados. Desde entonces estaban vigilando sus pasos, por lo que no volvería a comunicarse con él en un tiempo.

Un mensajero dejó en la clínica un sobre con su nueva documentación y dos billetes de avión para las islas Caimán. Debería partir de inmediato en cuanto le diesen la alta. Allí le esperaba una mansión con playa privada y cancha de tenis. Jackie podía empezar una nueva vida desde cero. Junto a la documentación había una cartera de piel con varias tarjetas de crédito y una cuenta a su nombre con seiscientos mil dólares. Eso era lo que costaba la vida de su hija para ese perro. Debía matarlo por no protegerla. Aunque en el fondo Jackie sabía que se equivocaba al culparlo por lo sucedido. De otra manera no dudaría en liquidarlo él mismo con sus propias manos. Sabía que su hija apreciaba a Danny y los dos se querían. Además gracias a Danny ahora tenía una nueva cara y sus atenciones le habían salvado la vida tras el incendio.

—¿Qué te parece tu nuevo aspecto? —preguntó el doctor.

Jackie se detuvo un rato a observar su semblante en el espejo, girando el cuello a uno y a otro lado antes de contestar. Le gustaba su nuevo aspecto, muy atractivo y varonil.

—Es genial. Ha hecho usted un trabajo increíble —. Fueron las primeras palabras que emitieron aquellos labios de silicona cosidos de manera magistral al rostro. Al quitarle los puntos quedaron como nuevos.

—Muy bien, me alegro. Firme estos papeles y puede irse cuando quiera —dijo el doctor entregándole la alta.

Estampó su nueva firma en ellos y recogió sus pertenencias en una bolsa de lona, que colgó del hombro antes de abandonar el hospital. Había ingresado y salido con poco más que lo puesto. Debería comprar ropa nueva e instalarse en un lugar agradable lo antes posible.

Delaware es el segundo estado más pequeño de los Estados Unidos, pero lo que lo distingue del resto es su peculiar política fiscal. Muy ventajosa para esconder grandes fortunas sin llamar demasiado la atención, ni pagar demasiados impuestos. Eso lo lleva a ser la capital empresarial más potente del país. Empresas como Google, Apple, Coca-Cola, American Airlines son algunas de las multinacionales que tienen su sede allí. Su capital es Dover y su ciudad más poblada Wilmington. El estado tiene cuarenta y cinco kilómetros de playas y algunas de ellas son parques nacionales.

La clínica se encontraba situada en New Castle, una pequeña ciudad que conserva sus calles adoquinadas y está rodeada de antiguos edificios del siglo XVIII. Jackie paseó despacio por las calles disfrutando del aire libre y abandonó el centro para entrar en una oficina de Hertz y alquilar un coche durante un par de días. Su vuelo para las Islas Caimán no salía hasta el miércoles por la tarde y todavía eran las diez de la mañana del lunes. Escogió un Ford Puma y pagó con tarjeta.

Se dirigió hacia el sur por la autopista, dejando atrás la ciudad de Wilmington y las zonas más pobladas del estado. Tenía el estómago revuelto y buscaba un poco de tranquilidad. Hacía ocho años que no conducía desde el incendio pero no tuvo problemas para adaptarse a la carretera. Eso y follar nunca se olvidaba.

Escogió detenerse en la ciudad costera de Lewes a hora y media del aeropuerto de Wilmington en coche. Alquiló una habitación en un hostal cerca de las playas que rodeaban un atractivo cabo. Aquel lugar le encantaría a Lindsay. El fantasma de su hija parecía acompañarlo a todas partes, todavía no estaba preparado para dejarla marchar y pensaba en ella a todas horas.

Entró en una tienda de ropa y compró un par de tejanos, varias camisas de cuadros, niques de marca y algo de ropa interior. No pretendía llamar la atención. La policía solo atrapa a los criminales que abusan de la ostentación de sus bienes. Metió las bolsas en el maletero de su coche y se acercó a la playa. Hacía buen tiempo y la gente estaba tomando el sol. Mierda se había olvidado de comprar un bañador. Alquiló una tumbona y pidió una infusión que le sirvieron en un vaso de plástico. Se puso una gorra de los Yankees y pensó en bañarse en calzoncillos. Eran negros y apretados. Nadie se daría cuenta. El agua estaba helada pero el baño le levantó el ánimo. Al regresar a la hamaca se sintió mejor. Había un grupo de chicas cerca que lo miraba con interés.

Supongo que sus gayumbos les llamaban la atención. Justo lo que no pretendía. Una de ellas, muy descarada, hizo un comentario sobre sus atributos que hizo reír a sus amigas. Avergonzado, se envolvió en la toalla para taparse. Si pudiese le retorcería el cuello a aquella idiota. Aunque tal vez solo estaban bromeando. Cayó en la cuenta de que ahora tenía un rostro atractivo y el cuerpo libre de quemaduras. ¡Dios mío! ¡Llevaba tanto tiempo sin estar con una mujer! Él y Tamara se habían casado muy jóvenes. Luego llegaron Shania, Anthony y Lindsay. Todo fue bien hasta el incendio que se llevó a su esposa. De eso hacía ya ocho años, que los pasó oculto en el bosque con su hija.

Ignoró a las chicas y desplegó de nuevo la toalla sobre la tumbona. Ya tendría tiempo de ligar cuando llegase a las Caimán. Después de lo sucedido con Lindsay no estaba de humor para hablar con nadie. Acabó de beberse la infusión y dejó que el sol le acariciase la piel. Al secarse dio un paseo descalzo por la arena hasta el muelle de madera que se internaba en el océano cerca

del pueblo.

Hacía tiempo que no veía el mar y le relajó mucho. El estómago estaba empezando a asentársele y se encontraba mejor. Regresó a la hamaca tras el paseo. Las chicas ya se habían ido y decidió comprarse un periódico para ver cómo iba el mundo. Entonces se sentó bajo una sombrilla en un chiringuito de playa para leer. Los periódicos que le llevaba Danny al contenedor enterrado solían ser muy atrasados y estaba bastante desconectado de la actualidad. Había adquirido un ejemplar del New York Times en un quiosco de madera, pagó en efectivo y regresó a la playa para sentarse a leerlo con calma, mientras pidió al camarero que le sirviese un agua mineral.

La primera página anuncia los siguientes titulares: El derrocamiento de un ministro israelí que se opuso a la reforma judicial de Benjamín Netanyahu. Las minas ilegales alimentan la crisis humanitaria de la tribu más grande del Amazonas. Un tornado deja una sombra devastadora de dolor a su paso por una ciudad del Mississippi. Putin amenaza con colocar armas nucleares en Bielorrusia para el verano. La política de tener un solo hijo en China provoca que haya muy pocas mujeres jóvenes, los novios pagan grandes sumas de dinero por sus esposas.

El mundo parecía irse a la mierda delante de sus narices pero él pronto estaría de maravilla tomando el sol en las Islas Caimán. Sin embargo, al pasar unas páginas y adentrarse en la sección de deportes, Jackie encontró una noticia que le daría un brusco vuelco a su corazón y que supondría un retraso en su viaje. Los San Francisco Dons se habían clasificado para la final de la NCAA, después de un mítico partido en el que su hijo Anthony había dirigido a sus compañeros con maestría en la victoria contra Maryland. La final tendría lugar en Phoenix el próximo domingo. No podía irse a las Caimán sin verla.

Al terminar de leer la noticia regresó a la hamaca y se vistió. En el pueblo entró en una tienda de telefonía y compró un dispositivo móvil, desde donde llamó a la compañía aérea para cancelar el vuelo a las Caimán y comprar un billete a Arizona. La operadora de la línea aérea le consiguió un pasaje en un vuelo chárter. Ese tipo de viajes eran más caros, pero la identidad de los pasajeros permanecía en secreto y la compañía aérea mantenía la privacidad sobre todo lo relativo a sus ocupantes. Los billetes para las Caimán los mantuvo en vuelo regular en clase turista, cambiando la fecha al tres de abril, solo un día después del partido con salida del aeropuerto internacional de Phoenix.

Ahora se llamaba Rick Salou y nadie sospecharía de él; podría ir donde quisiera y tenía dinero. Le gustaba aquel nombre, era un nombre de friki que le iba como anillo al dedo. Le dio sus datos y el número de tarjeta de crédito a la operadora y todo quedó resuelto en minutos. Disfrutaría esos días de la playa y el miércoles se iría a Arizona. Prefería viajar con tiempo, unos días antes del partido, para disfrutar de los preliminares de la final y hacer un poco de turismo por la zona.

Había suplantado la identidad de un viajante de seguros desaparecido durante un tornado en Arkansas. Era soltero y huérfano. Nadie lo echó de menos. Ni tampoco le dieron por muerto. Danny había conseguido la coartada perfecta para él. Rick Salou viajaría en primera clase a la capital de Arizona supuestamente por negocios. Nadie sospecharía que un tipo así tendría el menor interés en el partido. Rick tenía su domicilio en New York. ¿Qué interés podía tener un neoyorquino en un partido de baloncesto entre las universidades de San Francisco y Alabama?

A Jackie le encantaba la idea de hacerse pasar por otra persona. Alguien guapo y con un trabajo digno. No como él que siempre trabajó de peón de la construcción. Decidió comprarse también un par de trajes que metería en una maleta con el resto de su equipaje. A partir de ahora sería Ricky el guapo vendedor de seguros. Un tipo con una buena percha. Estaba emocionado y

solo pensaba en que su hijo ganaría la final. No había vuelto a sonreír desde que se enteró de la muerte de su hija, pero aquella noticia lo cambiaba todo. Él le había enseñado a Anthony a jugar al baloncesto desde niño. Le hacía ilusión verlo en la final.

Compró la entrada por Google para el partido. Estuvo tentado de coger un asiento en las primeras filas, pero escogió la fila catorce; desde allí tendría una mejor perspectiva de todo el campo. No quería estar demasiado expuesto a las cámaras, mejor pasar desapercibido. Si los federales sospechaban algo de que el carnicero de Yosemite se encontraría en el estadio de los Suns esa noche viendo el partido, podrían montar un dispositivo de búsqueda en pocas horas. Era imposible que lo localizasen. Habría más de diecisiete mil personas en las gradas en la final y nadie sospecharía de un vendedor de seguros de Nueva York que pasaba por allí.

Capítulo 42

Jueves, 30 de marzo de 2023

Le llaman la ciudad del sol con sus verdes campos de golf, su amplia red de autopistas gratis, sus enormes centros comerciales de carretera, las montañas de arena que la rodean, un laberinto de calles con aceras rodeadas de palmeras, los rascacielos acristalados del centro y las casas blancas de planta baja que se extienden por el desierto. El área metropolitana de Phoenix ocupa más de cinco mil kilómetros cuadrados. La urbe es sofisticada y ordenada con amplias avenidas bien comunicadas. Es un paraíso en medio de las montañas rojizas que la rodean. Un punto de parada obligada para el viajero que se dirige al cañón del Colorado, donde el buen tiempo casi siempre acompaña, pues el sol luce esplendoroso más de trescientos días al año.

En una enorme placa de piedra caliza están grabadas en rojo las palabras FBI PHOENIX DIVISIÓN 21711, junto a un espectacular cactus del tamaño de un castaño centenario. La fachada del edificio es de color arena con la línea de las ventanas en azul claro. A Jane Barret le reconforta el color de las vidrieras, le recuerda a las aguas transparentes de los glaciares en Alaska. En cuanto se instala con su portátil en la planta octava, saluda a su superior con un amago de sonrisa.

El agente Bruce Parker le estrecha la mano. Es un hombre atractivo con los cabellos rubios y la perilla bien perfilada. Bruce saluda también al agente Lobo, poniendo a disposición de ambos todos los medios posibles para cazar al carnicero de Yosemite. Jane se lo agradece, tienen mucho trabajo por delante, si pretenden atraparlo. Están revisando todos los vuelos de las líneas regulares a Phoenix desde todo el país. La lista de pasajeros es interminable. Otra cosa son los vuelos Chárter o privados, para ello necesitarán una orden judicial. Se supone que Jackie pudo escoger uno de ellos por ese motivo.

La orden se la deja encima de la mesa un rato más tarde el agente Bruce Parker. Una vez más es un caso de asesinos en serie, ello enerva a los jueces a la hora de acelerar las gestiones, a pesar del fallido intento de las compañías aéreas de mantener en secreto la identidad de los viajeros, los magistrados se aplican con ansia en complacer a los investigadores. Jane accede a la información, entonces el abanico de los vuelos se reduce en comparación con los regulares, el número de pasajeros también. Cinco agentes trabajan en elaborar una lista de ellos y otros tantos en buscar sus antecedentes penales. Hay cinco acusados de agresión sexual, doce detenidos por evasión fiscal y otros treinta fichados por delitos variados.

—Descartarlos a todos —ordena Jane Barret—. Nuestro hombre nunca ha cometido un delito. No puede figurar en ningún registro de la policía al respecto, ello llamaría demasiado la atención, pues además viaja con una identidad falsa que debemos tratar de averiguar. Buscad a todos los pasajeros con una edad comprendida entre los cuarenta y los cincuenta años, que no tengan antecedentes penales y que hayan aterrizado durante toda esta semana en algún aeropuerto cercano a la ciudad.

—De esa manera la lista se reduce a doscientas cincuenta personas. Todos varones, hemos descartado a las féminas, debido a que es poco probable que Jackie Turner se haya hecho una operación de cambio de sexo, aunque no lo descartamos —dijo en tono jocoso, comprobando los datos el agente Lobo.

—¡Mierda! Aun así son demasiados. Nuestro sospechoso es afroamericano, descartad a las

personas de otras razas —ordenó Jane.

—Buena idea jefa. No creo que haya muchos negros en este país que se puedan permitir viajar en un vuelo Chárter —apuntó Lobo emocionado.

—Esos comentarios no me interesan, limítate solo a los datos que te solicité —cortó tajantemente Jane a su subalterno.

Ella no era racista, lo único que pretendía era atrapar al asesino de Brenda. Jane era mestiza, medio india, medio europea. Su madre era medio inuit y su padre descendiente de un español y una alemana, aunque pasó la mayor parte de su vida en los Estados Unidos. Ahora a Jane no le quedaban muchos familiares vivos. Nadie que ella supiese por parte de su madre, pero si tenía un tío que residía con su hija en Paris y algunos familiares lejanos en España. Si un día se cansaba de trabajar en el FBI podía pedir una excedencia y solicitar la doble nacionalidad en España. Seguro que con sus estudios, no le costaría mucho aprobar la oposición e ingresar en el cuerpo nacional de policía con el grado de teniente. Era algo que se estaba planteando.

Su trabajo en el FBI era cada vez más arriesgado. En cada nueva misión su vida corría un serio peligro, ya que solo trataba con psicópatas muy peligrosos. Tal vez le vendría bien un cambio de aires. Le gustaba el mar Mediterráneo y la recortada costa de Galicia. En España podría empezar una nueva vida, junto a los pocos familiares que le quedaban dispersos por toda la península. Su padre le había enseñado a hablar muy bien el español y no tendría problemas para comunicarse.

—Tenemos cuarenta y dos afroamericanos. Es cierto que así la lista se reduce bastante —anunció al rato el agente Lobo, sacándola de sus pensamientos.

—Ahora buscaremos a los que midan sobre un metro ochenta. Puede que esto no nos sirva de mucho. Es posible que Jackie al tomar prestada una nueva identidad, en sus datos personales haya variado su estatura, aun así nos arriesgaremos —dijo Jane.

Los agentes comenzaron a buscar perfiles entre los seleccionados que tuvieran el peso y una altura similar a la de Jackie. Las oficinas eran amplias y abiertas, con largas mesas de cristal llenas de ordenadores. El suelo era de tarima y las patas de las mesas de acero inoxidable. A Jane le gustaba trabajar en espacios diáfanos como aquel, le daban más sensación de control y facilitaban las labores en equipo.

—Eso reduce los sospechosos a doce hombres. Tenemos a dos agentes inmobiliarios, un informático, dos profesores de la universidad, un veterinario, dos agentes de bolsa, dos reporteros de la BBC, un abogado y un vendedor de seguros —anunció Lobo.

—Bingo, tiene que ser uno de ellos. Comprobad sus licencias de trabajo, sus movimientos bancarios, llamadas telefónicas y redes sociales. Quiero saberlo todo: si pagan sus impuestos, sus hábitos diarios, donde cagan, con quién se acuestan, etc. Quiero esos informes encima de la mesa, mañana por la mañana —ordenó Jane.

—¡Ya habéis oído chicos a trabajar! —recalcó el agente Lobo.

—Me acompañas Liam, vamos a hacerle una visita al estadio de los Suns —propuso Jane.

—Genial. Allí jugó Charles Barkley y estuvo a punto de ganarle el anillo a los Bulls de Michael Jordán. En el pabellón tienen su estatua de cera en el salón de la fama, pues era el mejor jugador de los Phoenix en esa época. Es triste que no haya conseguido ganar ningún anillo, solo porque se tuvo que enfrentar al mejor equipo de la historia y entre sus filas los Bulls contaban además de con Jordán con Ron Harper, Scottie Pipen, Dennis Rodman y Luc Longley. A pesar de ello Barkley y los Suns estuvieron a punto de ganar el anillo varias veces.

—Sí, pero al final los Bulls se llevaron el gato al agua. De todas maneras en esa época, yo todavía no había nacido y prefiero a Stephen Curry que es mucho más guapo que esos dos —dijo

Jane en referencia a Jordán y a Barkley.

—Bueno eso no es justo, hoy en día Jordán y Barkley son unos viejos, nada que ver con Curry.

—No es cuestión de edad, simplemente, Curry me parece más interesante. Barkley era un bocazas y Jordán tenía algunos problemas con el juego. No me interesan ese tipo de personajes. En cambio Curry es un buen chico con cara de niño y ojos claros que lleva muchos años casado con su novia de toda la vida y tiene dos hijos. La mayoría de las chicas soñamos con alguien así —. Defendió Jane a su ídolo.

Accedieron a los ascensores y abandonaron el edificio federal para dirigirse al complejo deportivo del Footprint Center. El tráfico era fluido y había pocos semáforos. Una vez llegaron, dejaron el Toyota en el parking de las instalaciones y se dirigieron andando a la entrada del complejo. Enseñaron las credenciales a los vigilantes y entraron dentro del edificio. Era un enorme mole acristalada montada sobre una base hormigonada octagonal que albergaba varias tiendas de ropa deportiva como camisetas, chándales, pantalones, gorras, zapatillas, balones y tableros con canastas con el holograma del equipo de Phoenix grabado. Los pasillos eran amplios y para acceder a las gradas había que pasar obligatoriamente por las tiendas. Ello inducía al consumismo. Jane observó que había también prendas deportivas para chicas, supuso que serían del equipo femenino de baloncesto.

—Es posible que Jackie ya se encuentre en la ciudad y haya venido a ver los entrenamientos de su hijo —comentó Lobo.

—No lo creo. Los Dons no comenzarán a entrenar hasta mañana, dos días antes de la final, lo harán por turnos con sus rivales los chicos de Alabama —explicó Jane.

En los pasillos había pintadas de un Cadillac y cuadros con fotos de los jugadores más emblemáticos de los Suns. Subieron por una rambla eléctrica al pasillo central, desde el cual se accedía a las gradas. Estaba situado a media altura respecto a la pista de juego. Allí les esperaba el agente infiltrado como segundo entrenador de los Dons, Swann White. Swann sonrió abiertamente al ver a sus dos viejos amigos, juntos habían participado en varias misiones para el FBI y resuelto con éxito varios casos. El segundo entrenador se abrazó con Jane y Liam Lobo, antes de guiarles hasta la sala de cámaras del recinto deportivo.

—Aquí hay más de doscientas cámaras que controlan todo lo que sucede en el estadio. Cuándo tengáis un sospechoso, lo buscaremos el día de la final para detenerlo —explicó Swann.

—De momento tenemos a doce posibles sospechosos. Los estamos investigando, pero puede ser cualquier otro. Si ves a alguien raro merodeando durante los entrenamientos nos lo comunicas de inmediato, y les indicas a los agentes que tenemos camuflados dispersos por las gradas que lo detengan —dijo Jane dirigiéndose a Swann.

—De todas maneras, no creo que Jackie se arriesgue a visitar el estadio antes del partido; sabe que tenemos cámaras que lo graban todo y creo que no vendrá hasta el día de la final. Él cree que pasará perfectamente desapercibido entre la marabunta del público —dedujo Lobo.

—Los sospechosos son perfiles que han viajado en varios vuelos privados, pero puede que nuestro hombre lo haya hecho en un vuelo comercial o por carretera —explicó Jane.

—Si Danny Barker está detrás de esto, seguro que Jackie dispone de suficiente dinero para viajar en primera clase en un vuelo privado —dijo Swann.

—Los vuelos privados no tienen clases, eso solo ocurre en las compañías aéreas convencionales. En los vuelos privados, el lujo y las comodidades son las mismas para todos los pasajeros —aclaró Jane.

—Es verdad, tienes razón. A diferencia de la primera clase en que el viajero está expuesto a

las restricciones de las distintas líneas aéreas correspondientes, en los vuelos privados el lujo es un derecho y el cliente manda —aclaró Swann, tratando de enmendar su error.

—¿Qué tal están Anthony Turner y Samuel Lino? —preguntó Liam a Swann, cambiando de tema.

—Bien, dadas las circunstancias. He procurado mantenerlos aislados de los medios. Hablo mucho con ellos pero sin atosigarlos. No es fácil jugar una final, cuando acabas de perder a un hermano de tu propia sangre. Lindsay era muy importante para Anthony y Malcolm para Samuel. Los chicos intentan sobrellevarlo, dedicándole las victorias del equipo a sus hermanos que los apoyan desde el cielo. Eso los motiva bastante —contestó Swann.

Abandonaron la sala de las cámaras y circularon por el pasillo central caminando. Accedieron por una de las bocas abiertas al interior de las gradas. En el techo colgaba un videomarcador gigante con cuatro pantallas laterales y las camisetas con los números retirados de los jugadores de los Suns más emblemáticos, entre ellas figuraba la de Charles Barkley. Los asientos eran de cuero negro y en el centro del terreno de juego, destacaban las llamas de un sol rodeando a un balón de básquet que eran el emblema del equipo de la ciudad.

—Esto es enorme, esperemos detenerlo antes de que acuda al partido. Una vez dentro del estadio con tanta gente, será imposible atraparlo —observó Liam.

—Ya veremos. Jackie es imprevisible, tal vez ni siquiera venga a ver el partido y estemos montando todo este dispositivo de vigilancia para nada —dijo resignada Jane Barret.

Capítulo 43

viernes, 31 de marzo de 2023

Los agentes mostraron sus credenciales a la entrada del edificio federal. Liam se presentó a la reunión, vestido elegantemente, bien afeitado y con una cordial sonrisa en la boca. Jane Barret llevaba un elegante vestido de lino gris que le quedaba como un guante. El agente especial al mando, Bruce Parker lucía un traje oscuro de Versace y unos zapatos de ante a juego. Liam, Jane y el resto del equipo de agentes se sentaron a su alrededor en una enorme mesa de caoba a escuchar lo que tenía que decirles:

—Hemos revisado las identidades de los doce sospechosos y todo parece en orden. En principio ninguno de ellos parece tener ninguna relación con el baloncesto. En cuanto, a sus movimientos bancarios, hemos encontrado un caso con ciertas irregularidades. En la cuenta de Rick Salow se ha detectado un ingreso de origen desconocido de un montante total de seiscientos mil dólares. Una cantidad muy grande para un vendedor de seguros. Lo cual me parece bastante sospechoso y lo estamos investigando.

—Es una cantidad considerable, podría tratarse de nuestro hombre —saltó Jane Barret.

—Es posible, aunque en principio todo parece legal. El ingreso viene justificado como el pago por un seguro de vida a nombre de Arthur Barker el tío del sospechoso Danny Barker. Estamos revisando las cláusulas del contrato y no hemos detectado ninguna irregularidad. Puede que la presencia de Rick en el vuelo sea una mera coincidencia y no tenga nada que ver con el caso que estamos investigando —replicó Bruce.

—No puede ser, las coincidencias no existen en estos casos, tiene que haber algo más —protestó Jane.

—Hemos revisado sus redes sociales, todo está correcto. Rick no suele prodigarse en sus publicaciones, la última data de hace dos semanas. Rick Salow trabaja por su cuenta y es el socio mayoritario de la compañía aseguradora Perkins SL. Tiene otros dos socios minoritarios. Hemos contactado con ellos y, así, hemos encontrado alguna discordancia en su perfil.

»Rick viajó a Texas hace dos semanas, justo coincidiendo con su última publicación en Facebook, donde aparece en una foto en el lugar en que fue asesinado el presidente Kennedy. Es una zona muy visitada por los turistas y permanece marcada con una equis sobre el asfalto: si uno se gira y mira hacia arriba puede ver el último piso del edificio desde donde supuestamente Oswald le disparó al presidente.

»Es curioso que desde su viaje a Dallas, Rick no haya vuelto a ponerse en contacto con ninguno de sus socios. Algo que al preguntarles, a ninguno de ellos les ha extrañado demasiado, pues antes de irse les informó en la oficina que iba a firmar un acuerdo muy importante con el magnate del petróleo Arthur Barker y que luego se tomaría unos días libres —explicó Bruce.

—Es extraño que un socio mayoritario de una empresa desconecte tanto tiempo del trabajo y no se preocupe de llamar e informar a sus empleados del avance de sus negocios —objetó Jane.

—Eso pensé yo, pero según sus socios suele hacerlo a menudo. A veces el tal Rick desaparece una temporada y nadie sabe nada de él por un tiempo —aclaró Bruce.

—Demasiadas casualidades, puede que Danny se enterase por el propio Arthur de la firma de contrato para el seguro de vida de su tío y decidiese cargarse al verdadero Rick Salow para suplantar su identidad con la de Jackie Turner. O puede que Arthur y Danny estuviesen

compinchados y, de alguna manera, tío y sobrino organizasen todo el entramado para quitarse del medio a Lance y su hija Brenda —apuntó Jane.

—Esa hipótesis también la hemos investigado, pero la descartamos al indagar en las estrechas relaciones de Arthur con su hermano Lance, entre ambos siempre han existido unos lazos muy estrechos. Estudiaron en el mismo colegio en Dallas y siempre estuvieron muy unidos. Imposible que Arthur solo dos años mayor que Lance y siendo un hombre de moral inquebrantable como es, tuviese nada que ver con el supuesto complot organizado por Danny para librarse de parte de su familia.

»Hemos descubierto que en la tramitación de las cláusulas del seguro, Danny Barker figura como el único beneficiario en caso del fallecimiento del magnate, pues su tío Arthur no tiene descendencia directa y tras la muerte de Brenda, su sobrino figura como el familiar más próximo al asegurado —expuso Bruce.

—Entonces, seguro que Arthur dolido por las muertes de su hermano y su sobrina, decidió hacer un seguro de vida, dejando como único heredero a Danny —dijo Jane.

—Eso creemos. Es lógico, Arthur es viudo y socio mayoritario de una de las petroleras más potentes del país en Texas. Estaría asustado después de lo ocurrido a su hermano Lance y a su sobrina Brenda, por eso llamó a su sobrino Danny para comunicarle su idea de hacer un seguro de vida a su nombre con él como único beneficiario; tenemos registrada la llamada realizada dos días antes de que Rick viajase a Texas para entregarle a Arthur los documentos del seguro —dijo Bruce.

—Si Danny sabía lo del seguro, puede que realizase él todo los trámites por orden de su tío, tratando directamente con Rick. Luego le proporcionase el número de cuenta de la aseguradora para que Arthur realizase el ingreso y así todo este embrollo quedaría aclarado. Debemos localizar a Rick para que nos lo corrobore —expuso su teoría Jane.

—O puede que después de tramitar el seguro, Danny viajase en persona a Texas para quedar con Rick y liquidarlo. Como hizo con Malcolm Lino. Aunque ese asesinato tampoco podemos probarlo, para todos figurará siempre que Lance mató al propio Malcolm antes de caer también él muerto —añadió el agente Liam.

—Esa hipótesis no puede ser cierta, recuerda que llevamos mucho tiempo vigilando a Danny y no se ha movido de su mansión en Mariposa desde la muerte de su padre —replicó Jane a su compañero.

—Según la información de la que disponemos, Rick Salow estuvo en las oficinas de la petrolera con Arthur Barker en Dallas para la firma del contrato del seguro de vida del magnate. El ingreso de los seiscientos mil dólares en su cuenta tuvo lugar durante el momento de la firma, eso confirma la presencia de Rick en la ciudad texana. Desde entonces nadie sabe nada del vendedor de seguros. Rick desapareció del mapa hasta este lunes que se hospedó en un hotel de la ciudad costera de Lewes en el estado de Delaware para volar dos días más tarde a Phoenix en un vuelo Chárter —expuso Bruce.

—¿Qué diablos pudo estar haciendo Rick Salow en Delaware todo ese tiempo? —preguntó Jane.

—En ese estado hay más de cuarenta kilómetros de playas. Seguro que tras recibir el ingreso, Rick se tomó unos días de descanso —contestó Liam.

—En Delaware hay varias clínicas de cirugía plástica, algunas de ellas operan, en ocasiones, de manera clandestina, tras un previo pago de una importante suma de dinero, sin necesidad de registrarse previamente. Eso lo aprovechan muchos delincuentes para cambiarse la cara y suplantar otra identidad. Llevamos años tras ese tipo de centros pero nunca hemos logrado

probar nada. Es probable que Jackie estuviese ingresado en alguno de ellos y los doctores recibiesen la orden de restaurarle el rostro con unas facciones idénticas a las de Rick Salow —explicó Bruce.

—¿Entonces qué fue del verdadero Rick? —preguntó Liam.

—No lo sé. Tal vez falleció en alguno de los tornados que asolaron Texas esa semana, sigue habiendo cientos de desaparecidos —contestó Bruce Parker.

—Eso debió venirle de perlas a Danny para suplantar la identidad de Jackie Turner por la de Rick Salow —apuntó Jane.

—¿Y cómo sabes que Jackie estuvo en Delaware estos días atrás? —preguntó Liam de nuevo.

—Lo único que hemos hecho hasta ahora es seguir el rastro de su tarjeta de crédito, por eso sabemos que aterrizó en Phoenix el miércoles sobre las dieciocho horas y que piensa volar a las Caimán para continuar con sus vacaciones este lunes —contestó Bruce.

—Justo un día después del partido de su hijo —comentó Jane—. Lo tenemos, tiene que ser nuestro hombre, solo necesitamos una prueba de ADN para confirmar su verdadera identidad.

—¡Bien! ¡Emitiré una orden de detención contra él! En estos momentos se encuentra hospedado en el Hyatt Place cerca del estadio de los Suns. Debemos actuar con discreción, si huele algo raro puede tratar de huir. Podéis encargaros vosotros dos personalmente de detenerlo, antes acordonaremos la zona para que no escape. Esperaremos a que regrese a su alojamiento por la noche. El último pago con la tarjeta de crédito lo realizó ayer sobre las diez de la noche en la cafetería del hotel, antes estuvo en el teatro, por lo que sospechamos que esta mañana ha debido madrugar para visitar la ciudad y puede encontrarse en cualquier parte —dijo Bruce.

—¡Genial jefe! Así podré disfrutar de la cara que pone cuando le coloquemos las esposas en la cafetería del hotel, puede que antes lo invitemos a un wiski y tengamos una amigable conversación con él —dijo Jane guiñándole un ojo a su compañero el agente Liam antes de exhibir un tímido amago de sonrisa como una especie de gesto de complicidad entre ambos.

Capítulo 44

El hotel Hyatt Place se encuentra situado frente a un teatro de estilo renacentista con cien años de antigüedad de intrincados murales barrocos que recorren sus paredes exteriores. El Orpheum tiene capacidad para albergar a casi mil seiscientos espectadores y conserva sus butacas originales en madera, a pesar de la incomodidad, uno tiene la sensación de encontrarse en uno de los teatros clásicos más majestuosos de Viena.

La noche del jueves Jackie había asistido al estreno de una versión moderna de la clásica obra de Shakespeare Otelo. La obra le conmocionó al sentirse identificado con el personaje principal que mata a su esposa manipulado por Casio, al creer que lo estaba engañando con otro. Luego al percatarse de su error y descubrir que ella le era fiel, Otelo decide quitarse la vida.

Era posible que Danny también lo hubiese manipulado a él para deshacerse de Brenda y en el fondo la pobre muchacha era inocente de las acusaciones de su hermano. Jackie abandonó la sala consternado a la conclusión de la obra, pensando que él, quizás, también se merecía un final parecido al de Otelo.

N*o puede ser. Danny no pudo engañarme. Brenda se merecía la muerte, igual que ese estúpido de Otelo*.

Se arrepintió de alquilar una suite con vistas a la espléndida fachada del teatro que lucía unos rosetones que, a pesar de su increíble belleza, le daban un aspecto tétrico y le recordaban demasiado a los escenarios de Otelo. Era la primera vez en su vida que iba al teatro y seguro que sería la última. La cultura le revolvía el estómago y Brenda merecía estar muerta. Esa noche tuvo un extraño sueño con la muchacha. En el que Brenda era su esposa y Danny le ordenaba matarla por engañarlo con Malcolm. Jackie lo hacía empalándola en lo alto del roble, su sangre estaba por todas partes y se despertó apartando las sábanas para librarse de ella.

Al recuperar la conciencia, cayó en la cuenta de que allí no había ni una gota de sangre y que él nunca había estado casado con Brenda. Maldijo la silueta del edificio renacentista y corrió las cortinas para no verlo más. Por la mañana le diría a la dirección que lo cambiasen para otra habitación con vistas al otro lado de la ciudad. No quería ver el teatro por las ventanas, prefería ver las hileras de urbanizaciones rodeadas de montañas en la lejanía. Desayunó unas tortitas de maíz con huevos revueltos, un trozo grande de tocino y patatas asadas; una buena combinación para empezar bien el día.

La mañana estaba soleada y decidió dar un paseo por el centro. En el barrio viejo disfrutó de las vistas de varias mansiones antiguas, transitó por varias tiendas de arte pero las ignoró, pensando que la cultura no era lo suyo; algunos objetos de sus escaparates eran antigüedades y le daban mal fario como la obra de teatro de anoche. Tampoco se animó a visitar un museo de historia, seguro que la cultura indígena tampoco le sentaba bien. Aburrido de dar vueltas por la ciudad, tenía que buscar donde matar el tiempo antes del partido, todavía quedaban dos días para la final.

Pensó que le vendría bien respirar un poco de aire libre de la contaminación de la ciudad y contrató una excursión al Gran Cañón en una agencia. El autobús saldría sobre las once de la mañana y regresaría sobre las ocho de la tarde a la ciudad. Disfrutó de las magníficas vistas de la Curva de la Herradura, un meandro espectacular surcado por el río Colorado. El paisaje era increíble y las ardillas comían palomitas de maíz de su mano. Sintió la presencia astral de

Lindsay durante todo el trayecto, si todavía viviese aquel sitio le encantaría. La tierra rojiza le daba un aspecto lunar al lugar, parecía que se encontraba en otro mundo; tal vez acompañado de su hija.

Estoy aquí contigo mi niña, en el paraíso del Colorado. Yo también estoy muerto como tú o muy pronto voy a estarlo y nos reuniremos en este lugar para permanecer juntos para siempre.

Dejó volar sus pensamientos para que circulasen sin rumbo, arrastrados por el viento. Sacó un cigarro de la pitillera de plata y lo lio, mientras contemplaba los requiebros de la Curva de la Herradura. Entonces sacó un encendedor de bronce y lo prendió con manos temblorosas, aspiró el humo con fuerza, dejando que inundara sus pulmones, antes de exhalarlo con fuerza y observar cómo se elevaba hacia el cielo formando volutas circulares.

Llevaba mucho tiempo sin fumar, quizás demasiado para retomarlo ahora, por muy jodido que estuviera. La vida a veces golpeaba a uno con fuerza pero él nunca se rendiría.

Pronto volaría a las Islas Caimán para celebrar la victoria de su hijo Anthony en la final de la NCAA. Allí trataría de pasar página y olvidarse de aquella pesadilla. Al caer la tarde regresó al autobús y comenzó el trayecto de vuelta a la ciudad. Había disfrutado mucho de aquella excursión y de la compañía de las ardillas. Estaba animado y durante el trayecto entabló conversación con otro pasajero y el recorrido se le hizo más corto. Se despidió de él, al bajarse del bus y, caminó de regreso por las calles del centro hacia el hotel.

La luna estaba alta en el horizonte y las estrellas brillaban con fuerza a su alrededor por encima de los rascacielos, casi fundiéndose con ellos en el firmamento. Las luces de los edificios y las farolas de las aceras llenaban de colores las calles que de noche tenían un aspecto mágico. El sol había apretado con fuerza durante el día y a esas horas corría algo de corriente, por lo que sé puso la chaqueta para protegerse del fresco y decidió buscar un restaurante para cenar antes de regresar al hotel.

Capítulo 45

Había escogido un restaurante francés cercano al Orpheum. El magret de pato a la miel le sentó muy bien. La carne se deshacía en sus labios como las caricias de una amante. Felicitó al chef, dejándole una propina de cincuenta euros. Esa noche, Jackie estaba de buen humor, por lo que se animó a tomar una copa en la cafetería del hotel antes de retirarse a descansar. El diseño del local era minimalista, con grandes vitrinas de cristales transparentes, iluminados por luces leed que le daban un efecto fosforescente a las botellas del interior de los módulos, cuyo aspecto parecía distorsionarse, cuando alguien las miraba fijamente durante más de unos segundos. Algunos clientes comprobaban que ese efecto se multiplicaba al llevar unas copas de más encima.

Se sentó en un taburete alto de tela gris y pidió un wiski de doce años al camarero, apoyando los codos sobre la barra. Después de darle un sorbo, observó como una chica joven con cierto aire aindiado se sentó a su lado. Vestía elegantemente y llevaba desabotonados los botones de la camisa, adrede, para mostrarle el nacimiento de sus pechos. Algo dentro de él se encendió al verla. Se imaginó que sería una de esas jóvenes universitarias a punto de terminar la carrera que se prostituían para sufragar los gastos de sus estudios. No le importó, el aire puro del Gran Cañón había despertado su libido, y pensó que igual podría pasar una noche inolvidable a su lado.

—¿Está aquí de paso?—preguntó la joven, girándose hacia él y cruzando las piernas de manera seductora.

No le apetecía hablar mucho de cosas intrascendentes, pero tampoco pretendía ser grosero con alguien que pensaba llevarse a la cama por primera vez después de ocho largos años. La invitaría a una copa y una vez los dos estuviesen a tono, todo resultaría más sencillo, los efluvios del alcohol contribuirían a ello.

—He venido por negocios. Soy vendedor de seguros. ¿No necesitará un seguro de vida señorita? —preguntó, entregándole una tarjeta con su nombre impreso.

—Tengo yo cara de necesitarlo —respondió ella, visiblemente contrariada.

—No lo parece, pero debía de intentarlo. Perdóneme, deformación profesional, supongo —dijo Jack en una amago de disculpa poco convincente.

—Yo creo que puedo venderle algo mucho mejor por unos seiscientos dólares —dijo la joven, pasándose la lengua por encima de los labios de manera provocativa.

—Está bien, no regatearé el precio, si usted accede a tomarse antes una copa conmigo. Aunque le advierto que tengo unos gustos muy peculiares en la cama —aceptó Jack.

—Tomaré un wiski —dijo Jane, dirigiéndose al camarero—. Es cierto, por lo que he oído le encanta que le metan un palo por el culo y se lo saquen por el gaznate o, más bien, eso es lo que usted hace con sus víctimas señor Rick Salow —añadió leyendo su nombre de la tarjeta que le acababa de entregar—; o debería llamarlo Jackie Turner o por qué no Jack el Destripador o el carnicero de Yosemite como lo conoce todo el mundo por la prensa.

Jackie dio un salto en el taburete golpeándose una rodilla contra la barra de la impresión que le causaron las palabras de la agente federal. Se había quedado pálido, sabía que aquello era el final de su mascarada. Miró a los lados para sopesar sus posibilidades de huida, pero a aquellas

horas solo estaba el agente Liam, taponando con su enorme envergadura la única puerta de salida existente del local, aparte de ellos dos y el camarero. Lo habían cazado: no sabía cómo, pero lo habían hecho.

—Si estás pensando en huir, todo el edificio está acordonado, de ti depende que sigamos charlando, aquí, amigablemente, durante un rato mientras terminamos el wiski, o te espose y continuemos haciéndolo en comisaría un poco más tarde —propuso Jane.

—No sé de qué me habla, mi nombre es Nick Salow…

—Cállate Jack, basta una prueba de ADN para identificarte —interrumpió Jane con brusquedad—. Brenda era inocente, nunca le haría daño a nadie. ¿Por qué lo hiciste?

—Lo cierto es que lo hice porque tengo unos gustos sexuales muy retorcidos, imagínate lo que hubiera hecho contigo, si llegas a acompañarme a mi habitación —contestó Jack eludiendo su pregunta.

—No te creo, lo hiciste porque te lo ordenó Danny Barker, el cuerpo de la muchacha no tenía ningún signo de violencia sexual. Tú sabes como yo que él es el cerebro de toda la operación o cómo quieras llamarle a toda esta atroz sangría ¿Por qué lo proteges? —preguntó Jane.

Jackie eludió la pregunta y le dio otro pequeño sorbo al vaso. Sus ojos se movían intensamente del camarero a la barra y de esta al agente Liam, poniendo especial énfasis en no cruzar su mirada con ella.

—¡Fuiste tú la agente a la que casi mata mi hija! —exclamó de repente.

—Sí, fue ella —dijo la voz del agente Liam a su espalda—La bala le pasó cerca del cogote pero no le atinó; sin embargo yo no fallé: le acerté a su pequeña en el centro de la frente y le reventé el cerebro. Lo lamento, yo no tenía nada contra su hija, pero era su vida o la de mi compañera.

—La culpa la tuvo Danny Barker, él te ordenó matarme, casi lo consigue. De no ser por el agente Liam: su hija iba a dejar que me comisen esos malditos bichos —explicó Jane—. Aunque supongo que eso todo ya lo sabes por la prensa.

—Lo he leído. No pienso declarar en contra de Danny; si es lo que pretendes —dijo Jack dirigiéndose a Jane y mirándola directamente por primera vez—. Brenda y su padre no eran unos santos, elaboraron un plan para matarlo, por eso decidí deshacerme de ellos. Todo fue iniciativa mía, Danny no tuvo nada que ver con ello. La muerte del agente Glen y de los cuatro mercenarios fueron solo daños colaterales pero necesarios. Necesitaba a Malcolm libre para cargarle a él los asesinatos. El plan saldría perfecto: si vosotros no hubieseis metido las narices en mis asuntos. Ahora que ya me tenéis a mí, podéis limpiar la memoria del chico.

»Danny ni me ordenó, ni me sugirió nada, ni tampoco participó en ninguno de los crímenes. Lo hice yo todo por voluntad propia. Yo conseguí el veneno, adiestré a los glotones y entrené a mi hija con la cerbatana para sedarlos. Eso es todo lo que declararé ante el juez. Ahora no pienso hablar más, ya podéis ir buscándome un abogado.

—No tienes pruebas de que Brenda y Lance quisiesen matar a Danny; de lo contrario debes mostrárnoslas; sabes bien que Danny lo planeó todo para deshacerse de ellos y quedarse con toda la fortuna familiar. Os utilizó a ti a tu hija para lograrlo —insistió Jane.

—No es cierto. Danny estaba amenazado de muerte por su familia. Es verdad que no tengo pruebas de ello: no las necesito. Su palabra es suficiente para mí. Ahora ya puedes ir leyéndome mis derechos. Sé que nada me librará de la inyección letal por lo que he hecho, pero para salvar a Danny de esos dementes, volvería a hacerlo. ¿Qué sentido tendría para mí involucrarlo en toda esta mierda? —preguntó Jackie.

—Es cierto, quizás duermas más tranquilo pensando que Brenda y Lance se lo merecían, pero

si consigo probar lo contrario, seguro que cambiarás de idea —contestó Jane.

—No lo vas a conseguir, porque Danny es un buen chico y, como te dije antes, no tuvo nada que ver con los asesinatos de Yosemite. La decisión de terminar con las vidas de todos esos desgraciados fue solo mía. Ahora ya puedes esposarme. Hazlo tú, no quiero que me toquen un pelo las manos de ese cerdo que disparó contra mi hija —replicó Jackie en referencia a Liam, bebiéndose lo que quedaba en el vaso de golpe.

La agente Jane le leyó sus derechos y le colocó las esposas, avisó a los federales para que se lo llevaran de allí y se sentó tranquilamente a beber el wiski que había pedido. A su lado, el agente Liam la observó en silencio. Los dos sabían lo que venía a continuación: Jackie Turner sería extraditado al estado de California y condenado a muerte por los siete empalamientos mientras Danny Barker saldría de rositas. El sistema judicial estaba diseñado de manera que los más grandes cerebros criminales de la historia evitasen, constantemente, poner un solo pie en la cárcel. Las condenas solían caer siempre sobre sus gregarios.

En una sociedad fragmentada por distintos ideales políticos o sociales, que llevan a la humanidad a enfrentarse constantemente entre sí, se crea un escenario perfecto para acometer toda clase de crímenes horrendos, enmascarados, por una mentira que busca en el fondo que unos pocos alcancen la cúspide a consta de la vida de otros. Para Jane, el problema no solo es la fragmentación de la sociedad, quizás influye en mayor medida la segmentación de sus distintos estamentos, claramente marcados en todos los sectores de la misma; donde cualquier elemento subversivo puede convertirse en un líder con sus acérrimos seguidores que acatarán sus órdenes, ciegamente, sin plantearse siquiera la legitimidad de las mismas.

Era cierto que Danny Barker tenía madera de líder y no dudó en deshacerse de lo que le estorbaba para alcanzar la cúspide de la pirámide de manera premeditada, convirtiéndose en uno de los hombres más ricos del mundo. Y todo lo hizo sin, apenas, mancharse las manos de sangre, para que hacerlo, si alguien que lo venera lo hace por él. Jackie nunca dejaría de ser un seguidor y Danny su líder. Lo mismo ocurre en las redes sociales con los influencers o entre los aficionados al deporte con sus estrellas o entre los fanáticos de un partido con sus líderes políticos.

La gente es altamente manipulable: los soldados van a la guerra a disparar y no piensan en las vidas destrozadas por las balas, ni en los niños desmembrados a consecuencia de las minas o las vísceras de los civiles desparramadas por las aceras a consta de las detonaciones. Participar en cualquiera represalia de carácter político, militar o familiar como en el caso que nos compete, tiene consecuencias muy crueles en las que siempre muere gente inocente.

Lo malo de esta segmentación de los distintos estamentos de la sociedad es que siempre asumen las peores consecuencias, los miembros de los estamentos más bajos. Ellos realizan el trabajo sucio. En el caso de una confrontación bélica, el que se expone al fuego enemigo es el soldado, nunca los jefes de las fuerzas armadas, ni el político de turno que permanece a resguardo de las balas en su guarida a cientos de kilómetros del conflicto, y aun por encima, tiene la desfachatez de enviar a otros a morir por él. En el caso de un empresario, narcotraficante, mafioso y manipulador como Danny Barker, lo hacen sus súbitos que matan en su nombre por lo que creen una causa justa. Jane se pregunta: ¿Cuántos más miembros de la lista Forbes habrán hecho algo parecido para lograr sus objetivos? Prefería no saberlo, para no perder la poca esperanza que le quedaba en la especie humana.

—¿Qué vas a hacer ahora que todo terminó? —preguntó Jane.

—Creo que me quedaré para ver la final, luego regresaré a Los Ángeles para continuar con mi trabajo de detective —contestó Liam.

—Entonces, yo también iré a ver el partido contigo. Luego regresaré a Harvard, después de terminar criminología estoy haciendo una especialización en victimología, creo que me puede ayudar a resolver antes los casos —dijo Jane.

—Siento que no hayas logrado atrapar a Danny, pero en el fondo sabes que es intocable. Igual que la mayoría de la gente rica del país. Es demasiado poderoso para poder meterle mano. Lo mejor es que lo olvides —aconsejó el agente Liam.

—Tú tienes suerte, mañana te rescindirán el contrato y podrás volver a la vida civil: para investigar a la gente adúltera de Hollywood. Pero yo seguiré al pie del cañón, esperando a que ese cabrón cometa un error y entonces le caeré encima como una Pitón —dijo Jane.

—No lo hará, porque Danny es un líder con carisma como lo era su padre, que el único error que cometió fue confiar en su hijo. Esa gente nunca se ensucia las manos, no lo necesitan, otros lo hacen siempre por ellos —dijo Liam en clara alusión a Jackie y Lindsay.

—Tienes razón, creo que Danny es de esos tipos que lo tienen todo demasiado estudiado y no cometen errores. Debe tener algún código por el que se rige a la hora de planear sus crímenes, por eso nunca corre riesgos, ni deja huellas. Se trata de un cerebro privilegiado, una vez conseguidos sus objetivos, puede que se centre solo en sus negocios. Al fin y al cabo, ahora ya tiene todo lo que desea, para que correr más riesgos —dijo Jane.

—En realidad, él nunca ha corrido ninguno; utilizó a Jackie y a su hija para conseguir sus objetivos, casi sin disparar un solo tiro, salvo en el caso de Malcolm Lino que lo mató en defensa propia y ni siquiera eso podemos probar —explicó Lobo.

—Bueno, al menos hemos cogido al Hombre Quemado y a la Chica del Árbol, los dos autores materiales de los crímenes. Ya sabes a los verdaderos cerebros de los crímenes, solo los atrapan en las películas o en las novelas de ficción. En la realidad siempre salen libres de las fauces de la justicia: es como si se escondiesen dentro de una bola de cristal. Son líderes natos que permanecen en la sombra. Lo mismo que ocurre con los jefes de las mafias, solo atrapamos a sus lacayos, ellos son intocables —dijo Jane, dando un sorbo corto al wiski.

—Sabes que odio la malta —añadió al terminar el trago.

—¿Por qué no pediste otra cosa? —preguntó Lobo.

—Bueno, lo hice por confraternizar con Jack, cuando estaba interpretando el papel de chica de compañía —contestó Jane.

—Tampoco es que esté tan mal, es un Chivas de doce años, lo que pasa es que tú estás acostumbrada al sabor del ron que es más dulce y baja más rápido —comentó Liam.

Jane asintió antes de darle un nuevo sorbo a la bebida, Liam Nelson o el agente Lobo como lo conocían todos tenía razón, pero ella nunca sería una buena bebedora de wiski, para ayudarle a bajarlo pidió un agua con gas y la mezcló con la bebida. Liam pidió un coctel de ron con margarita y piña colada. Jane le lanzó una mirada cargada de intención y Liam aceptó cambiarle la bebida a su compañera. Aunque el agua gaseada le pareció que deterioraba el wiski, se percató que a pesar de ello, la malta no perdía de todo su esencia. Eso era lo mejor, pensó. Mientras observaba a su jefa disfrutar del coctel. El wiski no estaba hecho para todo el mundo, aunque Liam prefería a las personas que lo bebían, solían tener una personalidad muy marcada, sabían lo que querían y eran fieles a sus principios. Por eso creía que Jackie nunca delataría a Danny, por mucho que los federales lo presionasen, si lo hiciese, todo lo que había hecho para ayudar al nuevo magnate del transporte, no serviría para nada y su vida no tendría ningún sentido. Liam sospechaba que otro de los motivos para protegerlo: era que Lindsay estaba enamorada de Danny cuando la mataron y él no podía traicionar los sentimientos de una hija muerta, delatando al que podía haber sido su futuro yerno.

Capítulo 46

Domingo, 2 de abril de 2023

La agente Jane mostró el código QR en la pantalla de su iPhone a los empleados de controlar el acceso al estadio, que lo escanearon, antes de flanquearle el paso a las instalaciones interiores, donde jugaban los Phoenix Suns habitualmente —el equipo que representaba a la ciudad en la mejor liga de baloncesto del planeta—. Esa noche era especial, los Suns no jugaban, pero su estadio albergaría una de las finales más imprevisibles de toda la historia de la NCAA.

El agente Liam la acompañaba por el amplio hall de la entrada que comunicaba amplios pasillos con lujosas tiendas de marcas deportivas a las que se accedía por unas escaleras mecánicas. Todavía faltaba media hora para el comienzo del partido y Jane se entretuvo probando unas zapatillas deportivas de Nike, cuyo precio le pareció excesivo; aunque podría permitirse el capricho de comprarlas, no se decidió a hacerlo; también le vendrían bien unas sandalias de la marca Skechers con suela vibrante, pero pensó que no le serían muy prácticas para caminar por el monte, pues podrían entrarle piedrecillas o tierra que arrastrase algún carracho: odiaba esos bichos asquerosos que le podrían envenenar a una la sangre.

El agente Liam le comentó que cuando comenzó a caminar por el monte, no tenía dinero para unas botas de Gorotex y llevaba unas sandalias en verano que le mantenían los pies muy frescos y nunca le mordió ningún bicho. Lo malo era que si pisaba sobre unas ortigas, le picaban mucho los pies y le salían ronchas en la piel, pero cuando le ocurría, buscaba entre las hierbas unas hojas de menta, y las frotaba contra el pie y pronto le aliviaban el prurito. Jane desestimó adquirirlas de momento, debido a que solo le parecían prácticas para usarlas en la ciudad y tampoco le pegaba llevarlas a clases en Harvard, pues sus compañeros de master la podían tomar por una hippy o lo que era peor, echarle en cara que le olían mal los pies. Liam le dijo que en Boston la gente era muy snob, demasiado pizpiretas para utilizar sandalias.

A Jane le encantaba caminar descalza sobre la hierba del campus, muchos de sus compañeros la criticaban por ello, pero a ella la relajaba y pensaba seguir haciéndolo, dijeran lo que dijesen. En realidad comenzaba a estar harta de que la sociedad le pusiese límites: como si le apetecía salir a correr por las calles que rodeaban el campus universitario con las tetas al aire. Estaba en su derecho. Los bostonianos eran demasiado puritanos. A menudo los chicos salían a correr sin camiseta y no pasaba nada: ¿Por qué no podía hacer ella lo mismo? Solo se trataba de sus tetas, ni prótesis, ni nada de silicona, solo glándulas mamarias naturales, sin implantes, ni mierdas de esas.

—Si sales a correr sin sujetador, seguro que unos cuantos edificios históricos de Harvard se vienen abajo —comentó Lobo—. Yo no quiero estar allí para verlo.

—Cuando una cantante enseña las tetas encima del escenario se arma un revuelo en los medios y recibe muchas críticas e incluso amenazas de muerte en las redes; en cambio, si lo hace un hombre, no pasa nada. No me parece justo.

—Es cierto, pero nosotros no provocamos movimientos sísmicos —apreció Lobo bromeando.

—¡Tonto! —exclamó Jane—. Todo es culpa de la falsa moralidad religiosa que hay implantada en la sociedad.

—Sí claro, tú quítate la camiseta durante el partido y ya verás: si las gradas se desploman habría que evacuar a miles de heridos.

—Que gracioso. Yo lo haría, de no ser que llevo sostén.

—Pues menos mal jefa, porque podría marearme con tanto vaivén —bromeó de nuevo Liam.

—¡Eres idiota! —exclamó Jane sonriendo—¡Vamos a ocupar nuestros asientos antes de que comience el espectáculo!

Antes de acceder a las gradas compraron un cartón de palomitas gigantes y dos vasos de Coca-Cola con hielo y una pajita. Los dos se sentaron entre la afición de los Dons, Jane pudo observar cómo dos filas más arriba se encontraban Shania y sus tíos, Stan y Briana. Un poco más arriba reconoció a Elisabeth. A su derecha estaban sentados sus padres, el reverendo Benny Gordon y su esposa Eva Barker. A su izquierda distinguió a Danny que se había saltado el luto por su padre y su hermana para ver el partido.

Una vez detuvieron a Jackie Turner, las autoridades habían ordenado cerrar el caso. Culpándolo a él y a su hija de todos los crímenes de Yosemite y eximiendo a Malcolm Lino de cualquier implicación en ellos. De poco le serviría al pobre, ahora que sus huesos estaban pudriéndose en el cementerio. Los sepelios por Lance, Malcolm y Lindsay tuvieron lugar en la iglesia parroquial de Mariposa a principios de semana —una vez que los técnicos forenses habían terminado de diseccionar los cadáveres durante las autopsias— oficiados por el reverendo Benny Gordon.

Benny pidió permiso a su sobrino Danny para celebrar los tres entierros juntos. No quería que rivalizasen en atención mediática, por lo que Danny estuvo de acuerdo. Todo lo demás fue un paripé, Asunción la viuda de Lance rompió en llanto varias veces durante la ceremonia. A los presentes le pareció exagerado, la quimio la había dejado sin pelo y llevaba un pañuelo negro cubriéndole la cabeza, por lo que ignoraban: si en realidad lloraba por el esposo muerto, famoso por irse de putas con sus empleados, cada vez que cerraba un buen negocio, o lo hacía por culpa del cáncer que la estaba devorando por dentro.

Danny Barker sentado en el banco más cercano al altar, al lado de su prima Elisabeth, permanecía impertérrito como si nada de lo que sucediese fuese con él. Solo las lágrimas derramadas por Emma Acosta, la madre de Samuel, por su hijo Malcolm parecían reales. Eduard el padre permaneció en silencio, hacía tiempo que había dado a Malcolm por perdido. Samuel trataba de calmar a su madre, mientras luchaba por contener sus propias lágrimas, no quería dar síntomas de debilidad delante de ella. Lo importante para él era consolarla en un vano intento de evitar que continuase sufriendo por la pérdida de su hijo.

Al finalizar los funerales, Elisabeth Gordon se trasladó a la mansión de los Barker para cuidar de su tía. Asunción estaba muy enferma, por lo que requería toda su atención. También estuvo pendiente de Danny, al que todo aquello parecía no afectarle. Elisabeth pensó que cada uno llevaba el dolor a su manera, por lo que, en principio, no se entrometió en lo que no le importaba. Su prima Brenda le había advertido una semana antes de ser asesinada, que su hermano Danny estaba muy raro, equidistante, como si sintiese una especie de aprensión hacia ella. Apenas le hablaba al encontrárselo en casa, Brenda ignoraba el motivo por el que se encontraba últimamente tan esquivo con ella. Eso desconcertó a Elisabeth.

Cuando conoció la noticia por la policía federal de la muerte fortuita de su tío a manos de Malcolm Lino, tras un tiroteo perpetuado entre ambos, comenzó a sospechar que algo no encajaba. Luego se enteró por la prensa del complot dirigido por Jackie Turner y su hija Lindsay para matar a su prima Brenda y pensó que alguien tuvo que haberles ayudado. La actitud de Danny en la iglesia le hizo sospechar. Su frialdad no era normal. Elisabeth sabía por Brenda que Danny se ausentaba a veces del trabajo para internarse en el bosque. ¿Cómo podían solos Lindsay y Jackie perpetuar semejantes crímenes? La policía no encontró indicios tras registrar

los dos contenedores de la participación en los crímenes de nadie más.

Pero sobre todo a Elisabeth le extrañó una cosa: Danny siempre guardaba su moto de nieve en el garaje y desde la muerte de su padre había desaparecido de repente. Al preguntarle por ella, Danny le contestó que la había vendido. Elisabeth se percató de que le ocultaba algo. Seguro que la uso para acompañar a su padre a la montaña. Entre los dos localizaron a Malcolm que disparó sobre Lance, antes de que Danny lo matase. Luego algo asustó a su primo, puede que temiese que alguien lo viese y localizase el vehículo por la matricula, por eso decidió deshacerse de la moto.

Elisabeth sabía que Danny estaba muy orgulloso de su moto, por lo que nunca la vendería, a no ser que pudiese traerle problemas con la justicia. Algo muy grave debió ocurrir para que lo hiciese. Si Danny había matado a Malcolm era posible que pudiese haber tenido algo que ver con la muerte de su hermana. El que mata una vez puede hacerlo varias. Eso estaba claro para ella. Elisabeth conocía bien a Danny y siempre le pareció muy reservado; además de un poco envidioso respecto a las posesiones de su hermana. Ya desde niños solía romperle las muñecas a Brenda, pero de ahí a asesinarla había un trecho.

Su tía Asunción empeoró y prácticamente no se movía de la cama. Sabía que le quedaba poco de vida, por lo que no quería pasar en un hospital sus últimos días. Rechazó recibir más sesiones de quimio, cuando los médicos le aseguraron que ello solo contribuiría a alargar su agonía. Estaba tan enferma que comenzó a hacerse sus necesidades encima. Elisabeth cansada de lavar las sábanas, le puso un pañal y se lo cambiaba varias veces al día. Si la cosa se prolongaba demasiado, le pediría a su madre que se encargase de los cuidados de su cuñada, para que ella pudiese regresar a la universidad. Eva Barker no había vuelto a cambiar un pañal desde que tuvo a Elisabeth, le fastidiaba estropearse la manicura con la caca. Su madre era demasiado estirada para encargarse de Asunción, pero debería hacerlo, pues Elisabeth tenía que regresar a la universidad el lunes después de la final de la NCAA para preparar varios exámenes. Danny había contratado a una enfermera para que se ocupase de su madre, mientras ellos se trasladaban a Phoenix a ver el partido. No quería que su prima se saltase más clases para cuidarla y tampoco veía a su tía capacitada para hacerlo, conocía a Eva y sabía que estaría más preocupada de evitar que se le estropease el maquillaje, que de cubrir las necesidades de una persona dependiente.

Las gradas estaban llenas, unas diecisiete mil almas abarrotaban el estadio. Danny Barker también reconoció a la agente Jane Barret y a su compañero Liam Lobo, un par de filas más abajo de donde se encontraban Shania y su familia. No le gustó verlos allí. Creyó que tras cerrarse el caso, habrían regresado a sus hogares. Al principio, pensó en no acudir al partido por precaución, pero cuando se enteró de que atraparan a Jackie, cambió de opinión. Sabía que el Hombre Quemado nunca lo delataría, por ese lado estaba tranquilo; y la gente celebraba su captura en todas las partes.

Sabía que los federales no tenían nada contra él, por eso, Danny decidió levantarse y se acercó para darle la mano a la agente Jane. Cuando lo hizo, Jane le susurró al oído que su secreto estaba a buen recaudo —se refería a lo de la muerte de Malcolm— quería que Danny se confiase y creyese que ellos estaban de acuerdo en que todo el mundo creyese que fue Lance quien lo mató y no el propio Danny como había sucedido. El joven sonrió al escucharlo. Era guapo, parecía todo un caballero, vestía elegantemente con un traje de lino gris, y nada en él hacía sospechar que se tratase de un asesino.

—Gracias agente, lo ocurrido fue una tragedia. Me alegro de que hayan encontrado al verdadero culpable —comentó Danny en referencia a Jackie.

—De nada. Me alegro de verte, disfruta del partido —dijo Jane, poniendo la más falsa de sus

sonrisas.

Lo que Danny ignoraba era que Elisabeth se había encontrado con ella hacía unas horas en las oficinas federales para entregarle un Pendrive con información que ella había sustraído del ordenador de su primo, mientras él estaba ausente para hacer algunas gestiones en el pueblo. Por la mañana pondría las nuevas pruebas a disposición de un juez federal para reabrir el caso y proceder a la detención del joven magnate del transporte, en cuanto, procediese. No quería armar un espectáculo allí con una detención cautelar, porque Danny no sospechaba nada y no había ningún riesgo de fuga. De otra manera podía solicitar un abogado y deshacerse de pruebas que lo incriminasen y todo sería más complicado. Aunque Jane sabía que tenía suficiente información como para encerrarlo de por vida, aun así, ignoraba lo que podían encontrar en su casa tras un registro más exhaustivo que el que realizaron la primera vez, cuando él ni siquiera era sospechoso de los crímenes cometidos.

Adivinar la contraseña del ordenador de su primo, no resultó complicado para ella. Elisabeth lo conocía bien y sabía de su desmesurado ego. Marcó los dígitos de la fecha de nacimiento de Danny y voilá. Jane se pasmó de cómo alguien tan meticuloso a la hora de ejecutar un crimen, lo pudiesen pillar por una obviedad tan simple. Elisabeth entró en su correo electrónico y puso ricina en el buscador. Encontró varios correo de compras de las semillas que utilizó Lindsay para envenenar a sus víctimas con los dardos. Los reenvió a su correo y descargó las facturas en un Pendrive. Hizo lo mismo con la palabra cerbatana y descargó también la factura de compra. Repitió la operación con la palabra montacargas y descargó su correspondiente factura, eso lo relacionaría directamente con el contenedor enterrado. Luego borró los correos reenviados de su buzón de salida, para no dejar rastro de su presencia allí. Al terminar de cargar todos los datos en el Pendrive, apagó el ordenador y dejó todo como estaba, antes de abandonar su despacho con sigilo.

Se dirigió a la habitación que ocupaba en la casa y guardó el Pendrive en un bolsillo interior del forro de su cazadora de cuero y lo cerró con una cremallera casi invisible a la vista. A continuación regresó junto a su tía Asunción para darle la cena y cambiarle el pañal. La medicación le estaba sentando mal y le produjo diarrea, por lo que Elisabeth tuvo que esmerarse para dejarla bien limpia, antes de darle la crema en las zonas íntimas para evitar que se le irritase la piel.

Danny se equivocó al creer que era él la única persona de la familia capaz de fingir, Elisabeth continuó sonriendo a su primo, cada vez que coincidían en la casa como si no supiese nada. La historia de los envenenamientos con los dardos emponzoñados de ricina estaba publicada en la prensa, Danny debió borrar los correos, tal vez lo hizo, pero no fue suficiente. Es posible que el buscador los rescatase de la papelera de reciclaje de su ordenador y Elisabeth diera fácilmente con ellos. Eso ya no importaba, Jane Barret sabía que lo tenían, esperaría a que un juez federal emitiese una orden de registro de la mansión de los Barker, antes de proceder a la detención de su hijo pródigo. Sabía que los domingos los magistrados no trabajaban, por eso se relajó y se dispuso a disfrutar del partido.

Evitó cruzar la mirada con Elisabeth para que Danny no sospechase nada. Entre las dos tenían un secreto que pronto sería desvelado al mundo y causaría estupor entre la prensa mediática. Jane le agradeció el gesto a Elisabeth, antes de que la prima de Danny abandonase las instalaciones federales. Si no llega a ser por ella, Jackie Turner cargaría con todas las culpas de lo sucedido. Lo más seguro sería que ahora fuesen dos los que recibiesen la inyección letal. El estado de California no suele revocar ninguna condena en estos casos. El único con poder suficiente para hacerlo es el gobernador. En la época en que ocupó el cargo, Arnold Schwarzenegger no revocó

una sola pena de muerte. Ni siquiera a un condenado por ordenar el asesinato de tres personas que estaba muy enfermo. Era diabético y tuvo que ser conducido casi ciego en una silla de ruedas a la sala de ejecución. Nada salvaría de la muerte a Danny Barker por ordenar los crímenes de Yosemite, ni a Jackie Turner por ejecutarlos a la perfección con crueldad extrema. Jane no se alegraba de ello pero ella no dictaba las leyes, solo se encargaba de atrapar a los malos.

Decidió centrarse en el espectáculo y olvidarse del caso por el momento. Los jugadores de ambos equipos habían salido a calentar a la cancha. Los chicos de San Francisco vestían su clásico uniforme verde con franjas amarillas en los costados, sus rivales de Alabama iban de blanco con franjas rojas que los diferenciaba claramente de los Dons. Había treinta y seis cámaras de televisión para retrasmitir el partido en directo. Todo estaba preparado para que comenzase el espectáculo.

El entrenador Harlan no paraba de dar instrucciones a los suyos, junto a su ayudante Swann. Anthony Turner, Samuel Lino, Arnie Jone, Bob Green y André Miller, completarían el quinteto titular que saltaría primero a la cancha para defender los colores de los Dons. Los cinco formaron una fila y comenzaron a correr botando el balón hacia canasta para intentar dejar una bandeja. Luego realizaron unos estiramientos sobre el parqué para desentumecer las piernas. Antes de salir del túnel de vestuarios, la imagen de los jugadores con el dorsal a la espalda fue proyectada en las cuatro pantallas del gigantesco video marcador del estadio. Según iban saliendo a la cancha, Samuel y Anthony fueron los más ovacionados. Todo estaba preparado para dar un magnífico espectáculo.

Antes de comenzar el partido, Jane se acercó a saludar a Shania Turner que, llevaba un peinado a lo afro con una mata de pelo descomunal. Le confesó que estaba triste tras la muerte de su hermana Lindsay. No entendía cómo podía haberle ayudado a su padre a asesinar a Brenda y a los demás. Estaba muy sorprendida. Nunca pensó que ambos sobreviviesen al incendio. Le dio dos besos a Jane, sabía que ella solo había hecho su trabajo. Se alegraba de que la agente federal se encontrase bien y lamentaba que su hermana muriese prácticamente en sus brazos al intentar matarla. Lindsay solo era una menor, de ninguna manera podía ser responsable de lo ocurrido. Jane lamentaba profundamente su pérdida. Shania entendía que no les quedó otro remedio que volarle los sesos.

—Era su vida o la mía. Vuestro padre no se portó bien al esconderse con una niña de siete años en el monte tras el incendio y abandonaros a vosotros, dejándoos en manos de vuestros tíos. Además de negarle la oportunidad a Lindsay de asistir al colegio y llevar una vida normal como cualquier chica de su edad. El aislamiento los volvió a ambos unos monstruos. Lindsay quería mucho a vuestro padre, que se aprovechó de ella para que le ayudase a cometer esos horrendos crímenes —explicó Jane.

—Es cierto. Lo de mi hermana fue horrible. Ella no merecía acabar así —expresó Shania compungida.

—Lo siento, mi compañero nunca quiso hacerle daño a tu hermana —apuntó Jane.

—No tienes por qué disculparlo, si no llega a ser por él, tú no estarías viva —refutó Shania.

—Gracias, me alegro mucho de que lo comprendas —dijo Jane

—Claro que lo entiendo, te agradezco el detalle de venir a explicármelo, no era necesario, tú solo hacías tu trabajo.

—Ojalá que tu hermano levante hoy el trofeo de campeón —dijo Jane en alusión a Anthony.

—Seguro que va a conseguirlo. No tengas ninguna duda ¬—dijo Shania con un cierto deje de orgullo en la voz.

—Eso espero, nos vemos guapa, te dejo que disfrutes del partido —dijo Jane, despidiéndose

de ella y regresando a su asiento junto a su compañero.

Capítulo 47

Las animadoras agitan los pompones con intensidad. La incertidumbre invade a la multitud cada vez que alguien lanza a canasta y las luces del marcador parpadean cambiando de dígitos para poner por delante a alguno de los contrincantes. El partido está muy igualado. Samuel siente como millares de ojos están clavados en él, siguiendo cada uno de sus movimientos en el parqué, cuando recibe el balón de espaldas a la canasta. Lo bate con fuerza contra el suelo. El defensa rival no le cede ni un centímetro. Arnie acude al rescate para hacerle una pantalla, solo así, logra liberarse de su marcador, pero otro par de brazos se agitan a la altura de su pecho para estorbarle.

Las ayudas defensivas se suceden en ambos equipos, ello dificulta encontrar una buena posición de tiro. Las defensas se imponen a los ataques, son muy presionantes, a Samuel no le queda otra que tratar de acercarse —interponiendo la espalda entre él y su rival— a la zona para lanzar un gancho contra tablero —antes de que finalice el tiempo de posesión¬— que sale despedido fuera después de girar dos veces alrededor del aro. El rebote cae una vez más, sobre los largos brazos de Quirke, un gigantón de dos metros catorce que lleva el récord de rebotes y tapones en la competición. El partido es un drama para los de San Francisco, en el juego interior los chicos de Alabama tienen ventaja, con dos torres como Quirke y Ansel bajo aros, todo juega a su favor; continúan invictos, tanto en las eliminatorias estatales como en Play off y son los claros favoritos para hacerse con el título.

El primer período termina con cinco puntos de ventaja para Alabama. En el segundo los chicos de San Francisco ajustan la presión y logran robar algunos balones que resultan determinantes para igualar el marcador. Si consiguen que Quirke y Ansel no reciban la pelota, cómodamente, cerca de la zona, tienen alguna posibilidad de ganar el partido. De todas maneras se están cargando de personales manteniendo esa presión asfixiante sobre el rival: el entrenador de Alabama lo sabe y le seduce ese juego de desgaste que les dará a los suyos una clara ventaja en los minutos finales.

El base de Alabama es un tipo lento y fortachón, pero mueve el balón con seguridad y progresa adecuadamente por el terreno de juego. Anthony trata de adelantarse a sus movimientos para robarle la pelota. Lo consigue en un par de ocasiones y los chicos de San Francisco se ponen por delante a falta de diez minutos para el final. Desesperado, el entrenador de Alabama les pide cabeza a los suyos durante un tiempo muerto.

Alabama 52
San Francisco 54

En cambio, en el banquillo rival, Harlan los incita a presionar todavía más en defensa. Les pide que lo den todo en cada pelota suelta, que se lancen de bruces contra el suelo: si es necesario para interceptar un pase.

Al reanudarse el partido Bob roba un balón que iba destinado a Quirke y le pasa la bola a Anthony que, la esconde y sale lanzado al campo contrario para iniciar una nueva jugada ensayada. Los partidos en la NCAA constan de dos periodos de veinte minutos cada uno. Cada segundo cuenta y cada canasta, en ocasiones, cuesta sudor y lágrimas. Anthony lanza un pase por

la espalda para su compañero Miller que le cuelga el balón a Arnie en el poste bajo. Arnie amaga con un lanzamiento, deja que su defensor vuele para aprovechar la finta, y rompiéndole la cintura con un tremendo salto: realiza un mate a una mano ante el gigantón Quirke que lo observa impasible bajo canasta. El pabellón se viene abajo es la hora de romper el partido, contra todo pronóstico, los chicos de San Francisco se colocan cuatro puntos arriba.

El base de Alabama avanza hacia canasta, dejando una bandeja que no entra, pero Ansel aprovecha su envergadura para palmearla dentro. En la siguiente jugada Samuel falla un triple y en el siguiente ataque Quirke iguala la contienda.

El partido se atasca y se suceden las faltas personales. A un minuto del final, después de lanzar ambos equipos varios tiros libres: el marcador señala 62-62. La pelota es para Alabama, el público chilla en sus asientos, el ambiente es irrespirable, Quirke recibe en el poste alto y arrastra botando el balón contra el suelo a su defensor lo más cerca que puede del tablero. Arnie no puede con su envergadura: si le hace personal lo expulsan. Quirke utiliza su espalda como un muro ante Arnie y lanza un gancho contra tablero que entra dentro y pone a su equipo por delante. En esa posición se siente imparable.

Miller saca de banda para Anthony, los chicos de Alabama presionan por toda la cancha. Si logran robarles la pelota, los Dons no dispondrán de tiempo para remontar. Anthony es perseguido mediante ayudas por todo el terreno de juego; ayudado por los bloqueos de sus compañeros, va esquivando rivales en su camino hacia canasta. Encuentra un pasillo y se dispone a dejar una bandeja, sin reparar en el brazo del gigante Quirke que, surgiendo de la nada le mete un tapón en plena jeta y se hace con la pelota.

Ahora solo faltan veinte segundos y los chicos de Alabama tienen la posesión. El partido está en sus manos. La presión sobre el base, un tipo rubio de un metro noventa es asfixiante, pero consigue zafarse de sus rivales y que Quirke reciba el balón en el poste alto: si anota se termina el partido. Quirke bota dos veces la bola contra el suelo y se deshace de su defensor para lanzar a canasta, cuando por encima de la cabeza de Arnie, salta Samuel Lino para meterle un espectacular tapón que termina con su compañero por los suelos, y la pelota saliendo despedida al rebotar contra tablero a las manos de Miller, que recupera milagrosamente la posesión para los Dons a falta de diez segundos para el final del partido y yendo solo dos puntos por debajo en el marcador. El entrenador de Alabama le echa la bronca a su jugador por arriesgar con un tiro innecesario, cuando bastaría con agotar la posesión para ganar el partido.

Miller deja la bola para Anthony que avanza rápido hacia el campo contrario. Fue entonces cuando —Samuel que hace unos instantes casi se rompe la cabeza contra el aro en un salto acrobático para bloquear un balón situado a más de tres metros veinte de altura—corriendo como un loco desde el campo contrario le hizo una pantalla bloqueando a Ansel para facilitarle a su compañero el avance hacia canasta. Debían al menos intentar empatar el partido para forzar la prórroga.

Entonces sucedió: Anthony que vio a Miller desmarcado en la línea de tres le envió el balón. El resto ya es historia: Miller se elevó para encestar un triple sobre la bocina y proclamar a los Dons campeones de la NCAA. La euforia se desbordó entre los aficionados de San Francisco. Arnie se subió a los hombros de Bob para cortar las redes de la canasta en que había entrado limpiamente el último lanzamiento de Miller que les dio la victoria a los de San Francisco.

Samuel Lino se acercó a la grada para abrazarse a sus padres. Anthony hizo lo mismo con su hermana Shania. Ambos estaban llorando de la emoción. Shania también lloraba, cuando Samuel también se acercó a ella y Anthony se hizo a un lado para dejarlos solos.

—Me alegro mucho por ti, te lo mereces. Siento lo de tu hermano Malcolm. Tú y yo sabemos

que era un gran tipo —dijo Shania limpiando las lágrimas con la manga de su blusa, después de cuatro años sin dirigirle la palabra, salvo alguna vez que tuvo que servirle en el Blue Blod.

—¿Por qué apoyaste la versión de Brenda sobre lo ocurrido la noche de vuestra graduación? —preguntó Samuel. Era una pregunta que llevaba ya demasiado tiempo reprimiendo.

—Lo hice por proteger a Malcolm, lo siento. Sabía que tú eras más fuerte que él y no te vendrías abajo ¡Perdóname! Yo nunca pretendí que pensarás que me habías violado. Fue Malcolm quien lo hizo, aunque eso ya lo sabes. Tú estabas tan borracho que ni siquiera pudiste cumplir conmigo, eso me enfureció, por eso me marché con Malcolm. Fui una idiota —contestó Shania.

—Estás perdonada. Ahora solo debes perdonarte a ti misma y a mi hermano Malcolm. Él tenía una enfermedad mental y nunca pretendió hacerte daño. No te tortures más por ello —aconsejó Samuel.

—Lo siento, pero me lo merecía. Sabía que Brenda estaba loca por Malcolm y nunca debí interferir entre ellos; sobre todo cuando eras tú, él que realmente me gustaba.

—¡Por el amor de Dios! ¡Nadie se merece algo así! ¡Mi hermano no obró bien, qué Dios le perdone! —exclamó Samuel.

—Supongo que te pareceré patética. No soy más que una simple camarera, nunca dispondré de dinero para ir a la universidad. ¿Qué ibas a ver una estrella del básquet como tú en una fracasada como yo? —preguntó Shania.

—No digas eso. El único fracasado aquí soy yo: que termina de dejarme la novia por un compañero de equipo. Eres una chica muy inteligente y a mí también siempre me has gustado. Lo de la universidad podría arreglarse. Ahora tengo que ir a celebrar la victoria con mis compañeros, pero al terminar las clases regresaré a Mariposa para pasar las vacaciones de verano con mis padres. Me encantaría salir a cenar contigo alguna noche —propuso Samuel.

—Aceptaré, solo si vas en serio conmigo. Nada de estar con otras chicas, mi hermano ya me contó lo de tu aventura con una tal Paula; tendrás que portarte bien y centrarte solo en los estudios hasta finalizar el curso —dijo Shania con una leve sonrisa.

—Lo hará, yo me encargaré de vigilarlo —dijo Anthony que había regresado justo a tiempo para escuchar la última parte de la conversación entre ambos, llevándose consigo a Samuel.

Los dos amigos estaban eufóricos y regresaron de nuevo a la cancha para seguir celebrando el título con el resto de sus compañeros. Samuel fue elegido el MVP de la final y no dudó en posar sonriente con el galardón para los fotógrafos. El comisionado le entregó a Anthony como capitán el trofeo de ganador del torneo en una ceremonia que tuvo lugar en el centro de la cancha. Todos los compañeros se colocaron a su alrededor para arroparlo, cuando levantó al techo del pabellón, la maqueta de madera con las palabras NCAA grabadas en un círculo dorado, mientras una nube de confetis se desplegaba delante de ellos. La gente gritaba y se abrazaba en las gradas celebrándolo por todo lo alto.

La noticia saldría en todos los medios del país al día siguiente y, solamente, sería eclipsada por la de la detención e implicación del joven magnate del transporte Danny Barker como cerebro de los crímenes de Yosemite. El mundo quedó conmocionado ante la crueldad de un individuo capaz de mandar asesinar a su propia hermana, solo por no querer compartir con ella, un imperio valorado en miles de millones de dólares que les daría de sobra a ambos vástagos para vivir a lo grande y sin pasar ningún tipo de penurias durante más de mil vidas. Nunca nadie creyó que la codicia pudiese llegar a semejantes límites, como para asesinar a alguien de tu propia sangre, con la cual según confesó posteriormente el reo, había compartido durante su infancia, momentos de ensueño, a pesar de sus diferencias, imposibles de olvidar y que ni

siquiera el tiempo, ahora que ya estaba condenado, conseguiría borrar de su memoria.

Ourense, 19 de junio de 2024

UNA NOTA DE JAVIER

En primer lugar, quiero darte las gracias por leer *La chica del árbol*. Si te ha gustado, te agradecería mucho que dejases una valoración: (suficiente con marcar las estrellas de puntuación al final del Ebook) o una reseña. No hace falta que sea larga, basta con dos líneas, pero para mí significa mucho y sirve para que nuevos lectores vayan descubriendo paulatinamente mi obra. Además, ayuda mucho con la promoción.

Sí no has leído las demas novelas de la serie Agente Barret te animo a hacerlo. En la siguientes páginas te dejo una breve información de los títulos y también del resto de mi obra. El orden de lectura al ser como piezas de un puzle puedes escogerlo libremente. Todas las novelas son bastante diferentes y solo mantienen algunos nexos de unión.

En Twitter (@jMontesEscritor); en Instagram (Javier_montes777) o en mi página de Facebook o en mi página de autor: www.javiermontes.com; podéis escribirme. Gracias de nuevo por acompañarme en esta maravillosa aventura y estaremos en contacto. Un gran abrazo.

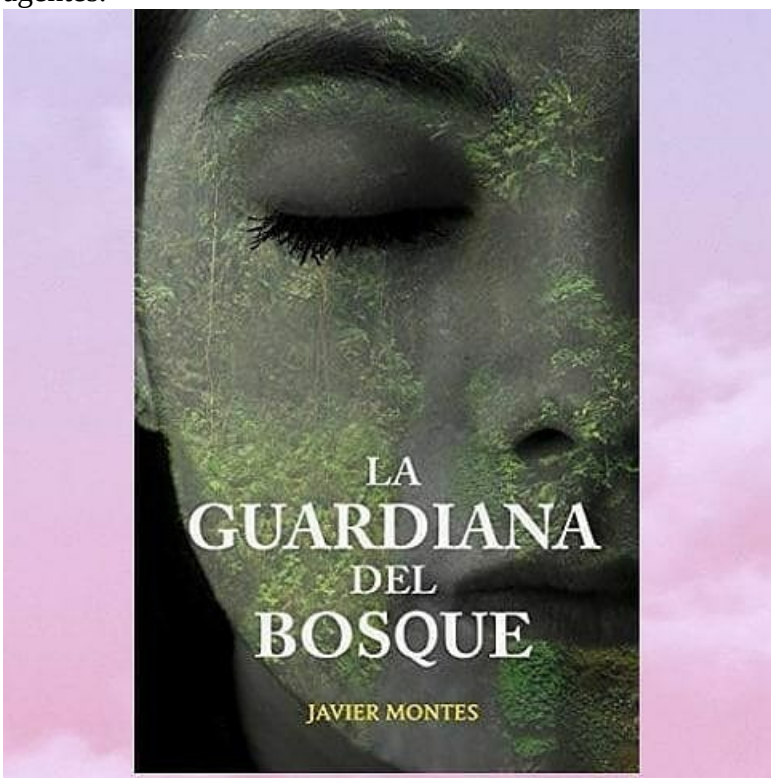
JAVIER MONTES

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

LA TUMBA DE AMAIA.
Un día Amaia abandonó el instituto y nadie volvió a verla.
Hace doce años que su hermana Ariadna la está buscando.



LA GUARDIANA DEL BOSQUE.
Además de ser una intuitiva investigadora, Jane Barret es una empedernida activista ecológica; una brillante hacker y, una experimentada escaladora; ella tiene el extraño don —bien a través de visiones o sueños— de comunicarse con los muertos. Ello la hace diferente al resto de los agentes.



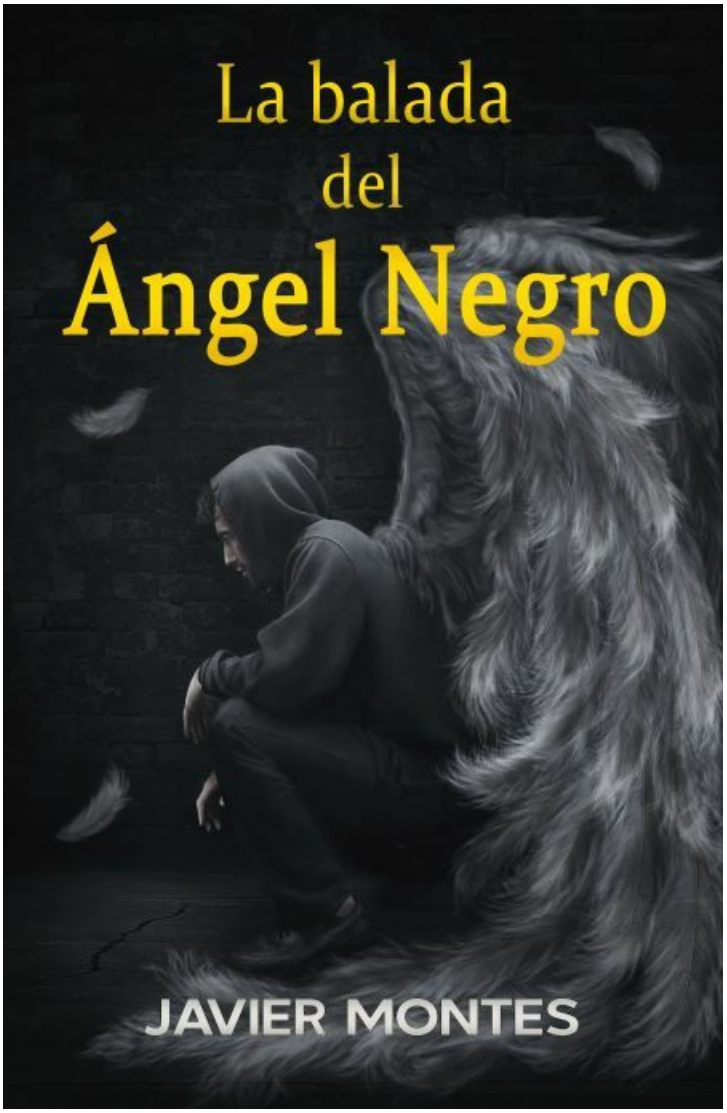
SECRETOS DEL SILENCIO



NIÑA DE FUEGO.
Simone no es una niña normal.
Ella tiene algo que los demás no tienen.



LA BALADA DEL ÁNGEL NEGRO.



MIS NOVELAS DE NARRATIVA DE ÉPOCA. www. javiermontes.com



www. javiermontes.com